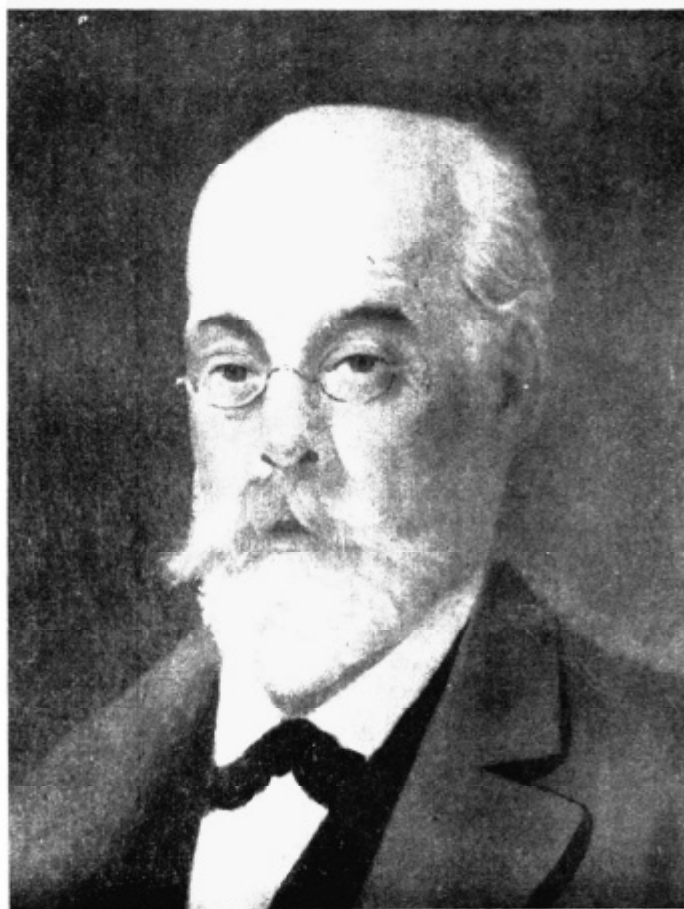


JULIAN CIRILO MORENO

DE LOS PUERTOS
DE LA LUZ
Y
DE LAS PALMAS
Y OTRAS HISTORIAS

Estudio preliminar sobre
DON CIRILO MORENO Y SUS TIEMPOS
por Simón Bentéz Padilla

Ediciones
“GABINETE LITERARIO”
Las Palmas de Gran Canaria



DON JULIAN CIRILO MORENO

(Retrato al óleo, del pintor Manuel González Méndez).

DON CIRILO MORENO Y SUS TIEMPOS (1.841 - 1.916)

Siete ciudades, como a Homero, se disputan el honor de haber sido la cuna de nuestro biografiado. En la Gran Canaria, Las Palmas y Guía. En Tenerife, las de Santa Cruz, La Orotava, Puerto de la Cruz y los dos Realejos. A tan abundoso resultado nos ha llevado la compulsión de la tradición oral.

La escrita, evidenciada en la consulta de las actas matrimoniales de la Parroquia de Santo Domingo, (que su cura Don Mariano Hernández amablemente nos ha franqueado) falla de modo incontrovertible, que en sus dos nupcias—verificadas en 19 de Febrero de 1873 con Doña Angustias Benítez, natural de Telde, la primera, y en 18 de Agosto de 1882 con Doña Josefa de Castro, madrileña, la segunda—se declara el contrayente natural de Santa Cruz de Tenerife e hijo legítimo de Don Matías Moreno y Rodríguez y Doña Basilisa Ramos Real.

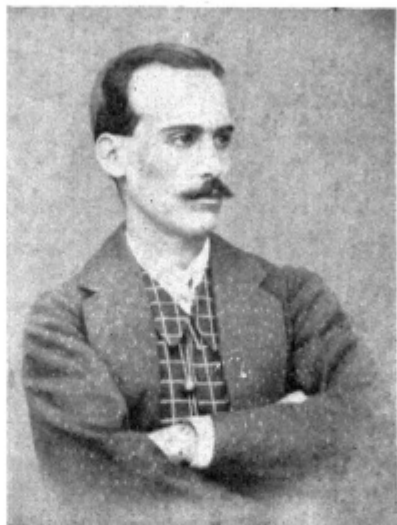
Por si fuera poco, hemos ido a comprobarlo en la misma Parroquia de la Concepción, de Santa Cruz de Tenerife. En su libro 20 de Bautismos y al folio 119 vuelto, queda categóricamente consignado que nació el 7 de Enero de

1841, no Julián Cirilo Moreno como siempre se firmó, sino en el orden Cirilo, Julián, Antonio, autorizando la costumbre de llamarle corrientemente Don Cirilo, a lo que él prefería firmar sus artículos periodísticos como *Julián* a secas. (1).

Casi exactamente medio siglo más tarde venía al mundo el biógrafo de Don Cirilo que estas líneas escribe. Al poco tiempo de jubilado el Sr. Moreno de su cargo de Ayudante de Obras Públicas, ocupaba como sustituto su mesa de trabajo en la Oficina de Las Palmas. Arrastrados por el engranaje de la profesión, ha sido tal el paralelismo de nuestras tareas, que hasta por la Costa de Africa hemos debido pasearnos, pisando el mismo territorio de Ifni, si bien en nuestro caso con la comodidad que proporciona la ocupación española, de pocos años antes verificada. Sin duda por haber seguido tan de cerca sus huellas, entienden los editores de esta póstuma obra de Don Cirilo Moreno que debemos dar cuenta previa de la simpática personalidad de su autor, antes que se esfume su recuerdo—tan vivo en el ánimo de los canarios—no obstante la remembranza de la calle que lleva su nombre.

(1) Fé de bautismo.

Cirilo Julián.—En nueve de Enero de mil ochocientos cuarenta y uno yo, D. Lorenzo Siverio, Capellán por S. M. del Hospital de Desamparados con licencia del Sr. D. José González V.º Beneficiado Rector Servidor de la Iglesia Matriz de N. Sra. de la Concepción y su auxiliar del Pilar, Cura Párroco Castrense de esta Villa de Santa Cruz de Santiago de Tenerife: bautizé puse Oleo y Xma. y por nombre Cirilo, Julián, Antonio a un niño q.º nació en siete del corriente, hijo leg.º de Matías Moreno natural de la Ciudad de Canaria y de Basilisa Ramos que lo es del Puerto de la Orotava: abuelos paternos Salvador Moreno y Marfa de la Encarnación Rodríguez: maternos Juan Francisco Ramos y María del Pilar Real: fué su padrino Antonio Lindo natural de dicho Puerto, al que advertí la cognación espiritual y su obligación según el Ritual Romano. Y p.º q.º conste lo firmo.—González (rubricado)—Lorenzo Siberio (rubricado).



Retrato juvenil de Don Julián Cirilo Moreno.

Nuestro trato directo fué bien escaso. Dejábase ver Don Cirilo, de cuando en cuando, por la Jefatura de Obras Públicas, con gran alegría de sus empleados. Pero estuviera o no presente, sus hechos, sus dichos, sus hábitos, sus relatos, llenaban el ambiente, despejando los miasmas burocráticos, barridos por una fresca brisa cordial.

Hemos recogido esta viva y palpitante tradición oral principalmente de labios de nuestro viejo amigo Don Cayetano Arocena, que aún pasea gallardamente su alta figura, después de haber colaborado en la confección de los planos de las obras públicas, durante la mayor parte de la vida oficial de Don Cirilo Moreño. A él somos deudores asimismo del retrato juvenil que aquí insertamos. El resto de los datos biográficos nos lo proporciona el mismo Don Cirilo, diseminados en sus obras.

Pasó la adolescencia en la Ciudad de Guía, entonces Villa, de donde vino a Las Palmas a los 16 años de edad. Antes y después de este traslado debió residir largas temporadas en la isla de Tenerife donde radicaba la parentela de su madre. (1). Y aún dice la tradición que su padre se trasladó allí alguna vez, a efectuar cobros de la Hacienda pública. De aquí arranca la noticia de su natalicio en Los Realejos, donde se encontraba entonces recaudando el autor de sus días.

(1) "Como viví con mi abuela materna en Santa Cruz hasta poco antes de venir a Las Palmas, de ahí que recordara los rasgos fisonómicos de muchos de sus periodistas de más nota, y de ahí también el perjeñar sus caricaturas que presenté a Millares y fueron por éste recibidas y llevadas luego a las tertulias de los casacones donde las aplaudieron de igual modo, y de ahí finalmente que yo, pobre jovencuelo del campo, frecuentara las reuniones de D. Antonio Jacinto, de la casa de Manrique y de otras, si no de alcurnia tan elevada, de bastante distinción y más divertidas".

Moreno (J. C.)—Un libro más. Cosas de antaño. Menudencias históricas de la división de 1852. Lo del Trípti.—Las Palmas, 1914. Pág. XII.

Este antecedente no deja de ser precioso para justificar, de algún modo, la predisposición literaria de Don Cirilo, al recordar que Cervantes también fué alcabalero.

Los demás resortes explicativos, la raza, el medio, el momento, que Taine diestramente aplicara, a nosotros torpemente nos fallan. ¿La raza?. Si en algún matiz hereditario se diferencian los linajes de Tenerife y Gran Canaria, en Don Cirilo debió anularse la divergencia, por su doble progenie, canario-tinerfeña. ¿El medio?. No era ciertamente alentador para tareas literarias. ¿El momento?. Todavía menos, considerándose heterodoxo todo escrito que no fuera un ditirambo para D. Fernando de León y Castillo. (1) Si acaso en la penumbra del Museo Canario, tolerábase que un grupo de románticos retrasados—Millares, Chil, Padilla, Grau-Bassas, Cabrera, por no citar sino los más destacados—se consagrara a la chifladura de rehacer nuestra historia y prehistoria.

Siendo incapaces, como se vé, de dar elevación científica a este bosquejo biográfico, por fuerza ha de perdonárnos que aminorando nuestras pretensiones críticas, quede reducido este prólogo a una breve comunión con Don Cirilo, unidos en nuestro interés por las cosas pretéritas. Por otro lado, este libro no es del todo inédito. Hace algunos años fué publicándose, a retazos, en el folletín de «La Provincia».

(1) "Una vez Cirilo Moreno, con el gracejo que le caracteriza, me decía, hablando de política local... *porque el partido*... "¿Qué partido?—le pregunté.—El *partido*, hombre, el *partido*. ¿Conoces tú otro?. Cuando se dice la Catedral ya se sabe que es la de la plaza de Santa Ana... Pues lo mismo es el *partido*... Huelga todo adjetivo"... Tiene razón Cirilo. Y la cosa viene de lejos, nada menos que de 1840".

Morales (Prudencio).—Cuentos de nuestra Historia. Diálogos y cartas. Con un prólogo de José Franchy y Roca.—Tomo I.—Las Palmas. Pág. 140.

Allí está exornado con una introducción sociológica, que nos dispensa a nosotros de entrar en honduras. (1).

Faltos del original, se ha tomado como pauta dicha edición periodística, debiéndose a la amabilidad de Don Teófilo Naranjo Martínez de Escobar que pudiéramos disponer de la copia que sirvió de base a la composición tipográfica del folletín. No obstante el esmero de las correcciones, acá y allá se hace patente alguna infidelidad del copista, quizás poco familiarizado con la menuda y rápida letra de D. Cirilo. (2). El Sr. Naranjo se ha excedido en su fina atención, proporcionándonos también la música y algunos de los retratos que reproducimos. Quede consignado aquí nuestro agradecimiento.

Reanudemos el hilo de la vida de nuestro biografiado. Trájele a Las Palmas el famoso médico y político republicano Don Miguel de Rosa, prendado de sus nativas disposiciones para el dibujo. Entró como listero en Obras Públicas y de escalón en escalón, por méritos propios, y finalmente con examen previo, conquistó la plaza de Ayudante de Obras

(1) Biblioteca Canaria.—Julían Cirilo Moreno y Ramos.—De los Puertos de Las Palmas y de la Luz y de otras historias.—La ciudad de Las Palmas en la última mitad del siglo XIX.—Prólogo de Juan Bta. Ros Andreu.—Folletín encuadernable de «La Provincia».—15x11 cms.—368 págs.—8 de de erratas.

El prólogo lleva fecha de Junio de 1935. Aunque en él se dice que se trata de una obra póstuma, sospechamos que debió haberse publicado fragmentariamente, en vida de su autor, que fué escribiéndola a medida que la insertaba en la Prensa local, como tenía por costumbre. El contexto de los principios y finales de capítulo y la sujeción de estos a longitud fija (5 cuartillas era la norma de sus artículos) son pruebas de nuestra hipótesis. Por las alusiones contemporáneas se transparenta que debió escribirse hacia 1912 ó poco después.

(2) «Se ofrece esta obra conservando su íntegro sentido, si bien ha sido necesario suprimir alguna palabra excesivamente expresiva, y modificar alguna frase no del todo clara y perfilada, pues conviene advertir que la obra quedó algo incompleta». (Prólogo del Sr. Ros a la edición de «La Provincia»).

Públicas. No hay que tomar muy en serio el relato de las oposiciones que el propio Don Cirilo ha pergeñado. (Capítulo VII). Como de costumbre, sacrifica su vanidad en aras de lo pintoresco y atribuye al favor y la amistad lo debido a sus propios merecimientos.

Sobre él recayó lo más penoso del trabajo de las obras públicas, en su doble aspecto de proyecto y construcción, pues el Ingeniero Jefe Don Juan de León y Castillo, dotado de fecunda iniciativa, flaqueaba en la asiduidad al trabajo, por robarle enorme dosis de tiempo la jefatura política del partido de su hermano, que a la vez ostentaba. Esta colaboración, más que ayuda, fué noblemente reconocida por su mismo Jefe, en el homenaje que a éste se le rindiera en la vieja sala del teatro de Cairasco, en la noche del 15 de Octubre de 1882, al regresar de Londres y Madrid, tras del remate de las obras del Puerto de Refugio de la Luz. (1). Por lo común, la modesta figura de Don Cirilo Moreno vivió muy alejada de estos rimbombantes brindis de banquete, no alcanzándole loores, zambombazos, ni apoteósicos himnos musicales, bien compensados por el callado desfile y alejamiento de la majestad caída, cuando no por las injurias de los favorecidos. Un político de la época, el escéptico Posada Herrera, siendo ministro de la Gobernación, poco antes de la revolución septembrina, contestó a un diputado interpelante:

—No sé qué favores le he hecho yo a S. S. para que me quiera mal.

A pesar de este borroso carácter de Eminencia Gris, que caracteriza la actuación de Don Cirilo Moreno en la vida lo-

(1) Morales y Martínez de Escobar (Prudencio).—Miscelánea. Recuerdo de una labor periodística. Las Palmas, 1916. Pág. 41 a 44.

cal (1), no dejó de intervenir en sonados sucesos, que luego narró con inimitable gracia. Sus páginas escritas, reproducen con fonográfica fidelidad sus frases habladas.

La primera salida de Don Cirilo a la plaza pública fué a la temprana edad de 11 años. Pudo vérselo entonces, con artificiales alas de mariposa, sobre carroza alegórica, dando guardia, en unión de otros 3 amorcillos, a un retrato de la castiza reina D.^a Isabel II. La tracción del artefacto estaba asegurada por cuatro gigantescos *míletes* romanos, procedentes, como todo el resto, de Guía, de donde asimismo vinieron los 4 niños alados, metidos, por parejas, en serones que portaban un par de mulos.

«En aquellos entonces no había nada de ruedas en toda la isla, ni aun carretas, salvo algún carretón que otro, porque los arrastres se hacían en corsas, y eso en Las Palmas solamente, donde lo permitían lo llano de sus calles.

«Había, sin embargo, el coche Condal, antiguo armatoste que databa de la fundación del condado, de muelles duros que hacían saltar de sus asientos y dar con la cabeza en el techo del cierre a toda la aristocrática familia cuando emprendían sus viajes a sus posesiones de Juan Grande y Maspalomas.

«Era éste un acontecimiento que se preparaba lo menos con un mes de antelación, empleando las mesnadas de la casa

(1) Cuando se hallaba D. Juan de León y Castillo en el ostracismo, no faltó periódico (¿sería EL LIBERAL?) que quisiera rebajar su mérito ingenieril, colgándolo íntegramente a su Ayudante D. Cirilo Moreno, fundándose en que éste fué el único a quien se vió en el terreno, levantando los planos del Puerto de la Luz. Don Cirilo contestó en el acto, rehusando tal honor y haciendo observar que de admitirse el razonamiento periodístico, el verdadero autor del proyecto del Puerto de refugio sería el Capataz Galindo que tomó y cantó personalmente las sondas en el bote de sondeos. (Véase la semblanza de Galindo al final del capítulo V).

en limpiar y habilitar el camino; operación que empezaba en las afueras de la ciudad y terminaba en aquellas hiperbólicas regiones.

«Salía al fin de su cochera el fragatón, y el gentío que llenaba la calle de los Canónigos no era menos numeroso que el que concurría a la fiesta de San Pedro Mártir». (1).

En la Plazuela de Cairasco reunióse este carro confeccionado por el Secretario del Ayuntamiento de Guía, Don Carlos Grandy, con otro igualmente engalanado, procedente de Telde, en que figuraba pictóricamente un cuadro marmóreo que llevaba grabado en letras doradas: «A los dignos diputados Don Jacinto de León y Don Cristóbal del Castillo. La Ciudad de Telde reconocida».

Gran gentío congregábase con los carros frente al Gabinete. ¿Qué suceso había acontecido en estos primaverales días de 1852? Nada menos que la primera división de la provincia de Canarias. (2).

Presagiando ulterior y monoteísta culto político, por insospechable acumulación de apellidos, la banda de música de Guía entonaba el himno de la División, música de Don Eufemiano Jurado y letra del consabido Secretario municipal, aun-

(1) Moreno (J. C.)—La división de 1852. Obra citada, pág. 7.

(2) Afirma Don Cirilo Moreno, al comienzo de su narración de estos sucesos, que al llegar a Las Palmas la noticia de la División, se estaba en Semana Santa, por lo cual se aplazó todo festejo en espera de la Pascua de Resurrección. Esta referencia cronológica, tan rara en los escritos de Don Cirilo, exige una rectificación. El Decreto divisionista lleva fecha de 17 de marzo de 1852, y su noticia llegó a Las Palmas el 29 del mismo mes (*Historia* de Millares, tomo 8.º pág. 92) o séase el lunes de la semana anterior a la Santa, por caer el Domingo de Pascua en dicho año el 11 de abril. Deben referirse a esta fecha las fiestas, cuya demora justifica la sucesión de la Cuaresma y Semana mayor.

que ésta no pueda considerarse como la carroza, obra de romanos:

«¡Oh placer! Ya recobra su brillo
De Canaria el honrado pavés
¡Himnos mil a León y Castillo!
¡Gloria eterna a la excelsa Isabel!».

Y el músico del clarinete acompasaba la melodía con su instrumento, cual si llevara la batuta en la boca, mientras el del figle marcaba sentenciosamente el final de cada verso lanzando por las rojas fauces del reptil que remataba su tubo acústico una o dos sonoras bocanadas de aire.

Durante cuatro días Las Palmas se convirtió en un travesaño de Jauja. Don Antonio Doreste, (que por ser algo cargado de espaldas era apodado *Mochila*) recorrió las calles de los barrios populares, en un carretón, portador de panzuda pipa de ron, que las piernas de aquél abrazaban, ofreciendo gratis su contenido a los transeúntes. Para los viandantes de los barrios céntricos manaban, igualmente gratis, dos fuentes en la Plazuela junto al barranco (denominada de la Democracia a partir de 1868 y antes del Príncipe Alfonso). Una suministraba ron; la otra el renombrado ponche de *señá Aniquita*.

Y las aguardentosas voces de los que aún podían sostenerse en pie, berreaban, sin parar, noche y día, el musical sonsonete: «¡Ay, Don Simón! ¡Ay, Don Simón!—Que vino, que vino la división» o su émulo: ¡Ay, Don Tomás! ¡Ay, Don Tomás!—Que la cosa, que la cosa, vino ya».

Esto en las clases bajas. Que las altas no habían perdido menos la cabeza. Inauguraron la primera piscina que ha conocido Las Palmas. Trátase de un enorme y fangoso charco que las lluvias formaron «frente al fonducho de María

Isabel, a la bajada de los Remedios». (1). Ocurriósele al propio Doreste,—que iba hacia el muelle con las autoridades, en busca del Real Decreto de la División que trajo el capitán del *Joven Temerario*,—dar muestra de su alborozo al pasar junto al susodicho charco, diciendo:

—Voy a refrescarme la mochila.

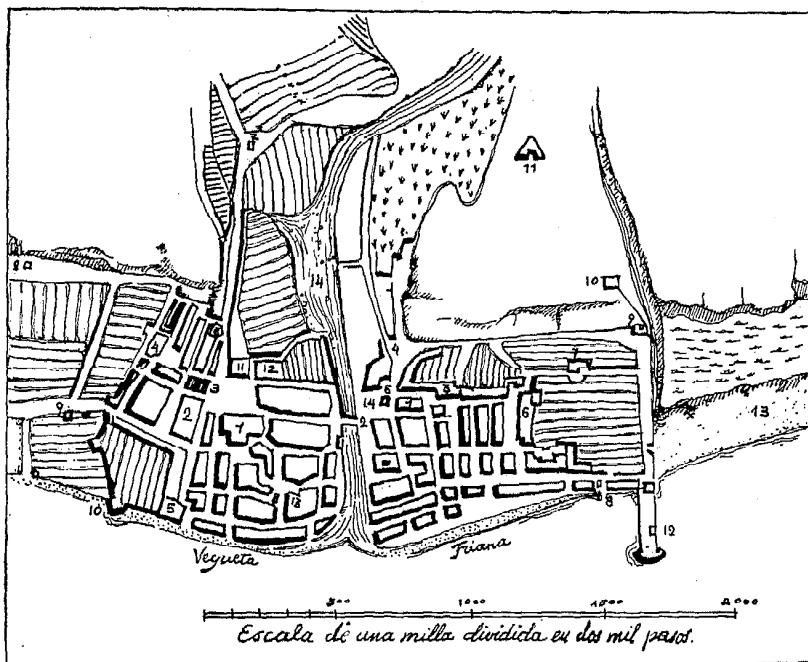
Zabulléndose en él acto seguido. Sin tardanza diéronse idéntico chapuzón, como prueba del mismo caloroso patriotismo, que ni el lodo callejero puede refrescar, el Conde de la Vega Grande, su apadrinado el Dr. en Leyes Don Antonio López Botas, con su inseparable amigo el Dr. en Medicina Don Domingo José Navarro y una porción más de acompañantes, como Don Nicolás Massieu, de alta, mediana y baja categoría.

Era una alegría exultante, infantil, que no temía al ridículo. Los mismos personajes paseáronse luego, a cara descubierta, llevando por vestimenta carnavalesca unas enaguas blancas; como abanicos, toscos abanadores de cocina.

Para el bello sexo dió un empingorotado baile el Gabinete, en el patio del Colegio de San Agustín (2), que la

(1) Moreno (J. C.).—La División de 1852. Obra citada, pág. 4.

(2) No indica Don Cirilo Moreno el edificio, sino que se limita a decir que el baile tuvo lugar en el colegio de San Agustín, en su amplio patio, alfombrado, entoldado y decorado con ramas, flores y tarjetones alusivos. En la «Historia general de las Islas Canarias» por Don Agustín Millares (tomo 8.º, pág. 72) también coetáneo de los sucesos, encontramos que por estos años se había ensanchado el colegio de San Agustín, trasladándose al Convento de su nombre «reediticándolo y dándole nueva forma, bajo la inteligente y desinteresada dirección de su rector D. Antonio López Botas». El edificio sería por consiguiente el de la actual Audiencia cuyo patio de tierra nos parece excesivo e inadecuado para el ringorrango de este baile, creyendo más propio el embaldosado claustro de la planta baja o mejor la amplísima galería de la alta, con piso de madera.



La ciudad de Las Palmas a mediados del siglo XIX

Barrio de Vegueta.—1. Catedral.—2. Parroquia del Sagrario.—3. Convento de Monjas Descalzas.—4. Convento de Santo Domingo.—5. Convento de San Agustín.—6. Ermita del Espíritu Santo.—7. Ermita de San Roque.—8. Ermita de San José.—9. Los Reyes.—10. Fuerte de Santa Isabel.—11. La Real Audiencia.—12. Casa Regental.—13. Ermita de San Antonio Abad.—14. Río de Guiniguada.

Barrio de Triana.—1. Convento de Santa Clara.—2. El Puente.—3. Convento de San Francisco.—4. San Nicolás.—5. Ermita de San Justo.—6. Convento de San Bernardo.—7. Hospital Real de San Lázaro.—8. Ermita de San Telmo.—9. Castillo de Casa Mata.—10. La Plataforma.—11. Castillo del Rei, o de San Francisco.—12. Castillo de Santa Ana.—13. Camino al Puerto de la Luz.—14. La Alameda.

(Plan de Antonio Pereira Pacheco y Ruiz, 1833,
prop. de D. Ed. Tacoronte).

misma Sociedad había fundado. Tras del rigodón de honor, que abrieron con tanto empaque como pésimo compás, el Dr. López Botas y el Conde, la juventud giró tan vertiginosa como incansablemente a los melódicos acordes del Vals de la División, debido al numen musical de Don Agustín Millares:

«*Vamos, vamos, vamos juntos a bailar,
Que nos abuyente las penas el mágico vals,
Estas son las dichas, son las dichas del mágico vals*».

A pesar de los apretones, mantúvose incólume la honesta distancia de las parejas. Nunca ofreció peligro de tangencia. Para evitarlo, el joven que ejercía el tiránico papel de *bastonero* (reservado en la juventud de Don Cirilo al *incordio* de Don Agustín Pérez) acudía al punto peligroso con su varita, que interponía entre los pechos que se aproximaban más de lo decente. Por cumplir con su autoritario fuero, quedó excluido del elegante pelotón de los *mirlones* (1) que aristocráticamente vestidos de frac azul, con flor de lis (2) artificial en la solapa y británica tiesura, desfilaron en correcta formación a mitad del baile.

(1) Dice Don Cirilo, que nos ha dado en su folleto de la División de 1852, estos y otros mil pintorescos detalles, que no sabe el origen de la palabra *mirlones*. Suponemos sea corrupción isleña de la inglesa *milord*.

A propósito de las lenguas extranjeras resulta oportuno recordar esta graciosa confesión que solía hacer Don Cirilo:

—Cuando en mis citas echo mano de una frase en francés, me las arreglo yo mismo; si es en latín, la consulto con mi vecino el Párroco de San Francisco, Don Antonio Ártiles; y si es en inglés, salgo y se la pregunto al primer tartanero que me encuentro...

(2) Símbolo, no de la dinastía borbónica imperante, sino del también imperante Ministro de la Gobernación D. Manuel Beltrán de Lis, a quien se debía el Real Decreto. *Beltranito* que decía cariñosamente alguna señora.

No fué éste el único toque anglo-sajón. En los salones altos del Colegio, que albergaban las mesas de comer y beber, constantemente oíase alrededor de las últimas, inacabables y entusiásticos: ¡*Hip, bip... burrah!* con que brindaban a cada copa los distinguidos jóvenes canarienses. Introdujeron tiempo atrás la muletilla, unos marinos yanquis del buque de guerra *Macedonian*, que mandaba el Comodoro Perry, hospedado en Las Palmas largo tiempo en la fonda de Manly, y a quien cupo luego la gloria de abrir el Japón al comercio mundial, firmando con él un tratado el 31 de Marzo de 1854, fondeado en el puerto nipón de Kanagawa al frente de una escuadra de que formaba parte la *Macedonian*, aunque el almirante enarbolara su bandera en el *Mississippi*. (1).

A media noche sírvese el *tente en pie* consistente en la *cazuela* de espeso caldo con media gallina en picadillo por estómago de madama. Para remate, el ambigú de madrugada, cena pantagruelca cuyo menú precisaba «los pavos trufados, las gallinas rellenas, los cochinitos asados, las enormes bolas de carne mechada, las sabrosas lascas, las cazuelas de

(1) Matthew Calbraith Perry, a fines de este mismo año 1852 (17 de diciembre), cruzaba las Canarias al Oeste de la isla de La Palma, a bordo del *Mississippi*, en la travesía de la Madera (que dejó el 15) a Jamestown en la isla de Santa Elena (a donde llegó el 10 de enero de 1853), para doblar el Cabo de Buena Esperanza con rumbo al Extremo Oriente. No le acompañaba el resto de la escuadra norteamericana, pues zarpó solo de los Estados Unidos, en el citado buque, movido por vapor y velamen. A la altura de la isla del Hierro apagó las calderas y quitó las paletas sumergidas de sus ruedas laterales, para seguir a la vela. Su anterior estancia en estas islas debe referirse al año de 1844, en que mandaba una escuadra en la costa occidental de Africa.

Hawks (Francis L.)—Narrative of the expedition of an american squadron to the China Seas and Japan, performed in the years 1852, 1853 and 1854, under the command of Commodore M. C. Perry. New York. D. Appleton and Company. 1856. Págs. 109, 111.

genovesado, los quesos de cabeza de cerdo y otras viandas por el estilo en carne y en pescado, sólidas y alimenticias hasta para estómagos de Gargantúas y esto seguido de una variedad de postres y confituras que no tenían rivales en confección ni límites en número». (1). Estos excesos culinarios persistieron en los bailes del Gabinete Literario *si no en tanto en cuanto*,—según afirma Don Cirilo Moreno, que de ellos disfrutó,—hasta que fué nombrado Presidente de Recreo Don Agustín Penichet. Quede el dato consignado, como fecha que marca una nueva era gastronómica del Casino, de transición a la contemporánea en que los centros sociales, carentes de *recreos mayores*, han traspasado estos conceptos de la columna de gastos a la de ingresos.

Pero, en fin, aunque desempeñara Don Cirilo el papel de alado comparsa, él mismo confiesa que su recuerdo pueril no le hubiera bastado para redactar tan completa crónica de los sucesos de la primera división de 1852. Le sirvió de apuntador D. Andrés Aguilar, que se los relató durante la segunda división de 1858, en que ya Don Cirilo contaba 17 años, y había pasado a residir en Las Palmas.

Había de transcurrir otra década para que, con motivo de la Revolución de Septiembre de 1868, volviera Don Cirilo a figurar en la vida pública. Estos 10 años parecen vacíos, para los que hoy quisiéramos revivificarlos. Don Cirilo Moreno, aunque los pasara ganándose el sustento en el prosaísmo de la vida cotidiana, parece conservar de ellos una agradable memoria. A su ver, «Las Palmas chiquita, con sus antiguas casas y calles empedradas, cuando lo estaban; sus quin-

(1) Moreno (J. C.)—La División de 1852. Obra citada, pág. 30.

ce mil almas y su eterna actitud de perra gruñona contra la *Interina*, era, sin embargo, una ciudad alegre y regocijada» (pág. 20).

No nos satisface, a fuer de historiadores científicos, aunque provincianos, esta simple impresión *subjetiva*, aún viniendo de nuestro biografiado. Es nuestra primera obligación, al aceptar este espinoso encargo, fundamentar nuestro trabajo en el *documento* y dejar constancia en las notas de nuestras verídicas fuentes de información.

Nada menos que papeles oficiales y, para mayor mérito, inéditos, podemos aportar para rellenar el hueco de la historia canariense en los años que incubaban la sublevación septembrina. Como el período es uniforme, basta que extractemos, como muestra, los trascendentales sucesos ocurridos en la vida diurna y nocturna de Las Palmas durante el mes de Agosto de 1861. Se hallan consignados para la posteridad, en los partes diarios que a la Alcaldía rinde el Sargento de la Guardia Municipal D. Luis Antúnez. (1). Por respetos literarios conservamos su inimitable redacción, aunque abreviándola.

Grandes anales canarios de treinta días

(Agosto de 1.861)

Día 1.—La cañería de Don Alfonso Gourié en la calle de Travieso está rota y corre por la calle abajo.

Día 2.—La hija de Cristóbal Aguiar le ha dado una

(1) La buena amistad de D. José Mesa nos ha permitido la consulta de estos curiosos documentos, pertenecientes al archivo de su abuelo materno el Dr. López Botas, alcalde en la época.

bofetada a una muchacha que se llama María Rodríguez.

Día 3.—En la calle de los Canónigos está una sequía que todas las losas que la tapan están levantadas y destrozadas y dicen que es de Don Bartolomé Martínez. La papeleta que le dió el municipal Juan de Dios a Don Juan Pestana de los albeos desde que la cogió la rompió, porque dice que estaba ya loco de tantas papeletas. Entre las 10 y las 11 se cogieron pidiendo limosna casa del Sr. Conde, dentro de la Casa puerta una porción de pobres que fueron llevados al Hospicio.

Día 4.—Manuel Herrera estaba anoche de parranda sin licencia.

Día 5.—La puerta cancela que pusieron en la Carnicería vieja la botaron las reses pues estaba aquello muy mal puesto que es lo que dijo el Sr. Don Ventura de la Vega cuando la vió.

Día 6.—Dos bueyes van sueltos por la calle y el amo es Andrés Romero.

Día 7.—El sereno Benito Hernández dice a Don Manuel Rodríguez al llevarle los atriles para tocar al Sr. Subgobernador: «Busque V. palanquines que nosotros no lo somos».

Día 8.—El municipal hizo quitar la cabra que estaba al lado del camino de San Cristóbal.

Día 9.—El guardia municipal Ramón Mirabal se ha propuesto no hacer lo que le manda el Sargento o los cabos. No quiere limpiar las puertas del Ayuntamiento y los arcos de allí abajo llenos de telarañas; en vez de estar sentado en mangas de camisa podía ir limpiando aunque (fuera) el cuartel; los concejales por un poco no se rompen la cabeza por no haber encendido el quinqué que está al subir de la escalera; y Don Jerónimo del Río que se estaba paseando en la

Plaza pudo comprobar que sus faroles estaban muy tristes y estaba Mirabal acostado debajo de la escalera. (Es un caso de *aplatanamiento* antes del plátano, digno de pasar a la Historia).

Día 10.—A las cuatro de la madrugada unas mujeres que iban para el campo, encontraron sentado en la puerta de la Iglesia de San Nicolás a Fernando Sirvera quejándose como metiendo miedo. Retrocedieron llamando al maestro Pedro Melián, porque aquello que estaba en la puerta de la Iglesia con una voz si era hombre no debía meterles miedo a las mujeres, y se encontró con el sereno.

Día 11.—Se aclara que, a Fernando Sirvera le dió un dolor de estómago a las dos y media de la madrugada, y entonces el cabo Rosario lo llevó a su casa y le dió una copa de ginebra. Volvió a repetirle a las 4 de la madrugada en la puerta de la Iglesia de San Nicolás.

Día 12.—No han cumplido el bando de Buen gobierno que ordena barrer su calle: Manuel Curvelo, la Sra. Coronela (calle de los Malteses n.º 1), el cuartel de San Francisco, el convento de San Bernardo, toda la parte de Don Luis Navarro y del Sr. cura de aquella parroquia.

Día 13.—Sin novedad.

Día 14.—José Ramos de San Francisco de Paula pide de puerta en puerta diciendo que está enfermo; pero el Sargento municipal no le conoce ninguna enfermedad.

Día 15.—Añoche después de las oraciones yéndose a bañar la Sra. de Don Antonio Doreste en unión de otras personas, entraron en el mismo charco por otro lado dos hijos de Don Fernando Báez, otro de Don Antonio González y otro de Don José García Toro. Escandalizadas las señoras se echaron fuera; pero los niños se pusieron casi en la misma estera donde se estaban vistiendo las señoras. A una interpe-

lación de éstas respondió un hijo de Don Fernando Báez insultando a la mujer del Sr. Doreste con expresiones dignas de las comedias de Aristófanes. Aunque Don Luis Antúnez, verídico cronista de esta epopeya, consigna los insultos textualmente, nosotros, simples parafraseadores, nos vemos en la imposibilidad de transcribirlos, porque no están en griego.

Día 16.—La parranda de Agustín Motas y Gumersindo Idalgo enseñó una licencia al cabo Marrero, que en opinión de éste es una licencia vieja.

Día 17.—En la calle de Matula, donde se hizo el barco de Gaspar Medina no se han quitado aquellos palos que están clavados de la serrería. A las 8 de la noche estaba Ramón Mirabal acostado en la trasera del Sr. Barona sobre de la muralla. El Sargento Antúnez pasó por su lado y le dijo: «¿qué haces ahí?», y él le dijo que cogiendo fresco. Luego resultó que el Sr. Presidente no le había dado la licencia y el quinqué que estaba a la subida de la escalera se apagó y no hubo quien lo encendiera.

Día 18.—Peregrino Alfonso, el hijo de Don Fernando Báez (Luis), Federico del Rosario, Manuel Romero y cuatro más, con una parranda sin licencia, cuando el municipal Benito Hernández iba cantando la hora entre las tres y las cuatro le iban ellos cantando la misma hora y «nulado (sic) y sereno». El Sr. Presidente dió ayer la orden al Sargento Antúnez de que fuera al baño a cuidar de las mujeres y que dejara a Ramón Mirabal de guardia en el cuartel. Se lo dijo y él le respondió que a él no lo fastidiaba nadie que el Sr. Alcalde le había dicho que se fuera a dormir a su casa. (Decididamente, Mirabal es una fiera para el descanso).

Día 19.—Entre las once y las doce iban con instrumento de aire Gumercindo Idalgo y Francisco Navarro, músicos

del *Siglo* (1) y Agustín Motas, sin licencia. Este le respondió a Antonio Pérez que por la Marina no podía el sereno (impedir) que tocasen, puesto que era fuera de muralla.

Día 20.—El criado de Don Agustín Manrique el menor que se llama Iglario de Armas fué a bañarse tras de los almacenes, y le dijo el municipal Juan Biera que para que se bañara era menester que se pusiera calzoncillos. La respuesta no fué tampoco en lengua helénica. El Sargento Antúnez al trasladarla al Alcalde la glosa en estos términos: «si las expresiones que le dijo al municipal, me lo dice a mí, estoy sujeto por V. S. por no darle disgustos pero el sable que V. S. me ha dado se lo parto encima de las costillas». Este escolio es precioso para el estudio de los progresos suntuarios de la guardia urbana. Nueve años antes, en 1852, nos asegura Don Cirilo Moreno (2) «que nuestra policía de entonces se reducía al viejo Antúnez y su gruesa *macana*, terror de los americanos balleneros que nos visitaban», no faltándole *betairas* que vigilar, entre las cuales enumera Don Cirilo a *Juana la jonda*, *la Cabo Blanco*, *Juana boca cambada*, *la Gran Canaria*, *Blasinilla la Pájara*, *la Gustosa* y *Dos rayas finas*. Toda una flota pesquera indígena.

Día 21.—«El Sargento que suscribe dá parte a V. S. de que anoche cuando fuí al baño encontré a Don Jorge Ingloft con tropa puesta en el expresado baño y V. S. me dirá si tiene la bondad, de si vuelvo al baño o no».

(1) Para la historia filarmónica (?) de Las Palmas, quede consignado que a esta banda precedió la de *El Carnero* y siguió la de *El Grillo*, que era la única en tiempos de la Gloriosa, según leemos en la pág. 291 de los "Cuadros históricos" tantas veces citados.

(2) La División de 1852, pág. 10.



Un aspecto de la ciudad de Los Palmas el año 1.856, según versión pictórica de Don Amaranto Martínez de Escobar. Entre los personajes evocados figuran el Doctoral Don Graciliano Afonso, en el grupo del primer término, y el Arcediano Don Rafael Monje, al fondo. Como detalle curioso aparece en el cuadro el único coche que en nuestra ciudad había en aquella época, perteneciente al Conde de Vega Grande.

(Reproducido por cortesía de D.^a Juana León de Perdomo, propietaria de la obra).

Día 22.—En el pilar de Triana estuvo bebiendo una bestia de Francisco Rodríguez.

Día 23.—Ramón Mirabal se retiró ayer por la mañana y el poncho que llevó Antúnez a apreciarlo lo pusieron en la mitad de su valor. (Aquí se interrumpe la hoja de servicios del incansable Mirabal).

Día 24.—Sin novedad.

Día 25.—Don José Urquía mandó a una pobre que se emborracha a la casa del Socorro.

Día 26.—El municipal Santiago Araya encontró corriendo en dos bestias caballares por la calle de Triana a Don Pedro Cabrera y Don Norberto Quintana. Al decirles aquel que no corrieran, el Don Pedro Cabrera lo insultó, en la puerta del Café de la Marina, manifestándole que le dijese a Don Antonio López Botas que si hubieran cuatro como él, los uniformes de los Municipales irían abajo y que ellos no mantenían 13 *bagantes*. (No podemos menos de lamentar que al transcribirnos la Historia esta crítica del *caballero* Cabrera, empañe algo el brillo que el refuerzo y adorno de la guardia urbana proyecta sobre el Alcalde que lo llevó a cabo. La única excusa del preopinante, es que debía ignorar la reciente salida del reposado Mirabal, con recogida del poncho).

Día 27.—Hace muchos años que no se albea y está muy feo el costado de la herrería de la casa del Sr. Conde calle del Espíritu Santo y la trasera de Doña Evarista de Lugo, que mira para el callejón de Botas.

Día 28.—El encalado de la calle del Hospital lo han rasgullado con los tercios que traían las bestias de Nicolás González.

Día 29.—Iglario de Armas entró a cumplir el arresto a las 7 y media de la mañana.

Aquí finaliza el mes, truncado por extravío, de sus dos últimos partes.

No basta a consolarnos de su pérdida la satisfacción de la justiciera apoteosis del día 29, al sancionar el desafuero cometido el 20 por Hilario de Armas. Algún otro tuerto falta por enderezar, si advertimos que el mismo oficio que daba cuenta del desacato de Armas, agravado por faltas lexicográficas, termina de esta manera: «También da parte el mismo municipal que los dos hijos del Juez de 1.^a Instancia se fueron a echar también sin calzoncillos a bañar, le reconvinó el municipal lo mismo que al anterior, y ellos responden que no hay quien les estorben a bañarse sin calzoncillos; y se echaron a bañar sin estos».

A fuer de fieles devotos de la Historia, como *maestra de la vida*, hemos de suponer, en honor de su magisterio, que también la deshonesto actitud natatoria de los retoños judiciales, sufriría el condigno castigo municipal el trigésimo día de Agosto de 1861, lo que nos induce a considerarlo inserto, como testimonio de ejemplaridad, en nuestros anales; sin perjuicio de concederle, magnánimos, un improrrogable aplazamiento hasta el día 31, si el 30 continuara sin desagraciar el decoro del Derecho balneario escarnecido.

Llegamos ahora a la esplendorosa época de la Revolución de Septiembre de 1868, que marca el cenit de la actividad política de Don Cirilo Moreno. Nuestro protagonista nos ha referido *ce por be*, treinta años más tarde, en compacto volumen de 350 páginas de gran formato, lo que entonces pasó. (1). A él nos remitimos para los pormenores.

Cuadros históricos de la Revolución de Septiembre, en Las Palmas por J. Cirilo Moreno, ex-federal, y ex-teniente de la 1.^a de Voluntarios de la Libertad.—Las Palmas.—Imprenta de J. Martínez. Calle Domingo J. Navarro.—1899.

Mas séanos permitida la vindicación de la Ciudadana Fraternidad, a quien va dedicada la obra. «Viejo, cercano a los sesenta—dice el autor—he sentido durante mi labor literaria renovarse mi juventud y reverdecer mis ilusiones, que no me dejaban ver en tí, la anciana que en años me corre pareja, sino la rubia de mis recuerdos, entradita en carnes, de pelo de oro y ojos de cielo, que me enloquecía».

¿Por qué entremezclar tan dulces remembranzas con el recuerdo burlón de la pronunciación de «oficiar, como me llamabas con la monada de tu trastrueque de *eles* y *erres* que tanta gracia me hacía?» ¿Por qué agravar la zumba rememorando que el *salgento* aquel no le dió *pórvora* y el deseo de que su *oficiar* se hiciera *altillero*?. ¿Por qué remachar la crueldad de evocar junto a su amante idilio aquel *cuasla* engarzado en el consabido diálogo político-amoroso:

FRATERNIDAD.—¿Te gusta la República?

CIRILO.—Sí, que me gusta, Edén de mis amores.

F.—¿Y *cuasla*?

C.—La Federal, ángel de mi vida ¿qué otra quieres?

No hay derecho, amigo Don Cirilo, no hay derecho. Si tú propio atestigüas que tu rubia federala ni leer sabía, ¿a qué apabullarla con *tiquis miquis* gramaticales, que a nadie se han exigido para pasar a la Historia, no ya anecdótica y pueblerina, sino heroica y cosmopolita?. ¿No se prueba la autenticidad de las cartas de Napoleón por sus faltas de ortografía?. ¿Pues qué, nuestro ilustre paisano el general O'Donnell no hablaba con bastante dificultad y decía *haiga*, *nesecidad* y otras palabras mal pronunciadas? (1).

(1) Opisso (Alfredo).—Semblanzas políticas del siglo XIX.—Barcelona 1908.—Herederos de Juan Gili, editores.—Pág. 101.

Refiere el mismo autor otro rasgo filológico del no menos ilustre general Narváez: (págs. 257-8).

Y ya que hemos defendido a la ciudadana Fraternidad de estas ruines imputaciones de orden intelectual, sólo exigibles a los Académicos, saquemos a la luz pública una debilidad de la agraciada rubia, que como Don Cirilo se la calla, hemos tenido que recoger de la tradición oral. Púsose de moda en aquel entonces unas llamativas corbatas llamadas *Topetes*, en honor del marino que iniciara en la Bahía de Cádiz el pronunciamiento de la Escuadra. La primera remesa que llegó a Las Palmas fué literalmente arrebatada de manos del comerciante. (1).

Don Cirilo fué uno de los primeros en lucir la suya ante su linda federala. Pero a ésta se le antojó que su apuesto *oficiar* se la regalara. No pudo resistir el mimo desplegado por la apetitosa rubia para apoderarse de su *topete*. Desprendióse de la prenda, aunque sin acertar para qué podría servirle la codiciada corbata a una mujer. Pero ¡ay! bien dicen los filósofos que el corazón femenino es un insondable arcano.

“Famoso es el incidente suscitado durante esta borrascosa discusión, (trátase de los sucesos de la noche de San Daniel, en que figuró como cabeza de motín el joven tinerfeño marqués de la Florida, junto con D. Raimundo Fernández Villaverde), por el ministro de Hacienda D. Alejandro de Castro. Contestaba este a los ataques de la oposición unionista en el Congreso, y dirigiéndose hacia los escaños que ocupaba aquélla, exclamó:

—*¡Non ragionam di lor, ma guarda e passa!*

Al oír esto el señor Ardanaz, que se encontraba frente al banco ministerial, sin dejar casi terminar al señor Castro su cita del Dante, salta por los respaldos de los bancos, y dirígese hacia el banco azul con los puños cerrados, para agredir al ministro, produciéndose con ello un escándalo fenomenal.

Parece que la Reina llamó en seguida a Narváez para que la refriese lo ocurrido, y el general dijo a Doña Isabel:

—Pues, nada, señora; sino que como este Castro sabe tanto, ha empezado a hablar en latín y se han creído que hablaba mal de ellos”.

(1) Algunos que llegaron tarde, preguntábanle a Don Abelardo Vernetta.

—¿Pero usted traerá más?.

—¿Para qué?. Si se acaban enseguida.

¿Quién hubiera creído a Fraternidad capaz de la perfidia de traspasar la corbata de su elegante *oficiar* a un infeliz jorobado, también admirador de los encantos de la ciudadana?. No hemos podido poner en claro los motivos de este inesperado cambio de cuello de la corbata *topete*. Don Cirilo nunca quiso reabrir su herida, por lo cual omitió este íntimo y doloroso episodio al escribir la Historia. Y pues que la tradición oral se pierde en conjeturas y maliciosas suposiciones, dejemos el problema en este estado, para que lo despejen los biógrafos que nos sucedan.

¿Cuáles o *cuaslas* fueron las ocupaciones de Don Cirilo Moreno, durante los gloriosos días de la Revolución de Septiembre?.

No parece que por aquellas calendas los trabajos de su profesión le quitaran mucho tiempo pues nos declara que la mitad de las horas de oficina (1), las pasaba en políticas elucubraciones en la concurridísima asamblea de la talabartería del ciudadano Judas Avedanc. Ocupaba una accesoria de la misma casa oficina, convirtiéndose en el Club jacobino de nuestra Revolución, otorgándole al ciudadano Avedanc omnímoda influencia la hueste de exaltados contertulios federales que allí se congregaban, pillándoles al paso cuando descendían del rojo barrio de San Nicolás.

En cambio trabajaba Don Cirilo, y de firme, en la dirección técnica de las obras del Teatro, que empezó llamándose Tirso de Molina y entonces rebautizóse de Gran Teatro, lo que le permitía parangonarse con la magnitud de los

(1) Entonces estaba la de Obras Públicas en la casa del actual Hotel Negresco que da frontis a la Alameda de Colón con fachada a las calles de Muro y del Terrero. La entrada era por esta última, ocupando un departamento que recientemente tuvo la Caja de Ahorros insular. Debemos esta indicación topográfica al antiguo funcionario Don Cayetano Arocena.

tiempos. La última obra literaria de Don Cirilo Moreno fué la veraz y entretenida Historia de este nuestro hermoso Coliseo. (1). Empezando por la elección de solar, que se llevó a la orilla del mar, donde el batir de las olas en guijarroso playa ahoga la voz de los artistas.

Pero aún se soñaba con el retorno de la fragata *Macedonian* y otros buques de alto porte a los que se deslumbraría al pasar con la mole de nuestro nuevo Teatro. Y entonces no cruzaban nuestros mares, en la carrera de Indias, sino la velera *Gran Canaria*, tan isleña como el Roque Nublo, construída como el Teatro en Boca-barranco, con la olorosa y resinosa madera de nuestros pinares, mandada por su capitán, el palmero Don Pedro Arocena, y en constante emulación con los restantes barcos de la Habana, el bergantín *Las Palmas*, anteriormente bajo el mismo mando (2), el G. H. (García Hermanos), el *Triunfo*, el *Cuba*, y *Canarias*...

(1) El periódico «El Día» y quizá algún otro, publicó por artículos (con la ventaja de sustituir al de *fondo*) esta obra no recogida en volumen hasta la fecha y quizás la más amena y depurada entre todas las de Don Cirilo, siempre tan gratas. La leímos en cuartillas, facilitada por su autor, habiéndose extraviado con posterioridad a nuestra devolución. ¿No existirá copia en manos de algún curioso, que pudiera servir de base a una edición, donde saboreáramos los animados debates de los entendidos (la obra se costeó patrióticamente por suscripción) que enviaron con todo sigilo a tomar las medidas exteriores del teatro de Santa Cruz para encargarle al Arquitecto Jareño, autor de los planos, que el nuestro fuera mayor y de *cantaría azul*; acudiendo a los informes del indiano señor Yedra, *el mudo de San José*, empleado de Don Salvador Cuyás, sobre las butacas del Teatro Falcón de la Habana e imponiendo Pepe Antonio Caballero el modelo de las del Real de Madrid, por razones suntuarias.

(2) En *El Canario* de 8 de febrero de 1855 aparece este anuncio en letra negra y grande: «Saldrá para Matanzas y la Habana, a la mayor brevedad posible, el Bergantín *Las Palmas*, su capitán Don Pedro Arocena, admitiendo carga y pasajeros. Las personas que gusten aprovechar esta oportunidad pueden dirigirse a su dueño en esta ciudad, Don Jerónimo Navarro, calle del Cano».

Morales (Prudencio).—Los Barcos de la Habana. Un anuncio. Inserto en «Miscelánea». Obra citada pág. 19.

Este punto de vista marítimo ha sido siempre una verdadera pesadilla, influyendo lo increíble en la ubicación de edificios y barriadas. En la Gloriosa de Septiembre propúsose el derribo de la vieja Iglesia de San Agustín, no por pasión sectaria, sino para «que el navegante, a su paso, pudiera columbrar, *siquier* fuera de soslayo, un costado de la fuente monumental del Espíritu Santo terminada entonces». (1).

Con la labor profesional simultaneaba Don Cirilo la de propaganda política oral y escrita, la primera inicialmente en la Escuela de San Francisco y finalmente en la Gallera, nueva Convención canariense, sita en la calle de Santa Bárbara; la segunda dirigiendo el periódico «El Federal», luego colaborando en él y en su sucesor «La Tribuna». (2).

Tarea tan abrumadora no bastaba para absorber las ho-

(1) Moreno (J. Cirilo).—Cuadros históricos de la Revolución de Septiembre en Las Palmas. Obra citada pág. 84.

Por cierto que de la susodicha fuente, apreciable obra artística en forma de templete, debida a un tío de Don Fernando de León y Castillo, solía decir éste en su vejez, que tan encariñado con la obra estaba su pariente que la había proyectado con techo para que no se mojara.

(2) La Tribuna.

Sucesor de *El Federal* y antecesor de *La Moralidad* en la nutrida y brillante serie de periódicos pertenecientes a los memorables y extinguidos partidos democráticos de Gran Canaria, fué *La Tribuna* uno de los órganos más importantes de la juventud republicana de Las Palmas en aquellos revueltos tiempos en que se luchaba por las ideas.

Empezó a publicarse el 17 de Diciembre de 1869.

La Tribuna se publicó bisemanalmente por espacio de año y medio. Su último número fué el 121 que lleva fecha del 14 de Marzo de 1871.

Fueron sus redactores D. Francisco Morales Aguilar y D. Eduardo Benítez y González; y entre sus colaboradores más asiduos figuraron D. Antonio Moreno, Don José Alzola y Don Julián Cirilo Moreno.

Franchy y Roca (J.).—La prensa de antaño.—“El Museo Canario” año VI n.º 116.—23 marzo 1901.

ras de este activo joven de 27 años. Aún consagraba gran parte de su tiempo a resolver los problemas tácticos que se le planteaban como Teniente de la primera compañía de Voluntarios de la Libertad. ¿De qué le valía contar en sus filas con el imponderable ciudadano *Machaca*, cuyo tambor no cesaba de tocar *dianas, asambleas, retretas*, y otros mil redobles, si los martillos de sus herrumbrientos fusiles no querían bajarse a la voz de carga, resistiéndose tercamente al esfuerzo de la mano?. De no remediarse, esta deficiencia hubiera estropeado sin remedio las geniales combinaciones estratégicas de un Napoleón. Pudo más el ingenio de Don Cirilo. Dejémosle relatar la génesis de su reforma. Díjole a sus hombres: (1).

— «La táctica de los grandes capitanes se ha sujetado siempre al armamento; cuando éste cambia, cambia también aquella. ¿Que nuestras manos no pueden bajar los gatillos?. Pródiga naturaleza nos ha dado otras extremidades que pueden hacerlo. Observadme para que me imitéis luego.

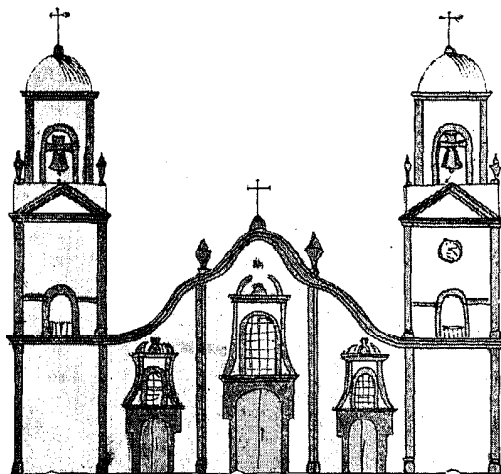
«Y seguidamente, teniendo el fusil en la posición que precede a la bajada de aquella pieza, emprendí un movimiento en tres tiempos, combinados de modo que en el último, viniendo el arma al descanso, recibía sobre ella un gran golpe con el pie que le hacía bajar; luego bajada ya, en otros tres tiempos se colocaba el fusil en la actitud del *cebe* y se le ponía el pistón».

Ha llegado el momento de preguntarse: al echar sobre sí Don Cirilo estas cavilaciones bélicas ¿rendía culto a Marte o a Venus?. Porque es el caso que aquí, precisamente aquí, aparece *ella*. Ella es la rubia Fraternidad. Si la instrucción mi-

(1) Cuadros históricos, pág. 214.



Vieja estampa de la Iglesia de Gáldar



Estampa de la Iglesia de Guía, como la conoció Don Julián Cirilo cuando vivía en aquella ciudad.

litar llevaba a nuestro apuesto oficial al cuartel de San Francisco, dedicaba las tardes de los días festivos a la inevitable visita de las entuciastas federalas del barrio de San Nicolás.

Aparecía Don Cirilo con el fantasioso indumento que él mismo había diseñado para uniforme de su Compañía: pantalón blanco con faja roja, garibaldina azul con bocamangas de aquel color y gorra también azul con galón igualmente rojo.

En la casa de cualquier ciudadana, el baile no se hacía esperar. Los que se relamen de gusto, imaginando pecaminosas promiscuidades, guarden sus torpes lascivias para mejor ocasión. Una y otra vez nos pone en guardia Don Cirilo contra impúdicas presunciones. Cierto es que «en aquellos revueltos tiempos tuvieron su origen, en lugares *non sanctos*, los célebres remedos de inmundas lupercales que se denominaron *bailes de taifas*, sin que pueda precisar el por qué ni la analogía de tal denominación». Mas el cronista que así lo admite, agrega a continuación: «De suponer es que mis frescachona Fraternidad no concurriera a esas *taifas*, que por otra parte nada que ver tenían con los bailes que celebrábamos en San Nicolás con nuestras federalas, honestitas siempre». (1).

No parece, sin embargo, que el despego llevarase al extremo que tiempos atrás exigía en los bailes del Casino, el moralizador y antipático *bastonero*. El sable enredábasele a Don Cirilo entre las piernas de sus conciudadanas del Risco, cuando con ellas danzaba. Y el voluminoso revólver, cargado y todo, que ceñido a la cintura llevaba, a guisa de ciudadano

(1) Cuadros históricos, págs. 252-263.

norteamericano, destacaba su bulto de tal manera bajo la garibaldina que al observarlo la linda Fraternidad, no podía menos de encomiar el valor de su *oficiar*, que llevaba aquel *rebelbero*.

Ya se nos tarda ver enlazadas las parejas. Al son de una habanera, al parecer isleña, que destronó en aquel entonces todo el repertorioailable, cantaban los hombres, al cadencioso compás de la danza:

*«Tengo los zapatos rotos
de subir a la azotea,
a ver si veo venir
al valiente Salvochea».*

Y coreaban ellas:

*«Republicana,
Sal a bailar,
Que siempre he sido
De la república federal».*

Aún queda la velada, para completar el cuadro de las incesantes ocupaciones de Don Cirilo, en los afanosos preludios de la Gloriosa. Si la tarde es de Terpsícore, la noche corresponde a Talía. Esta bien sazónada reseña histórica teatral, también nos la facilitará Don Cirilo, poco antes de dejarnos, en 1914, cuando ya no se trataba con otra musa que la fría Clío. (1).

Actuaba en el Teatro Cairasco (el nuevo Teatro poco rebasaba de cimientos) la Compañía lírica de la Tili. En los entreactos, siguiendo antiquísima tradición, intercalábanse bailes

(1) Moreno (J. C.).—Lo del Trípli. Obra citada, págs. 51 a 86.

y canciones. Era la de moda la tonadilla del *trípili*. No recordaba Don Cirilo, en su senectud, sino el comienzo: «Con el trípili, trípili, trípili, con el trípili, trípili, trápala...» Aunque no la oímos, una erudición barata nos permite el lujo de insertar completo el estribillo: (1).

*Con el trípili, trípili, trápala,
esta tonadilla se canta y se baila.
¡Olé, morena,
viva tu gracia,
que me has robado el alma!*

El texto de la tonadilla sufría, a placer de los cantantes, infinitas variaciones. En honor del paseo del Perejil, en Cádiz, hízose clásica la de: «Ayer en el Perejil,—estaba la que yo quiero,—con dos soles en la cara,—que más que cara es un cielo».

En Las Palmas cantaba la bailadora Agustina, esta otra, no muy adulatora para el *bolero* Gallardo, que le hacía pareja:

*Con Clavijo y con Llarena
y con Nicolás Navarro
bailaría con más gusto
que con el tío que bailo.*

Don Cirilo completa las señas de los aludidos: «Clavijo es el simpático y ocurrente Coronel de Ingenieros de entonces, Llarena un pollo guapote, Jacinto de nombre, y Navarro el celeberrimo Poliuto».

Este inocente baile fué causa de una algarada que moti-

(1) Navarrete (José).—«El Trípili».—Inserto en «Niza y Rota. Verdades en tre cañas de vino y ramilletes de violetas.—París.—Garnier hermanos.—1899».—Pág. 69.

vó la dimisión de un excelente Alcalde, el Dr. en Medicina Don José Torres Matos, *republicano de los Estados Unidos*. ¿Por qué de los Estados Unidos?. Porque los de su grupo, republicanos teóricos, no creían factible, en la práctica hispana, la implantación de su ideal—«¡Si fuera en los Estados Unidos!»,—deploraban. El grupo de los republicanos de Suiza era muy escaso. Apenas si lo constituía Mr. Bonny, relojero de aquellas nevadas montañas.

El capítulo histórico del *Trípili*, que en su leyenda adquiere catastróficos rasgos de apocalipsis, en la historia se reduce a la negativa del Alcalde, que presidía la función, a que se repitiera una y otra vez el *trípili*, como pedía desafortadamente un grupo de espectadores, acostumbrados a vociferar con cualquier pretexto y a imponer sus caprichos y a veces su programa, sustituyendo la pieza musical que tocaban por el danzón de *Tengo los zapatos rotos*.

Pero dieron ahora con un Alcalde que estaba empapado del *París en América*, de Eduardo Laboulaye. Sabiase de memoria la corrección con que procedían los puritanos del Ohio, del Massachussets y de la Pensilvania. Hombre de humilde origen, debía a sus exclusivos méritos su elevada posición social. Era todo un *self-man*. La independencia de su formación permitíale tratar con igual rasero al rico que al pobre. En beneficio de la Ciudad impuso su autoridad lo mismo con la supresión de las democráticas *parrandas* (con que no había podido López Botas) que de los estercoleros de las aristocráticas fincas que rodeaban la capital.

Total: que el vocerío pidiendo el bisado del *trípili*, trocóse ahora en denuestos al Alcalde. Que ordenó despejar. Lo que se llevó a cabo sin incidente. Y para satisfacción del principio de autoridad metió en la cárcel, al otro día, a la media docena de jóvenes alborotadores que capitaneaban el *abucheo*.

¿Quiénes fueron éstos?. Don Cirilo los enumera así:

«Al despertar el alba del siguiente día, ya estaban enchiquerados, en la cárcel del Partido, Ramírez Racha y el Periquito, (D. Pedro Manrique), algo más tarde siguieron los dos Saros, (Bary y Champsaur), el cabo de los voluntarios de Gutiérrez, Juan Melián Marrero, y por último mi futuro cuñado Eduardo Benítez. También sufrieron igual suerte en la tarde de aquel día, o en el siguiente, Pepito del Toro el escribiente del abogado D. Ignacio Díaz, y el rascarrabias maestro de música Rafael Dávila (*Cachoven*). Hoy, si hubo más, no recuerdo de otros».

«Presentáronse como defensores—epiloga Don Cirilo—espontánea y gratuitamente, el cura Emiliano Martínez, que, aunque de la cáscara amarga, al decir de la gente, cura era y abogado además, y los que de tales ejercían sin cútrato: mi amigo Rafael Castro y Don Francisco Doreste Ríos». (1).

Dimitió el Alcalde su cargo, fueron los autos sobreesidos, mejoró la compostura en el Teatro viejo y cesó el Municipio de Las Palmas de gobernarse por las leyes de la Confederación norteamericana. (2).

Pocos meses duró este ajetreo revolucionario de D. Ci-

(1) *Lo del Tripili*. Obra citada, págs. 81 y 82.

(2) He aquí el responso del Teatro viejo, cantado por el periodista *Félix del Saucillo*, (seudónimo juvenil de D. José Franchy y Rocá):

«El Gabinete Literario va a emprender una vasta obra de reforma del edificio en que está instalado. El viejo Teatro de Cairasco, cuyo raquítico escenario y cuya sala estrecha y oscura pudieron llenar con creces la misión de templo de Talfa en Las Palmas de nuestros abuelos, estaba ya ha tiempo abandonado como inútil para local de espectáculos públicos, y va ahora a recibir el último golpe. Desaparecerá el teatro viejo para dejar lugar a un elegante casino a la moderna.

«Ellos no han olvidado... el deleite con que desde el duro asiento de la luneta o de las tablas en escalinata que servían de palcos *se gozaron* la primera función...

«Años hace que el bullicio y animación de las veladas teatrales desapareció de

rilo. Apagaron su fuego político y patriótico los *bomberos*. ¿Quiénes fueron los *bomberos*? Con tal calificativo designóse al partido restaurado de López Botas, *el Tirano*, que recluído en su finca del Monte, en los albores de la Revolución Setembrina, regresó a tiempo de ganar las primeras elecciones municipales, reuniendo sus fuerzas conservadoras a las de la fracción más avanzada del partido federal.

Púsose en evidencia para los confiados revolucionarios de la ínsula, respecto a López Botas y sus secuaces, cuya pa-peleta de defunción extendieron prematuramente, que *los muertos que vos matais gozan de buena salud*. Nadie tomó en serio el renacer de su partido, reagrupado bajo el lema de *Todo por la Gran Canaria y para la Gran Canaria*.

Únicamente vió claro el ciudadano Domenech. Este orador nato, que luce en la Gloriosa isleña con luz propia, ante la cual palidecen la de los corifeos castelarininos, no desdeñó el peligro que la fundación del partido *bombero* representaba.

Dijo entonces con profética voz: (1).

—Nidos de *cocodrillos* son los tiranos. Yo he estado en la América y allí los *cocodrillos* imitan el llanto de los niños para atraer a los caminantes y devorarlos. Los bomberos son los tiranos: lo han sido siempre, aunque ahora vengan con el

allí. El *Tirso de Molina*, que al principio nos pareció enormemente grande y ahora nos está resultando pequeño, acabó con el diminuto *Cairasco*, quitando a los abonados a la platea el cuidado de llevar las sillas de su casa so pena de presenciar a pié firme la función. Pero desmantelada y todo, en su sitio permanecía la sala aquella guardada de galerías con su escalinata de tablas para asiento de los espectadores, y allá en lo alto los agujeros semicirculares del *gallinero*. Todo eso vá a desaparecer ahora, porque el Gabinete Literario se encuentra estrecho en su casa y quiere ensancharla..."

El Museo Canario.—Año VI, n.º 107-16 de Enero de 1901.

(1) Cuadros históricos, págs. 155-156.

programa que han lanzado a la calle, diciendo que admiten las ideas de la Revolución. Ese es su llanto ciudadanos; si los creéis seréis devorados por esos *cocodrillos* y os tiranizarán de nuevo.

Remató su oración con otra audaz metáfora, inédita aún en el florido arsenal de tropos de la Elocuencia ateniense:

—Yo he visto a los *machangos* en América tirarse de un árbol a otro y cuando me creía que vendrían al suelo se quedaban agarrados de una rama con el rabo. Así, ciudadanos, son también los bomberos: ahora, después de la Revolución, parecen que están caídos y que no volverán a levantarse; pero, ciudadanos, tened mucho ojo, temed al rabo de los bomberos y estad alerta.

De una carta fechada en Las Palmas el 17 de Marzo de 1873, dando cuenta de la proclamación de la República, hecha la víspera en esta ciudad, copiamos lo siguiente: «Por la tarde hubo manifestación con estandartes, banderas, colgaduras en las casas de la carrera, banda de música, cohetes. En la plazuela de la Democracia, antes Príncipe Alfonso, hablaron Domenech y Jurado. ¡Qué discurso, muchacho, el de Domenech! Cirilo Moreno que estaba a mi lado, y que ya no se llama Pedro, me decía: «¡Me gusta más Domenech, con su oratoria de brocha gorda, que todos los artistas almibarados de la palabra!»... ¿Cómo recordar todo lo que dijo?. Que se acabaron los parias, que ya estaban arrugados los pergaminos de los nobles, que todos éramos ciudadanos, que la República como el barranco arrancaba por todo y nos dejaba iguales. El discurso fué coreado por risas y aplausos. Diga lo que quiera Cirilo, Domenech no nació para estos trotes. Dice Don Rafael Lorenzo, y estoy de acuerdo, que sólo sirve para componer bacalao a la vizcaína. Por la noche hubo

iluminación en la plaza de la Libertad, paseo y música por la banda del joven aficionado Rafael Dávila». (1).

Es decir, que cinco años después de la Gloriosa, no desmerecía en nada la originalísima oratoria del ciudadano Domenech; pero su ferviente admirador Don Cirilo Moreno, ya no se llamaba Pedro. Ni volvió a llamárselo. Pocos podrán ufanarse de haberle dado tantas vueltas a la casaca. En el resto de su vida sus colores políticos recorrieron la gama del arco iris, siendo consecuente, sin embargo, en afiliarse siempre al partido más alejado del Poder, cuyas granjerías nunca le tentaron.

Apenas pasado un año de la de Septiembre, declaróse carlista, ingresando en el microscópico partido que formara otro ex-correligionario que se le había adelantado algunos meses en el resellamiento. A fin de siglo, cuando escribía sus cuadros históricos de la setembrina en Las Palmas, declaraba haber dejado al partido carlista «al verlo aquí convertido, o sospechármelo, en partido de salón, con sus puntas anglómanas, además». Quiere que conste asimismo que a la augusta Señora Doña Isabel, que aún vive en el destierro, le guarda en este año de 1899 «los respetos, fidelidad y pechos que a su verdadera y legítima reina debe un buen vasallo».

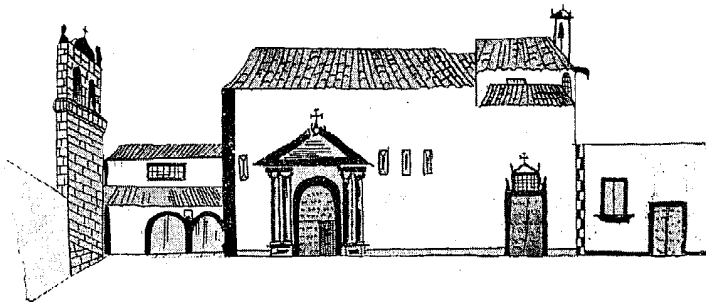
Es más desconcertante todavía el último avatar, aparecido en una publicación póstuma, que recoge en folleto un corto número de sus postreros artículos periodísticos. (2).

(1) Morales (Prudencio).—Cuentos de nuestra Historia. Obra citada. Capítulo "La República en casa", págs. 225-226.

(2) *De re estereotómica, de digresiones y del Maestro Manuel Segundo*. Recopilados por este en edición no venal titulada: "De Estereotomía. Trabajos ejecutados por Manuel Segundo Hernández, (con juicios emitidos por personas técnicas). Las Palmas, 1919."—Págs. 19-20.



Exterior de la Santa Iglesia Catedral.
 (La fachada antigua y sus torres albeadas de rojo).
 (Manuscrito anónimo de 1852, prop. de S. B.)



Vista de la Iglesia de San Francisco.
 (Manuscrito anónimo de 1852, prop. de S. B.)

Declara aquí terminantemente «que no fué nunca bombero, ni ha pertenecido, ni pertenece al Partido y, en cambio, es demócrata republicano con ribetes de ácrata, si bien en otro orden de ideas, Católico, Apostólico, Romano; único camino que yo entiendo, para llegar a ese fin político-social».

¡Oh, ironía de las cosas! Túvole por traidor el partido federal, por sus connivencias con el *bombero*, que quizá fuera el único a que nunca perteneció. Puesto en entredicho, aglomeróse a la sospecha inicial buen lote de acusaciones subsidiarias. ¡Hasta su genio militar púsose en duda, considerándole autor de la indisciplina de su Compañía (la 1.^a de Voluntarios de la Libertad), buena parte de la cual negóse en lo sucesivo a bajar el martillo sino con el pié, adoptando la cirílica reforma táctica.

Sintiéndose espiado, fuese alejando de toda actividad política. Mas las peroratas del incomparable Domenech seguían arrastrándole a la Gallera, que era el Agora de este Demóstenes. Y una infausta noche, la tempestad estalló. Oyóse el grito de ¡*Abajo los Morenos!* Pudo escapar, protegido por el capitán de la 2.^a, el convencional Gutiérrez y acompañado por el ciudadano Judas, que dejando malparado su nombre, mostróse fiel al contertulio de su talabartería.

La carrera pública, la marcial y aún la afectiva de Don Cirilo Moreno habían terminado. Debemos a su pluma este epitafio: (x).

«Al saber mi desgraciado lance, *Fraternidad*, aunque ya con novio y casi entibadas nuestras relaciones, hizo porque nos viéramos para consolarme.

(x) Cuadros históricos, pág. 334.

—«No podemos pelear *yo y tigo*,—me dijo al verme—
yo siempre te quiero, pero *sos temoso*. Si estabas *virao* ¿a
qué *fiste a dir* a la *Gallera* que por *mor de tuya* me has da-
do un disgusto?»

«Buena Fraternidad; tus palabras dichas aquella misma
noche me consolaron más de lo que te figuraste».

INVOCACION

Hipócrita lector, mi semejante, mi hermano: (1) para
tí no queda nada en esta biografía. Lo que resta es cosa ínti-
ma, que no te concierne. Quisiera elevar mis preces para que
los dioses sean benignos con aquel buen compañero y amigo,
el venerable anciano que el día 5 de enero de 1916, callada-
mente, humildemente, como siempre viviera, cruzó el mar te-
nebroso, que no admite retorno, transitando de la Isla Afor-
tunada a la de los Bienaventurados.

Oración que compuse sobre el Risco de San Nicolás *en el tránsito de Don Cirilo Moreno.*

Dadle feliz travesía, dioses inmortales. Haced que Ca-
ronte, que guía la barca, revista la apariencia del *cambullone-*
ro, que ello le hará grata su charla.

(1) No tomo estas expresiones del final del maravilloso cuento "El Manda-
rín" de Eça de Queiroz. Aparecen en el *Espadon satyrique*, de Claudio de Ester-
nod, obscuro poeta francés del siglo XVII, citado por

Gourmont (Remy de).—"Promenades Littéraires". Deuxième Serie. Huitième
édition. Paris. Mercure de France. 1913. Pág. 271.

Llegados a la lejana orilla, no habrá tardanza en el Juicio del muerto. Ante Osiris y ante su esposa Isis, la balanza se mantendrá en el fiel, pues el corazón del recién llegado equilibrará en su platillo el de la Bondad, la Verdad y la Justicia.

Y ahora, dioses amables, dioses corteses, dioses sociables, no extreméis los agasajos. Enseñadle, sí, a la ligera, los Campos Elíseos, donde Luciano y Fontenelle sorprendieron los ingeniosos diálogos de tantos históricos fantasmas. Paseadle brevemente por los jardines de sicomoros, pero ellos no tienen bananas.

El rincón predilecto de Don Cirilo distínguese a lo lejos, entre el verde veronés de los platanales. Su espíritu late cuando atraviesa unas redondas columnas de sillería azul, que antes encuadraron el portal de la Iglesia del Monasterio de Santa Clara. Síguense los frondosos laureles de una Alameda dedicada a Colón, que también va para Santo.

No seáis indiscretos, dioses caritativos, dioses indulgentes, dioses magnánimos. Dejadle ahora marchar solo. Su cuerpo menudo sube alígero una empinada calle de San Justo, que tiene por remate una modesta Ermita de San Nicolás. En alguna casa del barrio, ¡oh dioses omnipotentes! haced que viva Petronila, que su madre llamará *Petrolina*. Y si son sus cabellos de oro, y su seno turgente, y sus ojos celestes y trabuca las *eles* y las *erres*, dejad que Don Cirilo encuentre en ella a *Fraternidad*, como Don Quijote en Aldonza Lorenzo a Dulcinea del Toboso.

Rejuvenecedle, dioses taumátúrgicos, dadle su capilar cubierta al calvo cráneo, devolved su prístino color a los plateados pelos, retorcedle las puntas del fino bigote, otra vez brillen los cansados ojos con destellos juveniles bajo la espaciosa frente; y el mejor sastre divino vístale guerrero uniforme, cuyo patrón dará el interesado.

Esto es todo lo que de vosotros solicito, serviciales dioses. Lo demás viene solo. ¿No veis las sombras ondulantes?. ¿No oís el son de la habanera?. ¿No observáis en las caras la dicha del paraíso?.

Y luego, cuando la tarde caiga, no importa que Don Cirilo pierda sus galas. Podéis despojarle de juventud y bélica indumentaria. Pero dejadle—¡dioses compasivos!—que descansa a la puerta de una botica. En la abundancia de los Elíseos Campos, preferiría se le asignara la de Bojart. Otorgadle—¡oh dioses clementes!—que a la ténue luz del crepúsculo pueda descabezar la modorra del bochornoso día en inclinada silla, cuyo respaldo apoya en la pared.

Y velen su sueño las Gracias. Y coronen de laurel sus sienes las Musas.

SIMÓN BENÍTEZ.

Octubre, 1946.

*DE LOS PUERTOS DE LA LUZ Y DE LAS PALMAS
Y OTRAS HISTORIAS*

I

AÑORANZAS DE GUIA

A la mitad, o a menos de la mitad, que no reñiremos por unos cuantos días, del año 57 del finado siglo, vine de Guía, por primera vez, a Las Palmas; condújome un mulo que mi padre tenía en su labranza, y en el cual acostumbraba a *jinetear* por los alrededores, sobre todo cuando había festejos, sin que hasta entonces hubiera rebasado de San Andrés, en la Costa de Lairaga.

Reciente estaba la célebre carrera del caballo de los Aguilares y el mulo de Don Blas, carrera fantástica que ambos animales realizaron en un lapsus de tiempo maravilloso. Y aquel largo y agrio camino de la ciudad a la Villa, que sirvió de pista, recorrido con velocidad de hipógrifos, no verá repetido el caso, así se trate de cabalgatas de Walquirias.

Como muchacho de campo e hijo de labrador me agarraba, es decir, me tenía seguro en la montura, si bien con escasa o nula bizzarria, seguridad que falta, las más de las veces, a los que *pinturean* por las calles con *habilidades* y aposturas de escuela, que fallan al salir a campo libre, y suelen exigir, so

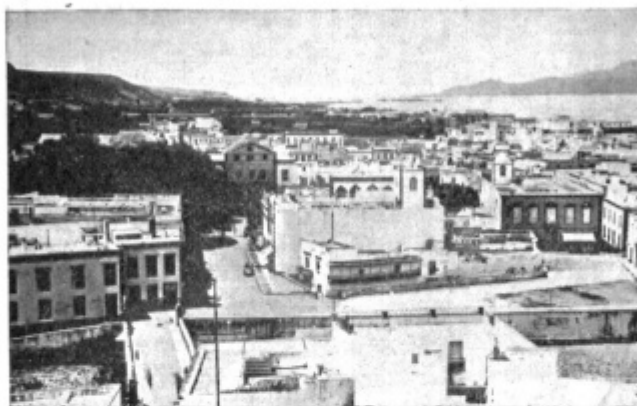
pena de fracaso, el grotesco *aparejo de balandros* que aquí se dice.

Salí, pues, de Guía, a *espuela pegada*, arrancando a *carrera abierta* hasta Las Palmas, llevando *in mente* la pretensión de alcanzar un éxito que se acercara al de la carrera mentada, que conseguí, en parte, si parte puede llamarse a las dos horas y media que duplicaban el tiempo de duración de aquélla. Pagaron tal pretensión, y de modo cruel, mis posterioridades, lo que no fué óbice para que hostigara al mulo, ya entrado en Las Palmas, a *emprender la grotesca zarabanda de relinchos, coces y empinadas* que era de rúbrica, dentro de poblado, en la hípica campestre, valiéndome—contra de lo que esperaba—estos arrestos de cerril centauro, un unánime:

—¡Vaya un *maúro* más animal!—

Y vuelvo por última vez a ocuparme de la célebre carrera del mulo y el caballo: ganóla éste por una ventaja de pocos minutos, pero debo aclarar que inteligentes en la materia achacaban la ventaja esa a la habilidad del jinete que lo montaba, y a su poco peso. Antonio Jaizme se le llamaba y Gregorio «El Chocho» a su contrincante, siendo el Antonio hermano de Chanito el de «La Cochera», con más dinero el tal Chanito, según sus decires, que la puerquísima expresión que de meta le sirve.

De la Capital, donde ví la luz, vine con mi familia, de edad de siete años, a establecerme en Guía, donde mi padre, en terreno propio, ensayó el primer cultivo de la cochinita. Llamábase la finca «La Esperanza», y allí feneció la del autor de mis días, mártir como todo iniciador o apóstol, al extremo de que la finca hubo de enajenarla, pasando el dueño de propietario a arrendatario, pero siguiendo siempre en sus treces de cochinitero.



Desde la torre norte de nuestra Catedral era ésta la visión que ofrecía el edificio viejo del Gabinete Literario, que encerraba dentro el local del Teatro de Cairasco, el primero que hubo en Canarias. Al centro, la pelada Plazuela del Principe Alfonso con el caserón de las «niñas» Falconas, desde cuyo balcón la juventud femenina de la vieja aristocracia veía cómo se jugaban en ella los Carnavales. Entre el edificio que ocupó en la calle de la Peregrina y Remedios el Hotel Europa y la casa comercial de Lisón, el muro de la histórica «botica de las Cadenas», feudo hereditario de las «niñas» Vernetta, hijas del viejo boticario de igual apellido.

Ni de Pestalozzi ni de Froebel tenía la más remota idea Don Basilio, en cuya escuela me pusieron con mi hermano menor Antonio; ignoraba aquél lo que fueran los *Jardines de la Infancia*, si es que en aquellos tiempos se hablaba de eso y no hubiera nunca digerido lo de *enseñar deleitando*. En lo de los *Jardines*, juzgaría, de tener de ello conocimiento, que disfrutando los chicos de tales alicientes, no podrían fijar su atención en otras lecciones que no fueran las del juego del boliche, de las cometas, de la *una la mula*, u otros relacionados con sus infantiles sentires e inclinaciones, y en cuanto a lo del deleite de la enseñanza no lo habría nunca para el profesor en su arduo trabajo, y mucho menos para el discípulo, que instintivamente ve en ello un tormento. Sí que iba a explicar eso del deleite al «Conejero», a los hermanos Juan y Pepe del Pino, a Ramón Girvia, especie de hotentotes que en dos años de escuela no habían pasado de la mitad de la cartilla. Máxima antigua, aforismo comprobado por la experiencia, asegura que *la letra con sangre entra*; y no de otro modo lo entendía el maestro, a pesar de su dulce carácter y bonachones proceder, condiciones que le distinguían *ex-cáthedra*, desde luego.

Componíase el edificio escuela, semirruinoso, de un mediano salón con alcoba unida, y de un patiecillo seguido de un corral para excusado. Había en el corral un asiento de tablas podridas que estaba en desuso por temor al fracaso, y los menesteres se verificaban en su suelo de tierra.

A veces las emanaciones nada ambarinas que del corral venían, se apoderaban de lleno del salón y alcoba; el hecho molestaba a las infantiles narices y a las del maestro inclusive, pero no les contrariaba, pues de ver era la maciza carnosidad del dómine y el color de su rostro, de salud rebosantes, al igual que el aspecto mofletudo, rollizo y colorado de los

educandos, cuyos erupcos y *regüeldos*, hijos de la *leche espesa* que rebullía en sus estómagos, denotaban por lo sonoro y claro de sus timbres una salud a prueba.

En dos bandos, sentados respectivamente a uno y otro lado del salón, se dividían los educandos; el maestro ocupaba el recinto del fondo y el frontero servía de paso al patio y corral consecutivo, a más de depósito de chismerías y cosas magistrales que no hallaban cabida en su vivienda; la alcoba era el lugar de *los imposibles*: una especie de antro donde se hacinaban en montón los torpes de solemnidad y los de carácter pendenciero. La división en los bandos aludidos, que se denominaban *Roma* y *Cartago*, era cosa corriente en todas las escuelas de entonces; y esta clásica reminiscencia servía, con éxito, de estímulo para los estudios, pues los chicos así emulados apretaban en su lecciones para alcanzar el premio en los exámenes de repaso quincenales. Consistía este premio en que se escribiera el nombre del bando vencedor dentro del espacio que dejaba el cerco de la corona de laurel que figuraba pintada en la cartulina colgada en el muro espaldar del asiento del maestro, en lugar preferente, debajo del crucifijo. Y como la posesión no era quieta y pacífica por interrumpirla la contingencia de otros exámenes, aquel nombre, aunque con letra grande y visible, se rotulaba con carboncillo, a fin de que pudiera borrarlo la miga de pan, pues aún la goma no se conocía, cuando se presentara el caso de sustituirlo. Pero no sólo el emblema minervino se ostentaba en el sitio indicado; acompañábalo horrible sarta de instrumentos de suplicios dantescos, y de ahí las palmetas de tamaño variado, las disciplinas y las varas de mimbre—*brimbes*, que decían los chicos atemorizados—amén de la larga caña que alcanzaba a todas las cabezas, a todos los rincones y a todas las distancias; sin embargo no podía aplicarse al antro escuela el «*lasciate*

ogni speranza voi che entrate», porque de allí salí yo con mi hermano y otros, sin que probáramos ninguno de aquellos medios de punición y recibiendo, en cambio, una sólida instrucción primaria que no obtienen los niños de hoy.

También los «Conejeros» y comparsas, donde empleaba el maestro los extremos de sus castigos, se hicieron hombres sin quebranto de ninguna de las partes integrantes de sus humanidades, y resultaron robustos jornaleros, y, algunos, entendidos menestrales.

Don Basilio nos enseñaba, a más de la Gramática Castellana, rudimentos con bastante extensión de la latina, Aritmética hasta la «regla conjunta», con continuado ejercicio de problemas, Doctrina e Historia Sagrada, Geografía e Historia de España, a más de la famosa «Cartilla de las Ciencias» de rigor entonces. La Historia de España era la en verso del Padre Isla, prontuario o *vademécum* que me sirve hasta hoy de recordatorio, cuyas puntas filosóficas en ciertos reinados se destacaban con gracejo a pesar de la brevedad de los pareados. Sirvan de ejemplo los aplicados al Sabio Rey de las Partidas y de las Tablas Astronómicas:

*Alfonso diez, a quien llamaron sabio,
por no sé qué tintura de astrolabio,
lejos de dominar a las estrellas
no las mandó, que le mandaron ellas.*

Y efectivamente, aquel rey sabihondo estuvo a pique de perder lo conquistado a los moros por su mala política y administración. Y basta por ahora de añoranzas, que prometo proseguir cuando me cuadre, aunque a ninguno le interese, en obsequio mío, que alivio mis amagos de neurastenia con tales recuerdos.

POST SCRIPTUM.—En la escuela de Don Basilio hicieron su instrucción primaria el Ingeniero de Caminos Don Antonio Molina; mi segundo maestro Don Santiago Hernández; el Procurador mi amigo Pedro Batista; José Martín (*Serina*) matemático y de todo; Rafael Almeida (*el Yankee*), escritor con vistas norteamericanas, y otros más que no recuerdo ahora.

NOTA.—No sé que hubiera retrato de la reina en el salón de la escuela. El chico no temía al castigo del maestro sólo por el hecho, sino porque generalmente era precursor de otro más terrible aplicado por el padre dentro de la misma escuela, coreado con un *pa que aprendas*, en cada latigazo, y un llanto general de los demás muchachos.

II

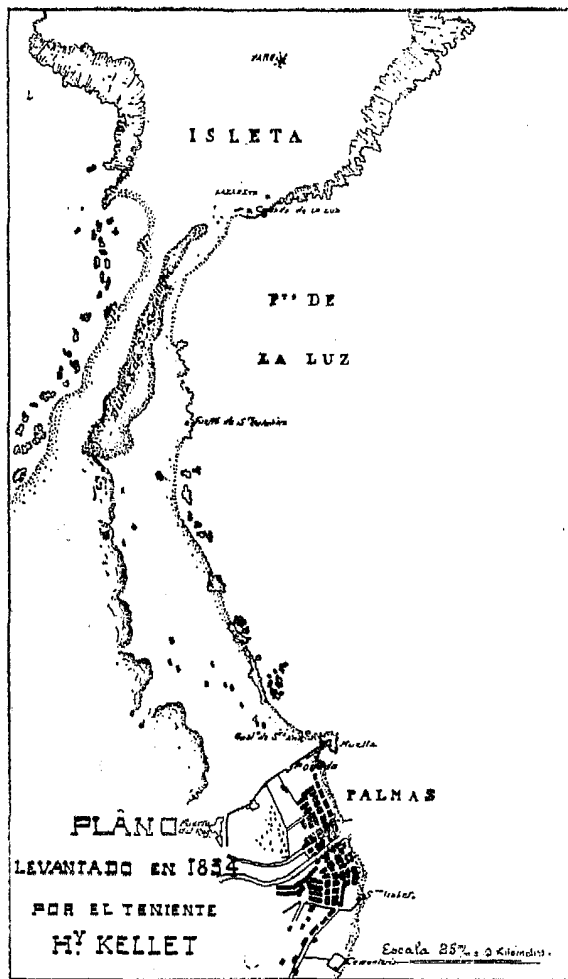
DEL PUERTO DE LA LUZ, ENTONCES

Vivían y morían muchos en nuestra Ciudad sin haber sabido de ese Puerto nada, en aquellos tiempos, que no fuera por referencia. La mismísima fiesta de la Virgen era más frecuentada por la gente de los campos que por los hijos de la Metrópoli. Allí no concurría de ella sino algún romero, por excepción, pues nuestra abogada en devociones era y es la Virgen de la Soledad de la Portería. Claro que la gente joven, parrandista y calavera, no se quedaba atrás en la fiesta, no por el hecho de la devoción, sino por otros opuestos fines, despertados por los cuentos sicalípticos tradicionales que de tiempo atrás se repetían. Y claro también que los tales cuentos debieron ser fantasías de lúbricos cerebros ancestrales, pues así lo probaba la cosecha de bofetadas que los coetáneos, en pago de sus atrevimientos, de las hembras recibían, amén de algunas palizas propinadas por los varones cancerberos de sus encantos. Que todo era presentarse y vencer creían nuestros jóvenes más atrevidos, y que aprovechando, a falta de otro expediente, el misterio de la noche de la víspera, después de

los fuegos, cuando las mozas aguardaban durmiendo en la playa, al aire libre, la llegada de la fiesta, era como coser y cantar la cometida del desaguizado, conmezclándose en el rebaño cual traidor lobo hambriento. Pero aquellas hermosotas durmientes cerraban sus ojos para velar con el otro: y tal lo comprobó en su adamada persona un mi camarada, que apenas comenzara, en busca de lo ignoto, a revolver tapujos, sintió en su cuello dos manos femeniles, dos tenazas más bien, que a poco le ahogaran de no pasar al rostro a emplear sus garras para dejarle hecho todo un *Ecce homo*.

La ciudad, entonces, limitada al norte por la extensión de arena que fuera de la portada comenzaba, y formada por altas dunas, envolvía en el misterio al Puerto de antes; y había quien prefería ir a Mogán a pie, antes que atravesar aquellos arenales, sobre todo en días de viento, que era lo frecuente.

Vetusta muralla de piedra, que tuvo su buena historia en los tiempos gloriosos de Wander-Doez, corría como defensa desde las alturas del Castillo del Rey hasta el derribado torreón de Santa Ana, abriéndose en ella la famosa Portada, al final de la tortuosa calle de Triana, compuesta allí de pobres y raquíticos casuchos que fueron expropiados el 68. Después de la Portada, el trozo que iniciaba la carretera al Puerto de la Luz, ya comenzada, y a cuyo borde poniente se echaban los cimientos de la primera casa, llamada «De la Rifa», que se terminó a los finales del 58, en plena división aún de la Provincia. Nada después: arena y siempre arena, hasta llegar al *Mesón* ya en pleno Puerto; junto al *Mesón* o muy cercano (que bien no recuerdo), se alzaba el cuartelillo de la guardia de carabineros, comandada por el señor Marrero, amigo de mi padre, conocido, más bien, por la característica de «El Sargento del Puerto» o el vecino de Señá Rosarito. Y en tanto que aquél se encargaba en su cuartelillo de mante-



Las Palmas y sus Puertos en 1834

(Original prop. de Don Cayetano Arocena y Grondona)

ner el espíritu militar de sus huéspedes, dormidas generalmente bajo su inspección de *vista gorda*, ella confeccionaba, en el Mesón, sus platos de comistrajés para el pasajero que llegaba, o despachaba sus bebidas para éste y los pescadores del contorno. El varón se entendía con los asuntos de Marte y Belona, y la hembra con los de Como y Baco. Algo más allá dos casuchas semi-ruinosas, mansiones solariegas de las dos familias que capitaneaban los dos *clanes* de pescadores que allí existían de muy antiguo, los Montenegros y los Perpetuos. Después ninguna otra cosa que la lava y conos de la Isleta, ennegrecidos y aflictivos. Por la playa frontera al Mesón y Cuartelillo un escalón o rediente de la roca de la playa, cubierto hoy por las arenas que se le han aglomerado, prestaba facilidad relativa de desembarco, abrigado, en cierto modo, por las montañas, de las mares gruesas. Y si bien es verdad que la naturaleza no había formado allí un puerto de las excelencias que alardeábamos, también era cierto que, con ventaja, dejaba a un lado, como fondeadero, a los de «Las Comedurías», «Los Plátanos», «Los Almacenes» y «Las Tenerías», con que la rada de nuestra Ciudad creía apabullar a la de Santa Cruz; y en cuanto a condiciones de ataque de lanchas, allí estaba aquel rediente para salir a la defensa de las pésimas y peligrosas de nuestro muelle. ¡Ah! Si izábamos la *bandera negra* para evitar, en lo posible, bancos macabros que se solían dar en el muelle dicho, el rediente era nuestra salvación, y por allí podía alijarse, cuando no la carga, el pasaje, libre de percances.

He mentado a Señá Rosarito, así como de pasada, cuando debiera ocuparme de su personalidad en lugar preferente: ella era la Reina del Puerto, no sólo por ser el refugio único del triste pasajero que allí desembarcaba, sino principalmente por sus habilidades culinarias. Habrás oído, lector de hoy, en-



Así eran el Istmo y la Isleta cuando se comenzaron, en su punto de unión, las obras del Puerto de Refugio. En primer término, un aparato topográfico. ¿Será acaso el saladísimo autor de esta deliciosa «Historia» uno de esos caballeros que otean el paisaje?

comiar la sopa de mariscos que esta señora confeccionaba, y aún más, te habrás tragado ciertos potingues incomibles que con tal nombre anuncian las casas de comidas; y halagado con la reminiscencia de los cuentos que sobre aquel manjar de Dioses te han hecho los viejos que lo probaron, no ha devuelto tu estómago la falsificación grosera. Pues bien; la sopa de mariscos de señá Rosarito no puede describirse: era preciso haberla gustado para conocerla. Sólo ella tenía el secreto de la factura; y si mi amigo y compadre Luis Báez pudo llegar a un mediano remedo, debiólo a las luces que aquella señora le ingiriera. Pero después de ella y mi compadre Luis, ninguno más: se perdió la receta.

El deporte principal de nuestros jóvenes casacones y de los algo maduritos, fuera de las peleas de carneros y de perros en la plazoleta, antes revolcadero de bestias, donde se levanta hoy el monumento de Cairasco, gracias a Millares, era el de las expediciones al Puerto. Partían cabalgando en sendos borricos con la compañía de los graciosos Torón, Bernardo Martín, Enoch Corvo y «Mochila» en igual guisa de montura, a más de la de un mulo con su arriero, cargado de garrafones de agua, de buen vino del Monte, del escogido de sus fincas y del celebrado ponche de Señá Aniquita, para alternar con el no menos célebre de la anfitriona. Y eran de contar los altos que se hacían en el tránsito para *armarse luchas*, o jugar *al carro de las coces*, beber ponche y explayarse en gracias, los que las tenían, mejores cuanto más romas, y así mejor comprendidas, acompañadas siempre del indispensable coro de ventosidades. Por esto el viaje se detenía pero al fin se llegaba. ¿A dónde? Pues al Mesón de Señá Rosarito, que era el objetivo, a la cual con anticipación se había encargado el excelsior de la sopa, a fin de tener tiempo y marea para reunir los ingredientes marinos que en su co-

chura entraban. ¡Y cómo se apretaban de sopas aquellos aristocráticos estómagos de jóvenes y maduros casacones, y se repetía plato tras plato y se barboteaban por las graciosas romas agudezas y se reforzaba el redoble del obligado acompañamiento y se jugaban cerriles mataperrerías y se tragaban velas de cebo los graciosos de mayor fuste en son de postres!

Dudo que fueran las decantadas excelencias marítimas del Puerto las que lo hicieron tan popular entre nuestros prohombres, y creo, más bien, mejorando las excelencias, que la añoranza de la *sopa* se encimara a ellas. Para mí, el recuerdo de la succulenta sopa de marisco que regodeaba aún en aquellos estómagos, a pesar de pasados sus mejores años, y su agradable *tufillo*, que jamás se apartó de sus narices, era la base primordial que despertaba el entusiasmo de los próceres de antaño en pro de aquel lugar tristemente calcinado, que ponía entre él y la Ciudad un símil de Sahara. Y repito que salvo la venia de las excelencias.

Señá Rosarito, ya fallecida, es aún el hada cocinera de manos de gloria que esparce el apetitoso ambiente de su nectarina sopa sobre aquellas volcánicas peñas y montañas que dan grima. ¡Loor a ella, vosotros los de hoy, que por su añoranza y la de sus guisos, tenéis el Puerto de *mayor tonelaje mundial*; y perdonadme, lectores, el uso de la moderna, fastidiosa palabra.

POST SCRIPTUM. Hablé de dunas en el cuerpo del escrito y esto me trae a las mientes un recuerdo de oficina que tiene referencia con mi viejo amigo Pepe Azofra, jubilado hoy como yo, y más envejecido. Esta buen alma de Santo me profesaba y profesa un cariño especial: escribiente, de letra hermosísima, copiaba lo de todos a guisa de máquina, y así hallara herejías en los originales, que, por otra parte, no le entusiasaban, tales como las veía o las entendía, así las trasladaba.

Para él, el único escritor, no excluyendo al Jefe, que tenía estilo y miga, era yo, su amigo; y por ende, en las copias de mis escritos ponía el summun de sus entendederas, y los estudiaba letra por letra en temor de un lapsus que cometer pudiera. ¡Con qué cariño se acercó un día a mi mesa para hacerme ver un error o distracción que había yo sufrido al redactar la Memoria del Faro de Maspalomas!—Tú no te fijaste, ni Don Juan tampoco cuando lo revisó—me dijo. Y ahora vea el lector la corrección de Azofra.

«Forman la punta (la de Maspalomas) una aglomeración de dunas»: el original.

«Forman la punta una aglomeración de lunas»: la copia.

Por iguales consideraciones de amistad y cariño a mis escritos, Tomás Rodríguez (a) «El Patito» ponía, corrigiéndome un descuido por él supuesto: «se desarrolla la *vida* en riquezas» donde yo escribía: «se desarrolla la *vía* en *zig zag*».

¿Pero qué amistad ni qué consideración tienen conmigo los cajistas de las imprentas y sus correctores de pruebas para llamar *Lío* a la musa de la Historia, que yo llamo *Clío*, por ser su nombre, y sustituir mis palabras por otras opuestas al sentido que a la frase he querido dar formando un *verdadero lío*?

III

AÑORANZAS DE LAS PALMAS DE ENTONCES

Destinado estaba, al parecer y según corrían los tiempos de mi pubertad, a quedarme en Guía ejerciendo, al lado de mi padre, la labranza. Pero allá a los catorce años de mi vida, llegó a la Villa, de médico titular, Don Miguel de Rosa, quien desde luego me tomó un cariño entrañable: me hacía comer la mayor parte de los días en su casa y me daba lecciones de francés. Hago constar, así sea inmodestia, y el lector me tome por presuntuoso, que yo entraba en la categoría de *niño fenómeno* (en lo intelectual, se entiende) para aquella gente de mi pueblo adoptivo, pues desde temprana edad daba pie para que mis maestros se hicieran lenguas de mi memoria y talentos, de mi buena letra, y sobre todo causaba admiración general con mis disposiciones nativas para el dibujo, que ellos, los maestros, aprovechaban para presentar en los exámenes públicos orladas las planas de mis condiscípulos, y el Sr. Cura para diseñarle las aleluyas del Sábado Santo, en cuyas aleluyas incluía los retratos del Sr. Miguelito, de *Papitas* y *Pescadito*, y de otros tipos de allí. Aprendí bien la Aritmética,

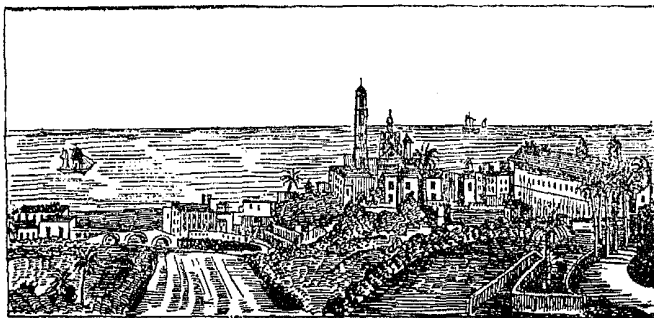
ya grandullón, con mi maestro Santiago Hernández, Nociones de Algebra y Geometría con el Secretario del Ayuntamiento Don Carlos Grandy (de estrecha relación con el siniestro que destruyó el edificio del Ayuntamiento de Las Palmas, según se dijo), Agrimensura con Don Francisco Vázquez, Piloto retirado, y algo de Arquitectura con el maestro Miguel López, entendido mampostero que como tal había trabajado en la Catedral a las órdenes del Sr. Eduardo y que cumplió su misión facilitándome el Vitrubio de su uso para que yo de mi cuenta y riesgo me las compusiera. Y esto, el Vitrubio dicho y el maestro citado fueron la base de mi primer conocimiento con el Médico Rosa (que sencillamente le decían) reformando un detalle del plano de la casa que, en aquel entonces, fabricó Don Blas. Cuando el Médico dejó a Guía y volvió a Las Palmas, se empeñó con mi padre para traerme; y de aquí que vine. Vivía en su casa y estudiaba de externo en el Colegio de San Agustín y en la Escuela de Comercio, que esto, por una anomalía extraña, teníamos en las mantillas de nuestro movimiento y tráfico mercantil y nos falta hoy cuando el movimiento y tráfico, con nuestro *tonelaje*, han llegado al pináculo.

Vino Don Antonio Molina de Ingeniero y con él, o poco después, la División del 58; y el problema de mi residencia en Las Palmas quedó resuelto sin gravar más a mi protector: colocóme de alistador en las obras del muelle y de escribiente en las oficinas de Hacienda y pasé, a pesar de su gran oposición, a vivir de mi cuenta en la fonda de Grondona.

En otro escrito mío, especie de folleto, he hecho el relato y descripción de los festejos que tuvieron lugar en la división del 52. Algo de lo mismo se repitió en ésta del 58, que no sé si llamar segunda, pues en todos y en cada uno de los pronunciamientos que sufrió la madre Patria, al repercutir

aquí, hacíamos la travesura de dividirnos, de cuenta nuestra, así fuera por pocos días; los que tardaba la patria en normalizarse.

Era entonces nuestra ciudad la capital de una provincia más importante que la de Tenerife, pues a más de tener bajo su mando a la isla propia, a la de Lanzarote y Fuerteventura, tenía, además, a los Islotes de Alegranza, Graciosa, Lobos y



Las Palmas a comienzos del siglo XIX.

(Museo Canario. Grab. exist. en la Col. de Docs. de Millares Torres)

Montaña Clara, si no se quería comprender los dos Roques del Este y del Oeste. Es decir, *nueve* territorios por junto, contra los cuales sólo cuatro podía oponer la capital de la de allí. No sé como los de Añaza no vieron esa desigualdad tan grande de reparto, y como si la vieron no protestaron.

Hablé de fondas, y algo tengo que decir en esta materia, que novedad tendrá para el lector de hoy. La más cara era en aquellos entonces «La Inglesa», que así titulaban la de Doña Georgiana Manly, célebre por haber en ella residido el

famoso Comodoro Perry, que mandaba la «Macedonia», cuya estancia en nuestras aguas dió tela para hablar largos años, ya recordando los amores del Comodoro con una paisana nuestra, de la cual sacó cría, según decires; ya el baile inglés que bailaban en el teatro sus marinos; ya las trompadas que éstos se propinaban a cada momento en mitad del arroyo; y ya, por último, el horripilante ¡Jip! ¡Jip! ¡hurra! que tomaron de sus brindis los casacones jóvenes para repetirlos hasta la saciedad en los suyos. El estipendio en esta fonda era de un peso (15 reales de vellón) y nunca los Metropoles y Santa Catalinas de hoy dieron de comer tan copiosamente, tan variado y tan bueno. Venía luego la de Señá Frasquita, «La Buena», para los Señores Magistrados, con la de Monzón, a tres pesetas por barba de *oídor*, así denominados en aquellos tiempos. Después la de Grondona, donde yo vivía, y la de Pablo Alonso, mansiones temporales, ambas, de artistas de primera fila, de las Compañías de teatros que nos traía Mela, cuyo diario era dos pesetas. A la subida de San Justo existía otra más modesta donde se anidaba por un tostón (5 de vellón) la turba de empleados de menor cuantía que la División trajo, y los artistas de medio pelo de las citadas Compañías de Mela. Y cuentan que en todas estas fondas, a más de la comida abundante y buena, confeccionada con ingredientes aún no falsificados, se lavaba, randeaba y planchaba la ropa del huésped, dentro del estipendio respectivo. Eran los tiempos en que se saboreaba la verdadera, célebre manteca de los Altos de Guía, y su excelente queso de fama extra-provincial, que hoy se han convertido, aquélla, en sebosa masa de lubricación, y éste en potingue de papas y cuajada reguisada.

Pagaba yo mi fonda con los doce duros que ganaba de alistador y me sobraban los ocho que en la oficina de Hacienda se me daban, amén de las propinillas que se dejaba caer el

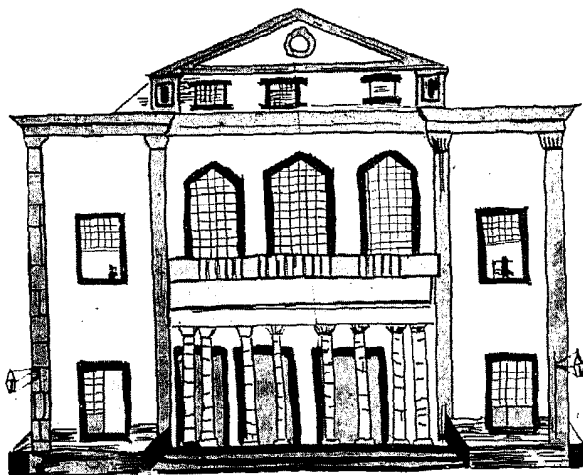
Administrador Don Matías de la Rocha por algunos trabajos extraordinarios que me encomendaba. Tener un muchacho de mi edad (diez y seis años) en aquellos tiempos, ocho duros mensuales para sus gastos, era una ventura de la cual, si acaso, disfrutaban los niños de los mayorazgos, y no todos. ¡Cuánto no podía hacerse en aquellos andares de extremada baratura con ocho duros! Y limpios de polvo y paja; porque la vestimenta y el calzado salían de las propinas del Administrador.

En el mercado los domingos, después de la misa, que oíamos todos (pues a Dios gracias, no se hallaba un libre-pensador entre nosotros para un remedio), nos veníamos los amigos a comer fruta. ¡Ahí va un real de plata! (dieciseis cuartos), y nos partían, por ejemplo, los tunos de una cesta de carga, *raida* (llena hasta el reboso). María Isabel, a la bajada de los Remedios, nos servía un plato de abundante puchero, con buena vaca, gallina, chorizos y verduras frescas, por doce cuartos. *Señó Antonio el pensativo*, en la calle del Diablito esquina a la de Cano, nos propinaba por un real de plata el exquisito escabeche de pescado, su especialidad, acompañado de los bien aderezados burgados, otra especialidad suya y seguida del estofado de carne donde la especialidad decaía. *El Ama Puñales*, en las vecindades de Santo Domingo, mujerona atlética, capaz de derribar a un hombre de un puñetazo (y se dieron casos con gandulones que querían trampearla), preparaba unas cazuelas de gallina, unas lascas y unos postres de truchas que eran el disloque, todo por el real y medio de plata. Con cuatro cuartos de carajacas en el Toril llevábamos fortalecido el estómago media docena de camaradas para emprender con ánimo nuestros trabajos artísticos en la Academia de Dibujo que regentaba Don Silvestre Bello, por allí situada.

El teatro casi gratis, porque nos colábamos casi todos siempre. Venus, parangonada con las Aspasia y Frinés, se estipulaba en dos pesetas; la de Milo, que era rara, con medio duro quedaba satisfecha; y en cuanto a las del montón, la física era la tasa. Aquéllas, las pseudo Aspasia y Frinés, recibían a veces el obsequio de la *Fantasma*, que consistía en vestirse de tal el amador para rondarlas. Uno de estos fantasmas, un amigo mío y compadre además, no comprendía sin esa guisa el amor venal. *La fantasma* constituía la excepción, pero las zapatillas de silencio eran rigurosamente generales.

Las Palmas chiquita, con sus antiguas casas y calles empedradas, cuando lo estaban; sus quince mil almas y su eterna actitud de perra gruñona ante la *Interina*, era, sin embargo, una ciudad alegre y regocijada. Los jóvenes pasábamos las primeras horas de la noche en sabrosas tertulias con las muchachas de nuestra clase, en las casas de sus padres que nos recibían con gusto; y muchos, yo entre ellos, teníamos entrada franca y buen agasajo en las tertulias de la aristocracia. Al Casino concurríamos a la salida de estos amables centros, a las nueve o a las diez. Y nunca ha cumplido como entonces ese Casino con su buen lema de Artístico y Literario, cual cumplió entonces.

¿Y dónde están los puertos?, me dirá impaciente el lector. Preguntéle a Don Benito, el escritor de fama mundial, como hoy se dice, donde está el episodio en los que hoy pública, y os mandará a buscarlo con linterna de Diógenes, entre el montón de personajes de hampa y relatos lúbricos de verde subido que llenan el libro.



Vista exterior del Coliseo.
(Teatro viejo, hoy Gabinete Literario).
(Manuscrito anónimo de 1852, prop. S. B.)

IV

DEL PUERTO DE LAS PALMAS Y SU MUELLE

En aquellos tiempos, en que como he dicho, funcionaba en la obra del muelle de Las Palmas como modesto alisador, era este mulele el *desideratum*, la *bel espoir* de nuestros padres, o sea de los abuelos, si bisabuelos no, de la generación actual. El sistema de ejecución que venía empleándose desde los primeros años del siglo pasado, en que se dió comienzo a la obra, era el de acometer sencillamente el desgaje de la ladera de Mata para aprovechar las peñas de mayores dimensiones y peso (piedras de yunta) y conducir las por tales poderosas vacas para arrojarlas al mar, perfilando luego esta escollera natural que resultaba, por muros de contención revestidos de sillería que se sentaban con *sulaque*, mejunje que suplía al cemento, desconocido aún entre nosotros. Pero la tal escollera iba ya defendiéndose por la parte del castigo con grandes bloques artificiales, cuya defensa no era siempre bastante eficaz, pues los temporales del *sudeste* continuaban, aunque en períodos más largos, imprimiendo a la obra el carácter de tela de Penélope con que se había inicia-

do. Estos fracasos no nos disgustaban gran cosa, porque traían consigo la panacea de los barcos de Santa Cruz (Añaza como entonces la denominábamos), que haciéndonos el dúo en calamidades, rompían sus amarras o se encajaban bonitamente en la playa. Y este consuelo no lo amargaba el *trabucamiento* de algunas de nuestras lanchas, con su cortejo, a veces, de ahogados, que despreciando temerariamente el aviso de la *bandera negra* que humanitariamente enarbolábamos en el derruido Castillo de Santa Ana, se atrevían a desafiar los embates de las montañas de olas que levantaban los rebosos. ¡Jo... (jorobados) estarán *allá!*, decíamos sin parar mientes en nuestros males. Y *allá* era en Santa Cruz de Tenerife, *la interina*, el lugar de Añaza con sus tristes trece mil habitantes, mientras nosotros picábamos de quince mil, *si se hicieran bien los padrones*. Y efectivamente, por cada metro lineal de muelle que el *tiempo canario* nos desbarataba, o por cada una de nuestras lanchas que ponía la quilla al sol, resultaba allá un barco con las amarras rotas si no varado en la playa.

Los bloques artificiales contruídos con lo que llamaban *pusolana* de la Isleta, habían sido introducidos por el que fué mi maestro en las asignaturas y prácticas que andando el tiempo me sirvieron para el oficio que profesó, Don Pedro Maffiote, entendido Ayudante de Obras Públicas, con vistas al *patriarcado*, y hombre bueno y honrado como el que más. Parece que estuvo en Argel a estudiar la construcción de aquel puerto y de allí trajo lo de los bloques, y de aquí agarró lo de la *pusolana*.

Más tarde, ya era yo escribiente, fué entonces cuando vino a Canarias Don Juan de León y Castillo, en sustitución de Molina, quien cambió pronto el sistema de ejecución, desechando la escollera natural y adoptando los bloques artificiales solos, para formar el núcleo. Creo que también hizo

caso omiso de la *pusolana* y los morteros se confeccionaron con cal y arena en las debidas proporciones. La prueba de la acertada disposición del entendido Ingeniero, a cuyas órdenes serví durante una larga serie de años, desde escribiente a Ayudante, se demostró como el movimiento: andando. Ahí está el espigón de arranque del *martillo*. ¡Cuántos años de duración no lleva, teniendo apenas la mitad de su ancho, sin haber sufrido el menor deterioro, y eso sin la ayuda de la conservación y entretenimiento que exige toda obra y con más motivo las del mar!. Entonces tal sistema de construcción era una verdadera obra de romanos. No se disponía sino de medios altamente primitivos y rudimentarios para poner en obra los bloques, y, sin embargo, puestos están los del mencionado espigón y alectan, además, cierto aspecto concertado.

Comenzaba la operación por levantar, por medio de husillos convenientemente dispuestos, el bloque para hacerlo descansar en el camastro o carro conductor que corría por una carrilera extendida a lo largo del muelle. A veces algo pasaba en el juego de husillos que no funcionaba debidamente: se recurría entonces al *gato*, que casi siempre cumplía con su misión, pero no siempre; pues después de saltar la mitad de sus dientes, la mole se quedaba tan impávida. *Gato* a la herrería y suspensión del trabajo; los espectadores contrariados comenzaban a desfilar, no sin antes preguntar anhelantes: ¿Será mañana?. Y cuidado que para el detalle de la suspensión reunía el maestro Antonio, en consejo, a su Estado Mayor, compuesto de los macizadores Ramón González y Manuel Duro, y de *nuestro amo* el aparejador Agustín *Caballaviva*; pero este contratiempo rara vez sucedía. Puesto el bloque en el camastro, éste con su carga corría por la carrilera *jalado* a brazo por medio de tiras o cabos a los cuales *pegaban* cincuenta o sesenta hombres que, formando dos filas, ocupaban

todo el largo del muelle hasta su arranque, y aún más allá, cuyo *jalado* terminaba cuando el bloque quedaba a pique del sitio de colocación. Las blasfemias más horrorosas y las expresiones más soeces salían de boca del sobrestante mandador durante la *jalada*, las cuales ni disgustaban a los hombres ni espantaban a las señoras, que tal vez no las apercibieran, embebi-dos sus ánimos por completo con las peripecias de la operación y en la esperanza del éxito. Pues tenemos ya el bloque en lo que podía llamarse su *punto de caramelo*; es decir, en el preciso para ser lanzado al agua. Mediaba entonces una ligera conferencia entre el sobrestante y *nuestro amo* Agustín, contramaestre curtido que había navegado mucho, sobre todo por los mares del Norte (Estados Unidos) y de Inglaterra, y era entonces, tal vez, el único que mascullaba alguna frase de inglés en nuestra Ciudad. La conferencia tenía por objeto disponer lo más convenientemente posible la basculación del carro para que el bloque cayera en el lugar debido, lo que rara vez dejaba de suceder; y así íbamos llegando.

V

DISTANCIA DEL ESPIGÓN AL BAJO

El periódico «El Canario» era el que se atrevía a informar con más ciencia, empleando para determinar la distancia del espigón al bajo la unidad métrica, apoyado en las razones del Capitán de «La Amalia», marino que ostentaba con orgullo el hecho de haber recibido sus títulos en Cádiz en la Escuela Superior del Departamento.

Y aquí cabe una digresión con la cual satisfago una manía, y, a la vez, entero al lector de hoy de cosas de ayer que no sabe. No había los rigores modernos en los estudios de pilotaje; se estudiaba algo en Santa Cruz, en la Escuela de Náutica, o se practicaba a bordo, bajo la dirección de un marino autorizado, y a navegar se ha dicho. Y no se hacía tan mal ni con tanta falta de ciencia, puesto que la navegación era aún en buques de vela, que necesita en el oficio náutico, por las mil contingencias que se presentan, cuando no otra cosa, una práctica que no exige la de vapor. Primo Ruiz, suegro de mi amigo Tomás Cardoso, a quien conocí anciano, y era marino viejo, me decía:

—Para ir a la Habana, muchacho, no se necesita nada; te dejas ir con el sol durante el día, y por la noche, si no hace luna, te pones al paio; para venir, lo mismo, con el sol a la popa.

—¿Y se llega directo?

—Como con los instrumentos de observación, unas veces más arriba y otras más abajo, y después se costea; y lo mismo hacen, por más que lo nieguen, los *pintureros*.

Pero volvamos al asunto. Decía que el Capitán de «La Amalia» era la autoridad científica que invocaba Millares en «El Canario» para determinar su distancia. Esta la estimaba en diez metros cincuenta, que ya se decía así, con la moderna precisión que evita el alargamiento de la frase numérica si se nombra la fracción con todas sus letras. Pero «El Crisol», otro periódico de la época, no la aceptaba, pues tenía la suya, fundada en el dicho del patrón de «El Telémaco», buque costero destinado a la pesca del salado. El patrón no la daba por menos de *diez brazas*, y se burlaba de la medida aquélla, no sólo por lo incierta, sino porque no era propia de la gente de mar. Del tino del patrón la gente se hacía lenguas y era una autoridad, porque sin compás había navegado hasta Cabo Blanco, guiado por su instinto de lobo de mar.

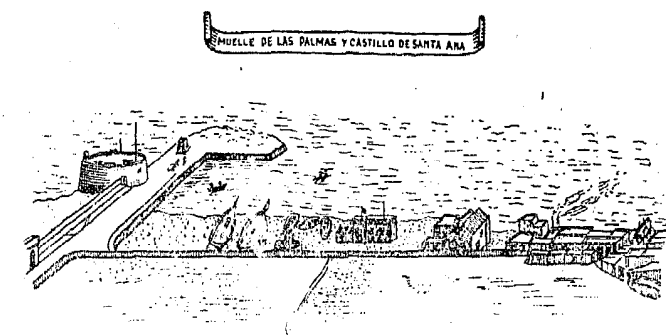
—«Y que me jagan ésta los leídos»—decía ufanándose.

En tanto el espigón avanzaba, y no tan lentamente como al parecer debía hacerlo, dado lo primitivo y rudimentario de los medios de ejecución; pero el bajo se retiraba en igual razón a la del avance, dejando atrás los diez metros cincuenta del Capitán de «La Amalia» y luego las diez brazas del patrón de «El Telémaco», pues aquél con su ciencia y éste con su *tino* no habían acertado.

—Mira que no hay tal bajo—le decía yo a Frasquito Morales, ardiente patriota, cuyos quilates de tal le hubieran

dado hoy méritos más que bastantes para que se le considerara como técnico en el asunto; pues estos vientos del patriotismo, como suficiencia profesional en todo, según he visto, corren ahora, cuando el patriotismo es una *papa*.

—¿Tú qué sabes de eso? Marineros muy entendidos lo afirman: el bajo se alcanza cuando se lancen por la punta cinco prismas más.



Caleta de San Telmo o de los Abades con el Muelle de Las Palmas y Castillo de Santa Ana en 1850.

(De grab. de D. Ant.º de Bethencourt)

Y yo, crisálida de futuro Ayudante, no era aún quien para contradecirle, a pesar de tener en mi favor los dos pasados fracasos; y cuidado que había además funcionado en los trabajos de campo del estudio de la rada que se practicaron a la sazón, si bien con el modestísimo empleo de observador de mira, y había hecho un calco del plano levantado por Don Pedro.

Y aquí otra disgresión. Las operaciones del sondeo han de ser simultáneas con las observaciones de la mira, que se registran, como aquéllas, en sendas libretas especiales. Si las de la mira no se hacen en los períodos señalados, la rectificación de las sondas no puede resultar con la precisión debida. Tío Leandro, peón viejo y de figura típica, sentado en la meseta de la última escalera de desembarco, sostenía la mira, cuyo pie descansaba en el fondo; y yo cada cuarto de hora observaba la altura del agua, leía y apuntaba. Por científica que quisiera considerarla, esta operación no podía ser más monótona; por lo cual el tío Leandro llegaba a dormitarse en su posición, y yo, a lo poco, a suggestionarme. Con el fin de combatir la sugestión esa, dediquéme a dibujar en la libreta el tipo del peón en la actitud en que estaba, y engolfado en inspiración artística seguí llenando la hoja con los detalles y accesorios que en ella cabían. Y como el lector sabe que no es posible repicar y andar en la procesión, resultó que se pasaron mis cuartos de hora sin hacer observaciones; y así vino la tarde y con ella Don Pedro a suspender el trabajo y a recoger las libretas.

—Esto está muy bien—dijo Don Pedro al hojear mi libreta y topar con el dibujo.—Ya me lo darás que quiero conservarlo y ponerlo en un marco; pero ¡caramba! el trabajo de hoy ha quedado perdido. ¡Bah, se repetirá mañana!

Este Ayudante, el Don Pedro, digo, además de ser de un carácter en extremo bondadoso, era por mis dibujos un entusiasta.

Y al asunto de nuevo. Las curvas de sondas deducidas, no acusaban, representadas en el plano, la existencia de bajo alguno y, por tanto, podía considerarse la opinión de los marinos, respecto a este aserto, tan fantástica como la de aquellos sus colegas griegos que embaucaron al viejo Homero lo

de los escollos de Scila y Caribdis y lo de la Sirte de las Sirenas.

Aprovecho la ocasión de hablar de sondeos para manifestar que no ha estado en lo firme una publicación reciente al decir que me vió, en el estudio del Puerto de Refugio, echar las sondas con entusiasmo, y aunque la observación se hizo en mi loa, debo rectificar dos extremos:

Primero: Los Ayudantes no echan la sonda, porque para hacerlo se necesitan las manos callosas y fuertes de los capataces; la sondalera pesa y la cuerda de que pende roza y estropea las manos.

Segundo: Que he cumplido a mi mejor manera y a toda conciencia con los deberes de mi profesión, pero sin entusiasmo. ¿Ni cómo suponerlo en Ayudante alguno, cuándo las maduras son para el Ingeniero y para él las verdes?

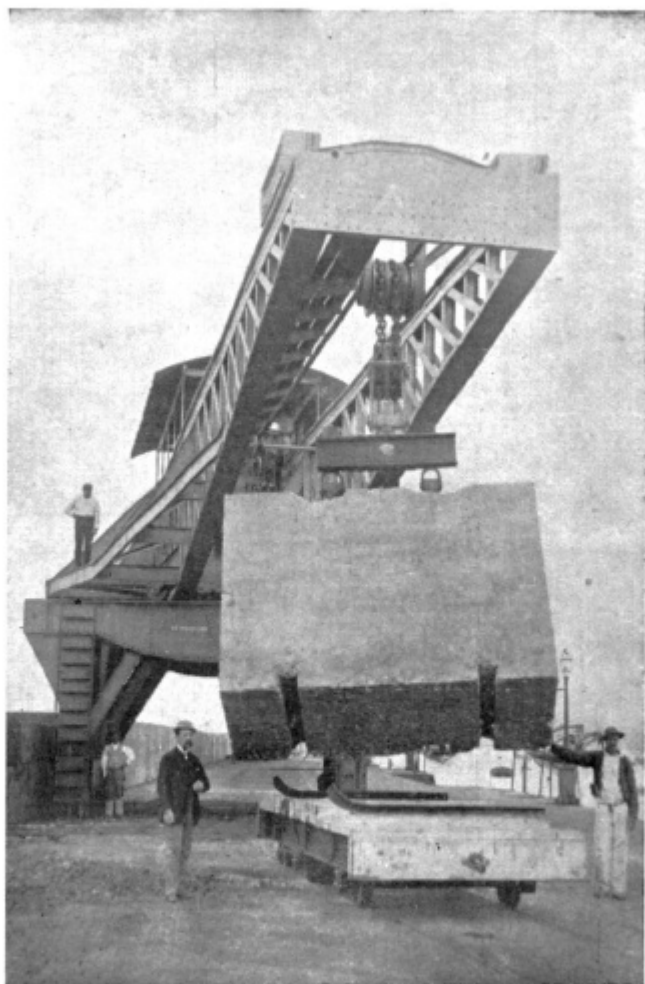
Pero con bajo o sin bajo, matado o sin matar, la población estaba contenta y la obra del muelle era popular. Veíase ya la seguridad completa en los trabajos que se ejecutaban; sobrevenían terribles mares que chocaban contra aquel espigón desamparado y estrecho, y éste quedaba impune sin la más pequeña avería. De continuar así la obra, como era público deseo, resolvería su ansiado problema y se vería con un muelle en mejores condiciones, tal vez, que el de Santa Cruz.

Ya comenzaba a poblarse el Barrio de los Arenales, y aunque la obra estaba emplazada, por lo pronto, al final de la población existente, día llegaría, no muy lejano, en que tendría por la parte del Norte una importante barriada que no la haría tan extrema. Estos mismos sentires animaban entonces al Ingeniero y al *facsimile* de la Junta de Puerto que se creara a la sazón. ¿Cuándo pensó el facsimil en abandonar y exponer a la ruina una obra cuyas dificultades se habían vencido? ¿Ni

cómo había de caber tal idea en nadie bien equilibrado?

Aquí se debiera terminar este artículo, pero fáltame consignar un hecho retrospectivo, que debí haber narrado a su tiempo, aunque lo mismo da, siempre que se consigne. La humanitaria *bandera negra* que enarbolábamos en los días de fuerte reboso a fin de que no se efectuaran operaciones de desembarque, desapareció de pronto, para no volverse a ver más. Decíase que el patriotismo así lo había exigido, y hecho cumplir una Autoridad patriótica, porque la dichosa bandera negra era un arma que esgrimían los de Añaza para hacernos *chacota* en las polémicas que sosteníamos respecto al Puerto de aquí y al de allá; y de esas chacotas estábamos bien hartos. No creo que fuera esta una razón tan poderosa como para justificar un hecho que muy bien puede calificarse de inhumano. El «*Delenda est Cartago*» de Roma no rezaba sino con aquella púnica república, que era su rival, y necesitaba de tal destrucción para afirmar su poderío; y comprendo la aplicación de la rigurosa medida a la capital de la isla hermana, aunque hermana también se retruque. Mas que togaran sus consecuencias *sinistras* a la humanidad *extraña* que navegaba por nuestros mares, era cosa que no comprendí entonces, y que mucho menos comprendo ahora.

Y voy al capataz Galindo que ocupé en el sondeo del Puerto de la Luz. Le estimaba por fiel y animoso y muy capaz de encariñarse con las personas que eran de su gusto. Yo lo era y me convencí de sus buenas cualidades en nuestra expedición al Africa. Su manera de *cantar* las medidas que se le ordenaban hubiera confundido a cualquiera que con él no estuviese acostumbrado a lidiar. Daba la unidad métrica entera, y luego, entre ella y la fracción colocaba un cero, cupiese o no cupiese; por ejemplo: *cinco cero diez* en lugar de *cinco con diez*; y si la cantidad era redondamente entera la seguía



*Emplazamiento de bloques en las obras del Puerto.
El señor que aparece a la izquierda es el Ingeniero mecánico
inglés D. Ricardo Biggleston.*

con un *zero nada* en lugar de *cinco* simplemente. Pero era segurísimo y escrupuloso en las medidas. Díjele una vez que triangulaba:

—Mucho cuidado que se trata de una base.

De modo que cuando después de un *zero* tanto o un *zero nada*, añadía: ¡*basiando!*, había que tomarlo como artículo de fé. Igual era con el cantar de las sondas. Se me dirá que paso de pesado con estas añoranzas del susodicho capataz, bruto, por otra parte, como un cerrojo y terco como un mulo; pero es mi lema: «*A tout seigneur, tout bonheur*».

VI

MAJADERIAS

A punto fijo no puedo asegurar cuando empezaron las obras del muelle de desembarque del Puerto de la Luz, muy lejos, entonces, de ser de refugio. Sólo hago idea ligera de que el emplazamiento primitivo que, me parece, estaba cercano al rediente o escalón de la roca de la playa mencionado antes, fué variado por el Ingeniero Don Juan para arrancarlo del punto que hoy tiene. Creo que en los comienzos de aquellas obras, rematadas por Don Santiago Verdugo, fué lo de la *Videncia*, poco apreciada entonces, olvidada luego, y resucitada por la inquina cuando la catástrofe; y a más me parece, si bien no lo afirmo, que de Millares hubo otra *Videncia* que sufrió la primera y segunda mala suerte de la mentada, y no se resucitó porque el *pendant* no convenía. Con acierto sólo puedo consignar que aquellos sucesos tuvieron, por etapa, el lapsus de tiempo comprendido entre el año 62 y el 68 del pasado siglo, porque en los tiempos que siguieron cercanos a la Revolución de Septiembre, las obras seguían su desarrollo, y mi compadre Nicolás Báez, empleado por Don Juan a empe-

ños míos, llevaba la cuenta del peso de la escollera y vigilaba la confección de los morteros, funcionando de *argos* del contratista para evitar triquiñuelas, a que era inclinado. Y con tal motivo, al citar a mi compadre, voy a entrar, para seguir con gusto el relato, en una digresión cortita.

Era éste, mi compadre, teniente de la Compañía de Voluntarios de la Libertad, que capitaneaba el convencional Gutiérrez, y *rojo fanático* cuando pretendió el empleo, el cual suavizó el color hasta llegar al *lila*. Se trató de una de las elecciones de Don Fernando, creo que la primera, y el candidato se hallaba entre nosotros ayudando a *timonear su carro*. Formábanse las reuniones preparatorias, y allí concurrían a la pieza unida al despacho de Don Juan los caciques principales a cambiar impresiones y a rectificar la cuenta de sus votos. Mi compadre era uno de los concurrentes, y no de última fila se le consideraba.

—Fulano.....mío. Zutano.....mío. Perencejo.....mío.

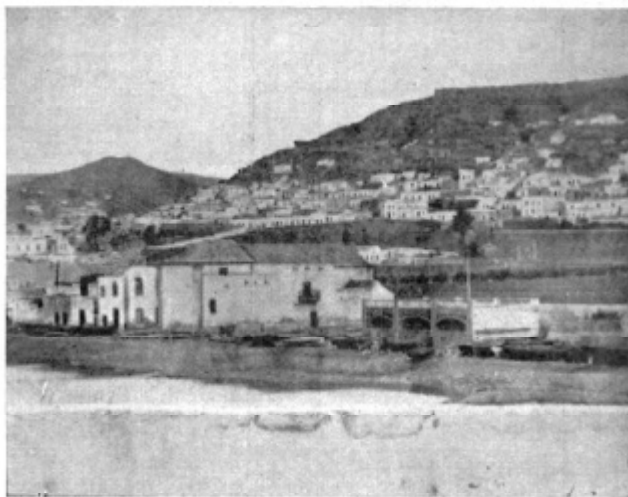
—La caciquería.

—¿Mengano, del Risco?—Estupefacción y mirarse a las caras.

—Ese déjenmelo a mí—saltaba mi compadre. Y para no cansar, había que dejarle el Risco en completo, republicano a rabiarse, y con el cual no se atrevía ninguno de los caciques.

Pero la elección vino al cabo, y la víspera me citó en su casa el compadre. Vile desalentado y a su mujer llorosa; manifestóme que estaba perdido, pues los votos que había prometido, al recorrerlos, se le habían negado; y hasta algunos, los más ternes, le habían llamado traidor... Que se pegaría un tiro o se embarcaba.

—Compadre—le dije en bromas y veras—usted tiene muy bien donde aguantar dos trompadas; si le faltan votos, pelee que es lo mismo.



Estos eran los viejos astilleros de la caleta de San Telmo, junto a la ermita. Hoy, el Parque de su nombre ocupa lo que fué feudo de las gentes de la Costa y sus asuntos.

Y peleó el compadre a la puerta del Colegio de San Francisco, procurando el modo, que lo consiguió, de que le dieran en la nariz y le hicieran sangre. Y así, tinta en ella su cara y chaqueta, hasta cierto punto, y a más desgarrada por sus propias manos, con disimulo, durante el tránsito, la prenda de vestir, le trajeron los Ojedas y lo presentaron a Don Fernando, que estaba en la pieza de las reuniones departiendo conmigo en son de amigos, que lo fuimos hasta el tuteo, en nuestros primeros tiempos de jóvenes. Enterado del caso levantóse en seguida; se acercó al *Ecce Homo* y lo estrechó en sus brazos. Y he aquí las frases rigurosamente históricas que le endilgó:

—Amigo: me gustan los hombres como usted, leales y valientes. Cuente conmigo siempre que soy agradecido.

Y lo probó luego: la primera credencial que de allá remitió fue la de mi compadre, y con ella echó un pelo que no supo conservar.

Ahora respiro y puedo entrar en materia.

El facsímil de Junta de Puertos que padecíamos recibió por aquellos tiempos revolucionarios, de igual procedencia que la credencial del compadre, un libramiento de regular importe a favor de las obras de los dos muelles, que por mitad debían repartirse. El de la Luz hacía algún tiempo que estaba rescindido; y dado el estado de avance de las obras del de Las Palmas y su probada estabilidad, y dado también el deseo, unánime hasta entonces, en favor de su más pronta terminación, puesto que ésta como principal se consideraba y como accesoria la otra, el Ingeniero, con anuencia del facsímil, pensó dedicarle mayor cantidad. Pero la opinión, de súbito, había cambiado. Una oleada de tufo de sopa de marisco nos envolvió; y al revés de lo que, en estos últimos tiempos ha pasado en Santa Cruz, obramos nosotros.

Allí, en Añaza, el Ingeniero Navarro que trató de proyectar un muelle en las *Timbambas*, abandonando a sus tristes destinos el de la población, topóse con la oposición unánime de sus cuerdos hijos, que preferían no tener ninguno a tenerlo en el cabo del mundo. Y sin embargo, nosotros comenzábamos, influidos por el tufillo dicho, a añorar a nuestra *Timbamba* y a nuestro cabo del mundo.

«Un gusto vale más que cien pesos» dice el adagio; pero hay otro que aconseja «si te dan la vaquilla acude con la soguilla»; y éste era el sentir del Ingeniero al inculcarnos que no dejáramos de pensar en el muelle de Las Palmas, aunque tuviéramos el de la Luz, pues la vaquilla era aquél y con la soguilla debíamos de acudir. ¡Pero qué soguilla ni qué ocho cuartos! ¡Si nuestro muelle de Las Palmas, tan popular antes, comenzaba a hedernos y concluimos al fin por maldecirlo!

El camello daba solitario sus vueltas confeccionando el mortero, la *tirada del prisma* no reunía espectadores, y las insolencias y maldiciones del Capataz Caraballo se perdían en el vacío, porque vacío era el peonaje que allí trabajaba, que no le hacía caso. Tú lo quisiste *Fraile Mostén*... Preferiste abandonar tu muelle, que hubiera sido la inicial de un buen plantel de hermosa ciudad, para lanzarte a lejanos confines a establecerlo. Y cuenta que de su confín lejano lo separa un trozo de Sahara y que lo comunica una carretera imposible, y que será tal siempre, aunque en ella se agoten los sistemas todos de pavimento, porque el mal está en las dunas y en los vientos fuertes, que allí lo son todos, y habrá polvo eterno, porque habrá viento y dunas para producirlo hasta el fin de los siglos. ¡Y si al menos la población, que a costa de nuestra sangre hemos levantado en aquellas lejanías, la hubiéramos vigilado en su construcción para haber tenido una bella ciudad moderna, que pudiera haber sido con otra previ-

sión y otros municipios, menos mal sería!... Que se van los turistas por miedo al Sahara y a los pseudo-simuns que allí se levantan; que se vayan con Dios, dirás tú, pero lo hecho me gusta. A esto nada tengo que oponer, y perdona lo dicho que no lo he manifestado a guisa de censura. Todo ha sido un decir; pero convendrás conmigo que en el final de aquel desierto has creado un poblado con visos de aduar, fabricado sin plan ni concierto, falto de cloacas y medios higiénicos. A propósito, y va de pasada. En aquellos tiempos, cuando se empezaban las obras del Puerto de Refugio y el entusiasmo por ellas era general, propuso el Jefe lo que a continuación expongo:

—Cirilo, se me ha ocurrido, hace algunos días, ocuparme en un trabajo patriótico, y he contado con su ayuda. Vamos a proyectar la población futura del Puerto, ajustada a los adelantos modernos, sobre todo en sus condiciones de salubridad y de higiene. Desde mañana emprendo los trabajos de campo y tomo escrupulosamente las nivelaciones. Me he hecho con tratados especiales que ya *consultaremos*.

Y subrayo la palabra, porque aquel hombre, de verdadero saber técnico, a más de general, llamaba *consultar* conmigo lo que en realidad era darme cuenta de sus pensamientos para que los llevara a cabo, en lo que, como Ayudante, me correspondía. Se hicieron los trabajos de campo con toda corrección, se planeó la urbanización y la red de cloacas con desagües expeditos a los dos mares, porque se aprovechaban los desniveles naturales del terreno regularizándolos; y después de formar con gráficos y memoria un razonado ante-proyecto, se lo llevó al Alcalde, su amigo, correligionario y contertulio, Fernando Delgado.

—Has venido con eso, Juan, precisamente cuando estábamos en vísperas de que llegue el Arquitecto. Digo que

como es cosa de su profesión y no precisamente de la tuya, no sé como lo tomará—contestó casi sin mirar el trabajo, del cual no volvió a hacerse mérito, porque despedido el Jefe se lo llevó consigo. Y cuenta que era un trabajo facultativo estudiado a conciencia, con el saber e inteligencia que caracterizaban a aquel Ingeniero; y cuenta también que el Alcalde no sabía lo que se pescaba en el asunto, porque tales trabajos, con preferencia, son ingenieriles. ¡Y yo que había pasado noches en vela descifrando fórmulas y ecuaciones, algunas complicadas, para aplicar con la dirección del Jefe, a los cálculos de los detalles de las cloacas!

Porque estas cosas se hacen así, teniendo idea de lo que hay entre manos, y no se entregan al *Maestro Pepe* para que obre a sus anchas.

VII

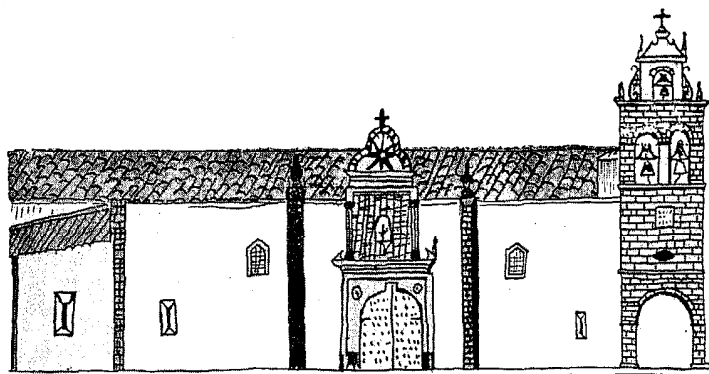
MI EXAMEN DE AYUDANTE

Rodaba por la Oficina de Obras Públicas desde los 17 años, de una manera anormal, sin destino fijo. Había entrado como alistador en las obras del muelle de Las Palmas, como he dicho atrás; fui luego escribiente, más tarde Ayudante temporero, con mi hermano Antonio, Dionisio Molina, Tomás León, y, mucho después, con Herrera. Hubo una poda de éstos y fui de los podados; pasé a delineante, temporero igualmente, volví de nuevo a igual Ayudantía, pasando antes por una temporería, la de Sobrestante.

Excepto el tiempo que duró la segunda división de la provincia, que apenas llegó al año, en la cual fui escribiente en las Oficinas de Hacienda, a la par que era alistador del muelle, no he conocido otras oficinas ni otros empleos que los de Obras Públicas. En mi último puesto de Ayudante me hallaba cuando comenzaron a llenarse los vacíos del Cuerpo de los efectivos por medio de concurso que se celebraba exclusivamente en Madrid. Con tal motivo ví en peligro mi situación y llegué a comprender que si en aquel concurso no,

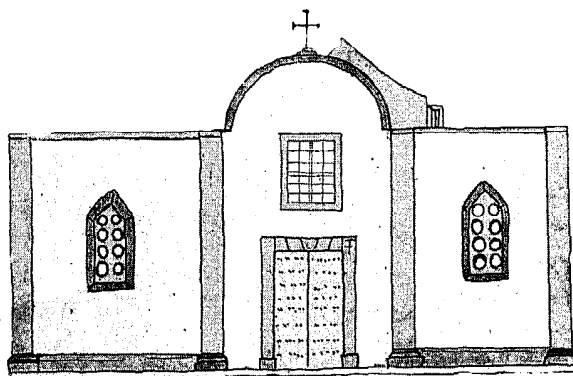
en el siguiente me vería en la calle con mi compañero, que era Herrera entonces. En vista de lo cual determinamos prepararnos y lo comenzamos a tratar con empeño para presentarnos allá como tales concursantes. Estudiábamos con ahinco, y aunque teníamos acreditada la práctica del oficio, en la duda estábamos de que esta circunstancia no se tuviera en cuenta en la cantidad que necesitábamos, y que el examen teórico fuera el regulador principal, cuando no el único. No sé lo que pensaría de sus facultades mi dicho compañero, pero yo no las tenía todas conmigo por las circunstancias de mi carácter, que en presencia de tribunales examinadores, si mis conocimientos son como diez, como a uno quedan reducidos. Recomendaciones claro que llevábamos, y de mucho valer, y para Don Fernando, empeñadísimas de su hermano Don Juan; pero quizás esto no pudiera con aquellos señores, si se empeñaban, que era lo seguro, en no juzgar de nosotros sino por los resultados del acto. Que se nos dijera allí:

—Toma un aparato y a operar sobre el terreno y coge papel y formula el trabajo que sale de esos datos— y de fijo saldríamos airosos, ocupando puesto entre los primeros. En resumen, que le propusimos a Don Juan la siguiente tentativa: formular una solicitud, acompañada de justificantes de nuestra práctica y aptitud, y pedir como gracia que existiendo en la provincia personal análogo al de la Corte para formar tribunal, y careciendo nosotros de recursos para trasladarnos, se nos concediera el examen aquí, en la residencia de la Jefatura. Y tribunal había, pues teníamos al Inspector Don Francisco Clavijo, al Ingeniero Jefe Don Juan de León y al subalterno Don Manuel Alonso Zabala. La trinidad legal con las categorías que se habían señalado. Del buen resultado de la excepción dudó el Jefe, pero recomendó nuestra petición con todas sus fuerzas, y a satisfacción vino resuelta gracias



Parroquia de Santo Domingo

(Manuscrito anónimo de 1852, prop. de S. B.)



Iglesia de San Agustín

(Manuscrito anónimo de 1852, prop. de S. B.)

a su buen amigo el Director Herrera y al que no lo era menos de su hermano, el Ministro Albareda. Como es de suponer nuestra alegría no tuvo límites. Teníamos ya la seguridad de salir por la puerta y no por la ventana, como segura y fijamente nos hubiera pasado de ir a Madrid. Sólo un contratiempo podríamos temer; los rigores del Ingeniero Zabala, joven recién salido de la Escuela y con el culto a la teoría que se rinde en aquellos centros, que abandonan luego, o mermam en mucho cuando van ejerciendo. Si éste se empeñaba en *tirarnos*, con las materias todas fresquitas, es claro que nos *tiraba*, pero, en cambio, el Inspector y el Ingeniero Jefe nos sacarían por los cabellos si era necesario. Dos, y de mayor categoría contra uno solo, y éste por debajo.

Al presentarnos a Clavijo, nos dijo:

—En el primer barco se irán listos y servidos. Prepare el acta y allá la firmará Don Juan León, ya que no ha podido venir aquí. Todo en familia.

Pero... *La giogia dei mortale e fummo pasagero*. Y así hubiera resultado de ser el Jefe otro hombre, como se verá.

Nosotros llegamos a Santa Cruz por la mañana; a mediodía nos presentamos a Don Francisco Clavijo; aquella noche le dió su tercer ataque y al día siguiente yacía en la Eternidad. ¡Tremendo contratiempo! Vuelta a Las Palmas completamente desalentados; pero Don Juan nos animó. *De propria autoritate*, reformó, sin dar cuenta, el Tribunal. Presidente: él mismo, (la ley rezaba un Inspector); Ingeniero Jefe, ninguno, a no ser que él se encimara ambos cargos; otro Ingeniero: Zabala, que quedaba en su puesto; Secretario: el Ayudante Figueredo, excluído por la ley, que prohibía Ayudantes. Jamás creo que se haya dado un Tribunal de exámenes más anómalo y extralegal. Seguidamente hizo venir a Zabala y a Figueredo porque el Tribunal lo residenciaba en

Las Palmas y no en la Jefatura. Con ellos vino Lucio Aguilar, otro compañero que había solicitado con nosotros. El Ingeniero Don Juan quería prescindir de la ceremonia, alegando que más que examinados nos tenía. Zabala le argüía que el Tribunal carecía de forma legal, pues no sólo faltaba para presidirlo el Inspector, sino que, además, el nombramiento de Secretario, que había delegado en Figueredo, no podía prevalecer porque lo nombró de su cuenta, y además era Ayudante. Don Juan le dijo que él asumía toda la responsabilidad, pero convino en que se hiciera la pantomima del examen por transigir. No la quería tan pantomima el señor Zabala que hizo programa y ensacó bolas.

Referiré la escena por lo que a mí toca.

Bola de álgebra: Teoría del binomio. Y comencé a tratarla medio masculándola.

—No siga, perdemos el tiempo en boberías—dijo Don Juan impaciente.

—¿Boberías?—repitió medio sentido el joven Ingeniero.—¿Bobería el binomio de Newton?

—Vaya a la Cuesta de Silva, vea el difícilísimo trazado de aquella vía, hecho por Don Cirilo, y dígame qué necesidad tuvo para hacerlo del binomio. ¿Le hizo a V. falta?—añadió dirigiéndose a mí.

—No, señor; ni creo que ese logogrifo haga falta nunca en el oficio nuestro.

—Ni tampoco en el nuestro, compañero. Ya verá según vaya ejerciendo—díjole a Zabala.

Bola de estereotomía: Corte de piedra en muro con esviaje.

—Ahí contesto yo saltó el Jefe.—Traiga el despiezo del frontón oblicuo que tiene entre manos. Y ¡basta! Ya están examinados.

Zabala, sonriendo, convino. Pero de los tuyos te vendrán las pedradas. Figueredo, envanecido con el puesto que ocupaba, y sin considerar que era un intruso, para formar relleno, lanzó un:

—Falta que yo pregunte.

—Alguna bobería como toda las tuyas—dijo Don Juan, con uno de esos exabruptos que le eran propios cuando se impacientaba.

—Yo soy del Tribunal y tengo derecho.

La pregunta se relacionaba con el Reglamento de conservación de carreteras, y se concretaba a un caso tonto, de sentido común. Pero incomodóme que me preguntara en un tribunal de Ingenieros un Ayudante que había colado D. Juan de manganilla, y más siendo de procedencia de *cuchara*, como hecho de un agrimensor por la voluntad de D. Francisco Clavijo, en los tiempos en que los Ingenieros Jefes los proponían, y contesté con un desabrido: No sé, sin mirarle siquiera.

Y he aquí mi examen de Ayudante. Ni hubo más ni hubo menos. La narración es completamente verídica, y hasta lo es el conteste de sus diálogos. De cómo cuajó aquel Tribunal arreglado de la manera y como quiso D. Juan de León; de cómo fueron aprobadas sus decisiones y de cómo al mes estábamos incluidos en el escalafón, cosa es, en realidad, extraña, y sólo se explica por un omnímodo poder de aquel Ingeniero y por lo muy considerado y querido que se hallaba en los altos círculos. Pudo causarle un disgusto aquella determinación, pues ahí era nada abrogarse las facultades superiores y obrar de su cuenta y motivo en contravención de lo que había dispuesto. Al morir Don Francisco Clavijo ya faltaba la base de la concesión excepcional: la del Inspector Presidente que asimilaba el Tribunal nuestro al de la Corte. Era lo

lógico que se diera parte de aquella falta para que allá proveyeran. Pero no; se nombró a sí mismo Presidente, que tal vez podría haberse tolerado; pero lo que estaba por completo fuera de la ley era la introducción de un Ayudante en esa clase de Tribunales, que han de formarse exclusivamente de Ingenieros. Figueredo podía ser nuestro padre, y le queríamos y respetábamos. Cuando celebramos el banquete de enhorabuena, que tuvo lugar, como costumbre de actualidad, en los *Laureles*, le dimos bromazos sobre su actitud de examinador.

—Yo quería lucirles—nos contestó el compañero, que lo era doblemente, como Ayudante de *cuchara*, cual éramos nosotros.

Si disfruté de buen empleo y de un retiro que, cuando menos, me da un mal puchero, a aquel Jefe se lo agradezco, que movido de su amor por nosotros emprendió atrevimientos que pudieron haberle comprometido de veras. Terminó diciendo que nuestro banquete estuvo animadísimo y regocijado; la morralla oficinesca, de donde habíamos salido, no cesaba de congratularnos sinceramente. *Tío Antonio* que asistía, como de rigor, nos preguntaba en son de duda:

—¿Ahora no son *bustées* tanto como *Don Amasio*?

Se refería al compañero Menandro, cuyo nombre no pudo nunca decir de otro modo. Lucio, que superaba en sus conocimientos culinarios a los de sus matemáticas, fué el encargado de la cocina e hizo maravillas con poco dinero.

VIII

DE LA PRIMERA GRUA Y DEL PRIMER BUZO

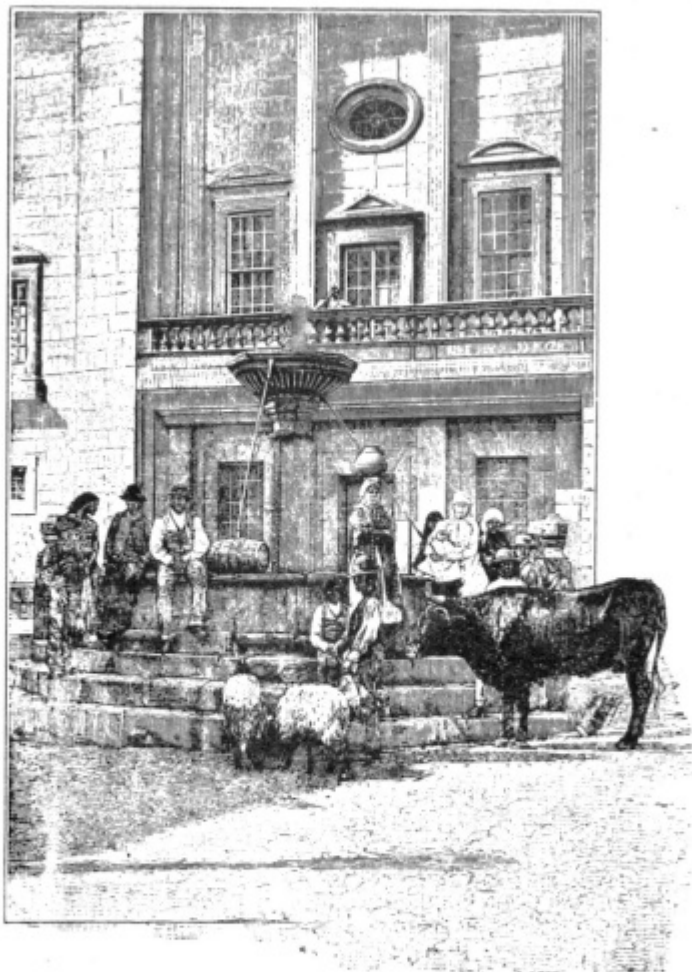
De cómo *Cburruca* (Rafael Torres Parlar) vino a Las Palmas a raíz de la orden de estudio del Puerto de Refugio, no puedo decirlo; no aseguro, ni mucho menos, que fuera al rendir algunos de sus viajes como piloto, ni si salió de Telde donde residía, desembarcado. En espera de credencial en la próxima *hornada* a Cuba, Don Juan le creó un puesto de capataz de máquinas, cuya misión se limitaba a saber, si le placía, de los cuatro husillos del carro de transporte del gato y tramos de carriles que hacían el completo de nuestra maquinaria. La terminación del muelle del Puerto, que rescindió Verdugo, tenía que alcanzar la sonda de ocho metros en la bajamar de equinoccio, lo que impedía la construcción del muro sin la ayuda del buzo. A más, el Jefe había dispuesto, con bastante acierto, la construcción de pequeños bloques prismáticos de hormigón hidráulico, los cuales, colocados sobre la tongada de sacos que enrasaban el suelo, habían de alcanzar hasta la citada línea de agua, desde la cual arrancaba el resto del muro con su revestimiento de sillería. Y como cada uno

de aquellos pequeños bloques pesaba cuatro toneladas y había de sentarse en forma concertada, de ahí la grúa capaz para su peso.

Cubierto de esos pequeños bloques estaba la explanada de la parte de muelle que construyó Verdugo, y la grúa encargada a Inglaterra. Era este encargo un hecho de dominio público; todo el mundo aguardaba la llegada de la grúa y se comentaban los días que desde el encargo podían tardar. Parlar iba al Puerto cotidianamente con su adlátere Frasquito Morales, en la única tartana que entonces había: la de *Buamena*, cuyo pasaje costaba una fisca de ida y otra de vuelta por persona; y como no podían dar nueva ninguna a los socios del Gabinete, que se las pedían, Churruca describía, en tanto, los aparatos de la máquina en la Habana. Vino por fin el deseado artefacto desarmado, de consiguiente, y en sus cajones correspondientes embaladas la piezas, y a más el plano para armarla que me entregó Don Juan a fin de que tal faena dispusiera.

—Cirillo—me decía Churruca en tono suplicante— me vas a dejar a mí el trabajo ese; te dejaré lucido.

Y al día siguiente, de mañana, fincaba en el Puerto con su indispensable Frasquito y además Don Teófilo Fernández, patriota exaltado, partidario que fué del muelle de Las Palmas, convertido, entonces, en jefe de sus maldicientes. Convine con Churruca en no ir al Puerto en tanto no terminara su operación y que me avisara; lo que hizo por la tarde, y al Puerto me dirigí en la tartana citada de *Buamena*, que aún no había otra, como antes he dicho. Al llegar topéme con el siguiente cuadro: En pleno arranque del muelle, fuera de la entonces caseta de la obra, casa hoy del capataz guardamuelle, una mesa de pino y *no pintado*; sobre ella un plano y detrás Churruca; a un lado Frasquito Morales y a otro Teófilo,



El Pilar Nuevo a mediados del Siglo XIX

(Grabado de la época)

y en los alrededores, un público nutrido, señoras inclusive. El armastote de hierro ya completamente armado, al parecer, aunque con un pote de grasa se lubricaba un herraje; una pieza tal vez.

—Has llegado a tiempo, Cirilillo (siempre me dijo así). Hay que dar un poco de grasa a ciertos nervios, pues aunque funciona, está algo pesada. Pero fíjate en la previsión de estos ingleses: han mandado esta rueda de repuesto—y me mostró una suelta. Aplaudía Frasquito y Teófilo y con ellos el público espectador, y en estos aplausos, a más del armador, debía tener parte la *previsión inglesa* seguramente. Fuí el único que no quedó satisfecho, aunque nada dije; pero en aquella noche, en tanto que el Churruca celebraba sus éxitos en el Casino, coreado por Frasquito y Teófilo, me concerté con el herrero Hernández, y apenas apuntó el día siguiente ya estábamos en el Puerto. Se reconoció la grúa, y la pesadez de movimiento que Churruca achacaba a falta de grasa desapareció al poner en su puesto la rueda de repuesto. ¡Ya me temía yo que la *previsión inglesa* no llegara al extremo preconizado por Churruca! Este vino más tarde y con él los dos admiradores Frasquito y Teófilo; presenciaron el funcionamiento del artefacto y se admiraron más que la víspera, si más admiración podía haber. Churruca cayó en el ajo y nada aludió a la *previsión inglesa*; comprendió algo de lo que pasaba y dejó de mentar la rueda de repuesto por la cual tampoco le preguntaron. Pero Galindo, el capataz del muelle de quien he hablado, no tragaba a Churruca y enteró a Teófilo *cé por bé* de todo lo ocurrido.

Faltóle tiempo al hombre para venir al Casino, contar el lance y terminar diciendo:

—Ese hijo *de puta* de hombre, que yo le creía un mecánico, y se tenía en el buche las ruedas de la grúa.

Más tarde, cuando vino el *Titán*, rematado ya el Puerto de Refugio, pocas personas presenciaron el armarlo. ¿Era que esas cosas no causaban ya novedad o que temieran un *embuchado* de ruedas como en la primera grúa?

El muelle sí que estaba lleno ese día. Se trataba de ver trabajar los buzos—*bucios*, que decía la gente del vulgo... y muchas que no lo eran.—El Ingeniero dos días antes me había entregado un impreso de la instrucción, con láminas claras que representaban fielmente todos los detalles y todos los modos de vestir de la escafandra. Leí y releí, hasta aprenderla de memoria, la citada instrucción; hice desembalar las cajas para conocer de *visu* pieza por pieza; en fin, puse de mi parte todo lo que me fué posible para que nada por ignorar se me quedara, y aún no estaba conforme. No dormí aquellas noches teniendo siempre ante mi vista el fantasma de una desgracia y no hallaba manera de tranquilizarme. Porque debe saber el lector que como Ayudante de la obra tenía yo la obligación de conocer todo lo concerniente a la operación de buceo, instruir al buzo y responder, cuando menos moralmente, de un mal percance. El Ingeniero al hacerme el encargo, temido como yo, me había indicado que lo estudiara detenidamente, que no cometiera la menor distracción y me citaba, para emularme, el ejemplo de compañeros que en los puertos de España habían practicado personalmente vistiendo la escafandra y lanzándose al agua para dar el ejemplo o resolver dudas. No corrían por ahí los vientos míos, ni muchos menos; y al pensar en ello me decía:

—Si sucede un fracaso ¿quedarás tranquilo tú, que no diste el ejemplo con tu persona?

Vino el día fatal. Presenció el vestir de mi buzo, haciendo en las piezas una escrupulosa requisitoria; le repetí los consejos apropiados al caso, y, trémulo yo, hice que se lan-

zara al agua sumergiéndose paulatinamente. A medio sumergir desapareció de pronto.

—¡Se ahogó el infeliz!, pensé. Miré la burbuja; allí, a veinte varas de la lancha. Media hora estuvo en el agua, y según me dijo al salir, después de quitado el casco, se hubiera estado todo el día de Dios. Se me vino el alma al cuerpo y le llevé a brindarle con sus compañeros de trabajo. La inmensa concurrencia le colmó de aplausos y algunas propinas recibió también. Teófilo le dió un duro, Churruca y Frasquito, medio duro cada uno. Yo le di otro duro, sin mérito alguno la propina mía, porque salió del material; pero debo decir que la convidada fué de mi bolsillo.

Este primer buzo se llama Raimundo, o se llamaba, porque no sé si vive. Tal fué el agrado que causó el espectáculo que en el Casino se olvidaron de la rueda que se embuchó Churruca, incluso Teófilo, al manifestar que una rueda se le va a cualquiera.

¡Y qué triste papel nos iba haciendo Añaza, sin grúas ni buzos en su Puerto! Bien que esto último le era imposible, por la inmensa profundidad de su fondo a donde no podía llegar buzo viviente, según con fruición asegurábamos.

IX

DE LOS PRIMEROS ANDARES DEL PUERTO DE REFUGIO

Salte conmigo el lector, si saltar quiere, o deje la lectura si mejor le cuadra, el período de algunos años para situarnos allá por el ochenta ú ochenta y uno.

Maldecido el Puerto de Las Palmas, yacía en el abandono más completo. Ni aún como paseo se le quería ya. Allí con gran contentamiento nuestro, no se hacían las obras ni de entretenimiento. Dios dispuso del Capataz Caraballo y del *camello* la naturaleza; y hasta se dudó del sitio donde funcionaba. En el año dicho, si mal no recuerdo, o en otro posterior, que poco hace al caso, se recibió de la Superioridad la orden del estudio. Comenzó el Ingeniero por reunir previamente en su despacho a los marinos de la localidad para indicarles su idea, y en el primer papel que en la mesa hubo, la bosquejó ligeramente. Yo, que narro, presencié la reunión desde su principio hasta su final, porque con anterioridad me hallaba despachando en el cuarto del Jefe, y aunque no de todos sus detalles, puedo dar cuenta de los principales, o más

bien del principal, cual era la discusión de la forma del Puerto y el emplazamiento de su boca de entrada. El Ingeniero, con gran acopio de razones, hijas de su reconocido saber profesional y de sus estudios especiales sobre el asunto, refrescados y ampliados en aquellos días por las mejores obras de consulta, justificó su croquis, y por consiguiente la boca que juzgaba más acertada. De los marinos reunidos dos llevaban la voz cantante: Don Rafael Torres Parlar, conocido por «Churruca», y Don Rafael García Sarmiento; los demás, si mal no recuerdo, formaban masa muda en los principios de la conferencia. Debo advertir que todos ellos, excepto «Churruca», eran los acérrimos afirmantes de la fabulosa *Sirte o bajo* que el espigón del muelle de Las Palmas, completamente abandonado por el *porqué* que he dicho, no había llegado aún a *matar*. Pero los de la masa muda dieron a conocer bien pronto con sus señales respectivas de asentimiento o contradicción que se hallaban divididos en dos bandos; uno que seguía a Don Rafael (el García) y otro al otro Rafael (el Torres Parlar).

La boca: este era el *desideratum*. Queríala con tenacidad uno de los Rafeles (el García), en situación opuesta a la bosquejada por el Ingeniero; y el otro (el Parlar) defendía la propuesta por el Jefe, con entusiasmo, acompañando su defensa con argumentos tan atendibles que concluyeron por dejar reducida la opinión contraria a la escueta razón del *por que sí*. En estos andares salieron del mutismo los marineros de uno y otro bando que no habían hablado, y cada cual, por su parte, propuso una boca con entera autonomía, de propia cosecha, dibujando, armados de sendos lápices, en los papeles que apañaban en la mesa, croquis y bocas a placer, y protestando que, de no hacerlo así como cada cual pensaba, *no lo querían*. (El Puerto).

Pasaba «Churruca» como el marino de más conocimientos técnicos y prácticos entre nosotros y le abonaba y realizaba su valor profesional el hecho de haber sido varios años piloto de la Armada, ayudándole al mismo tiempo su facilidad de palabra. Sin resultado alguno práctico, se comprenderá; y agarrado cada cual a su *boca*, se disolvió, al cabo, aquel campo de Agramante, desfilando todos en medio de las objeciones razonadas que a cada una de las particulares bocas oponía el Torres Parlar, quedándonos solos Don Juan, el Parlar y yo, aunque el primero, a los pocos momentos, se despidió de nosotros. Yo salí con «Churruca», que no cesaba de hacerme por el camino la apología del plan de mi Jefe, denostando a sus compañeros, y más que todo al compañero tocayo, y de repetirme con tono de admiración:

—¡*Aquellas cuatro rayas, Cirilillo!*—haciendo alusión al croquis de antes. De paso nos encontramos con Frasquito Morales, a quien contó lo sucedido en la reunión *cé por bé*, exponiéndole entusiasmado lo de las cuatro rayas, que éste, su amigo, ensalzó a su vez por disciplina, sin atender, quizás las explicaciones, encarándose conmigo «Churruca» para repetirme con el primitivo tono de admiración, incrementado ahora con cierta expresión de pasmo:

—¡Oh, Cirilillo, aquellas cuatro rayas!

Volvíle a ver por la noche en el Casino, donde peroraba sobre el asunto del Puerto y de la reunión de los marinos, y explicaba lo de las cuatro rayas, teniendo pendiente de su palabra fácil y persuasiva al auditorio. Cuando entré, al verme, dijo:

—Ahí está Cirilillo. ¿No es verdad, muchacho? ¡Aquellas cuatro rayas!

Y la expresión de su rostro (feo, por cierto), con el ojo elevado (era tuerto), indicaba que la admiración primitiva,

acrecentada con el pasmo, había llegado al extremo del éxtasis.

Las cuatro rayas, reproducidas por «Churruca» con tiza sobre una mesa de billar, despertaron en los ánimos de los concurrentes un sentimiento de estupefacción, abriendo cada boca y comparable sólo a la que sintieron los sicilianos al contemplar desenrollada la célebre tela de Rafael. Los vientos estaban entonces por ahí, y por mucho tiempo duró el bosquejo sin que mano aleve se atreviera a borrarlo, cual si lo amparara un *tabú* de los antiguos indígenas oceánicos.

Entre la plétora de *bocas* de los marinos las había la mar de saladas, y admítase la frase. Todos complicaban la disposición de la entrada del Puerto, y la que más con la que menos la daba franca en el recinto a las corrientes litorales de la Isleta. Siempre he creído que el marino en la cuestión de puertos, allá se va a la mano con el cochero en las carreteras. Las cuatro rayas tan encomiadas por «Churruca» y veneradas por Frasquito Morales, eran la solución más técnica, sencilla y económica de la obra que se estudiaba. Y no es el narrante, poca cosa, aunque de casa, quien lo afirma: son los Centros Superiores que aprobaron sin reparo el proyecto.

—Este puerto—decía don Teófilo en el Gabinete—no tiene otra boca que la que ha dispuesto el Ingeniero. Los marinos, si los dejan, lo hubieran convertido en una *escarcia*. Si se hace como está, se *ca...rá* en los mejores del mundo; y los chicharreros tendrán que meterse el suyo por el c... Y que no hagan bulla los marinos *bocudos*.



Perspectiva de la calle de Triana hacia 1.875. En primer término, a la derecha, el arranque de la calle de la Arena, donde hoy se alza el edificio de la Droguería Espinosa.

X

DE LAS OFICINAS DE OBRAS PÚBLICAS EN AQUELLOS TIEMPOS

Me refiero a los de la víspera del estudio del Puerto de Refugio y a los que siguieron algún tiempo después; entiéndase que trato de la oficina subalterna nuestra.

Personas: Ingeniero: el Jefe de la Provincia, que lo era Don Juan de León y Castillo, residente aquí, por lo regular, aprovechando a sus anchas un *indistintamente*. Ingeniero subalterno: ninguno, él se lo guisaba y él se lo comía. Ayudantes: dos y estos dos de *cuchara*, sacados del montón de abajo: Herrera y yo. Sobrestantes, tres: uno Pagador, mi compadre Antúnez y dos residentes en las obras, formados, como ha debido ser siempre, de hombres de oficio, temporeros todos. Delineantes: ninguno; dos aprendices: uno el cojo Doreste (Juan Oreste, que decía el tío Antonio) y, por lo tanto, cargábamos con ese mochuelo los dos Ayudantes. Y paso a una disgresión. Nadie ajeno puede hacerse cargo de lo penoso que resulta el trabajo de calco en dibujos cuyo original haya hecho uno mismo; y por aquellos entonces, los ejemplares que

se remitían a la Superioridad eran tres; y no se conocía aquí el *ferroprusiato*. Gracias que este trabajo de pacientes chinos lo hacíamos cantando como costureras, o dando a la lengua en sabroso coloquio, también como ellas. Hoy por hoy se tiene además el aritmómetro para las operaciones aritméticas; y entonces teníamos que zamparnos machacando el hierro en aquellos eternos estados de cubicación y presupuestos, sin más ayuda que nuestras facultades de paciencia y seguridad en las multiplicaciones y sumas que se repetían al infinito. También estábamos muy lejos de la moderna máquina de escribir, y las tres copias de la Dirección las hacíamos Azofra y yo, que teníamos buena letra; en cuya faena, como en la anterior, nos faltaba el alivio del canto o de la sabrosa charla. Nada, que como monjes medioevales teníamos que hacer a mano los dibujos y escritos de nuestros pergaminos.

Terminó la digresión y continúa la lista del personal. Escribientes: dos: Azofra y Juan Rodríguez, de hermosa letra el primero y muy entendido el segundo, que redactaba bien hasta sobre asuntos que no eran de su competencia.

Y otra digresión con respecto a Azofra.

La multitud de estados que llevaban los proyectos, los rayaba éste con elegancia y limpieza especial, encabezando los encasillados con variedad de letras a cual más artística. Ninguno con más derecho podía aspirar, (o yo no entiendo el asunto) a la denominación de estadista; y tampoco ninguno le ha tenido en cuenta tal merecimiento. Pero yo que escribo, debo confesar que me ha chocado siempre la denominación esa, acompañada de *insigne*, que veo aplicar a *cerrojos* políticos que, tal vez por rayar mal los estados y llenarlos peor, nos han metido en los berenjenales que estamos padeciendo.

Y finalizo la lista del personal. Portero: *lío Antonio*,

que desempeñaba el cargo cuando le placía; pequeño propietario además y con cierto caciquismo en Valsequillo.

Pues ese personal, dirás lector de hoy, es más reducido que el de cualquier oficina de Fielato o de Puerto Franco; y nada digamos del Municipio, donde está empleada la mitad del Partido, ni del actual Cabildo, que aún ladra a la luna, y según van las trazas, empleará a la otra mitad. Y cuenta que la oficina nuestra extendía su radio de acción a las islas hermanas, que componían con sus islotes, desiertos, pero con faros que había que visitar y atender, y la propia donde residíamos, el Distrito Oriental de Obras Públicas; denominación que nos abrogamos de *propia autoritate*, cuando en ley no había tal Distrito y apenas éramos algo más que un *puesto*, una mediana casilla que en cierto modo podía parangonarse con las del Fielato. ¡Ya!; pero habría poco que hacer entonces; las obras estarían en mantillas; si no, no se explica, añadirás, lector a quien me refiero, viendo que la Provincia, dividida hoy en dos Jefaturas, consta en ésta de un Ingeniero Jefe, tres Ingenieros subalternos, de cinco Ayudantes, de tres Sobrestantes, no practicones traídos de oficios como los de antaño, sino de la *Escuela* y de la oposición; de un delineante con tres auxiliares, escribientes, porteros, ordenanzas que se estrujan dentro de los locales porque apenas caben; amén de tres mecánicos para facilitar el trabajo, que antes no teníamos. Si no te lo explicas, yo creo explicártelo satisfactoriamente. El progresar de los tiempos requiere esa nube, y así lo comprende en su alto saber el Gobierno que aquí nos la manda. No sé si querías que continuaran los servicios de la nueva Jefatura, por más que abarque igual radio de acción que nuestro *gratuito* Distrito Oriental, con un Ingeniero y dos Ayudantes, procedentes de la clase de tropa, llamados de *cuchara*. Y creo que debe envanecerse tu patriotismo te-

niendo para la parte técnica, que es la principal en estas dependencias, doce facultativos, contando los sobrestantes, que hoy lo son también, por otra disposición superior que no se ha fijado en que *siendo todos maestros, habrá de faltar quien cargue las herramientas*, que dicen nuestros artesanos, y no limitarse, como en pasados tiempos, a sólo dos técnicos: el Ingeniero, uno, y otro los dos Ayudantes, a medio técnico por barba, dado el humilde origen de su extracción. Y no veas en lo dicho, lector de referencia, comparaciones, ni procures juicios: haz de tu cuenta y según tu malicia unas y otros: aquéllas no me interesan y éstos los dejo a Dios para que los atienda. Pero en lo que no opino contigo y protesto en forma, es en que había poco que hacer en los andares dichos. De esto voy a enterarte y tú me dirás luego.

Hay la general creencia de que en los andares tales se dió larga a todo para atender tan sólo al estudio del Puerto de Refugio, lo cual puede explicar, en parte, la rapidez casi fabulosa con que se formuló el proyecto. Pues ése, lector, es un error de los que están por fuera. Y verás: Mi compañero Herrera tenía entonces entre manos el estudio de la carretera del Sur hasta Tirajana, y la conservación de las hechas. Yo me ocupaba en los replanteos e inspección de las obras nuevas de la carretera del Norte, desde Arucas a Guía, rematada por Vicente Soler, y de las que se ejecutaban por administración en el trozo de la Cuesta de Silva, que me obligaban a visitarlas a cada momento por las muchas dificultades que el trazado tenía que vencer. Para ocuparme en los estudios del Puerto mentado me hizo venir el Jefe de Lanzarote, donde estudiaba la carretera de Arrecife a Haría, cuyos estudios dejé suspendidos en el principio del último trozo, porque la llamada era urgente.

Mientras duró la formación del proyecto del Puerto,

continué mis visitas a la carretera de la Cuesta de Silva, que eran inevitables, su pena de dejar parados, de lo contrario, a centenares de brazos. Y a la raíz de haber terminado aquel proyecto en menos de seis meses, se me vino encima el del Lazareto de Gando, que no era cosa de juego, y seguidamente los de los Faros: el de los Salvajes, que salió portugués, y el de Maspalomas, que tampoco era rana. Además, entre el estudio de estos faros, hice con Herrera el de la carretera de Arucas a Moya, con un paso de barranco que recordaba las dificultades de la Cuesta de Silva. Y cuenta que aún continuaba el sistema de las tres copias para la Dirección, y que los aprendices de delineantes estaban en crisálida, por lo cual los Ayudantes seguíamos desempeñando el oficio de ellos. Y cuenta también que si queríamos fumar o tomarnos una cerveza para refrescarnos, nos costaba hacer de ordenanzas de nosotros mismos y salir a la calle a procurarnos esos menesteres, pues rara vez se daba el coger al tío Antonio de buen humor para que no nos contestara:

—Tan buenas patas como yo tienen *bustedes*: ya *puéen dir* por eso, que en la calle no se los come *naiden*.

¡Yal, pero hacíais trabajos de titanes.

No sé: juzgalo tú y compara, lector de hoy, carga si te agrada, con esos mochuelos, que yo no escribo para establecer comparanzas ni formular juicios, sino para hacer cuentos y narraciones de sucesos verídicos y a lo que salga.

—¿En qué tiempo se hizo el muelle del Puerto de Cabras, que tanto bien ha hecho a aquella Isla?—me pregunta un lector majorero.

—En tiempos de Don Juan yo trabajé en el estudio e inspeccioné la construcción.

—¿Y el muelle de Agaete?—me increpa uno de allí que falsifica gravilla.

—En idem idem y yo idem—contesto al falsificador.

—¿Y la carretera del Centro a San Matco?—me argumenta un joven cacique de aquel pueblo.—En idem idem y yo idem, vuelvo a contestar.

—¿Pos no *icen* que *too* eso lo *jiso* Don Fernando?, añade un incondicional de Veneguera.

No sé: tal vez fuera Don Juan una especie de león que los encarnaba. Sólo puedo decirte, por lo que a mí toca, que Don Juan proponía y la Superioridad aprobaba; y bajo su sabia inspección y sus acertadas indicaciones se hacían los estudios y se llevaban a cabo las obras.

Aquella cabeza de Ingeniero era dueña de un fósforo especial: todo lo veía, nada se le escapaba, y ocupado a la vez en su política y en sus trabajos de labranza, poseía un don *sui generis* para dirigir nuestra oficina y los trabajos nuestros. Era todo un Jefe. Claro que para producir tanta obra nos empañábamos con dientes y muelas y aún aprovechábamos las horas de la noche; pero sin imposiciones, sino con manifestarnos, con las mejores formas, sus deseos. En esas noches que dedicábamos al trabajo nos solía obsequiar con algún piscolabis, y si nos faltaba alguna cosa que traer de fuera, tío Antonio, participante de nuestro regodeo, encontraba sus patas inferiores a las nuestras, y de *motu proprio* salía a buscarlo, porque quería tener contentos a sus Ayudantes, decía meloso. Y entonces era también cuando el despectivo *Juan Oreste* se convertía en el cariñoso *Juanito Oreste*.

XI

DE UN PUERTO INTRUSO

El de Topete: que no viene a cuento al tratar de los nuestros, pero que recuerda un hecho de los tiempos casi coetáneos con la Revolución de Septiembre, y quiero consignarlo, cuadre o no cuadre. Pero como el lector de hoy no estará enterado del porqué de su nombre y de la situación del Puerto, debo ponerlo en antecedentes antes de entrar de lleno en la relación. E iremos por partes.

Disponiendo estaba junto con mi hermano, como Ingeniero de la Junta Soberana de Gobierno, cercana a sus fines, el replanteo de la rectificación de la calle de Triana en su extremidad norte, proyecto aprobado del Ingeniero de verdad Don Juan de León, con el cual la Soberana aquella no quería cuentas por no ser progresista y serlo nosotros hasta la democracia y aún más allá, e hijo de padre tal.

—A *bustedes* les buscaba—me dijo el tío Antonio topando conmigo.—Vaya *pa* allá que el Señor Don Juan está *aburrío*. Que *jaga* el favor; que están allá esperándole una *parva* de caballeros del campo.

Y así, de favor, cumplíamos nosotros en nuestras oficinas, en aquellos entonces, cuando nos creíamos montar tanto y más que nuestros Jefes, reaccionarios todos; nosotros, presidentes de comités, oficiales de las Milicias voluntarias de la Libertad y periodistas populares. Y sin embargo, fuerza de la costumbre, entré en el despacho del *ciudadano* Jefe alegando disculpas.

—Pues lo quería—cortando las excusas—para que me haga un gran favor; a mí y a estos señores sus compaisanos.

Los que estaban dentro, que formaban la *parva* de caballeros del campo, que decía tío Antonio, eran el Alcalde de Guía, don Blas Bethencourt, don Francisco Martín Bento y don Francisco Hernández, y venían en comisión para que Don Juan dispusiera el estudio del Puerto.

—¿Del Puerto?—pregunté extrañado.

—Sí; del Puerto *Topete*. Don Juan está enterado y la Junta de Gobierno ha dispuesto su estudio.

—Y yo deseo que Vd. lo haga—añadió el Jefe—y los señores se encargarán de decirlo así a la Junta, pero saliendo de ellos.

Conformes todos, por parte de Bento salió un inesperado: Señores... Y en actitud de orador clásico, alijó el discurso que traía preparado ignorándolo todos; discurso que en cierto modo puede llamarse una *videncia* con respecto a Guía, y duró largos tres cuartos de hora.

Y más ponerte en autos, lector paciente. Los de mi pueblo adoptivo, que a la sazón era Villa, secundaron el movimiento revolucionario y se nos adhirieron; y de ahí la Alcaldía de Don Blas, que era progresista. La inquina de este pueblo con el de Gáldar no iba en zaga a la de Las Palmas con la Interina. Desde antiguo tenía atragantado el Puerto de Sardina y su *desideratum* era tener otro, de cualquiera con-

dición, siempre que estuviera cercano, dentro de su término.

Juan Suárez, de Gáldar, pero con sentires de Borbón o Conde, y marino experto, traicionó a su pueblo por ciertos rencorcillos; y busca buscando dió con un Puerto para los de Guía, que él auguraba sería aceptable haciendo algunas obras. Entusiasmáronse aquellos mis hermanos de adopción, y como los tiempos iban por ahí y sus ansias se satisfacían, *Topete* bautizaron al Puerto en honor de aquel bonachón. De ahí mi viaje a Guía con la mencionada *parva* de señores y súplica de Don Juan para que si *podía* y *quería*, hiciera el estudio del 8.º trozo, único que faltaba de aquella carretera, concediéndome el llevar conmigo para tener cuenta de la cadena métrica, al capataz de camineros Manuel Henríquez, leal y entendido, que me quería entrañablemente. Por la noche era yo el héroe de aquellas circunstancias. A la llegada, espléndida cena encontré preparada en casa del Toro, fondín de aquel tiempo, donde se comía al estilo de Cuba, guiándose bajo la dirección de la esposa «Seña» Benigna, que de allí era, y no permitía a ningún *parado*; es decir, de pie, obligándole a sentarse y a que comiera, en cuya instancia entraba a más de la nativa hospitalidad cubana, la de mejorar el negocio de su marido, según alegaran los pagadores del *pato*. Hubo entusiastas brindis y no se *descorchó* nada porque nada hubo que descorchar, sino el garrafón de vino del Monte que no era descorchable. El descorchamiento, si así puede llamarse, fué el de nuestro estómago con los dos discursos que nos propinó Bento, uno en pos de otro. Terminó el último y, temiendo el tercero, lancé con toda la fuerza de mis pulmones un ¡Viva la libertad! que fué contestado unánimemente, pero al añadir ¡Viva la República Federal!, se me miró con asombro y sólo se asociaron a mi brindis media docena de catequizados por amigo Rafael el Yankee.

A las once, en la puerta del Casino, aún había público pero más moderado en cantidad: pueblo de labradores, se recogía temprano para madrugar al trabajo. Allí se habló del trozo de la Cuesta de Silva estudiado antes, y me convencí, en parte, de que no carecía de fundamento el dicho aplicado a un respetable señor de aquella aristocracia, de que las dificultades del trazado se salvarían con un tres por ciento y una alcantarilla. El tres por ciento me lo mentó, pero nada me dijo de la alcantarilla.

¡Pero qué día aquel siguiente! Fué el más regocijado de mi vida y los tuve buenos. Quedé con el Alcalde en recorrer primero el terreno para comenzar luego el trazado; se había de almorzar allí en la casa de la finca de la Mareta donde lo habían dispuesto el dueño y Frasquito Bravo, y donde aguardaban los aparatos; y como el almuerzo, que era al medio día, tenía cierto carácter oficial, desde luego presentía el menú que tenía que ser obligado en estos casos, y era corriente tanto en la ciudad como en los campos que se estiman en algo; y Guía era capital de Partido y a más cabeza de batallón, y debía estimarse.

He aquí el menú de referencia:

Cherne a la sancochada con *pommes de terre* arrugadas.

Cabrito *roti* a la escabechada con *petits raves*.

Lait espesa a la Calaboso y Paso.

Sauce: mojo *vermeil* a la *poivre*.

Aide mets: gofio *au poing á l'eau*.

Fruits: tunos a la Montaña Alta.

Liqueurs: ginebra a *l'oiseau*. Vino del Monte *après nature*.

Y no vaya a creer el lector que este menú se escribía; ni entonces se estilaba eso ni lo necesitaba nuestra memoria,



La Plaza de la Constitución de Santa Cruz de Tenerife en los tiempos de la primera División
(Grabado de la época)

que lo sabía de corrido, pues no había otro en la casa que he dicho. Comerlo sí, libre de esos papeles escritos con las más penosas de las ortografías, que no merecen otra los potingues que en los hoteles y casas de comidas se nos sirven y ahitan.

Don Blas el Alcalde y Vicente Suárez, hombres de verdadera chispa y gracia, que podían pasarse por debajo de la pierna a los Mochilas, Torones y demás graciosos de Las Palmas, vertederos de ático gracejo que prescindían de la ayuda de la ventosidad, amenizaban la reunión sin dejar descanso a la risa. Y aquí, regocijado y contento, me hallaba entre aquellos hombres, amigos de mi padre, ya viviendo en Las Palmas, que desde mi niñez me habían agasajado y querido. Aquello no tenía trazas de terminar y continuábamos nuestra sobremesa, más bien sobre suelo, pues allí lo hacíamos, y de codo hincado, a guisa campestre. Pero había dos Argos que comer no quisieron, patriotas cerriles que aguaban nuestras fiestas como *putos* callados, sin quitarnos los ojos. Varias veces nos habían dicho con rostros ceñudos:

—¿Aquí se ha venido a comer o a trabajar?

Medios peneques estábamos todos, Don Blas el primero; y erguidos, a duras penas, por fin, salimos de Capua y emprendimos camino en dirección del mar.

Todo el terreno que habíamos recorrido, hasta la casa de nuestro refrigerio, no presentaba accidente notable; el trazado era fácil y de poco coste; el que seguía después presentaba iguales favorables condiciones; pero al terminarlo, espantoso acantilado se ofreció a nuestra vista con una altura de más de cien metros, y al pie el mar combatiendo en montañas, montañas de olas. Medio atacado del vértigo dije a Don Blas:

—¿Y cómo se salva este precipicio de pendiente tan

pronunciada que no ofrece asiento para establecer una carretera?

Eso bien lo hemos visto—dijo Francisco Hernández, uno de los Argos—; la carretera llegará hasta aquí, en el punto en que estamos, y luego se bajará a la playa por camino de herradura. Ese hay que trazarlo.

—¿Camino de herradura y trazarlo yo por ese acantilado y semi-acantilado?—murmuré lleno de miedo para mis adentros, y volviéndome a Francisco Hernández.—Mi aptitud profesional no alcanza sino al trazado de carreteras, para caminos de herraduras el mejor ingeniero es un arriero.

Balumba ya, aplaudió Don Blas la ocurrencia y en medio de la general risotada propuso este señor:

—Como Cirilo tiene razón en lo que ha dicho, desde mañana citaré al despacho a Vicente Alemán, Pancho Calcines, José Benito, Meneses y Juan del Drago, caracterizados como los primeros del gremio, para que formen comisión y acuerden el asunto.

Este bromazo hizo el efecto de la puntilla en los toros: de entonces acá Guía renunció a su Puerto Topete, por mucho que insistiera el marino Juan Suárez, e intrigara el Hernández, a quien no volví a ver en los cinco días que en la Villa estuve para hacer el estudio del octavo trozo.

Los mojones manchados de cal que durante el estudio fijaba en los vértices de las alineaciones sirvieron para que más tarde, siendo Don Juan político, dijera Don Blas:

—Cuando Don Juan León tiene que hacer elecciones manda antes a Cirilo a echar cagadas de guirre por los campos...

Dicho que se ha hecho proverbial.

XII

DEL INGENIERO DON JUAN DE LEÓN

No nací, por desgracia, para hacer apologías; y de haber nacido con ese sino y nacimiento no me hubieran valido de nada. Me dotó el hada de un repertorio tan pobre de adjetivos y frases de encomio que mis *laudeamus*, en caso de emplearlos, resultarían pedestres y chabacanamente vertidos. No entiendo jota del moderno *quintaesenciado* estilo de *lacería arábiga* que entre sus ingeniosos, variados e intrincados cruzamientos y enlaces, que no siguen la vista y dán el vértigo, encierran alabanzas al Alá que se elige o al Mahoma que se quiere enzalzar. Los *dignísimos*, por ejemplo, no son de mi tiempo; sólo alcancé el *digno*, aplicado a los diputados que consiguieron la *División* primera, como rezaba la lápida del balcón del Casino. Lo de *prestigioso*, lo de *mundial* y, mucho más lo de *inmenso*, es griego para mí. ¡Y cómo se aplican hoy esas *inmensidades*, esos *prodigios* y esos *mundiales* a pleno granel!

Que ordena un Alcalde remendar un bache en el adoquinado: se remienda y salta el periódico oficioso: *La pres-*

tigiosa autoridad que preside nuestro municipio ha llenado el vacío... Que se descuelga un joven con una composición que por no ofender al autor llamaré poética, donde se desprecia la métrica, con toda intención, y en eternos renglones expone pensamientos que hacen claro el modo de decir del antiguo krausismo, y el Diario compadre anuncia: «El *inmenso X* (que es chico de aquí y no conoce nadie) abandonando caminos trillados por ancestrales ñoñeces»... Que hace un boticario nuestro, por ejemplo, un veneno más, para no curar nada, si matar no logra, y la prensa amiga entona: «La fama *mundial* que va adquiriendo el notable específico...»

¡Y que mis amigos Paco Morales y Andrés Romero fueran a dar con Dios creyendo que sus respectivos sacos de adjetivos y encomiásticas frases llegaban al completo! ¡Ellos que fueron los introductores de la forma ampulosamente *adjetivada* que tanto priva hoy!

Pues de todo lo expuesto sacas, lector de hoy, por los motivos dichos, que este mi escrito no será apologético como expuse al principio, sino sencilla narración de hechos y simples aplicaciones que de los mismos puedes hacer por tu cuenta y motivo. No hablaré del político al hablar de mi jefe, porque ni seguí su política ni tuve empeño en ello. Fuí republicano de todo corazón en mis tiempos y, algo más tarde, por puro deporte, me lancé al Carlismo, que dejé cuando quise; pero al *Partido* no pertencí nunca. Aunque me *encantaraban*. ¡Si de esa fechoría no se salvó siquiera el mismo Padre Obispo!

XIII

HISTORIA DE UN BUSTO

En aquellos días, no recuerdo si antes del remate del Puerto de Refugio o después, pero casi a la raíz del acontecimiento, de uno u otro modo, me presentaron, apenas llegué a la Oficina, un joven simpático y de modales finos, acompañado de aseada vestimenta. Era el presentador Tomás Rodríguez, *Pato* de alias, y el presentado un chico portugués, insular de la Madera, hijo, según aquél, de familia de regular acomodo; un tanto calavera y que trataba de embarcar aquí para las Américas en busca de fortuna o, al menos, de trabajo que le proporcionara la solución del problema de la vida, ya que de sus padres se había separado medio reñido. Tomás, en los tiempos en que residió en la Madera, trató a la familia del joven; a éste le conoció adolescente, y por tales causas demostraba en su favor gran interés. El dicho Tomás, Inspector de Policía, funcionaba también de Secretario del Ingeniero Don Juan de León, y si como tal Inspector no había descubierto la pólvora, ni aproximadamente, en cambio, como tal Secretario, no tenía precio en más de un concepto.

Diré algo primeramente del Inspector y luego del Secretario. Decíase que uno de los carlistas aquí deportados faltó a la lista cuando los reembarcaron, y por tanto formaron el oportuno expediente gubernativo para saber de su paradero si vivía, o certificar su muerte en caso contrario. Dormían los papeles en las oficinas hacía algunos años cuando entró Tomás en el ejercicio de sus funciones. Enterado del caso se propuso resolverlo y acreditar así las condiciones de *detective* que él se suponía. Y falta no le hacían estas condiciones para que tranquilamente fincara en su puesto y cobrara la paga; pues siendo de la hornada de Don Fernando, gollería era pensar en cumplimientos de cargos y más gollería aún la de querer excederse. Pero como no hay hombre sin su manía, la de éste era pasar en su oficio por un Sherlock Holmes o cosa parecida. A sus oídos había llegado que por los campos del interior vagaba un sujeto desconocido, apareciéndose en las aldeas y pagos, de súbito, y pidiendo socorros: lo supuso el Carlista.

—El carlista—nos decía en la oficina—está en la Isla, por el interior; ése cae. Ya tienen orden Juan Pedro y Vilches (dos guardias de orden público) de buscarle y traerle preso.

Pasábanse días sin que nada nuevo nos noticiara, diciéndonos, al cabo, de *motu proprio*:

—Ayer, en Tamaraceite, en casa de una pupila, encontró Juan Pedro una chaqueta de él. Ese está seguro.

El era el carlista; pero la seguridad de tenerlo, a pesar de la prenda de vestir encontrada se dilataba, y un día increpéle de mi motivo:

—¿Qué hay del carlista?

—Anoche, en la Santidad, Vilches se encontró en casa de una mujercilla ruin unos calzoncillos de él: ése está cogido.

Y así continuaban las gestiones pesquisidoras de Juan Pedro y Vilches y la cándida confianza del Inspector. La inmediata captura era un hecho cada vez que periódicamente se topaba con una prenda de vestir del supuesto carlista y tantas eran ya éstas, que a no tener el ajuar de un potentado, en el traje de Adán danzar debía por los campos de Dios.

El Inspector ha fallecido hace algunos años; de Vilches no he vuelto a saber, y Juan Pedro de viejo no puede con las bragas, y el carlista, que era un joven según los papeles, de edad madura hoy, continuará por el interior en clásica desnudez, si no ha encontrado caritativas *mujercillas ruines* que le hayan vestido; que bien pudiera ser.

Y ahora, después del Inspector, el Secretario. Don Juan de León, el Ingeniero, en el pleno auge de su poderío político, recibía cartas a montones, de distintas procedencias y de distintos asuntos, a más del político. La contestación a esa enorme correspondencia era un trabajo titánico, que exigía, a más del estilo, un memorióon especial y una retentiva milagrosa. Porque era de ver cómo se las entendía el Jefe con su Secretario. Hojeaba las cartas, leídas de antemano rápidamente, y a la par del hojear iba indicando:—A este le dice *tal*, a este otro le contesta *cual*; y así, en torbellino, hasta ciento y más cartas, sin volver atrás en las indicaciones ni aclararlas. ¿Qué órgano especial dominaría en la cabeza de aquel Secretario para penetrar en la entraña de tal balumba y acertar en el cometido? Y no vaya a creerse que allí había ingenio ni mucho menos.

Antes de redactar el proyecto del Lazareto de Gando, remitió el Ingeniero encargado de este trabajo la correspondiente nota de gastos de estudios. Se redactó el proyecto, y el borrador que abultaba bastante y era por sí solo un mamotreto, se le entregó a Tomás para que lo archivara. Pasado

algún tiempo hízose necesaria la consulta de aquel borrador; se buscaba en vano en el archivo particular del Ingeniero, donde todos los asuntos estaban encarpetaados y se pasó al de Obras Públicas con igual resultado negativo. Vuelta a registrar el primer archivo, y nada; pero no sé porqué me chocó el abultadísimo contenido de una carpeta cuyo rótulo era: «Papeles referentes a honorarios». ¿Qué papeles pueden ser éstos, me dije, que llenan las más abultadas carpetas del armario?. ¡Si hay aquí papeles para consignar los honorarios de diez generaciones de Ingenieros!. Desaté, en tal supuesto, las cintas del cartapacio y apareció completo el borrador del Proyecto y trasapelada entre sus hojas, la que motivara la rotulación. Cualquiera hubiera tomado para escribir el rótulo, el principal que era el Proyecto, pero no encajó así en el magín del Secretario.

Y vamos al asunto que motiva este escrito.

—¿De modo que sabe usted dibujar?

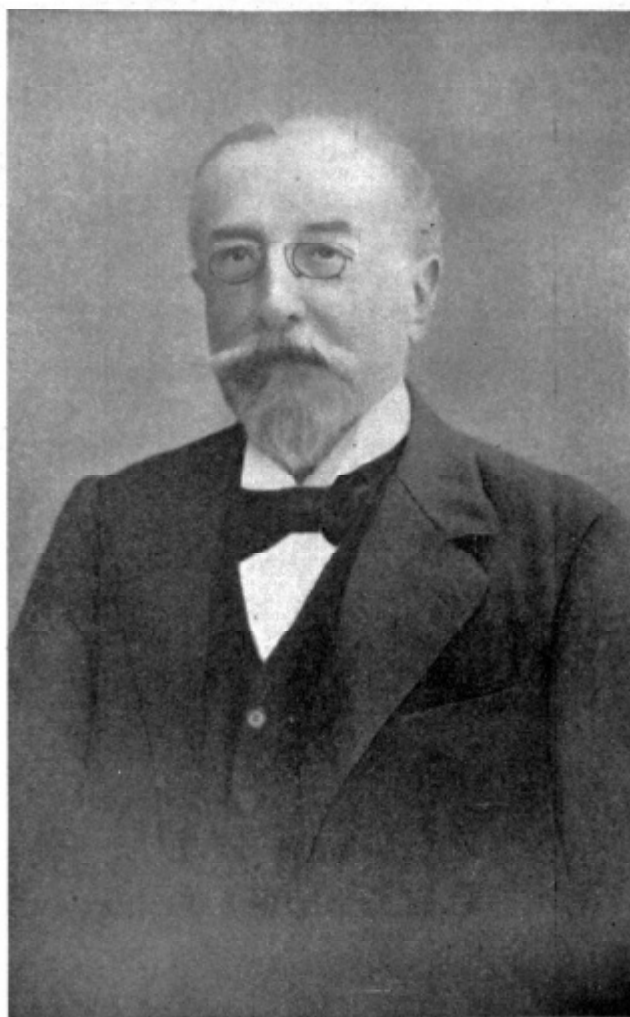
—Y modelar en barro. Tengo entre mis papeles diplomas de notable en la Academia de Funchal, en ese ramo.

—Con tal que reúna algún dinero para seguir el viaje...—terció Tomás.

A la verdad me era simpático aquel muchacho, y deseaba hacer en su favor lo que pudiera. Por de pronto le encargué de pasar al natural ciertos dibujos de adorno para el decorado del teatro, que estaba en obra, en tanto procuraba otra cosa de más duración y más producto. En el despacho del jefe me encontraba preocupado con la idea de mi hombre, pensando hablarle, cuando aquél se adelantó mostrándome un paquete de fotografías y diciéndome:

—Le regalo una.

La fotografía era de Don Fernando en la edad cuarentona que, en aquellos andares, ambos teníamos, donde la ima-



El Ingeniero Don Juan de León y Castillo.

gen del público hombre aparecía con todo el limpio y fijo esplendor de su elevada posición y seguridad de garbanzos, y única imagen que, desde entonces, nos permite conocer el acuerdo, no derogado, del Partido. Nada me atreví a decir al Ingeniero en pro del portugués, porque con la contemplación de la fotografía y lo que me había manifestado del modelado de barro, me acudió una idea. Reunidos Tomás, él y yo, preguntéle al joven:

—¿Podría usted hacer un busto de tamaño natural por este retrato?

Mi hombre no estaba seguro, pero me prometió que ensayaría. Animámosle Tomás y yo, entreviendo el negocio, pues de obtener éxito adquirirían un busto todos los caciques, prohombres y gente de fila del partido para probar su adhesión.

Repetidos ensayos se emprendieron, y haciendo y deshaciendo el modelo de barro, se obtuvo una semblanza, que, con espejuelos, no estaba lejana.

Pero no bastaba; se buscaba un efecto que de aquel aditamento no necesitara. Se obtuvo al fin, y llevóse a cabo el vaciado; lo halló bien don Juan cuando se lo presentamos, y en su mesa de despacho en lugar visible lo puso.

El efecto de la pólvora. Nada se ha visto en nuestro país más instantáneo. No había telégrafo y, sin embargo, corrió la noticia como si lo hubiera. Por legiones acudían a adquirir el busto, cuyo precio era el de medio duro; y hasta de Mogán pidió Marcelino su par de docenas para repartirlos él y Jorgito con sus afiliados. Y no era el sentimiento artístico, la idea de la estética plástica la que motivaba la demanda, sino la del *incondicionalismo*, característica que distingue al Partido, más pronunciada entonces, cuando Don Juan mandaba de modo absoluto. Que se entrara en la casa de un afiliado y

con el busto no se topara, era poderosa causa para dudar del civismo del dueño. Pero esa causa no se daba porque el incondicionalismo había penetrado hondamente en la sangre y entrañas de los hombres del Partido. Yo tuve mi busto que me regaló el artista, y por un descuido se hizo pedazos en una mudanza. (Esto dice mi suegro, pero mi mujer, su hija, me contó que una noche se cayó el busto de donde estaba colocado, en la cornisa de un estante, al paso de un carro; y creyendo que era un ladrón, se levantó, revólver en mano, y a tiros remató el busto.) Hoy raros son los que lo tienen, pues o lo han dejado hacer polvo, o lo han relegado como *atrabanco* a un desván cualquiera. ¡*Quantum mutatus ab illo!*, como diría Paco Morales.

XIV

DE LOS TRABAJOS DE CAMPO Y GABINETE DEL PUERTO DE REFUGIO

Pues nada, que a toca teja, a los pocos días de la referida R. O. se comenzaron los trabajos de campo, los cuales, con el sondeo, duraron un mes aproximado, y sin levantar mano se procedió a los de gabinete, quedando redactado el proyecto y remitido a la Superioridad en seis meses mal contados. No creo que se haya llevado a cabo en ninguna de las oficinas del Ramo, ni antes ni después, tratándose de estudios de tal importancia, una labor tan rápida y precisa como resultó. Y esto sin personal, pues aunque éramos dos Ayudantes, el otro compañero hartó tenía con ocuparse en los demás servicios. No había delineante y sólo un escribiente de buena letra; la mía no era muy mala y le ayudaba en su faena, lo mismo que tuve que cargarme, entera, la copia de los planos. En tanto el Ingeniero, sin abandonar la vigilancia de los trabajos, con aquella penetración y ojo certero que profesionalmente le han distinguido, y darme guía e instrucciones, redactaba con el escribiente Juan Rodríguez, la memoria y

pliego de condiciones; documento el primero que, como modelo de su clase, han señalado sus Superiores.

¿Y cómo podía salirse tan bien y en ese poco tiempo, de tan dificultoso empeño? Pues sencillamente, dedicándose al asunto día y noche, hasta las once o doce, en que soltaba la tarea comenzada a las seis de la mañana. Así lo hacía el Jefe y así lo hacíamos los subalternos a quienes comunicaba su animación y entusiasmo.

Si éste no tuviera otros méritos para contar con el agradecimiento de este pueblo (que no despunta por esa virtud) bastaría el del titánico esfuerzo que entonces realizó en su beneficio. Yo, que soy un ratón de Obras Públicas, y conozco cómo en esas oficinas se bate el paño, aseguro que en obras menos ingenieriles, *hubiera allí quien hubiese*, ésta que alabamos sería la fecha que aún estaría *carpeteando*, como diría mi amigo, el hermano Chil, en el estudio del Puerto. Cuando más, cuando más, concedo que hubieran comenzado las obras, y es mucho conceder. Claro es que si un Ingeniero no cumplía había *poder* para trasladarlo y enviar otro. Pero como es costumbre y práctica entre los maestros del mismo oficio, el que viene después halla malo o déficiente lo hecho por el que precedió, y *a borrar y empezar de nuevo*. Y así, quitando y poniendo desde allá, porque se podía, borrando y comenzando nuevamente, sabe Dios dónde estaría a la fecha el asunto.

Enteráos, patriotas que me leéis, el progreso que están sufriendo y sufren obras de igual índole, tal vez no muy lejos de nosotros. Y fijemónos después un poco. ¿Cómo hubiera venido el crecimiento asombroso de población que hoy tenemos? (Perdone el «Diario» si he puesto alguna de menos, porque no tengo a mano los últimos censos.) Y los seiscientos vapores mensuales (otra vez perdón si por análogas razo-

nes me he equivocado en uno o dos por defecto) y sobre todo ¿qué hubiera sido del *tonelaje épatant*, (lo digo en francés, por más gráfico) continua preocupación de mi amigo el director de aquel periódico?

Y volvamos a fijarnos otro poco: ¿Con qué base contaríamos hoy, sin todo ese resultado que debemos a aquella labor titánica del Ingeniero Don Juan, para la División que pretendemos, más cuando las *hermanas orientales*, quieren, al parecer, dejárnosla según se cuenta, para nuestro uso exclusivo? ¿Y los repetidos viajes que hizo a Madrid el Ingeniero susodicho para completar con la debida resolución el éxito de su trabajo técnico?

No trato de mermar a nadie éxitos bien ganados; hablo de lo que sé y me consta, que es lo mismo que sabían todos y a todos les constaba—*cuando Dios quería*. Repito que no quito ni pongo rey, como Beltrán Duguesclin, y que la ayuda que presto a mi *Señor* no es otra que la que *in pectore* le prestan los mismos actuales olvidadizos. Pero a escribir en mi estilo, que no sé otro, y a tratar de cosas menudas y añoranzas, que es mi fuerte.

Churruca, mientras yo de tierra vigilaba las operaciones simultáneas que son las de mar, y se practican en los sondeos, tripulaba la lancha sondeadora, con el capataz Galindo, encargado de lanzar la *sonda*, *sondalera* o *escandallo*, quien cantaba las profundidades, y el otro las anotaba en la libreta; dirigía además el gobierno de la embarcación, con gran contrariedad de Galindo, pero su condición de piloto le daba la prelación, y éste, a regañadientes, la soportaba.

El día anterior había consultado su reloj-cronómetro, encontrando, según me había asegurado, por escrupulosas observaciones solares, una discrepancia de medio segundo en cuatro años. Para seguir en el mar las enfilaciones que señala-

ban las banderas puestas en tierra, se había provisto de un antejo de largas dimensiones, que los espectadores distinguían desde la playa antes que la lancha. Inocentes planchetas de aquel querido amigo, que pudo haberse pasado con un reloj de regular marcha y sin el largo antejo; pues yo, miope y en bastante grado, distinguía perfectamente, aun desde el punto más apartado de la costa, las banderolas dichas, sin más auxilio que mis gafas. Por supuesto que a los pocos instantes, embarazado por aquellos chismes, tuvo que reclamarme la ayuda de un chico, peón de la cuadrilla, que escribía regular, a fin de que apuntase bajo su inspección las anotaciones de la libreta, pues de ningún modo quería desprenderse de su trabajo *tartarinesco*.

La causa de que más tarde le *dieran* para Cuba, no fue otra sino la falta de personal que allá quisiera ir, y "*Honni soit qui mal y pense*", que es el fuerte de mucha gente.

XV

DEL JARAQUEMADA

De cuerpo pequeño él, conjunto de carnes, lampiño, salvo algunas pelambres en barba y bigote, y el color verdioscuro que tiraba a pálido en aquellos instantes, fumaba de pie un puro o más bien *jalaba* con semblante penoso, pues la tendencia a apagarse al menor descanso del *chupido*, era inminente. Cercano estaba a la mesa-despacho de Don Juan, que no perdía de vista sus apuradas y estirones de fumador, indicándole con su voz impaciente, que humildemente se prestaba a cumplir el aludido:

—Usted no sabe fumar, Martín; tire, tire bien, hasta que coja cuerpo ¡caramba!

—No habrá cortado bien la perilla—observaba solícito uno de la reunión.

—Lo han apretado mucho al hacerlo, tal vez—alegaba otro.

Pero a pesar de que el fumador reforzaba los ímpetus de su chupada, la catástrofe de la *apagada* se le venía enci-

ma.—Si será el torcido—se decía angustiado.—No habré vigilado...

En tanto, los reunidos en el gabinete del Jefe aprestaban sus cajas de fósforos y ponían en el ¡preparen! la cabeza de éstos para estar prevenidos. A veces los titánicos esfuerzos del Martín, sugestionado por el Jefe, daban resultado, y el fuego sacro de la *tagarnina*, próximo a la extinción, revivía de nuevo, oyendo el paciente, cercano al desvanecimiento, un «ya vé como va tirando bien»..., por vía de premio. Mas aquello era la excepción muy rara, pues lo acostumbrado era ver perdido el esfuerzo ante la resistencia leñosa del pseudo tabaco. ¡*Ras!* entonces; y tantos fósforos cuantos eran los hombres asistentes, el de Don Juan incluso, caen a la vez encendidos sobre el fumador, con exposición de quemarle la boca o los escasos pelillos que ostentaba en su cara. A veces el puro agradecía el obsequio y respondía el ardor, pero no siempre, porque los había de naturaleza salamándrica, refractaria al fuego. Ilesos hubieran salido como el amianto dentro de una hoguera.

Un despectivo «Vuélvase abajo y traiga los sondeos hechos ayer», hacía salir al Señor Martín del gabinete, con prisa de alma que lleva el diablo, pero con ánimo regocijado en cierto modo. Se tardaba en volver, y el impaciente Ingeniero gritaba a voz en cuello:

—¡Martín! Tío Antonio, llámese al señor Martín ¡Dónde está ese hombre?

—«Pué» que esté echando los *jigaros* en el *escusado*—contestaba el tío Antonio con ruda malicia y en tono bestial, sin moverse del sitio. Retornaba al cabo, sin perder sus *jigaros* que era lo probable, con la muestra del Londres, y vuelta a la misma escena, a las mismas sugestiones del Jefe, a las mismas angustiosas chupadas de la nueva *vitola* y a los

mismos fósforos oferentes. Y cuenta que con cortísimos intervalos se sucedían las *conchas*, y tras las conchas las *brevas*, y luego los *imperiales* y luego... el quedar turulato el infelizote hombre catador, pues de todo había probado ante los reunidos. Miente como un bellaco, digo, el que sostenga que la nicotina es veneno y que el fumar enferma: de ser ciertas esas afirmaciones, ¿qué hubiera sido de la existencia del Señor Martín, o cuando menos de su salud?

Dábase entonces una segunda hornada de próximos empleados para Cuba. Los pretendientes en espera del *exequator* de Don Juan, condición *sine qua non* era imposible obtener la respectiva credencial de su hermano, hacían a aquél la corte más asidua y lisonjera... Entre los diversos motivos del incondicional y repetido a diario *laudeamus te*, era el de más oportunidad y más halagüeño para el Ingeniero el que se rendía a su tabaco, que cultivaba en su finca de Jaraquemada. Elaboraban este tabaco en la fábrica establecida en los bajos de nuestras oficinas, y regentaba las operaciones el Señor Martín, especie de *factotum* que tanto servía para hombre de ciencia como para industrial y labrador, dueño sobre todo de un carácter bellísimo y humilde y de una honradez acrisolada. Eran los aspirantes a credenciales Don Antonio Matos, Don Agustín Penichet, Don Juan Boissier, padre, Tomás Parlar, y otros que no recuerdo, pero sí a Frasquito Morales que no aspiraba a Cuba sino aquí a Puerto Franco. Conocedores los dos primeros y el Parlar del tabaco cubano, que fumaban en su propia tierra, pasaban como autoridades de primera competencia. También, si no en tanto en cuanto, podía considerarse el Penichet entendido en los usos y «conforts» ingleses, que en sus buenos tiempos de fortuna se regalaba a pasto con ricos vegueros, aunque hacía tiempo que dejara el vicio por prescripción médica, según indicaba. Los

demás eran del montón y de poca monta sus opiniones. ¿Y lo fumaban aquellos competentes? Jamás, en los días de su vida.

Matos, nuestro *arbiter elegantiarum*, entraba fumando de la calle riquísimo y largo habano, apenas empezado, que le duraba, o hacía durar, hasta la retirada; tomaba el puro que a amargos tragos chupaba Martín, y con pasadas por sus finas narices juzgaba del aroma y le comparaba con el de su Partagás, que quedaba chiquito. Boissier juraba que no podía fumar sino papelillos, pero que el aroma y aspecto del Jaraquemada no cedía en excelencia al de un Julián Alvarez. Penichet lamentaba lo de su prescripción facultativa que le privaba de saborear tabaco de tan buen sabor y capa tan fina, que en Inglaterra haría buen papel; y Torres Parlar y Frasquito Morales, poco fumadores, como afirmaban, creían una lástima no guardar el obsequio para sobre comidas. Martínón, no; ese fumaría rayos si tal necesitaba su pretensión, y no hacía el *pendant* al Señor Martín por falta de *aguante*. Pero en el *laudeamus*, en el coro de encomios, sobresaltan todos. Y no caía en el ajo el Ingeniero, que en caso de caer, se hubieran agitado las credenciales.

En tanto el Señor Martín continuaba haciendo, en cierto modo, el papel de *niño del látigo*, puesto que en Inglaterra se daba a un hidalgo pobre para que sufriera los azotes que merecía por sus ruindades el niño heredero de la corona. ¡Y cómo rogaba a Dios que apresurase la venida de esas credenciales y que los agraciados marcharan a Cuba para aliviar su paladar y su estómago del continuo *tagarnineo* del Jaraquemada!

Pronto empezaron a encajonarse los tabacos de la fábrica y a venderse con éxito asombroso. ¿Quién que era del Partido había de topar con Don Juan en las calles y paseos



*Don Pedro del Castillo y Westerling, Comandante de Marina
de Las Palmas en la época de este relato.*

sin el Jaraquemada consiguiente en su boca, aunque al perderlo de vista lo tirase? ¿Y quién que entrara en su despacho a pretender, o a un asunto cualquiera, cuya buena resolución deseara, no llevaba su Jaraquemada atravesado y a medio arder a fuerza de sostener el chupado para que le sirviera de carta de recomendación? Y era de ver lo solícito de mi Jefe prendiendo el fósforo y acercándolo él mismo, de propia mano, para evitar la extinción del fuego cuando el tabaco se *amulaba*. El dichoso mortal que milagrosamente daba con uno que en su presencia ardía sin incidente en contra y podía apurarlo hasta el chamuscar de sus bigotes, ¿no tenía derecho a pedir un gobierno o una Subsecretaría si parecía poco? Después de las cajas de puros aparecieron las cajetillas y con ellas las irritaciones de anginas que sufrían pacientemente y con resignación beatífica los *incondicionales* sin lanzar una queja, antes por el contrario, entonando plácemes al Jaraquemada, al igual de los antiguos mártires que en medio de sus tormentos cantaban loores. Y no era *quien* en el Partido que no tuviese, cuando menos, sus dos cajas de puros en su casa para salir garante de un registro domiciliario que podía darse y era potestativo. Barato, hasta cierto punto, era el Jaraquemada, pero lo que no iba en lágrimas iba en suspiros, pues cada tabaco para un penoso arder necesitaba dos cajas de fósforos, sin contar el valor del menjurge de gárgaras. Hónrome con haber dibujado en colores las viñetas de las cajas de puros y las marcas de los paquetes de cigarrillos, que encontró bien Don Juan y se estamparon no sé si en Francia o en Inglaterra. Creo que el asunto era la Gran Canaria reposando sobre fardos de tabaco al pie de unas palmeras, en primer término; en segundo la vista ideal de la supuesta Vega Jaraquemada, con su secadero, y al fondo un rompiente de mar

y cielo, limpio aquél de oleaje y éste de nubes, excepto un sol naciente.

El Jaraquemada entró en decadencia a medida que en el Partido, *Unido y Potente*, fueron presentándose pinitos de relajamiento, y dejó de ser cuando Don Juan se vió obligado a dejar la Jefatura. Los poseedores de cajas las hicieron desaparecer con el mismo empeño que las conservaran, y fueron, entonces, las chacotas y desprecios a lo que adoraron. Fumar un Jaraquemada, que con el tiempo de cultivo y adelantos en la factura se iba mejorando hasta hacerse pasable, se consideraba después como un principio de hostilidad contra Don Fernando.

Yo lo confieso: ni antes ni después me atreví a fumarlo, ni aun cuando confeccionaba el modelo de las viñetas; hoy fumo de los del hijo, por el recuerdo del padre, que me será siempre grato, no porque halle mejoría notable sobre los últimos fabricados en la pasada etapa.

XVI

LA TERTULIA DEL INGENIERO

—¿Qué hora es?—La que le plazca a Vuestra Majestad, dice la historia anecdótica que contestaban al Rey Sol, a tal pregunta, sus lisonjeros cortesanos. No tuvieron los que rendían parias semejantes al Ingeniero, necesidad de verse en igual compromiso, porque jamás en tal sentido fueron preguntados. De haberlo sido, cualquiera, iba a abonar la contestación. Y sin embargo del sello de sumisión que les daban los *incondicionales*, las tertulias aquellas se distinguían por su amenidad. ¡Claro! Como que las sostenía un hombre de talento de gran alcance, cultivado, además de sus saberes profesionales, con generales conocimientos. Resultaba que si el coro era monótono por su repetido y eterno *amén*, la voz cantante se hacía atractiva por su variedad de notas y chispeante manera de atacarlas. Allí, en aquella notable tertulia, a más de la política, no se daba tregua tratando de todo.

De literatura. Ahí de Millares, que pretendía llevar la batuta en esas discusiones, pero que nosotros, Paco, mi hermano y yo, y el mismo Don Juan, se la disputábamos y allá

en lo más encumbrado de sus disquisiciones, y cuando nos miraba como gozquecillos que ladrábamos a lo que no entendíamos, un *no sea bobo* de Don Juan, o *estos muchachos están más modernos que usted en literatura*, lo dejaba *achantado*. Su vanidad de literato eximio, ofendido, le despertaba ímpetus de lanzarse a nosotros y arañarnos, a Don Juan inclusive, pero el temor de que se le considerara con *tacha* su *incondicionalismo*, le contenía y tragaba saliva. Hablaba de Cairasco, redivivo por él, y por él en efigie; y allí de la suya. Disertaba a sabor sobre el Templo Militante; citaba la opinión favorable de Lope de Vega y ponía por las nubes la inventiva de los esdrújulos.

—Un trabalenguas que trajo de Italia—dije por oírle.

Mirada colérica y despreciativa.

—Opino con Cirilo—dijo Don Juan.—Y usted no lo ha leído.

—No lo ha leído—coreó la reunión de incondicionales, recalcando su frase con servil cabezada.

Al dejar la República me pasé al Carlismo y Paco y Antonio fueron al Partido. Pasaba yo por neo, y por tanto, era el *leader* defensor de las cuestiones religiosas que, a veces, se suscitaban en la tertulia. Dos obras de Millares sufrieron anatema, y al entrar una noche, encarando conmigo, díjome sonriente con mueca volteriana:

—Yo he de ir al Infierno. ¿No es verdad, Cirilo?

—Allí no se va tan fácil, lo mismo que al Cielo. ¿No sabe que hay Limbo?, le contesté tranquilo.

Don Juan encontró ática la respuesta mía, que rió con ganas y en pos, a carcajada limpia, los incondicionales, hasta los que no vieron la punta a la frase, que eran casi todos, o todos si no. Millares, corrido, oyó de Don Juan, terminadas las risas:

—Tal vez tenga razón Cirilo, aunque por mi parte quizás no crea en nada.

—Creo en nada, repitió el eco de incondicionales, entonando alguno un *mea culpa* para sus adentros.

Comenzaba la época de los tiempos escénicos de Echeagaray. Aquellas doctrinas espeluznantes del célebre matemático que ponían el ánimo del espectador en continua tortura, sin concederle un momento de tregua, fundando el armazón de su trama en recursos rara vez naturales, a pesar de su excelente versificación, no me entusiasmaban. Educados mis gustos en la dramaturgia de Zorrilla, Hartzembusch y demás autores del primer tercio del pasado siglo, chocábame la nueva manera de entenderla; y hasta añoraba el *bobo* o *gracioso* del teatro clásico, con tan buena economía introducido para aliviar la tensión producida en los espíritus con las escenas fuertes. Esto no sólo era lógico y natural sino hasta higiénico. Tales opiniones, que manifestaba yo claramente en la tertulia, eran con acritud combatidas por los concurrentes, porque las atacaba el Ingeniero, que achacaba mi modo de sentir al prurito de llevar la contraria. Paco llegó a increparme, levantándose furioso de su asiento, con los puños cerrados y encarándome.

—Opinas como neo que eres, y *reaccionario*.

—Y partidario de la *Mano negra*, añadí con risa sarcónica, recordando el vocabulario de nuestros tiempos progresistas. Pero hete que a las pocas noches se puso en escena «Traidor, inconfeso y mártir», de Zorrilla; juntos estábamos en el teatro el Jefe y yo y, entusiasmado aquél con el drama me dijo, (rigurosamente histórico):

—Tiene usted razón; estos dramas no sé si valen menos, pero a mí me gustan más que los modernos.

Conocido este paso, el incondicionalismo se renegó de

Echegaray; Paco el primero, y si no dejaron de ir al teatro, perdiendo sus abonos, fué porque Don Juan les dió el contrario ejemplo.

Aquella sí que fué batallona, la cuestión batallona del *Eucologio*. Don Felipe Massieu, el mismísimo que hoy padecemos, puesto en entredicho por los clérigos Roca y López Martín, defendía en «El Liberal», que así se encabezaba entonces el periódico órgano del Partido, su actitud ortodoxa, alegando en su apoyo el mentado libro de devociones. Combatíanle ambos clérigos, incluyendo el libro en el anatema. Saltaba de nuevo el anatematizado y caíanle encima otra vez aquéllos. Y en guisa tal, el periódico más parecía papel religioso que papel político. Una ayuda entonces se presentó gratuita y espontánea: Don Rafael Lorenzo, que pretendió cortar la cuestión empleando contra las sotanas un argumento Aquiles. Llamó a López Martín *clero luchador*, aludiendo a su afición y éxitos en nuestro deporte cuando era estudiante. Mas los clérigos no cejaban, a pesar de la ayuda, y una noche Paco penetró como un huracán en la sala de reunión:

—Es imposible—dijo, con voz enronquecida por la irritación que sentía—soportar por más tiempo la avilantez de esos hábitos negros: el terreno de la Prensa hay que abandonarlo y recurrir a otro.

—Sí; hay que pegarles—insinuó Millares con energía.

—¿Y quién entre ustedes es el guapo—dije fijando mis miradas en cada uno de los contertulios—que se atreva con López Martín firmante del escrito?

La idea de liarse con aquel gigantón del clérigo, de fuerza colosal, achantó los ánimos de los reunidos y después de un *mutis* bastante largo, cerraron las navajas. Se acordó, al cabo, terminar la polémica con la socorrida frase de *no estar*

a la altura de nuestro desprecio; y yo indiqué el de *non rag-gionar di lor*, como de más gusto literario.

Los discursos. He ahí la pesadilla. Jamás he hallado atractivo en la oratoria parlamentaria, cualquiera fuese el orador, y si he leído algún discurso lo he hecho a la carrera y saltando párrafos. Así es que cuando venía el correo con los de Don Fernando y los publicaba Paco en «El Liberal» con el rimbombante epígrafe «*Documento parlamentario*», hacía por eclipsarme de la tertulia hasta que pasase la marejada, pero no siempre lo conseguía y, por otra parte, lo sistemático de esa conducta podía chocar. Todos los concurrentes en esos días llevaban en la memoria su parrafito, superando al concurso Frasquito Morales, que, o más feliz en la retentiva o más decidido incondicional, se cargaba con el disco casi entero. Así era que ninguno estaba tan autorizado como él lo estaba, para dirigir el concierto de espasmos, admiraciones y delirantes entusiasmos que con los relatos y comentarios se levantaban. Don Juan, que miraba con cariño de padre a su hermano, llevaba la batuta de aquel concierto ayudado de Paco, que más católico que el Papa, alargaba las apologías o les proporcionaba las puntas que se olvidaban. Yo hacía el papel de *uno que no habla*, como se dice en jerga teatral, y así venía pasando hasta que llegó la noche fatal. Paco, especialista en adjetivos y frases, tanto denigrantes como laudatorias, acababa de llamar a Don Fernando *rosicler de nuestra esperanza*. La dulce y poética palabra de *rosicler*, propia para aplicarla a una bella jovencita, chocóme empleada en un mocetón de libras, y un apuntamiento de sonrisa se dibujó en mis labios.

—¿Y su opinión de usted con respecto al discurso?— me preguntó el lagarto del Jefe que lo había observado. No lo había leído ni sabía de su miga por más que se trataba de

uno de los mejores. Las banales generalidades que me vinieron *in mente* se me embrollaban y en concreto nada decían.

—Usted no lo ha leído—saltó el Jefe en tono de despecho.

Reprobación unánime de los incondicionales y la tronante voz de Frasquito Morales.

—Usted no es liberal—me denostó mirándome con ojos encendidos. Y yo, aturullado y aturdido, le contesté, sin darme cuenta:

—Más que usted y tengo medios de probarlo: yo estoy suscrito al «Liberal»—le dije.

—Yo también.

—Yo tengo el busto de Don Fernando.

—Yo también.

—Y yo tengo en mi casa y puede verlas cuando quiera, dos cajas de tabaco de Jaraquemada. Y aquí mi hombre, que no tenía esa prueba, se quedó callado mirando para Don Juan con ojos suplicantes.—Cosas de Cirilo—dijo Don Juan, y todo quedó pata.

Las obras del Puerto. Era otro de los motivos de conversación: su desarrollo, su adelanto y sobre todo, el recuento de los vapores que iban acudiendo. Cuando se llegó al número de siete al día, aquello fué un delirio. Los incondicionales se disputaban la madrugada para ver entrar el primero, antes que ninguno, y hacerlo constar así por la noche en la reunión. Por supuesto que no quedaba en el olvido el Jaraquemada. Don Juan daba cuenta de los progresos que realizaba en el cultivo y en la elaboración, y hacía el panegírico del mártir Señor Martín. De contar es que allí se fumaba repetidamente este tabaco por todos los concurrentes, hasta el extremo de decirles Don Juan entre toses:



*D.ª María Quiney, que, en decir de Don Julián Cirilo, fué
“la inglesa más agradable en lo moral y físico que
ba venido a Canaria”.*

—¡Caramba! tiren los cigarros que no se puede estar aquí con la peste del humo.

Y con la misma precisión que la tropa descansa las armas, así acudían a tirarlos a los escupidores, aunque añadiendo un hipócrita: «¡qué lástima, que salió tan bueno!», que lisonjeaba al cultivador.

¡Ah, reuniones aquellas donde el Ingeniero Sol ejercía en sus incondicionales un mando tan absoluto como el Rey de aquel nombre en sus cortesanos! ¿Quién podía esperar que desaparecieran?

Entre los distintos y variados motivos de conversación que en ellas se suscitaban, y entre el repertorio nutrido de loores a Don Fernando, nunca se le sacó lo de la *Videncia* ni aún por el mismo Paco Morales, que nada más allá encontró que lo de *rosicler*.

—Ese es un incondicional, un verdadero incondicional—decía Don Juan con su entusiasmo característico, cuando elogiaba, refiriéndose a uno de sus adeptos, que andando el tiempo le salió rana.

—¿Incondicional?,—objeté, chocándome la palabra.—Para con Dios tiene que serlo el hombre, para con nadie más. Disputa con el Jefe que me tachó de *incordio*. Amoñtonamiento ceñudo de la reunión para probarme, con tono casi hostil, que sostenía un disparate. Calificación de *neo* intransigente de mi amigo Paco. Alza del corpachón de Frasquito Morales que me increpó tonante:

—Incondicional soy yo, como deben ser los hombres que están en un partido.—Achantamiento mío consiguiente, y puja entre todos de incondicionalismo, a quien lo era más. Y así con tal calificativo se distinguieron desde aquella noche.

XVII

LA MANIFESTACION

*Alegrémonos, alegrémonos,
porque es justo que nos alegremos.*

Excepto cuando las dos *Divisiones*, no recuerdo que entre nosotros haya habido una manifestación de regocijo general y espontánea como la que acaeció al recibirse la noticia de la subasta del Puerto de Refugio. He presenciado otras, antes y después, numerosas en gentío, al parecer igualmente regocijadas; pero ninguno que estuviese en el ajo, es decir, en el alma de nuestras cosas, hubiera dejado de aplicarles, con fundamento, los versos del coro de villanos, en la ópera «Luis el Onceno»:

*«so pena de azotarnos,
el gran preboste nos mandó alegrarnos».*

Hubo iluminaciones, veladas y banquetes y se colgaron las casas. Todo espontáneo, *saliendo de adentro*, como dice el vulgo con frase más conceptuosa, verdadera y sentida que

la que puede emplear el más aquilatado literato. Este regocijo era de los de arriba, satisfechísimos con el resultado de sus añoranzas por la sabrosa sopa de mariscos, y de los de abajo, del pueblo trabajador, seguro de hallar en las obras empleo a sus brazos. Regocijo con igual incremento transmitido a las hembras que, aún más entusiastas, les acompañaban. Los vivas a Don Fernando no resultaban más calurosos ni mayores en número que los que a Don Juan se daban; y los chillidos de «¡Viva el Refugio!» de las mujeres no quedaban en zaga.

La alegría era general como ya se dijo, y el *copeteo del popular*, a quien brindaba Antúnez, mi compadre Juan, en la casa oficina, era inagotable. Recibía el Jefe las enhorabuenas del peonaje del muelle del Puerto que, con el Capataz Galindo había venido: y al *que lo goce por muchos años señor Don Juan* de aquella buena gente, contestaba con frases cariñosas y les repartía cigarros Jaraquemada de última fila, por supuesto, que hubieran matado de golpe al señor Martín, de haberlos catado. No así el tío Antonio que recibió una breva, *summum* de aquel tabaco, de mis propias manos, a más de un vaso de generoso vino y un par de bizcochos con que le obsequió Antúnez.

—*Pa que no se lo traguen tóo esos mamalones*—decía saboreándose. Eran los prohombres del partido, que no lo hacían mal, a quienes aludía.

Al banquete que pudiera llamarse oficial, celebrado por la noche, asistí yo, invitado por el Jefe. Concurría, como era de esperar, todo lo notable de la población. La mesa resultaba bien decorada y provista de manjares variados y abundantes; pero estos manjares eran de contrata, sistema de malos resultados allí donde se aplique, como en la obras públicas. De ahí que los tales manjares, con su abundancia y todo, po-

tingues fueran de diversas confecciones, lo que impedía el tragarlos con ávida boca y que los vientres de los anfitriones se repletaran. De la cocina de Ramón salieron, y aunque amigo, el historiador está por delante. Hubo *descorche*, realmente, porque el Champaña y licores no se cicatearon; y con los descorches vinieron los brindis rípiados con los *eximios* y otros epítetos laudatorios de cajón y embarrados con la salsa del patriotismo. No había entonces el moderno calificativo de *inmenso*: pocas hubieran sido las inmensidades para los brindis; y para ambos a dos estas inmensidades. Conste que por cantidad igual sin discrepancia alguna; y conste asimismo que nada se dijo de la *Videncia*. Chil, el *hermano*, endilgóme un brindis, para mi uso propio, y de ahí fué el tener la satisfacción de escuchar otro, también en favor mío, de mi Jefe Don Juan, donde encomió mi ayuda y conocimiento en los trabajos de estudio, en un grado tan laudatorio que no merecía.

Cuando más adelante se le lanzó el anatema, éste lo extendieron hasta su competencia profesional, y prevaliéndose de ciertas frases generosas que entonces pronunció y que en realidad no tenían otro valor que el de una demostración calurosa del cariño y distinción que me profesaba, trató el pe-rriódico del Partido de endosarme insidiosamente, para rematar la *puntilla*, todos y cada uno de los méritos del estudio. Carga demasiado pesada para mis fuerzas, que las conozco bien, parecióme ésta, que yo me apresuré a *alijar* y endosar a Galindo, quien tampoco la quiso, pues, tal vez como yo, sintiera repugnancia a servir de *mingo*. Y advierto que cuando habló Don Juan, los incondicionales hicieron caso omiso; sin mirarme siquiera.

«Madrid para la nobleza,
para rarezas Canarias».

Y voy al asunto de la manifestación. En lugar preferen-

te, casi o sin casi, al frente de ella distinguíase el gigantesco corpachón y la eterna meliflua sonrisa de mi compadre Juan Antúnez, tremolando la bandera que *ostentaba corona de laurel y cinta de tisú y oro*: retórica fiambre de una publicación reciente. De esta bandera se hizo entrega en son de homenaje, al Ingeniero, al terminar la manifestación; y hago constar que aquella corona de laurel la pinté la víspera a ruegos y sonrisas de mieles de mi compadre, quien, desde luego, no costeó la tela de la bandera ni la cinta de tisú y oro. Poco más atrás notábase a *Churruca* y a Frasquito Morales, cuyos semblantes arrebatados por el entusiasmo parecían estar rodeados de cierto nimbo de patriotismo que los idealizaba. Pequeño y rechoncho el primero y alto y membrudo el segundo, eran dos inseparables desde hacía mucho tiempo. Entusiastas por el muelle de Las Palmas antes de que ésta obra fuera maldecida, éranlo ahora con el mismo ahinco del Puerto de la Luz. Sus conversaciones no versaban sobre otros asuntos que los del Puerto, y esto sucedía tanto cuando estaban solos, como cuando departían en corrillos. Fumaban Jaraquemada en público, con ostentoso deleite; entre sus *penates* tenían el busto y repetían letra por letra los discursos. Como era de rigurosa lógica, habían combatido tenazmente, en público y en privado, las otras *bocas* y seguíanlas combatiendo aún, pues a pesar de la aprobación, sin reparos y con laudes del proyecto (caso raro entre los viejos de la Consultiva) y de su remate, las bocas dichas, que parecían cerradas, lo estaban en falso, y resollaban de vez en cuando.

Aquí en esta tierra donde la sal que producen sus salinas están muy lejos de ser ática, hay, sin embargo, cierta oportunidad y gracejo en aplicar apodos, y así, al ver aquellos dos amigos tan unidos y entusiasta y, casi casi, viviendo

El muchacho de Le-ro-lo y Tambien Peras y Pan - - -

con el grupo To-ro Franco y Don Gas-par nos di fi el que con

si gan un fundir a la d te mor - - - y de cuando no lo gan

bu lla To ron Fou Fou flo-rad llo-rad oh

que des-di-cho con el llo-rad llo rad lo

co sa va a je - der

He aquí, transcrito de memoria por un músico de nuestra ciudad, el famoso y popular pasacalle del Maestro Talavera que fué, durante muchos años, el himno de obligado acompañamiento en todos los episodios de nuestras viejas rivalidades interinsulares.

en el Puerto al pie de las obras, dada la atmósfera de tecnicismo profesional que reinaba, llamaban a Frasquito Morales, alto y robusto, la *Grúa*, y a Churruca, pequeño y rehecho, el *Gato*.

Muchísima gente iba en la manifestación, muchísima, autoridades y todo, pero yo no recuerdo haberme fijado sino en las tres personas dichas y por eso aquí las menciono, amén de la sonrisa de mermelada del compadre mío. Cosa igual puedo decir de la música: no recuerdo del himno a Don Fernando, letra de Roque Morera, que he visto mentado ultimamente, y música del maestro Dávila, pero sí con alegría, del pasacalle del Maestro Talavera, cuyos acordes, inspirados en el más gráfico color local, cuando ahora en mi vejez me vienen a la memoria, llenan mi ánimo de júbilo y lo *acanarian*. Recuerdo en estos momentos una estrofa y el coro que tengo la satisfacción de estampar aquí:

*El muchacho de Zerolo
y también Peras y Pan
con el guapo Torre-Franco
y Don Gaspar,
no es difícil que consigan
infundir allá el temor,
y diciendo no hagan bulla,
torón tón tón.*

Coro: *Llorad, llorad
¡oh! qué desdicha cruel:
Llorad, llorad,
la cosa vá a «jeder».*

Por el mismo estilo era la letra de las estrofas olvidadas, las cuales, si no resultaban modelos de poesía y se salvaban con un *torón tón tón* enigmático, que parecía no venir al

caso, si no era licencia poética, no por eso dejaban de tener el principal mérito: el de haber caracterizado nuestro modo de ser patriótico. Achacaban a Teófilo Fernández el soplo de la composición, y tal vez este supuesto no tuviera otro fundamento que el empleo de las frases *la cosa va a jeder* y *no hagan bulla* que eran sus muletillas.

Paréceme que me ha resultado un relato fríísimo de lo que tuvo tanto calor y entusiasmo; y todo esto por mi empeño en no querer ocuparme sino en las cosas menudas o sean las *mieles* de los sucesos. Pero lo del pasacalle no es tan *mieles*: dígaseme si alguien oyó otra música en todo el trayecto recorrido por la manifestación, desde que se echó a la calle hasta su disolución en la Plaza de Santa Ana. Dígaseme si no es cierto que la frase *la cosa va a jeder* del coro no era repetida por toda aquella multitud de bocas con entusiasmo delirante. No soy yo, que no tengo oído ni conozco una nota, el que funciona de juez de la composición musical dicha; fué el público, único y verdadero juez en cuestiones de arte; por eso, si hubo lo del perfilado himno del Maestro Dávila, hizo de él caso omiso y le oirían, entre vidrieras, los elementos elegidos; pero en la calle no. Y aún después, nuestros triunfos más o menos ilusorios sobre la Interina, incluyendo el *indistintamente*, ¿han tenido, acaso, otro acompañamiento musical que el pasacalle de autos? Pudiera llamarse, para esos casos, nuestra Marsellesa o nuestro himno de Riego. Desearía vivir para oirlo de nuevo cuando se cumpla lo del artículo 28, o se nos *divida*, pues no hay duda que espontáneamente lo cantarían las masas, si es que el patriotismo para ese tiempo no se ha enfriado. ¡Y notar que en una publicación reciente ni siquiera se le ha mentado, cuando fué el mejor y más popular obsequio que en aquel entonces debimos a Euterpe!

XVIII

AÑORANZAS DE MI OFICINA

Que se reducirán al relato sucinto de expansiones juveniles de los primeros tiempos y a una colección de anécdotas donde juega principal papel nuestro portero tío Antonio García.

En aquellos primeros tiempos, unos con sueldo y otros meritorios, pasaron por nuestros despachos infinidad de jóvenes, unos de mi edad y otros poco más o menos. Muchos de estos jóvenes han hecho carrera, como Andrés Navarro y Juan León, doctores en Medicina; Policarpo Padrón, que llegó a Teniente Coronel; los dos Antúnez, que han labrado pingüe fortuna; Tomás Doreste Ríos, con buena posición en Madrid; mi hermano Antonio, que enriqueció en Cuba, y algunos más que no recuerdo; no dejando sin mencionar a Miguel León, flautista distinguido y a Pancho Navarro, paisano del Jefe.

Don Juan, en dichos entonces, en amoríos con la que fué su señora, entregaba al Ayudante Don Gregorio Guerra, hombre de edad y de adusto carácter, el mando de la oficina,

y sólo lo veíamos mi hermano y yo, que éramos sus preferidos, cuando nos hacía subir a su gabinete a despachar con él, y esto por pocas horas y no todos los días. La demás *metralla* rara vez le veía el pelo. Nuestra oficina se hallaba establecida en el pabellón de la casa del Hotel Cuatro Naciones, que hace esquina con la calle del Terrero. Ocupaba la planta baja Don Miguel León de escribiente, el citado Ayudante, y el salón unido al despacho de éste quedaba vacío, con una mesa al centro donde se hacían los pagos al personal de camineros y obreros que trabajaban en el Muelle. Detrás de aquel despacho, en otra habitación, estaba el almacén con los instrumentos topográficos, banderolas y anexos. En el entresuelo, trabajaba la *grumetería*: unos, los dibujantes, en el departamento de más amplitud, alrededor de la descomunal mesa, y otros, los escribientes, repartidos en pequeñas estancias que se comunicaban con la destinada al dibujo. El principal, con una sala y un gabinete unido, lo formaban las habitaciones del Jefe, regularmente amuebladas con un diván, que tenía su historia sicalíptica, en la sala dicha. Un lunes por la mañana, cosa de las siete, escribía yo una memoria dictada por el Jefe. Tío Antonio barría la sala *rezongando* entre dientes.

—Aquí—dijo de pronto sacudiendo el sofá—*hay móos de patas de pelleja*.

Sonreí respetuoso; Don Juan quedó encarnado y siguió dictando.

—Y que no es Antonio García el que limpiará otra *güelta la bajurria de esas jediondas*—añadió en voz alta.

Un destemplado ¡Váyase para abajo! impidió al tío Antonio seguir en sus protestas. Y ya que en tren estamos, ahí va otro sucedido para terminar el escabroso asunto. También despachaba yo con el Jefe, pero no por la mañana sino

a horas de oficina, cuando ya estaba dentro todo el personal.

—¡Señor Don Juan!—rebotó de abajo una voz becerril.

¡Señor Don Juan u Don Cirilo u quien sea!

—Déle un grito a ese hombre para que se calle.—En tal guisa estaba cuando volvió de nuevo con voz más tronante:

—¡Señor Don Juan u Don Cerilo, u Don Pancho María



Según Don Waldo Jiménez de la Romera, éste era el Puerto de Las Palmas por la época en que cesó de reinar Isabel II.

u quien sea de *vustedes*. Que aquí está Juanilla a que le paguen un *caballaje* que le deben; que ella es una *probe...!*

—Deme dos pesetas—me dijo el Jefe—y tíresclas a ese hombre que yo no tengo suelto.

Y así lo hice, de arriba, cuyo *caballaje* lo cobró Juanilla pero a mí se me debe hasta el día.

Con el empleo de escribiente desempeñábamos el oficio de delineantes, alrededor de la monstruosa mesa mencionada,

Andrés Navarro, que lo hacía muy bien, Antonio mi hermano y yo, que tan mal no lo hacíamos. A veces lo eran también Tomás Doreste y Santiago Bravo. Tomás era un sabelotodo; un talento incipiente de primer orden. Nos relataba las guerras del Primer Imperio, con lujo de detalles, y cuando por la tarde, al salir, topábamos con el padre de Ignacio Avedan, vecino nuestro, se quedaba extático contemplando aquel anciano alto y de recia carpintería, exclamando y mirando para nosotros:—*Grenadier de la garde*—que efectivamente lo fué de los prisioneros de Bailén. Nos explicaba la bóveda plana de la Catedral y la escalera de la casa de Don Antonio Jacinto, y tocaba la cabeza con sombrero de copa alta, lo que no era raro entonces, pues había muchos jóvenes y viejos que lo usaban. De pronto tirábamos los tiralíneas, los del cuarto de dibujos, y sus plumas los que escribían en los adyacentes, y a formar cuadros vivos de asuntos históricos que inventaba y dirigía Tomás. Los cuadros tenían por escenario la misma mesa de dibujo y por finalidad un golpe dado al sombrero del director, preparado arteramente por Policarpo Padrón, que era el *enfant terrible*.

En el estante del cuarto de dibujo se guardaba un facsímil, de medio metro de altura, que representaba el monumento que los liberales del año 23 habían levantado en pro de su triunfo en la Plaza de Santa Ana. Era de madera de pinsapo blanco y lo formaba un templete que cobijaba una estatua. Tomás explicaba los detalles de aquella revolución y nos decía que la estatua, que era la de la Libertad, fué denominada *María Cebolleta* por los reaccionarios, que le encontraban semejanza con una *hetera* de ese nombre que existía en aquellos tiempos. Nosotros casi cotidianamente, antes de salir de la oficina, sacábamos en procesión cívica el monumento dando vivas a la Libertad, y simulando con nuestras



Don Cirilo Moreno en su senectud.

(De un apunte del natural por P. Arozena Wood).

bocas las notas del himno de Riego. El Ayudante Don Gregorio Guerra, que no era ajeno a nuestras diabluras, estaba soberbio y procuraba hallar una ocasión de cogernos *infra-ganti*; como la encontró cuando a Padrón, después de un relato de Tomás referido a la reacción del año 23, se le ocurrió cambiar los papeles, dándonos los que desempeñaron los oscurantistas, destruyendo el monumento y destrozando la estatua. Hízose así y los gritos de muera María Cebolleta y los fuertes sonidos del *trágala* lanzados a toda voz, hicieron salir de su departamento al Ayudante, que llegó al nuestro en el momento preciso de la destrucción. Enterado el Jefe, en un tris estuvo que nos pusiera en la calle a todos.

En frente teníamos una vecina: Doña Rosa Mugica, con la cual, ya anciana, sosteníamos charlas de ventana a ventana. Ocurriósele a Antonio pintar a Policarpo, a quien llamábamos *El cuñado*, porque todos gustábamos de su prima Isabel, que era preciosa y llamábamos la *Chiva*: y resultó una hermosura que encantó a la vecina. Este éxito emuló a Tomás que era un inocente, y me pidió que también lo pintara: lo hice con la tinta china y le dejé negro.

—¡Vaya una visión!—exclamó Doña Rosa, tirando su ventana al ver a Tomás presentarse en la nuestra. La pesada broma pudo haberme costado la vida. Indignado Tomás cuando cayó en el ajo, me lanzó el compás grande, que rozó sobre mi cabeza y penetró vibrante en la madera del hueco de la ventana que tenía detrás.

Y fueron pasando aquellos tiempos felices. Era yo Ayudante temporero cuando vino Menandro Cámara, Ayudante efectivo, para hacer el estudio de la carretera de Telde a Argüimes. Tío Antonio le llamaba Don Amasio, porque nunca daba con el verdadero decir de los nombres que no eran vulgares. En aquellos días tuvo que lidiar con otro Don

Amasio, Máximo Perdomo, que me visitaba con motivo del templo que tenía entre manos. Pues bien; tío Antonio les distinguía llamándoles Don Amasio Perdomo y Don Amasio el Ayudante. El estudio de esa carretera le dió motivo para resentirse conmigo. Llevé para cocinero al caminero Juan Brisón, que entendía de eso, y me lo echaba en cara.

—Todo el mundo *jace* de *vustedes* lo que le da la gana. *Míe* que llevar a Juan Brisón *pa* que no *jiciera náa* y *pa* que ese bergante se *jinchara* de sardinas de *Ante*.—*Finchada* que no perdonó a Brisón en los días de su vida.

Noté que Antonio Espino, capataz de la carretera del Centro, titubeaba al correr niveletas o enfilear banderolas si las distancias eran largas. Llevaba yo espejuelos de repuesto y se los dí como prueba. Como si el hombre hubiera visto el mundo por primera vez; y tan a gusto se encontraba con ellos que no podía soltarlos. Hablaba conmigo en la puerta de la oficina; y tío Antonio sentado en su silla se encaró con él; no fué malo el insulto que le propinó.

—*¡Tú también sos piope, bandolero? ¡No has nació en el Risco y eres mi sobrino? Si digo yo que este Don Cerilo los jecha a perder a ustedes. ¡Miren qué niño de gente rica pa ser piope! ¡Jambriento! que te estás jaciendo gente porque eres Capataz.*

Si la miopía es patrimonio de ricos, como juzgaba tío Antonio, la de su hijo el maestro Pepe, hoy por hoy, estaría rayana en la ceguera.

Tío Antonio era cacique en Valsequillo, y de aquí se correspondía por cartas con su apoderado en aquel pueblo.

—Y le dirás a *Avila*—decía en una de ellas—que si no me da el voto le pongo un *intrerrito* por *surpiaor*.

Puedo decir que *Avila* era *Dávila*, el maestro de escuela del pueblo aquel; y algo habría sobre lo *surpiado* porque

la elección vino y como un cordero le dió el voto al tío Antonio.

Ya Ayudante efectivo, departía yo con Don Gregorio.

—Compañero—me decía éste—vamos ahora a poner en orden la oficina. Es muy feo que llamemos desde dentro, a gritos, al portero, o tengamos que salir para buscarle, a la puerta. Para evitar esto me he comprado esta campanita; y me enseñó una muy mona. A lo poco salí a la puerta, con toda intención, para colocarme junto a tío Antonio, que departía con dos de los suyos de Valsequillo. Campanillazo. Tío Antonio impasible siguiendo su charla. Campanillazo, y van dos: igual actitud de tío Antonio, y continuación de charla. Campanillazo, y van tres: como anteriormente.

—¡Tío Antonio!—gritaba Don Gregorio acercándosele—¿No ha oído usted que le estaba llamando?

—A mí no me ha llamado *naide* le digo.

—Si casi he roto la campanilla...

Oír esto y levantarse tío Antonio ofendido, fué todo uno.

—¡Ah barajo! ¿Qué me llamaba *vusted* con esquila? ¿Qué soy algún perro?—Lo que se hizo desde entonces de la esquila no sé; pero el hecho fué que no volvió más a oírse.

—Se sale usted a comer a las doce y me viene a las tres—le dijo un día Don Gregorio.

—¿*Pos* que yo no *reposito*?

En una de esas evoluciones o conveniencias políticas o lo que fuese, Don Antonio Yánez, cacique ya de Tirajana y contrario hasta entonces de Don Juan, se iba dejando querer, pero hacía sus repulgos. Oí llamar a tío Antonio desde abajo y subí tras él sospechando algo bueno. Don Juan despedía con boca de mieles y con los mayores agasajos a Yánez

que salía de su despacho y al mismo tiempo le decía a tío Antonio.

—Coja la maleta del Señor Don Carlos Yáñez, que debe estar en la galería y llévela a la fonda que le diga.

—¿Y quien *é jese* Don Carlos?—preguntó tío Antonio sin moverse y haciéndose el remolón.

—Este caballero: el Señor Don Carlos Yáñez; muévase pronto.

—¿Y *ha traído maleta?*

—Un bultillo, está ahí fuera, yo lo llevaré—insinuó el Yáñez confundido.

—No, Señor Don Carlos, no lo permito: tío Antonio se lo llevará. Cójalo y espere abajo que aún me queda que hablar: ¡ándese vivo!

Y salió tío Antonio, le echó mano al *bultillo* y comenzó a bajar la escalera y yo en pos de él.

—Que le lleve la maleta al Señor Don Carlos Yáñez—iba rezongando.—¡La maleta! Las alforjas serán: que las lleve el demonio. ¡Al potrero es donde va a *dir*, donde ha *dío* siempre! ¡El Sr. Don Antonio Ruano! ¿*Pos jeste no es jijo* de Carlos Ruano que era *jerrero* conmigo cuando muchacho? Antonio García no le lleva la maleta a *naiide* y a esc menos.

Esperó en la puerta, y al salir Yáñez le entregó el bulto que no pude apreciar si era alforjas o maleta.

Esto de arreglar los apellidos a su manera era muy propio de él.

—*Abí* está el *jijo* de Millares que pregunta por *vustedes*—le gritaba a Don Juan desde abajo:—Suba que está arriba—indicaba al visitante.

—Don Antonio Millán—le indiqué con severidad a tío Antonio, cuando subía.

—¿El *jijo de Millares?* ¿*Pos* no sé yo quien *jué* Sebas-

tián Millares?; como que *semos nacíos ambos a dos* en Valsequillo.

Era yo delineante cuando por primera vez fué Ministro Torrella con la cartera de Fomento. Hizo trastornos en Obras Públicas y aquí dejó cesante a Cirilo Romero que ejercía igual cargo en la Jefatura. Trasladóme a ella en lugar del cesante, y a un Ayudante joven, Brugadas, venido de la Península y recién entrado en el Cuerpo, le dejó excedente. A mi traslado acompañaba rebaja de sueldo; y el Brugada y yo nos lamentábamos. Tío Antonio que estaba con nosotros, por un extremo de la mesa, con los codos apoyados en ella y descansando en las manos su cara, oía compadecido nuestros lamentos.

—*Pos si a mí ese barajo de Menistro me hubiea quitao una peseta que hubiea sío, de lo que me dán por encender en el muelle el farol, se lo hubiea tirao a las patas y le hubiea dicho: Enciéndanlo vustedes, so barajo.*

Al fallecimiento de Don Gregorio ocupaba yo su plaza en el comando de la oficina. Esta era la gran época del tío Antonio. Reposaba lo que le daba la gana: si lo mandaba a cualquier lado no *día* o delegaba con un *vete tú* en *Juan Oreste*, que a pesar de su cojera partía como una flecha cuando se trataba de traer cerveza, cigarros o dulces, con los cuales también solíamos regalarnos. La oficina la tenía hecha un asco y yo nada le decía porque dejaba todo a su iniciativa, que en lo de cumplir con su cargo era completamente nulo. Un día entró Don Juan en nuestros departamentos.

—¿Qué tal?—me dijo:—¿Qué tal se va de Jefe?

Iba a contestarle, pero no me dejó porque variando de tono añadió:

—Pero usted no se cuida de la limpieza. Mire esos ma-

pas, y el que tiene detrás de su mesa, sobre todo, no puede con más telas de araña. ¡Tío Antonio, venga!

Se presentó tío Antonio.

—Don Cirilo no le dice nada y le deja hacer lo que quiera.

—Porque no *jago naa* malo.

—Pero es Vd. un puerco.

—Eso lo dicen *vustedes* pero no me lo *jace bueno*.

—¿No ve ese mapa como está?

—¿Y que tiene ese *napa*?

—Coja la toalla y límpiele las telarañas.

Cogió la toalla, se subió sobre una silla y le dió al mapa dos toallazos. Con la sacudida dada sin acierto y de mala gana, se descolgó el mapa por su extremo y comenzó a girar sobre el otro. Tiró tío Antonio la toalla, bajó de la silla y— ¡vaya al diablo el *napa*!—exclamó sin más ceremonias y endosó a la puerta de la calle, que era su sitio, dejándonos parados.

—¿Usted ve qué hombre más animal?—díjome D. Juan cuando salió de su pasmo. Y no acabaría con mis añoranzas si comenzara a hablar de las entradas de teatro que le falsificábamos a Policarpo con buen resultado muchas veces; o de las luchas que armábamos en el patio, donde entraba tío Antonio como campeón; o de las pantomimas del desafío de Tomás León con Antonio del Castillo por cuestiones de las Pelnari y la Cavaletti; o del abandono que hizo Cuadrado de su Ayudante Don Gregorio Guerra, dejándolo en el campo porque le dió como único alimento higos pasados y nueces que juzgó comida de capirotos, como se lo dijo; o de nuestros ingleses que nos asediaban, o de tantas otras chiquille-rías que cansarían al lector por paciente que sea.

XIX

LA PRIMERA ESTACION CARBONERA Y EL PRIMER INGLÉS

En aquel mediodía entró en la oficina el maestro Juan Sánchez, padre del Concejal Sánchez Monroy, y que hoy apenas me saluda, olvidado de lo que a aquel su progenitor estimaba y de lo que por éste hice al quedarse huérfano. Pero si voy a emprender historias de todos los que han hecho caso omiso de los favores que de mí han recibido, tendría largo que contar.

Pues bien, Sánchez, padre, que trabajaba en el Teatro que entonces se llamaba Tirso de Molina, sin inconveniente alguno, y estaban sus obras bajo mi dirección, se hallaba desocupado y Dios le dió muestra de su providencia deparándole un inglés que no sé cómo y cuándo le topó.

Quería el inglés, según me enteró Sánchez, obtener una concesión en la playa del interior del Puerto, para construir un depósito de carbón mineral, y acerca del asunto vendrían a hablar ambos, en el mismo día, a la hora que señalase. Díjele que podíamos vernos dos horas después, en la misma ofici-

na; tiempo que necesitaba para consultar la Ley de Puertos y obrar en consecuencia.

Yo no la conocía, y a *priori* me figuraba la cosa sencilla y hacedera; pero cuando me enteré por su articulado de los documentos que exigía y de los trámites que señalaba, muchos aquéllos y complicados éstos, vi que no sería lo de coser y cantar el dejar servido al extranjero. Finaron las dos horas y hete en la oficina al dicho maestro Juan acompañado de un mozo cuarentón, alto y delgado, desgarbado de cuerpo, feo de rostro y rubicundo éste, hasta tirar en su nariz al rojo. Vestía ropa decente pero mal confeccionada y mal traída. Trató de enterarme en una algarabía trilingüe, compuesta de inglés, francés y español, pero todo tan aporajado que pude sólo entenderle las palabras Santa Cruz, Madera, Azores, con la frase «*molo aquí*» señalando en un croquis que traía. Al fin, después de repetírmelo dos o tres veces sin poder comprenderle, juzgué por las señas con que ayudaba sus intrincadas voces, que me citaba a comer en el Hotel Quiney, aquella misma noche, y allí *estar interpretor* según decía, que ví que no era tal, sino *interpretora*, una vez en la fonda: la misma Doña María, la dueña, la inglesa más agradable en lo moral y lo físico que ha venido a Canaria; la cual señora, después de presentarnos mutua y previamente, me manifestó: Que el señor Mister Arturo Doorly, representante de una casa comercial de Inglaterra, muy importante, trataba de construir unos almacenes para traficar en carbón mineral; que en Santa Cruz donde pensó hacerlo, le presentaron una porción de dificultades; que aquí, si le allanaban todo se establecería, y que de no, iría a la Madera o a las Azores.

—Y todo prontamente; querer principiante dos días dentro.

¡Y yo que había llevado mi ley en el bolsillo para ente-

rarle con la *interpretora*, de la documentación y trámites! Un año bien contado apenas bastaría, aún mediando influencias, para terminar el expediente. No le desanimé, con todo, antes bien prometí que saldría con su gusto, pero que tenía que consultar con mi Jefe; el cual estaría igualmente de nuestra parte.

—Y que, ¿cuando contar con *la Jefe*?

—Mañana, Doña María; que pase a las doce por la oficina.

—Que almorzar aquí y salir juntos.

Y a más de la excelente comida que nos proporcionó Doña María aquella noche, tuvimos un almuerzo, al día siguiente, que no le fué en zaga.

—Pero, hombre, ¿usted no se ha hecho cargo, Cirilo, de la trascendencia que encierra la pretensión de este caballero en favor de nuestro puerto?—Se refería al inglés que, derecho como un huso, cerca de la mesa del despacho del Ingeniero nos miraba atontado.

—No le quede duda—prosiguió—en eso está el complemento de las obras del Puerto; entérese de la Ley y empiece a trabajar enseguida.

Pero al hacer la relación de lo que el lector conoce; y al insistirle en que el inglés iría con sus bártulos a la Madera o a las Azores si aquí no hallaba las facilidades que deseaba, he aquí a mi hombre contrariado.

—No se qué hacer—me dijo.—Lo de los papeles, en España, es la rémora de todo; por más que se jueguen influencias, el despacho se eterniza por los muchos Centros Oficiales por donde han de pasar los asuntos; por otra parte, me expongo, si salto por todo, a un expediente que puede traer malos resultados. ¡Ahí es nada, que un Ingeniero Jefe permita apropiarse un terreno del Estado y hacer en él, sin

autorización de la Superioridad, obras de cualquier género que sea!

—Pues que vaya con ella a la Madera o a las Azores.

—En fin, estoy determinado: me arriesgo a todo por hacer un bien a mi país; pero no soy yo solo: se necesita también el consentimiento de la Autoridad de Marina. Vaya ahora mismo a casa de Pedro del Castillo.

Y cargué con mi inglés, es decir, lo llevé conmigo a la Comandancia.

—Dile a Juan León—me dijo Pedro una vez enterado—que soy tan patriota como él, y que por donde salga saldré yo.

Trabajé noche y día en formular los planos, y a los cinco de haber llegado el inglés, comenzaron las obras. Y no se habían pasado tres meses sin que otro inglés, conocido por mi amigo Juan Carló, viniera con igual pretensión.

—Perdido por mil, perdido por mil quinientos—se dijeron ambos patricios, cuando les di cuenta de que el segundo inglés traía tanta prisa como el primero y no se avenía a esperar el final del expediente.

Comencé sus obras, que también proyecté, en el perentorio plazo que le acomodaba.

Esta es la historia de los muelles y almacenes de Grand Canary Coaling y Blandy Brothers, los primeros del Puerto. El contento de Don Juan no tenía límites, contento que compartía con su amigo Don Pedro del Castillo, tan comprometido como él.

Has de saber que a pesar de los permisos anticipados para comenzar las obras sin las debidas formalidades legales, para que no pudieran ser delatadas cualquier día con perjuicio de los intereses de los agraciados, hubo que formar los respectivos expedientes que se remitieron después de tramitados

en la Provincia, a la Dirección General de Obras Públicas. Pues bien, estos expedientes viniéron a resolverse por la Superioridad el año después de finalizados los trabajos. ¡Y creéis que se resolvieron diciendo amén a todo en los altos centros? ¡Claro, estaba allí Don Fernando! Don Fernando estaría allí, pero estando allí y todo, no sólo no dijeron amén, sino los denegaron. Tú no sabes, lector, lo que son los viejos de la Dirección, y te lo diré para que lo entiendas. Compónenla los Ingenieros Jefes ascendidos, y has de saber que ese ascenso les contraría. ¡Como que pierden en intereses y en posición social! Se acaban las indemnizaciones, se deja de ser figura importante, como lo es todo Jefe en su Provincia, se deja la mejor casa tal vez de la Capital donde radica y todo para convertirse en covachuelista y vivir, sin relaciones, en un tercer piso alquilado. Comprenderás ahora que la inquina contra los que han quedado de Jefes ha de ser grande. Saber Don Juan el fracaso y embarcarse para la Península fué todo uno. Suerte y grande fué para él encontrar de Director a uno de sus antiguos Catedráticos que lo apreciaba mucho y que, además, ejercía influencia entre sus compañeros. Un mes estuvo fuera gestionando, trabajando, alegando a las momias directoras, y al fin las *estantiguas* convinieron en reponer el acuerdo, pero estipulando una serie de prescripciones para la ejecución que no se cumplieron. ¡Si había que echar abajo tales construcciones a fin de poderle hacer el gusto a los *chochos*!

Aquel apresurado viaje y la detención aquella fué objeto de comentarios y cabildeos de los incondicionales. Pero ninguno llegó a enterarse de nada, excepción hecha de Teófilo, a quien exigí, para contarle todo, su palabra de honor de militar que cumplió. Enterado, salieron de su boca, las siguientes palabras referidas a Don Juan y a Pedro del Cas-

tillo:—El patriotismo de estos dos hombres se ha c...do en el de todos los mi...das que aquí se han llamado patriotas: que se metan por el c...lo la lengua y se callen, que han sido unos c...nes al lado de éstos.—Y a tí te dejo el juicio de ese exabrupto, lector de hoy.

Ni antes ni después ha venido a esta tierra un inglés ni extranjero alguno que se hiciera tan simpático y popular como Mister Doorly (Maestro Dule, que le decía cariñosamente la gente del Puerto). Mucho tengo, por parte mía, que decir bueno de él. Yo era el Arquitecto de todos sus trabajos. El Hotel Metropole, con las construcciones fronteras, excepto la Iglesia, y el Hotel Santa Brígida, los proyecté y dirigí por encargo suyo. A todos sus festejos me convidaba, y el primero y único «Christmas» que he visto en mi vida, vino del Puerto a llevarme en coche, exprofeso, para ir con mis niños a su casa. Un día me trajo al Hotel para tomar el té con una señora, madura un poco, pero bien parecida. Al salir, con misterio, me dijo al oído:

—Esta señora inglesa *tira sus pólvoras*.

Y hasta hoy he llegado sin comprender la frase,



Mr. Arturo Doorly, comerciante inglés que estableció en el Puerto de la Luz la estación carbonera que inicia el progreso marítimo de nuestra isla.

XX

LE GROS MOT

Que yo recuerde, los asuntos predilectos, si no los únicos, que preocupaban a aquellos amigos nuestros en pretéritos tiempos no fueron otros que el cultivo del *Argán* y la extinción del *Bombix pini*. Nada práctico sacaron del primero de aquellos asuntos, pues los tiempos han corrido y desafiado al más lince a que me enseñe un Argán entre los pocos árboles que cubren nuestro cielo y defiende González Díaz inútilmente. En cuanto al segundo, éste no fué sino una constante obsesión que los descarriló del camino recto y seguro para topar con el verdadero Bombix. Porque resultaba que en tanto se perseguía, incensantemente, microscopio en mano, al pequeñísimo insecto, a quien se achacaba la destrucción paulatina de nuestros pinares, el verdadero bombix gigantesco, patudo y con agallas de tiburón, era el cacique en las comarcas donde los pinos se producían, que reía bestialmente, a mandíbula batiente, y continuaba su obra de destrucción al amparo de aquella beatífica sencillez despistadora. Pero vinieron los días subsiguientes a la Revolución de Sep-

tiembre y he aquí que el *bombix* y el *argán* tuvieron un lapso de descanso a un resurgir de la sangre de aquellos hombres, que les movió a tomar parte en la vida ardorosa y de lucha de entonces, dejando de dormir al susurro de hojas de árbol y de pensar en el modo de machacar las liendres al soñado insecto. Sucedió que se trató de proponer, o se propuso creo, para socio de mérito de los amigos dichos al Obispo Urquinaona, que en tales andares regentaba la Diócesis. Y se propuso, realmente, y hubo lucha enconada, que relegó al Obispo a su Obispado, y por consiguiente privó del meritorio título. Procedimiento jacobino fué éste en una mayoría bombera, que no hubiera vestido mal sino muy propiamente en el ciudadano Gutiérrez y en nosotros los republicanos federales de rojo subido de aquellos entonces. Pero saberlo en la Interina, más lagarta siempre, y apresurarse a ofrecerle *motu proprio* al Obispo el nombramiento de autos, fué todo uno.

Después de tal sacudimiento de ánimo y de tal resurgimiento de la sangre, vuelta al mismo estado de ensueño y al revivir del *argán*, y al preocuparse del ilusorio *bombix*, que cada vez se hacía más pequeño, en tanto que el mal crecía y ensanchaba cada día la esfera de sus estragos. Y así hasta el año 76, o por ahí, del pasado siglo, donde acometidos de la fiebre *puertófila* que reinaba entonces, determinaron, como primera providencia, *la conveniencia de abandonar* el puerto de Las Palmas para fijar su atención en el de La Luz. Y se abandona el muelle del primer Puerto, entre otras razones de tanto peso como la del porque sí, por considerarlo además mal planteado, puesto que lo estaba en un extremo de la Ciudad, defecto que al parecer, se remediaba llevándolo *pa allá lejos a las timbambas*. En tanto que se juzgaba conveniente el abandono de una obra ya asegurada, *añorábase* la idea de la ca-

nalización del Guiniguada; idea de los hombres del 52 al 58, y se proponía la apertura del Istmo de Guanarteme.

No es mi objeto dar opiniones ni juzgar los hechos, sino únicamente consignarlos, y al hacerlo de este extremo último, voy a permitirme una expansión técnica, pues para algo han de servirme los años que ejercí el oficio de Ayudante de Obras Públicas; y, más aún, la patente que me concedió «El Liberal» de haber sido el autor, o cuando menos, coautor, del Puerto de Refugio, cuando le negó la paternidad al ex-Ingeniero que aquél llamó así, apeándole el título. El canal que pusiera en comunicación los mares del Puerto de la Luz y los del Confital, para llegar a alcanzar una sonda de 8 metros en la marea baja (la querían de 10) necesitaría una longitud de 1.200 metros y un ancho de 20 cuando menos. (Lo querían para que se cruzaran dos buques con toda holgura). Representan estas unidades un volumen de excavación de 200.000 metros cúbicos debajo del agua en su mayor parte; y concediendo que no se presentara otra clase de roca sino marisco flojo, pero bastante compacto para evitar revestimiento de muros, podría valuarse, por lo muy bajo, el metro cúbico de excavación con saca y transporte, mares afuera, en 20 ptas. Y ahí tienes lector de hoy de primera intención cuatro millones de pesetas. Cuenta ahora que ese canal para alcanzar la sonda de 8 metros por la parte del Puerto de la Luz, hubiera tenido que avanzar de la Playa 500 metros mar adentro, es decir, llegar casi al centro del recinto del Puerto actual. ¡Y cuidado que sería fácil su embocamiento! Puedes también contar con una huéspedea que no podría menos de presentarse; con la corriente del oleaje que viniendo del Confital habría de perturbar la tranquilidad del régimen del Puerto (nuestro Puerto que dice «El Diario» saboreándole). Pero como la *giogia dei mortali e fumo pas-*

sagero, la vida de tal canal hubiera sido efímera. La aglomeración de arena que ha cubierto el fondo del litoral del puerto haciendo desaparecer el rediente de roca por donde se verificaban los desembarcos en tiempos de señá Rosarito, sepultándolo bajo una capa de muchos metros, lo hubiera cegado. Ahí tienes, repetido lector de hoy, como quien nada dice, cuatro millones de pesetas, calculando muy por lo bajo, tiradas en alas de patrióticas fantasías. No, ¡que iba a hacerse tal obra, resultando útil y estable, en la misma guisa económica que se arregla una *gavia* en Fuerteventura con un tablón y una yunta de bueyes para allanar las tierras!

No es el que habla, con alguna autoridad mayor que la del vulgo, un ex-Ayudante de Obras Públicas, aunque jubilado, que envejeció en el Puerto; no, «El Diario», sucesor de «El Liberal» no le ha quitado el título, y tal vez siga, como su progenitor, considerándome autor o coautor del Proyecto del Puerto actual... pero no quiero que ésta mi punta técnica se considere como una opinión, sino simplemente como lo que es: un desahogo, tal vez pedantesco, o una ocurrencia *pajiza* que me ha venido *in-mente*.

Y ahora: ¿por qué la añoranza de la canalización del Guiniguada no reverdecía con todos sus antiguos ardimientos; y por qué cuatro años después, esta canalización, o su proyecto más bien, figuraba entre los números de la exposición que debíamos celebrar en 1883, de cuya Junta orgánica fui secretario, en la Sección de pintura, y figuraba con igual calor y empeño que allá en el lapsus del 52 al 58, cuando Antonio Bethencourt Sortino la realizaba gráficamente con su contingentes de barcos amarrados a los muros de encauzamiento del barranco-río?

También, lector de hoy, quiero que me digas: ¿Por qué cuando cabían en nuestras lusitanas imaginaciones obras co-

mo la del canal del Istmo y la del barranco-río Guinguada, que no te he presupuesto alzadamente, como el otro, por no espantarte, pero que cuadruplicando te quedarías corto, no había una mirada de conmiseración para nuestro muelle, que con su bandera negra y todo venía prestándonos servicios desde principios del pasado siglo y que ya, según confesión unánime, estaba próximo a matar el bajo? ¿Por qué dejar abandonada aquella obra a sus tristes destinos y se juzgase *conveniente su abandono*; denostándolo por hallarse planteado en un extremo de la población, cuando ésta podía crecer hacia el norte como ha crecido, y el reprobado emplazamiento convertirse en central? ¿Recibíamos algún agravio, aunque la atención se fijara en el Puerto de la Luz, con tener aquí, al alcance de la mano, otro muelle terminado aunque no fuese más que por llenar la estética que es propia de toda población puerto de mar? Pero no me digas nada, lector de hoy, o dítelo a tí mismo, que no quiero hacer juicio como llevo dicho. Que un gusto vale más que cien pesos, como dice el adagio, es cosa innegable, y no me saques a cuento el otro que se refiere a palos, pues es este un refrán grosero y brutal.

Si al muelle de Las Palmas lo hallaban repulsivo, lo dejaron con el gusto en el cuerpo de matar el bajo. El quinto no matar, dice la doctrina, pero no especifica si el precepto alcanza los *bajos*.

Ni me gusta hacer juicios ni hacer comparaciones, y como consejo te indico, lector, que no compares: odiosa es toda comparación, afirma el dicho, y degradante para el comparador, según añade. No compares, pues, nunca, lector de hoy. Por lo cual no tomes como tal comparación lo que voy a decirte.

Allá en Añaza, en la Interina, el Inspector Nava-

rro trató de inclinar los ánimos de sus habitantes, ahora recientemente, para que *hicieran abandono* de su Puerto, e ir igualmente *pa allá lejos* a las *timbambas* a fundar otro. ¡Y cualquier día iban los de Añaza, que de bobos no pican, a conformarse con lo propuesto por el facultativo, por más que éste tuviese la fama merecida de ser especialista en la material ¡Si que estaban dispuestos los muchachos de la Interina a quitar el movimiento y la vida de su población para dárselo a San Andrés! Por lo cual el entendido Inspector no tuvo otro remedio que volverse por donde vino, con su teodolito o su taquímetro entre piernas...

Y cuando se desencadenaron los temporales y los incondicionales quisieron comérselo, se le hizo el cargo de haber manifestado: «Que en vez de procurar el aumento de consignación (que era lógico y se podía) cundió el desaliento y procuró inclinar la opinión a la idea *descabellada* de abandonar el muelle de Las Palmas». *Descabelladísima*, debió haber dicho. ¿Impedía a la obra de allá la de acá? ¿No había influencia para recabar consignación para una y otra? ¡Vaya si la había! Pero voy a hacer juicios y ya he dicho más de una vez, que eso te corresponde a tí, lector. Hazlo, pues, de tu cuenta, y si no has sido antes humilde incondicional y hoy fetichista; si crees que la rectitud de tus pensamientos pueda despertar las iras del otro, que ya no las tiene, explícate como fué que se declarara tanta odiosidad por el muelle nuestro, por lo que teníamos en casa, y se le dejara a media miel estando a pique de matar su *bajo*. Pero la palabrita aquella de *descabellada*, fué considerada al Ingeniero como palabra blasfemadora e insultante, pero no en el tiempo en que la pronunció, que poca o ninguna mella hizo, y aún fué por muchos como la afirmación de un técnico conocedor del asunto. Se le resucitó más tarde, en los tiempos de su caída,

como se resucitó la Videncia del otro echada en el olvido, y sin que nunca se le concediera la importancia que después de la *débaele* se le concedió.

Hombre de saber y práctico, ajeno a nuestras fantásticas lusitanadas con la *obsesión* del muelle de Las Palmas, obsesión racional y bien fundada, llamó descabellada la idea de abandonarlo cuando tanto había trabajado por hacerlo una obra estable, y ya conseguida juzgaba que bien podía incluirse su terminación entre los proyectos de apertura del Istmo y canalización del barranco-río Guinguada; proyectos fabulosos de millonadas de coste que daban el carácter de limosna a los miles de pesetas de aquella terminación, si no se la consideraba cual una caridad bien entendida que empezara por uno mismo como era la egoísta máxima burguesa. Pero como un delito se le achacó más tarde el no haber tenido dentro de su cabeza la olla de grillos, tan general, entonces, en la de todos.

XXI

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Porque verano era y lo descabezaba en las afueras de la botica de mi amigo Bojart, en la acera y en una silla tirada atrás y apoyada en el muro, como es mi costumbre sentarme. Y ahora sin las digresiones y escarceos, que son mi manera, voy a narrar mi sueño. Era una época que bien pudiera ser la de hoy, si al lector le cuadra, o cualquiera otra que más le guste. El muelle de Las Palmas, redimido de la maldición que de tiempo atrás le había caído, avanzaba mar adentro con todo su ancho inicial, doblando, en la sonda de diez a ocho metros hacia el Sur para formar abrigo auxiliado del malecón, arrancado por la parte del Teatro junto al muro Norte de su encauzamiento del Guiniguada. Por lo que recordaba del plano general de la bahía en la oficina de las Obras públicas existente, que comprendía el litoral desde la Isleta hasta algo más allá del Cementerio, las curvas de sondeaje, paralelas sensiblemente a la costa, equidistaban de ésta en armonía con las del Puerto de la Luz, que en mi sueño no existía, sino el desierto antiguo, con alguna casucha más. La

dirección de aquel recio espigón, a prueba de marea y abandonos, encurvada al Sur, como se ha dicho, abrigaba el recinto de los vientos del primero y segundo cuadrantes, y el abrigo de los del tercero, los más dañosos, lo completaba el malecón nombrado, que además servía para evitar los arrastres del Guiniguada.

Pero para el tonelaje, superior al de Londres, que en aquel entonces disfrutábamos, bastaba generalmente con el recinto dicho; y para más seguridad y confianza en casos extremos, otro recinto se formaba adyacente al Norte, defendido por un rompeolas, que partía de las inmediaciones del edificio ya terminado de la Comandancia de Marina. Disfrutábamos en aquella actualidad de dos recintos amplios y abrigados y en guisa tal de amplitud y de abrigo, no había temor de que Londres reaccionara y *en crescendo* fuera su tonelaje. Además había tela para seguir el tema continuando hacia el Norte con nuevos recintos si el tonelaje nuestro llegaba a la meta, o superaba al de todos los puertos ingleses sumados, que bien podía ser. Del extremo del muelle anatematizado, en el arranque de su espigón, partían paralelas a la costa dos líneas respectivas de muelles de ribera, terminando una en el malecón de boca-barranco y otra abrochando con el rompeolas de la Comandancia.

Cubierto estaba el espacio ganado al mar por los muelles de ribera con vistosas y elegantes edificaciones donde se destacaban, en el primer recinto, monumental depósito de agua que surtían remolcadores destinados a traerla de la Interrina, porque a la par que la nuestra *inglesa* fracasaba, dejándonos el *pecho* del contrato, en el monte Aguirre y en los Catalanes, seguía brotando con tal abundancia que en temor de inundaciones la suministraban gratis. Ostentoso Hotel que nada envidiara al mejor de Europa, ocupaba el centro de la ma-

rina del recinto aquel, en cuya terraza holgaban los turistas tomando sus *wiskeys*, contemplando el mar cuajado de vapores y aspirando sus brisas. Poco apartado del suntuoso hotel, y con igual condición de dar a la marina, se alzaba ampuloso. Casino de artístico y rico decorado, igualmente repleto de turistas, prestando a éstos toda suerte de *confort* y distracciones con sus bien surtidos restaurantes, sus cotidianos bailes y sus juegos prohibidos y sin prohibir. En el otro recinto, el del Norte, se hallaban los almacenes de carbón y depósitos que se servían por los muelles de ribera, a más los careneros, varaderos, dársenas, y talleres de herrería y maquinaria. Aquella población que ensanchaba el barrio de Triana y el de los Arenales, cuadruplicando su extensión, se había levantado por concurso libre y libre inspiración, sin necesidad de Arquitecto municipal, cuya plaza estaba por proveer, y así resultaba hermosa y variada, exenta de los amaneramientos consiguiéntes cuando uno solo es el que talla. El Alcalde que venía funcionando, reelegido dos o tres veces, así lo había comprendido, y por tanto no se daba prisa por proveer la plaza.

El maestro Pepe descansaba en su casa tumbado sobre sus laureles de oro, y el maestro Pepe que le sucedió favorecido por la suerte, dió con un adoquinado perdurable que hacía de los pavimentos de aquellas nuevas calles pisos de salones de bailes. La carretera, del Metropole para allá, se había dejado con sus baches a petición del turismo. Todo estaba sellado de construcciones bellas: sólo el sitio destinado a la iglesia testada por Don Cristóbal esperaba *sentado* a que se resolvieran los entorpecimientos que formaban madeja para ostentar la suya. El parque-huerto había quedado lo mismo, sin adelanto alguno, añorando al león.

El Puerto estaba igual a como lo dejara señá Rosarito, con sus reminiscencias de Sahara y sus conatos de simúns.

Esta era la *great attraction* de los turistas y el principal objeto con que nos visitaban. Continuas expediciones, sobre todo en los días de viento, se emprendían al pavoroso lugar en camellos con acompañamiento de beduinos. En camellos que los alquilaba el municipio, explotador de ese negocio que le deparaba un importante arbitrio, y beduinos contratados en los barrancos de Tirajana, que vestían y equipaban como tales. Los caciques se peleaban por colocar sus respectivos beduinos. Era una delicia para el turismo este deporte que le proporcionaba la sensación de un desierto, si bien en miniatura, con accidentes de color, con más los que ellos añadían no llevando provisión de agua para sufrir los tormentos de la sed, como en el grande de verdad. ¡Y cómo se regodeaban los turistas horteras, a su vuelta, entre sus paisanos narrando los peligros y tormentos que sólo en sus imaginaciones tartarinescas existían! Y así lo publicaban en sus diarios, subiendo la nota y describiendo rasgo por rasgo a los seudos beduinos de los Tirajanas. Como una anticualla y un pobre recurso se había desechado el *pintoresco Pago*.

Plácemes daba yo a aquella acertada disposición de empezar por la cabeza para ir a los pies, haciendo de nuestra ciudad el corazón del progresivo movimiento marítimo que nos venía favoreciendo, y dábale el parabién por haberse opuesto a la idea contraria de empezar por los pies para llegar a la cabeza, exponiéndose con este proceder a verse reducida en un porvenir no lejano a ser una población vetusta y sin vida. Pero al bailarme en el cerebro tales ideas, mi dulce ensueño desapareció trocándose en horrorosa pesadilla.

Los mariscos que entraban en la confección de la sopa de seña Rosarito, tomando enormes proporciones y actitudes feroces, se me abalanzaban para acribillar mi cuerpo con sus mordiscos y en vano eran mis conatos de defensa, pues cada

vez más se agigantaban y se mostraban con mayor ferocidad. Todos aguzaban sus bocas de distintas formas y cataduras en mis pobres carnes, chupando de mi sangre. Me agitaba y revolvía en mi silla, que al fin resbaló dando conmigo en tierra; y entonces desperté, viéndome rodeado de mis amigos contertulios de la botica que me decían:

—Al fin y a la postre le había de suceder con su modo de sentarse. ¿No se habrá hecho daño?

Ni me hice daño, ni he dejado el modo de sentarme. Y aquí acaba el cuento, rogándole al lector que tome su asunto como lo que es, como un sueño del cual no es responsable el que lo sufre.

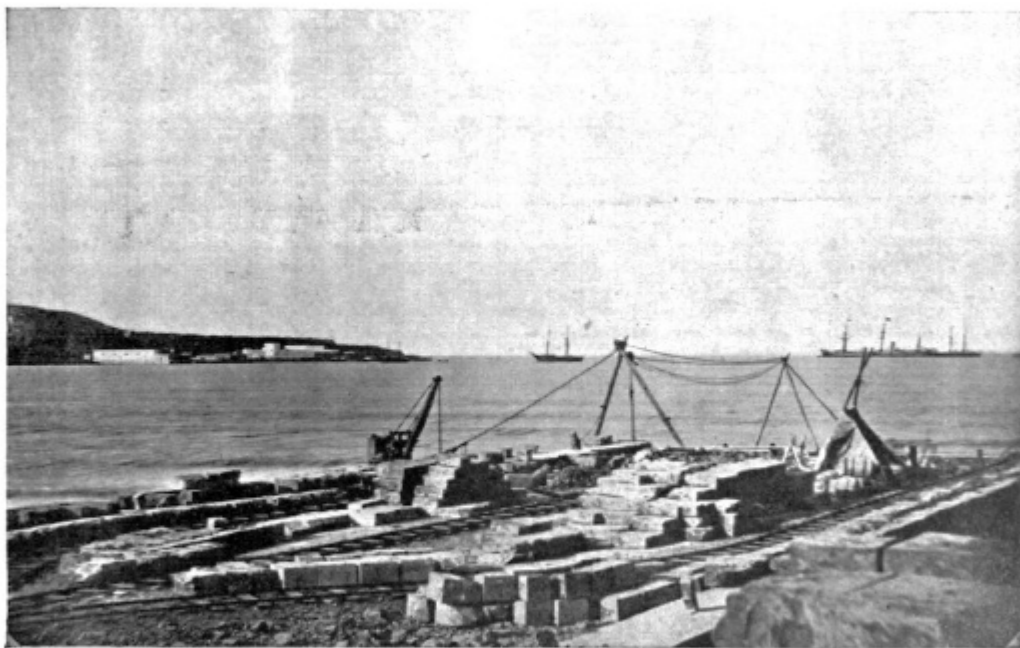
XXII

EN AFRICA

Di dos viajes. El primero sin cargo alguno oficial, sino llevado por el Jefe para que le funcionara de Ayudante y de Secretario, a la vez que de persona de compañía. Nos embarcamos por el Puerto de la Luz, y a pique estuvo mi compadre Antúnez, empeñado en conducir la lancha, de ahogarnos al querer atracar a la «Ligera»; gracias a Dios y al patrón, que se apresuró a quitarle de las manos la caña del timón, no fueron nuestros cuerpos a parar al fondo del mar. En la «Ligera» hice conocimiento con el comandante Pérez Cosío, excelente persona, lo mismo que con el buenísimo del segundo Luis Dueñas. Estos señores eran de mi edad, cuarentones como yo lo era entonces; y entre los oficiales se encontraba Pintado, jovencillo aún, cuya familia conocía en Tenerife. Antes de tomar puerto en Mogador, casi embarrancamos en un caletón próximo que se hallaba al Sur. Pérez Cosío, que había metido la pata, supo sacarla con lucimiento, de cuenta propia, sin ayuda ajena, y a las pocas horas entramos en la bahía de la Ciudad mora, también de cuenta pro-

pia de Pérez Cosío, que rechazó el practicaaje del moro encargado de tales funciones, amenazando con tirarlo al agua si no se retiraba. Cuatro días estuve en Mogador, y como los moros se detenían en reunir los suyos que habían de formar parte de la Comisión de límites juntos con los nuestros, el Jefe me ordenó que volviera a Las Palmas a practicar los trabajos de campo para el Proyecto del Lazareto de Gando, indicándome que me avisaría cuando debía volver. En tales trabajos estaba con el capataz Galindo, la cuadrilla de auxiliares y mi amigo Pepe *Tinta* que llevé conmigo, viviendo en el castillo, y empleando en el trabajo a los dos artilleros que guarnecían la fortaleza, cuando recibí, próximo a la terminación, el oficio cuyo contenido extracto: «Para que puedan realizarse los deseos del Sultán de Marruecos, S. M. el Rey (que Dios guarde) ha tenido a bien nombrar una comisión compuesta del Ingeniero Jefe Don Juan de León, el Ingeniero segundo Don Manuel Alonso Zabala, y los Ayudantes Don Julián Cirilo Moreno y Don Lucio Aguilar, que se dirigirá a Mogador a recibir las oportunas instrucciones.» Y más abajo: «El Ingeniero Jefe Presidente tendrá cien pesetas de dieta, el subalterno setenta y cinco, y cincuenta cada uno de los Ayudantes; entendiéndose que éstas comenzarán a devengarse desde el día en que la Comisión parta de Canarias hasta el de su regreso al mismo punto.» Y, por supuesto, el sueldo aparte, corriendo en Canarias.

Los deseos de aquel Sultán no eran otros sino que recorriéramos la costa comprendida entre Sidi-Mohamed Ben Abalah y Azaca, y entre Azaca y el Beida, con el fin de determinar los puntos que resultasen más convenientes a fin de establecer puertos comerciales, levantando los planos de los que se eligieran. Partimos en la misma «Ligera», acompañados del «*Silbador*», goleta al servicio de Obras Públicas, que



El muelle de Santa Catalina en construcción

llevaba al personal auxiliar y que tuvo la poca cortés ocurrencia de encajarse en Mogador con algunas horas de anticipación al buque de guerra que no correspondía a su nombre en la velocidad de su marcha.

Allí nos encontramos con el personal de la Comisión de límites, presidida por el Cónsul de Tánger, Lozano, siendo Don Juan, mi jefe, su segundo; y además el Comandante de Marina Pedro del Castillo, el Capitán de Ingenieros Salvadorito Bethencourt y el Coronel de Estado Mayor, Jáudenes. Don Juan llevó a Yedra, su criado; Pedro del Castillo a un soldado de infantería de Marina, Pedro también, que recogió en Santa Cruz, y resultó más asistente de Salvadorito que suyo. Yo llevé conmigo al Capataz Galindo; Zabala a Diego Ruiz, de Guía, que en mi niñez fué compañero de escuela, y Lucio a un cabo de Camineros cuyo nombre he olvidado, pero recuerdo que me suena a Fulgencio, Florencio o cosa así.

De los prácticos que nos endosó el general Weyler, y eran cuatro de Lanzarote, que nadan practicaban, porque desconocían aquellas costas y vivían durmiendo a pierna suelta a bordo del «Silbador», uno, el Señor Camejo, hombre de 55 a 60 años, rechoncho y sarnoso, se quedó en tierra con nosotros porque no quería dejar solos a sus niños, que éramos Don Manuel Zabala y yo. Hombre de hablar meloso y suave acento, tenía unas sencilleces originales y la temporada de residencia la pasó tan tumbado y adormecido en tierra como sus colegas a bordo, con la ventaja de mayor regalo en la pitanza, pues comía con el cocinero moro y los capataces de todo lo que a nosotros se nos servía, que era abundante y bien confeccionado. En los primeros días de la expedición, en medio de la Capua que se había creado, un amago de intranquilidad amargaba su vivir deleitoso. Era el asedio emprendido

contra su honestidad por el moro Abdalah, a quien sin duda seducían las redondeces de su rechoncha figura; asedio que llegó al extremo de tener, a petición suya, que dejarlo dormir en mi tienda. Como se las compuso el Sr. Camejo no sé; pero de vuelta de nuestra expedición, al poco tiempo, recibió un nombramiento de práctico del buque de guerra guardacosta en nuestras islas. De uniforme le encontré en Tenerife y por él supe que su empleo no le quitaba el dormir con la misma pertinencia que lo hacía en Africa.

Dos intérpretes teníamos de nombramiento oficial: uno español, Benito y otro judío, Sadia Cohen, dueño de la fonda donde vivíamos en Mogador. Más tarde, cuando acampamos en Agadir, se nos presentó otro, un renegado español, ya anciano, tal vez ochentón pero recio y ágil, que residía en Marruecos desde su primera juventud, en la cual fué cogido con una partida de malhechores que ahorcaron y a él, por no tener la edad, lo echaron a presidio, en Melilla, de donde se escapó; se pasó al moro renegado, y llegó a ser Jefe de los artilleros de Muley Hassen, de quien recibió una casa en Mogador y una pensión de cuatro duros mensuales.

Como a los prácticos que dormían a bordo del «Silbador» pasábale igual al piloto oficial Juan Alemán, yerno de Juan Suárez el patrón del barco y amo además. Nuestro piloto, si bien tenía carta, no así instrumentos de observación, pero en cambio, su suegro, el marino más experto de los que he conocido, valía por diez pilotos y por tres docenas de aparatos. En Mogador estuvimos cosa de un mes esperando a no sé qué arreglos diplomáticos con los moros del Sus y del Nun, en cuyos territorios teníamos que penetrar. ¡Qué días más hermosos nos pasamos allí! En la fonda se nos portaba bien y se nos trataba con cariño y deferencia. Los sábados íbamos a la Sinagoga, con Freja, la mujer de Sadia y sus

cuñadas Marien y Zara, hermosas mujeres aunque algo jamónas. Por las noches tertuliábamos en casa de Baso y algunas, no muchas, nos extraviábamos en Melah.

Y va de digresión. Cuando años después, en nuestros tiempos, leí en los periódicos los proyectos de intervención pacífica y de policía en Africa no pude menos de reír desdeñosamente, y sobre todo, pensando en lo de la policía. Nuestros municipales del Valle de Agaete, impuestos por Frasquito, y los del pago de Sardina, que impone Juanito Auge, similares completos de los de la madre patria, no pueden compararse con el policía moro del Rey que he conocido en Mogador y en Casablanca. Oid un sucedido para que hagáis juicio. Estábamos almorzando en la fonda de Sadia: tuve que sacar un billete para que me lo cambiaran en casa de Baso, y al buscar la cartera en mi bolsillo me encontré sin ella. Se me vino a las mientes la noche anterior de romantela tremenda en el Melah con unas Esteres o Rebecas y sospeché que la hermosa hija de Sión, objeto de mis expansiones, me la había sustraído.

—Daremos parte—dijeron mis compañeros que conmigo habían corrido la juerga, el Jefe inclusive.

—Parte no: empapelarán a la pobre judía; ustedes me harán un préstamo corto, para no verme sin dinero.

Se ofrecieron todos, cuando apareció a la puerta del comedor un gigantesco moro agitando en su mano la cartera.

—Esto, *rimi* (cristiano), encontrar Melah, puerta suelo caído.

Completos mis billetes y con ellos tres cigarros puros que a la par que la cartera se me habían caído del bolsillo; no quiso gratificación y se marchó erguido y orgullosamente. Y dime, lector de ahora, ¿se hubiera dado este caso con tal honradez y prontitud con los municipales de Juanito y de

Frasquito, similares a los de la madre patria, y aún interviniendo el detective Juan Victorino? Todo Mogador lo recorríamos a cualquiera hora de la noche, sin alumbrado, que no lo había, y en medio de la tétrica oscuridad se levantaba, de pronto, un fantasma que nos seguía, y no era otra cosa sino un colosal moro que cuidaba de nuestros pasos. ¡Cómo se me iban haciendo simpáticos esos morazos! Un día fui al Zoco; presencié una venta de dos esclavas idólatras negras sudanesas. Tres viejos chochos eran los postores.

Las *gracias de barbuzano* de aquellas bellezas se mostraban al natural, sin tapujos de ninguna clase, y los vejesterios las palpaban, las sobaban, les registraban los dientes y otras cosas más, y luego ofrecían; ellas impasibles, en tanto que el *taleb* anotaba las posturas, sin darse cuenta, ni importarles un ardite el repetido sobajo. Quedó con las dos una especie de estantigua que apenas podía con el jaique. ¿Para qué las quería?

Yo no faltaba a las audiencias públicas de los viernes. El Caid, sentado a la puerta de su casa sobre una esterilla; un *taleb* por cada lado en igual actitud; Código, el Coran; testigos, todos, el pueblo de *motu proprio*, sin necesidad de alguacil que citara a juicio rapidísimo con sentencia inmediata, cumplida allí mismo: treinta o cuarenta palos, ya en la planta del pie, ya en la barriga, y listo a virar. Perdía uno; tal vez el inocente; pero en nuestra justicia siempre pierden dos porque la curia se come a ambos contendientes.

Don Juan se hallaba muy violento siendo el segundo de la Comisión de límites; y más cuando el Cónsul presidente se empeñaba en hacer sentir su supremacía, él, cacique entonces absoluto, que no había sentido espuelas hasta aquellos momentos, acostumbrado al eterno amén de sus incondicionales, mal podía soportar el papel secundario a que el Cónsul

aquel le relegaba. La batuta estaba en mano de éste, y aquél se veía obligado a ser uno de los tantos de la banda de música que tocaba su instrumento guiado por aquélla. Una noche desapareció Yedra, su criado, y no se dejó ver hasta la tarde del día siguiente. Don Juan descargó en él todas sus contrariedades; pero Yedra no se amilanaba y se disculpaba con entereza diciendo que ese tiempo lo había empleado con unos amigos moros en cazar *jabalines*.

Al fin salimos de Mogador en otro buque de guerra, «Consuelo», para arribar a Santa Cruz de Agadir. Y aquí suspendo para continuar en otro artículo o en otros, si con el segundo no acabo: se han despertado mis añoranzas de África y quiero satisfacerlas. Nada perderá con esto el lector, que puede dejar la lectura cuando y como le acomode.

XXIII

AUN EN AFRICA

La víspera de embarcarnos para Santa Cruz de Agadir, nos obsequió el moro Amor con un verdadero banquete en su casa, donde supo unir lo bueno de la cocina de su tierra con lo mejor de la nuestra. Y de paso digo que en la cuestión de repostería están los moros y judíos muy por encima de nosotros, o lo están sus mujeres. Hacía tiempo que el dichoso Amor se hallaba convertido en moro de zarzuela o de opereta, gracias a sus frecuentes estancias en países cristianos y al roce con los *espíritus fuertes* que trataba en éstos. Aquí residió bastante tiempo, poco después de la Revolución de Septiembre, frecuentando la tertulia de mi cuñado Eduardo Benítez, donde los tertulianos éramos republicanos al rojo, y algunos un sí es o no es libres pensadores. Fijo en Mogador, y rico con buena casa, si era moro allí, apenas se instalaba en su reservado con un europeo o con un canario, se echaba a la espalda la *morería* y *trincaba* con el huésped Jerez y manducaba jamón que hacía traer sigilosamente del cercano Café Alemán, hasta embriagarse y hartarse sin temor a

quebrantar los preceptos del Corán y pasándose por debajo de las piernas a Mahoma y aún a Alá algunas veces, según el grado de la pítima.

El reservado aludido era un departamento de su casa, amueblado y dispuesto al gusto europeo, donde sólo él entraba con sus exóticos convidado sin permitir que criados ni persona alguna compaisana lo visitara. Está de más decir que saber de nuestra llegada y venir a la fonda a visitarnos y a ofrecernos sus servicios fué todo uno. Conocióme al verme y le presenté a los compañeros; desde entonces muchos de nuestros ocios los pasábamos en su reservado. Y ya se oía el canto de la oración de madrugada en la mezquita cercana y nuestra alegre francachela prometía no tener fin. Amor dijo entonces:

—¡Zabala!

Y éste, que era un joven de veinte y seis años, vino como una centella.

—Tú no eres un moro; eres un europeo como nosotros y ya sabes como las gastamos con las señoras; haz venir a las tuyas para que juntos tomemos el café de despedida.

—Mujeres...—contestó el moro caviloso—no mujeres; mujeres nunca Marruecos.

—Pues entonces eres tan moro como Mahoma.

Parece que esta objeción hizo fuerza en Zabala, pues levantándose de súbito, desapareció de la estancia, volviendo al cabo de corto intervalo con tres mujeres que al vernos exclamaron asustadas:

—¡Quader Rumil! ¡Quader Rumil!—(Muera el cristiano). Y súbito se taparon la cara que tenían descubierta, sin darnos tiempo a que pudiéramos hacer aprecio de sus facciones. Amor les enseñó un pequeño látigo y las obligó a sentarse quieras o no quieras, hablándoles enérgicamente en su

algarabía, y ellas impávidas escupiendo despreciativamente en el suelo.

—Que se destapen—dijo Amor.

—Primero dejarse matar—contestó Zabala—Mora no enseñar cara moros nunca; cristianos menos.

—Amor—interrumpió entonces Don Juan—no seas majadero; déjalas que se vayan.

—Debiera obligarlas a que se destaparan—añadió el Cónsul por contrariar a Don Juan—sería un suceso extraño; una excepción para honrarnos.

Pero todos nos pusimos de parte del Jefe y salieron escupiendo despreciativamente en el suelo y gritándonos desde la puerta de la estancia: ¡Qua der cajé! (¡muerte al infiel!)

Y he aquí nuestra primera aventura con moras.

.

Después de unas cuantas horas de navegación atravesando mantas de toninas, hétenos en Agadir fondeados, no en el mejor puerto del Imperio, sino en el único que merece tal nombre en el Atlántico. Con nosotros venía en la «Consuelo» Sidi Mohamed Burguitis, tío del Emperador y presidente de la Comisión Marroquí; el Caid General que había estado en operaciones en la guerra de Africa al mando de Muley Abbas, otros dos moritos jóvenes que, según supimos, habían estudiado artillería en Francia uno, y otro Estado Mayor en Italia, y a más, un tipo de moro, alto, secarrón, de nariz aguileña, que tenía trazas de Santón. Desembarcamos en la población baja y que se llama Fontí; y cabalgando en mulos nos dirigimos al Castillo o Palacio del Gobernador, situado en una eminencia de la altura del Risco nuestro, en cuya explanada se extiende la pequeña ciudad

que es el verdadero Agadir. El Caid o Gobernador era un muchachón alto, lampiño y pálido, con un semblante de idiota; nos hizo dos zalemas y emprendió charla con Sidi Burguitis. En ella estaba cuando oímos en el departamento inmediato chillidos de mujeres y estallidos de látigos. Según se nos dijo más tarde, las mujeres eran las del Caid que se acercaban a curiosear y a mirar por las rendijas de la puerta, y los estallidos de látigos provenían de sus guardias para obligarlas a que se retirasen. Poco duró la entrevista con el joven y demacrado Caid. Allí se nos unió Sidi Dajaman Beirut, reyezuelo del Nun, y otro individuo que resultó ser el Arquitecto del Emperador, que hablaba francés y mascullaba español, y con el cual hicimos amistad Zabala y yo.

Al Sur de la Ciudad, en una pequeña llanura, encontramos al bajar levantadas las tiendas de nuestro campamento; en una parte agrupadas las nuestras y en otra las de los moros. Las de éstos, vistosas, de elegante aspecto y formadas con telas de brillantes colores; las nuestras, tiendas de artillería, bajas, incómodas y bastantes sucias, excepto la de Don Juan que la había hecho venir de Inglaterra: de doble forro y dispuesta como una casa techada a dos aguas. Lozano se veía obligado a vivir en una de aquellas tiendas de artillería propias de soldados, y contrariado, consiguió de Sidi Burguitis otra de las suyas, que traía dos. Tiempo le faltó para enarbolarse en ella nuestro pabellón, que fué correspondido galantemente con el estandarte verde del Profeta, alzado en la tienda de aquel Príncipe.

—Pero es bobo ese hombre—nos decía Don Juan a Pedro del Castillo y a mí.—¡Qué bandera ni qué nada! ¿Y a qué viene eso?

—Tu Jefe—nos decía más tarde Pedro del Casti-



Explanada de bloques en el Muelle de la Luz

llo—acostumbrado al caciquismo absoluto de Canaria va a sufrir mucho con el presuntuoso del Cónsul.

Al amanecer de la mañana siguiente, estando yo con Don Juan, se presentó a la entrada de la tienda una muchachita mora como de 14 a 15 años, semidesnuda, pues los harapos que cubrían su cuerpo estaban en el estado más lamentable. Era morena, delgada y aguileña, con dos ojos negros, vivos y preciosos. Nos tendió la mano pidiendo una limosna; se la dimos y a más un juego de ropa interior mío, que se apresuró a vestir delante de nosotros sin el menor reparo. No volvimos a verla; se nos dijo que era del Nun, descendiente de los Cherifes que provienen del Profeta, y que los moros de las cercanías la habían pegado y quitado las ropas que la dí. Y ésta fué nuestra segunda aventura de moras.

Con Sidi Burguitis nos entendíamos algo; él sabía algunas palabras españolas y otras francesas; y con esta ayuda y los gestos salíamos del paso regularmente. Don Juan le enseñó su revólver y yo el mío; y como Dios quiso, le hicimos saber que esta pequeña arma estaba muy por encima de las espingardas. Meneaba la cabeza en señal de duda. Tomé el revólver del Jefe y fuí a disparar al aire todos sus tiros; tomé, disparé y *chas*, escachadura del fulminante y nada de salir tiro; y así con los seis que tenía el arma. El Burguitis reía a carcajada abierta.

—Dispare con el suyo—me dijo impaciente y contrariado.

Igual resultado y mayores las risas del moro: como que al proveernos de cápsulas en Mogador no nos habíamos preocupado del calibre, ni de eso entendíamos tampoco. Sobre la mesa de la tienda había una bandeja con naranjas. El Burguitis tomó una; llamó al primer moro que por allí ron-

daba; le habló, lanzó al aire con fuerza la naranja y la bala de la espingarda la atravesó, como pudimos comprobarlo al caer al suelo. Más achantados no podíamos haber quedado.

Dibujaba la vista de Agadir, y Burguitis sentado junto a mí inspeccionaba el trabajo dando señales de aprobación y entusiasmo. Había en primer término unas chumberas que marqué al estilo efectista, y fueron causa de que el entusiasmo artístico del moro amainara en mucho. Ponía el dedo en cada una de las chumberas dibujadas, como quien cuenta, y después pasaba a los originales y las iba señalando una a una. Tenía yo diez chumberas de más para hacer más artístico el primer término. Comprendí el por qué del amortiguamiento del entusiasmo, y borrando, puse en el papel justas las que había en el natural.

— ¡Gulú!— me dijo— ¿mío papel?

Se lo dí y de regalo me mandó, por la noche, un pilón de azúcar y un paquete de velas de sperma.

Al día siguiente llegó Ben-Aisa y comenzaron los galanteos al señor Camejo del moro Abdalah, muchachón fuerte de 18 a 20 años que tomamos para ayuda del cocinero en Agadir. Convinimos Zabala y yo, y al convenio se unieron Jáudenes y Salvadorito Bethencourt, en la necesidad de conocer la declinación de la aguja en aquellos lugares para tenerla en cuenta al hacer el estudio de los puertos. Jáudenes propuso la del promedio de las dos posiciones de la polar, pero si bien observábamos la primera, para la segunda nos quedábamos dormidos; como solución más cómoda aceptamos el trazado de una meridiana, que no es aquí de caso el explicarlo y, al efecto, muy de mañana comenzamos, para ponerlo horizontal, a allanar una porción de terreno inmediato a las tiendas, que el diablo quiso que fuera en las cercanías de la

de Don Juan. Este salió presuroso y dirigiéndose a mí me dijo de mal humor:

—¿Qué bobería están haciendo?

—Preparando el trazado de una meridiana—contestó Zabala por mí.

—Esa es una majadería de Cirilo, de seguro. ¿A qué vienen esas meridianas? Dejen eso enseguida.

—¿Y cómo conocemos la declinación?

—¿Qué declinación ni qué bobear?

—Si le es necesaria para su trabajo, ¿por qué se le ha de interrumpir?—saltó el Cónsul Lozano, que así entendía de lo que se trataba, como yo de hebreo; pero que veía un nuevo motivo para mortificar a Don Juan.

—Señor Lozano—contestó éste—aquí se trata de un asunto de la Comisión de Puertos, de la cual yo solo soy el Jefe.

—Ya tuvo un desquite Juan León—me dijo después Pedro del Castillo—veremos cuando toque la vez a Lozano.

Y no acaba aquí lo de Africa, pues a medida que escribo se me vienen a la memoria los acontecimientos, y haré constar todos los que me acudan, así cansen al lector, que puede cortar por donde mejor le cuadre.

XXIV

TODAVIA EN AFRICA

Obligando a dar botes, respingos y empinadas a sus caballos; rompiendo en carrera tendida para parar en seco y volver a correr con el mismo o mayor frenesí, tirando en tal guisa de jineteo las espingardas al aire, para recogerlas, firmes en las sillas, después de dar en alto una o dos vueltas, la misma mano que las lanzara y oírse instantáneo el disparo: así se presentó en nuestro campamento lucido pelotón de caballeros de rostros atezados y flotantes jaiques. Hacía unos seis días que nos hallábamos acampados en Agadir, y aquellos jinetes con su contingente de peones armados, vestidos de simple chilaba, procedían de la cábila vecina y venían en nuestra busca para ser nuestros custodios hasta dejarnos en la Capital de su territorio. Los repetidos disparos, acompañados de alegres alharacas de los que venían, se cambiaban con los que partían del campamento y esto era un correr de la pólvora de amistad, concluído por sobajos y zalemas (saludos) que parecían interminables, donde la frase *Alá heir* (bendito Dios), que así nos sonaba, interrumpía a cada paso el hilo del

diálogo. Inmediato seguía la entrega de los presentes, depositándolos a los pies del Burguitis, consistentes en una gacela y dos cabritos, a más de dos grandes ánforas, conteniendo respectivamente miel y manteca de vaca, por supuesto, porque el moro no come nada que provenga del cerdo, *balú* que lo llaman. La *monna* o presente, es de rigor, y es señal de vasallaje que se rinde a la Autoridad o a su representante, y el olvidarla o el no querer hacerla, indica rebeldía y da motivo a guerra. En el nombre de Alá y del Emperador bendijo el Burguitis a los recién llegados y dió orden de abatir tiendas y levantar el campamento para comenzar nuestro periplo. A los pocos kilómetros de marcha nos encontramos con el Wad Sons, río caudaloso que cruzamos por el vado, guiados por nuestros respectivos espoliques, llegándonos el agua a las cinchas de las cabalgaduras. Para juzgar de la importancia de este río baste decir que su anchura podía calcularse en dos veces la de nuestro barranco Guiniguada, siendo su hondura tal que de apartarnos del vado las aguas nos hubieran sumergido. Y esto referido al estiaje, en cuya estación nos hallábamos. Al otro lado del río comenzaba a extenderse el territorio del Sons, formado por amplia y feraz vega cuyos límites hacían horizonte, poblada por infinidad de aldeas o pueblecillos amurallados, que apenas si tras los muros dejaban ver otros edificios, si los había, que no fueran la Mezquita y la casa del Caid. Los pueblecitos pululaban en la extensa llanura, tan cercanos que de fijo no se guardarían entre sí una distancia de cuatro kilómetros los más apartados. Al acercarnos a uno de ellos que parecía por su exterior de mayor importancia, noté como una especie de cordón de manchas negras que se destacaban a trechos bordeando sus murallas; manchas que al acercarme más, al costear el pueblo, se me asemejaron a cabezas humanas amojamadas, ensartadas en

escarpías. Entró en mi cuerpo un temblor que se notaba y despertó la risa del Caid que venía a mi lado.

—Yo *cutarlas*,—me dijo señalando a las manchas que eran todas cabezas ennegrecidas por el tiempo y la intemperie.—No pagar *soldán* (tributo) y yo venir y *zás*—añadió con la tranquilidad de una hiena ahita, pasando la mano por su cuello en señal de cortar pescuezos, aumentando la fuerza de la risotada. Y cuenta que el Caid bajito, regordete, de semblante regocijado y simpático, había estado varias veces de Embajador en Francia, y podía llamarse un *uropeizado*, y en el *potaje* de su habla, compuesto del idioma de aquella tierra amalgamado con el nuestro, dejaba traslucir que sus sentires tenían cierta alteza. Pero aquel procedimiento cruel e inhumano de cobrar tributos equivalía en su tierra a nuestro apremio de tercer grado, y él reía de sus ejecutados como ríe entre nosotros el Comisionado de apremios de los suyos. Cada tierra con sus costumbres y su modo de ser.

A medida que avanzábamos en nuestro viaje, más rica y feraz se presentaba la opulenta tierra del Sons, más aproximados entre sí sus blancos caseríos, siempre amurallados; y los árboles de fruto de todas clases se enmarañaban con los maizales y las sementeras. Atravesamos una pequeña elevación del terreno desde la cual distinguimos el pueblecito, término, por lo pronto, de nuestro viaje, cuando oí la voz de Don Juan que me llamaba. Queríame para que le ayudara a entenderse con el Burguitis, pues éramos Zabala y yo unos medios intérpretes con las palabras árabes que habíamos aprendido en la gramática que estudiábamos; y sobre todo con el *potaje* franco-español, guiños y señas, en el cual éramos maestros. Admirado Don Juan con el espléndido paisaje que presentaba el valle del Sons, procuraba que el moro entendiera su elucubración, consistente en un proyecto de ferroca-

rril que atravesando el rico valle, partiera de la factoría española, llevando, como le decía, la civilización cristiana y los adelantos de Europa a la comarca aquella por lo pronto. Enterado el Burguirtis por mí del fantasear de mi Jefe, djome para que lo trasladara:

—Moro no querer ferrocarril, no querer civilización cristiana. Yo estar en Europa mucho y ver mucho pobre, mucho miseria, mucho hambre; moro comer siempre; moro no esclavo de rico; moro tener su fusila y ser libre; allí quitar fusila y gumía a pobre.

Llegamos, por fin, a las cuatro de la tarde a la capital de la cábila de Feltnas, territorio de Aisbú Amaran. Se nos destinó un rincón en las afueras del pueblo para acamparnos y, aprisa y corriendo, armamos las tiendas. Debo advertir aquí que jamás acampamos dentro de los pueblos, ni se nos permitía siquiera visitarlos, salvo en Ayulah, donde como se verá luego, se nos concedió esto último. Los naturales de Sons provienen de una raza mezclada de Chelkas y Arabes, a quienes desprecian, y en sus rasgos fisonómicos, color, estatura y disposición de cuerpo, presentan semejanzas muy marcadas con nuestra gente del Sur. El Caid de Edlmin, por ejemplo, que bastante nos agasajaba y cuyo carácter era alegre y francote, parecíame ser un tipo tomado de la familia de los Ojedas de Telde. Al día siguiente de residencia en Edlmin, el Sr. Camejo me llamó aparte y sigilosamente me manifestó que las intenciones contra su honestidad del moro Abdalah, pasaban de raya; por cuyo favor me pedía permiso para dormir en mi tienda, a lo que accedí después de contar con mi compañero de profesión y vivienda Lucio Aguilar. Era éste un sacrificio que nos imponíamos en pro de la moral del campamento, pues nuestra tienda estaba atestada, porque a más de vivir en ella Lucio y yo, hacíanlo también



Otra curiosa fotografía del Puerto de la Luz, cuando se iniciaba el rápido crecimiento de su núcleo urbano.

los capataces Fulgencio y Galindo. Y ahora se me presentó ocasión de decir como estaban los demás repartidos. Don Juan vivía en su tienda inglesa con su criado Yedra, el que se le fué en Mogador a cazar *jabalines*; Lozano, el Cónsul Presidente, con Sadia, en la que facilitó el Burguitis, señalada siempre con el pabellón nacional; Jáudenes con el intérprete Benito; Pedro del Castillo y Salvadorito Bethencourt con el Pedro de Infantería de marina; Zabala, con el Capataz Diego Ruiz, cuyas simplezas le regocijaban y juntos el moro cocinero con su pinche y el señor Camejo, hasta que lo trajimos con nosotros.

Una de las tiendas de artillería, la de mayor capacidad, servía de comedor y punto de reunión donde además de la mesa y sillas se custodiaba la inmensa caja de conservas y licores que Lucio trajo de Tenerife. Este arranchamiento perduró de igual modo en todos los puntos y lugares a donde nuestra misión nos llevó. Lo de vivir acompañados de criados y asistentes daba margen a suspicaces sospechas entre los moros, que en tiendas respectivas albergaban a los sirvientes jovencitos que consigo traían, empezando por el príncipe de Sidi Mohamed el Burguitis, a quien acompañaba siempre un rollizo muchachón de diez y seis a diez y ocho años, de aspecto marica, que vestía chilaba de seda y llevaba ajorcas de plata en brazos y piernas. De estas sospechas, que lo eran de bestial mal género, supimos en Assaka, más tarde, de boca del Capitán de los Ascaris destacados en aquel Puerto.

Lucio, más bien bajo que de mediana estatura, cincuentón en años, algo cargado de espaldas, nariz semítica y buena barba entrecana que le cubría el pecho, era mirado por los moros con cierta consideración, y lo creían nuestro *rabí*, algo así como un Santón de nuestra creencia que nos acompañaba. En esta idea confirmó Zabala al Caid, haciéndole, ayudado

por Ben-Aisa, el intérprete que nos convidó en Agadir, comprender que nuestro Santón quería ser moro, porque a pesar de sus años era aficionado a las faldas y deseaba disfrutar de la dotación de huríes prometidas al creyente; pero que se presentaba el inconveniente de no poder decir las palabras de iniciación que eran de rigor y el gran miedo que le inspiraba la operación de la circuncisión.

—Palabras no—dijo a Zabala—tú poner mano sobre hombro de *Rabí* y decirlas por él; dolores tampoco: gumía afilada, y yo saber bien.

Por la tarde, unas cuatro horas después de la conversación dicha, cuando probábamos un té, Zabala, poniendo la mano sobre el hombro de Lucio, dijo con toda solemnidad:

—Alaí ille Alaí Mahomets remle Alah.—Escribo la frase como me sonó y quiere decir: «Sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta».

—Morito—masculló sonriente el compañero—mi entender la cosa, mi darse cuenta de ello.

Pero oír el moro el mascullado término que tampoco entendió, levantar en vilo a Lucio, llevarlo a una habitación inmediata, de prisa y corriendo, y oírse los chillidos y gritos de éste fué todo uno. Para quitar a Lucio de las manos del moro que parecía obraba en serio, fué necesario toda la autoridad religiosa y civil que reunía el Burguitis como Delegado del Sultán. Si no hubiera tenido otro apoyo que el de nosotros, sólo Dios sabe si no hubiera cargado *velis nolis* con su circuncisión, pues con aquel morazo gigantesco, fuerte como un hércules y en su casa y tierra, nuestros esfuerzos para impedirlo hubieran sido vanos.

Había feria de ganados en Edlimin y nosotros la presenciábamos. Antojósele a Don Juan comprar un potro por-

que no quería más cabalgata en mulo, y por medio de Ben-Aisa se ajustaba el trato.

—¿Crecerá algo más?—preguntó Don Juan al intérprete.

Y antes de que contestara, Diego Ruiz, presente, con un hilo de bala tomó ciertas medidas del cuerpo del animal, que sujetándolas a una cábala de sumas y restas, que había aprendido en Guía, y era infalible, según afirmaba, había de resolver el problema, como en efecto lo resolvió la resultante de sus operaciones marcada en el hilo, que dió por límite del crecimiento del potro la altura de un elefante. Diego quedó confuso, y el moro chalán que tomó por burla la cábala, trató de propinarle una paliza, exacerbado además por nuestras risotadas y sobre todo por las de Zabala, a quien hacían siempre gracia las torpezas de su capataz. Pero la oferta de añadir un duro al precio estipulado tranquilizó al moro. El potro se le entregó a Yedra, que a pesar de ser buen jinete, por un tris no le tiró al suelo apenas lo montó por orden de Don Juan, y se apeó temido.

—¡Caramba! ¿qué ya no sabe montar?—le dijo Don Juan impaciente.

—No hay quien monte ese bicho tan *asina*; está mal *adomado* o no está *adomado entodavía*.

El potrito viajó con nosotros sin utilizarse. Yedra le cogió miedo, y el Jefe se vió obligado a continuar la marcha en mulo, como cada quisque de la Comisión, con gran contentamiento del Cónsul presidente, que hubiera muerto de envidia al ver al segundo cabalgando un *brioso alazán*, como hubiera dicho en su repertorio de frases hechas.

En Anaca se vendió el animal por la mitad de su precio al Capitán de Ascaris, que lo montó de primera inten-

ción a pesar de sus engalladuras y rebeldías. Y como esta pesada relación ha de continuar aún, aquí la suspendo para otro artículo u otros más hasta finalizarla. Y créeme, lector de hoy, no la sigas leyendo que harás bien.

XXV

AUN MAS EN AFRICA

Al día siguiente de la aventura de Lucio, muy de mañana, se levantaron los campamentos para continuar el viaje. El semblante del Caid Edlimin, antes regocijado y francote, se mostraba un poco hosco y retraído, lo que daba a entender que había encontrado de muy mal género la broma que se le había propinado el día antes. El intérprete Benito nos recomendó que no volviéramos a bromear con los moros, de carácter susceptible y refractarios a todo lo que pareciera intimidad y franqueza con cristianos. Así se lo dió a entender a Zabala, que prometió no volver. Sin embargo, la bondad excepcional de aquel gigantón del Caid de Edlimin hizo que nos despidiera con cordialidad, regalándonos una media docena de melones además. Perdimos ya las últimas fertilidades de Valle del Sons, cuando penetramos, cerca del atardecer, en un bosque de arganes que atravesaba el camino. Desde éste se distinguía un claro bastante espacioso, libre de aquellos árboles y allí se dió la orden de detenernos. Antes de armar las tiendas se hizo una requisa escrupulosa del suelo apar-

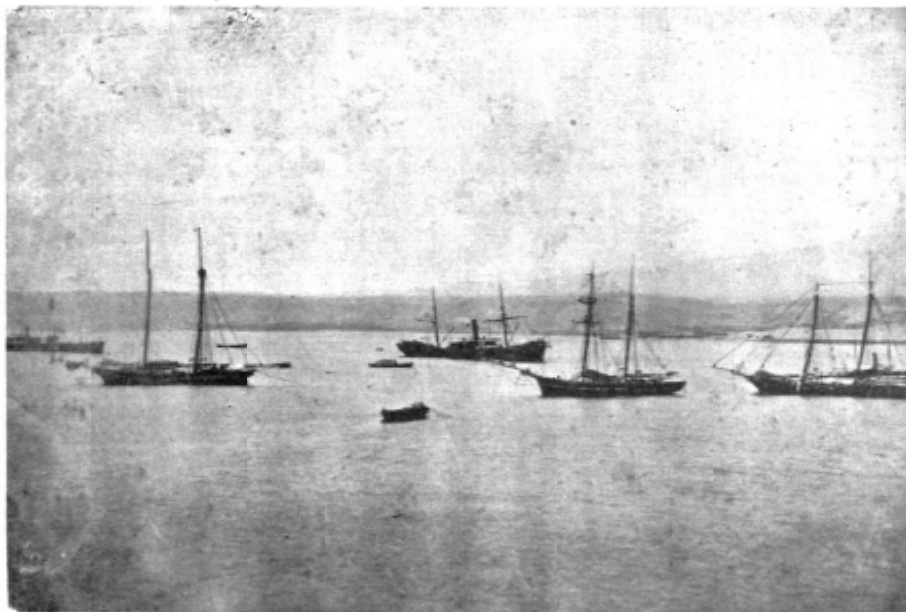
tando piedras y registrando matorrales, cuyos trabajos tenían por objeto, según nos dijo Ben-Aisa, el temor de las culcbras, abundantes en los bosques del Sons, por cuyo motivo también se nos aconsejó que no nos acercáramos a los arganes. Se pernoctó en el claro, y a la mañana siguiente emprendimos nuevo viaje para llegar, desviando la marcha hacia el mar, a Sidi Mohamed-Ben-Abdalah, poco después de medio día. A la mitad del trayecto, el extenso bosque de arganes, última muestra de la feracidad de las tierras del Sons, había desaparecido, y la esterilidad del suelo africano se nos presentaba con su triste y desolado aspecto. Lector de hoy: si quieres formarte una idea bien aproximada de la localidad que atravesábamos, trasládete a Sardina y si quieres tenerlo del trayecto de Ifni a Assaka, que más tarde emprendimos, hazlo de Juan Grande a Moro Benido, y si quieres juzgar del Assaka hasta entrar en el Beida, dirígete a los infiernos donde únicamente podrás hallar el símil. Pero... nuevo alzamiento de tiendas sin registro del suelo porque al fin nos hallábamos en la hondonada suave de Sidi Mohamed-Ben-Abdalah frente al morabito donde yace el cuerpo del Santón de tal nombre, cuyo morabito corrieron presurosos a visitar, llenos de piadosa unción, los moros jefes que nos acompañaban. Siempre, en casos semejantes, hacían lo mismo. La *Costa de hierro*, como denominaban los navegantes al litoral que habíamos de reconocer, forma una pequeña abra que abriga, en parte, un alto peñón situado a la entrada. En su playa, poco distante del sepulcro del Santón, estaba varado un carabo, especie de lancha de dos proas, cuyo modelo data del tiempo de los portugueses que por allí dominaron en sus gloriosos tiempos, y es de lo más apropiado para aquellos mares. Los trabajos de la Comisión de Puertos habían de empezar por allí, como en efecto empezaron el día siguiente de mañana.

Fondeado estaba en aquellas aguas el «Silbador», que nos esperaba de antemano, y con su ayuda y la del carabo, pudimos practicar un sondeo medio regular. Don Juan nos había dado la orden de que en los estudios pusiéramos mucho parabombo de banderolas y señales de tierra al barco, y que hiciéramos al aire libre, a la vista de los moros, los dibujos. No me daba cuenta del porqué de aquellas recomendaciones, pues no creía que los procedimientos de *cagadas de guirre*, rezaran con aquellas tierras y aquellos hombres. Concluidos los trabajos de campo que, a la verdad, no eran muchos ni para muchos daba la cosa, emprendió a consignarlos en el papel el Ingeniero Zabala, para lo cual se aprestó una mesa de campaña que al efecto llevábamos. Todo iba bien para los moros que miraban, pero al representar en planta, según nuestros saberes, el Santuario o Sepulcro del Santón, comenzaron a cabecear como dando señales de que aquello no era. Comprendí la cosa y le pedí a Zabala, que estaba contrariado, el lápiz para seguir yo; me lo dió y representé el Sepulcro rebatido, presentando el frontis principal a la vista, con todos sus pelos y señales. Un alarido que podía traslucirse por un aplauso salió de boca de los espectadores, y por la noche nuevo obsequio de velas de esperma y pilón de azúcar de Sidi-Burguitis.

Y anda, anda, al día siguiente, siempre para el Sur y apartándonos poco de la Costa de hierro, salvo los rodeos hacia el interior que imponía a los moros y a nosotros, íbamos, como el loro del portugués, adonde nos llevara el itinerario dispuesto por el Sultán. De más está decir que la cábila vecina de Messa vino a nuestro encuentro con la misma algarada de caballos y peones y la misma bullanga de tiros de espingardas; pero no lo está el añadir que en el puerto estudiado encontramos, a más del Arquitecto del Emperador

y sus secretarios, al General Sidi-Mohamet-el-Abubi, que había de formar parte de la Comisión de Puertos y revistar de paso los puestos de Ascaris. Llegamos a Messa sin novedad alguna; allí nada teníamos que hacer sino un descanso, y al amanecer del siguiente día continuamos más al Sur, para llegar a Ifni, haciendo otro alto en Aguilú o Agulah, que éstas son ortografías nuestras que no de los moros, y las empleamos tal como suena o da la gana. Massa o Messa es un pueblecillo, o más bien dos del mismo nombre que los separa el río que les da denominación, y nuestro viaje terminó en el de la margen Norte.

Vuelven de nuevo en las cercanías los terrenos feraces cultivados y las arboledas de frutales. Después de cenar como siempre en compañía, sin sobremesa, contra la costumbre, nos fuimos a dormir a nuestras tiendas respectivas; pero algo extraño pasaba aquella noche: había centinelas que repetían con frecuencia el *Alab-ber* (bendito Dios) que era contestado por el *Aulú li Alab* (bendito sea) y esto unido al ladrido cortado de los chacaes, nos producía el insomnio a Lucio y a mí, que nos preguntábamos qué sería aquello. A la mañana siguiente todos estábamos en pie dispuestos a partir, pero las tiendas no se abatían ni se procedía a cargar los camellos. Aquí debo consignar en pro de aquellos rumiantes, que camellos más nobles y corteses no es fácil encontrar. Cuando pasábamos por frente a ellos torcían el largo cuello hacia un lado para no molestarnos interrumpiéndonos el paso, y daban a su mirada un tinte de dulzura que regocijaba; jamás les oí tocar la vejiga, ni salir de sus bocas el más ligero rezongo. Pero esto reza con los camellos del Sons, no con los del Nun, que no los igualaban. Así mismo del mulo africano debo hacer otro panegírico. Para hacerle avivar su paso le hurgábamos en la cruz con un pincho de hierro y



El Puerto de la Luz el día 8 de Junio de 1885. Los barcos que aparecen en la fotografía, por orden de izquierda a derecha, son: "Winsdor", "Beckton", y "Alianza".

tan tranquilo. ¿Comprendéis esto, mulos de mi país, que tenéis preparada la coz y el mordisco apenas se trata de abor-daros?

—¿Qué pasará que nos detenemos?—le dije a Ben-Aisa.

—El Caid de la Messa de allá dicen que se halla fuera y el Jalifa no quiere presentarse porque alega que está enfermo. Así lo dice el último propio que se les ha mandado.

Pásase el día y ni Caid ni Jalifa parecieron, y transcurrió otra noche en las mismas precauciones de centinelas y de alertas repetidos con intervalos más cortos. A la siguiente mañana se reunieron los moros en consejo y Dajamán manifestó que siguiéramos el viaje sin esperar a nadie, y que él cargaba con la responsabilidad. Dió, pues, la orden de partir e inmediatamente se levantó el campamento. Vadeábamos el Messa cuando nos encontramos con un pelotón de mujeres que lo hacían en sentido opuesto. Llevaban el rostro tapado, pero arremangado el faldamento por encima del ombligo, porque, al parecer, las mujeres moras entienden el pudor de diferente modo que las nuestras y no lo fijan en la misma parte del cuerpo. Vernos aquellas mujeres y retroceder para entrarse en el pueblo chillando escandalosamente el *Guad el Cafe* fué cosa instantánea. Pero Dajamán, después de hablar con el Burguitis, que, por la expresión de su semblante, parecía no tenerlas todas consigo, se puso al frente de nuestra caravana y siguió el avance. Salimos del río y comenzamos a orillar el pueblo que era ribereño y amurallado como todos. Antes de pisar la tierra ya percibíamos claro el *balalí* que entonan las mujeres moras para animar a los hombres al combate. Partían los sonidos de detrás de los muros sin que a nadie viéramos pero a medida que avanzábamos el *balalí*, que es un grito silbado, se hacía más entero y comenzaban a

salir moros por nuestra cabeza y nuestra espalda, exhalando el grito horrible de *Guud el Café*.

—¿Qué dicen?—le dije a Ben Aisa que estaba a mi lado a retaguardia.

—Vale más que no lo sepas, y aviva el mulo para que te unas con Dajamán.

Seguí el consejo, y sin saber cómo me encontré al lado de Burguitis, a la cabeza. Nuestra marcha estaba suspendida porque el camino lo cerraban los amotinados o lo que fuesen. De vez en cuando se oían tiros al aire que poco a poco iban buscando el suelo, hasta pasar una bala silbando sobre la cabeza de Jáudenes. Dajamán impávido corría las cuentas de su rosario, y el Jalifa enemigo nos insultaba en moro a nosotros, los cristianos, con su terrible *Guad el Café*, que con él coreaban sus turbas. Burguitis avanzó a imponer su autoridad cívico-religiosa, y se le burlaron llamándole *Rumí* y descerrajándole un tiro a las patas de su mulo. Este hecho sacó a Dajamán de su ensimismamiento, enrolló en su muñeca el rosario, picó a su mulo y echó mano al Jalifa, sacándolo en vilo como un pollo y atravesándole sobre la cabalgadura con la gumía puesta al pecho. El Jalifa comenzó a chillar como un desesperado y su gente a abrirse en ala sin molestar nuestra marcha, y así flanqueados y acompañados de los chillidos del Jalifa, de cuyo pecho no se apartaba la gumía de Dajamán, llegamos al límite de la cábila que la turba no se atrevió a traspasar. Nuestros semblantes estaban contristados y creo que la misma idea dominaba los sentires de todos: la de los peligros cada vez mayores que podíamos correr a medida que penetrábamos más al Sur, donde nos quedaban cinco puertos que estudiar. Dajamán había tirado al suelo al Jalifa, tan pronto como sus gentes se retiraron, antes de pisar los dominios de la cábila vecina con la cual habían estado, con

desventaja, en guerra reciente, y allí en tierra lo pateó y escupió a sabor, y no lo mató, como era su intento, gracias a la intervención enérgica y sostenida de nosotros, expresamente Salvadorito Bethencourt, que quiso quitarle la gumiá de las manos. De pronto vimos levantarse espesa nube de polvo y oímos las pisadas de caballos acompañados de tiros de espingardas que procedían de un pelotón de jinetes que a nosotros se dirigía.

—Esta sí que es la última—me dije, encomendándome a Dios. Pero, ¡cal!, era el reverso de la medalla. Se presentaban los caballeros de Aguilú, que venían en nuestra busca con los dos hijos del Caid viejo y enfermo, a la cabeza. ¡Con qué algarada alegre nos recibieron aquellos moritos jóvenes! Nos tendieron las manos y el saludo se hizo en forma europea. Además al saludarnos se quitaron el turbante como nosotros nuestros sombreros. Ambas cosas nos admiraron por tan contraria a las costumbres moras; pero el mayor de los jóvenes se apresuró a decirnos que tenía intimidad con europeos en Mogador, con los cuales tenían relaciones comerciales. Me lo expliqué todo: la intervención pacífica de los mercaderes mayorquinos había realizado, sin duda, el milagro que nuestros gobernantes no pueden. Se me olvidó decir antes que el encuentro con las moras al atravesar el Messa fué la tercera y última aventura que tuvimos con ellas.

XXVI

SE SIGUE EN AFRICA

Y hétenos acompañados de Aguilú, cuando con los dos hijos del anciano Caíd, que nos habían llevado a ver a su padre, tuvimos de penetrar por primera y única vez en una población mora del interior. Estas poblaciones, que tan encantadoras nos parecían vistas de fuera con sus blancas murallas almenadas, no son por dentro sino un montón de casuchas, chozas más bien, de tapias o piedras en seco, hacinadas sin orden ni concierto, tapiadas por montones de basura de todo género que se aglomeran sobre las veredas que forman sus calles, y sólo tienen aspecto de edificios la Mezquita y el *Dar el Caíd*, o sea la casa del Gobernador. Nuestros moritos anfitriones manejaban con igual facilidad que nosotros los cubiertos y bebían vino y se atracaban de *jalú* sin escrúpulos. Este *jalú* era un trozo de jabato fiambre, perfectamente arreglado por mi compañero Lucio, que brillaba más en el arte de Brillat Savarin que en la ciencia de Descartes. Aquí debo decir que desde el principio de la expedición, el jabato lo teníamos a diario, porque los cazaban los moros para ven-

dérmolos en los montes bajos de los lugares que atravesáramos.

Olvidados del pasado mal trance, sentados a buena mesa, y satisfechos del amparo que recibíamos, bravuconeábamos sobre el suceso alardeando de nuestro valor, serenidad y aún estoicismo, aplicándonos estas virtudes cada cual a sí mismo, cual propias abuelas. Sólo Jáudenes, que llevaba siempre la contraria, confesó que tuvo miedo, y que además aseguraba que todos los demás lo teníamos también. Los moritos que hablaban una algarabía castellano-marroquí, que entendíamos, nos contaron que el fracaso de Sidi Burguitis lo habían ocasionado las gafas que llevaba, que no eran otras que las de Jáudenes, que en aquellos días le había regalado, y a las cuales cogió apego: oblongas, como las que usamos, y no de forma circular, estilo Quevedo, que usan los moros. Consideráronlo, pues, como cristiano y a su arenga como una burla. Las discusiones sobre el valor de los nuestros y la cobardía propia confesada por Jáudenes, militar de valor probado, que nadie tuvo en cuenta, se solucionó achacándole todo el miedo a un pobre judío compañero de Sadia, que lo aceptó e hizo suyo sin ningún reparo.

—Sí—dijo—hebreo mucho, mucho; barriga de hebreo descomponer y reventar por aquí y por aquí—señalando a ambas vías evacuatorias... Y continuó sirviendo a la mesa...

La del alba sería cuando nos despertó un ruido de cornetas que tocaban la diana al estilo de España.

—Levántense—nos dijo Galindo que venía de fuera—para que vean la revista de los Ascaris que va a pasarla el General que está con nosotros.

Existía un Destacamento de estas tropas en Aguilú, mantenido allí por el Sultán en señal de autoridad, después de la cruda batida que había recibido la cábila de Sons el año

anterior, en la cual el Caíd Busta había hecho cortar las cabezas que al salir de Agadir me enseñara. Los Ascaris son tropas regulares, de composición heterogénea, pues la forman desde niños de once años hasta ancianos de sesenta. Han recibido instrucción europea por el Sargento inglés que, sirviendo en Gibraltar, se pasó al moro y la enseñanza de su banda de cornetas de un cabo de tales, que se huyó a Ceuta. Las voces de mando se dan en inglés y los toques de corneta son los españoles. El uniforme lo constituyen un fez, una chilaba azul y unas babuchas con talón. Cuando llegamos nosotros se dió la orden «en su lugar descanso», y los moros se la toman de veras sentándose en el suelo con el fusil entre las piernas; y digo fusil porque aquella tropa lo tenía, de pistón, en lugar de espingardas. Comprendí que tal posición de descanso era la verdadera y la que debían adoptar los ejércitos europeos, abandonando la amanerada que tienen, tal vez más fatigosa que la de estar firmes. Después se procedió al recuento de cabezas y parece que el saldo salió a gusto, porque no se ordenó ninguna paliza. Allí no se forman listas, ni se *pasan* por consiguiente. Se le dice a un Jefe de destacamento:

—Ahí tienes cincuenta hombres que me darás cuando los pida. En el interregno se licencian las tropas y el Jefe se alza con sus pagas; y cuando tiene noticias de alguna inspección, toma el completo de los que le falta donde primero los encuentra; les viste el uniforme, que no se permite llevar a los licenciados, y ya está: cincuenta me diste, cincuenta te entrego.

Al día siguiente era viernes y dibujé la salida de las tropas de la Mezquita, con el general, nuestro compañero, al frente, cuyas facciones caractericé. Tuve cuidado de poner los soldados uno a uno, formando con ellos una especie de

hilera en zig-zag como había visto en estampas antiguas. El éxito con el Burguitis, a quien le había entregado mi trabajo, fué asombroso. A más del paquete de velas y el pilón de azúcar, acompañó una caja de té excelente y otra de sabrosas galletas que las moras confeccionaban y ponen en ridículo a las mejores «pick-nick» que vienen de Inglaterra. Y por dibujos digo que fueron muchos y muchos los que sacaron Jáudenes, Lucio y yo. Los míos se quedaron todos en Africa, pues siempre tenía al Burguitis detrás de mí para que se los diera; del álbum de Lucio no queda ni rastro, y los de Jáudenes habrán corrido igual suerte que sus trabajos de itinerario, tantos, y tan bien hechos: la suerte del olvido. Porque este entendido militar y amigo excelente, fallecido ya, no ha tenido quien lo saque a cuento, habiendo prestado a la Nación y a su Cuerpo servicios de gran importancia en los dos años que en Africa residió y donde perdió la salud.

Los hijos del Caíd nos dijeron que no nos marcháramos hasta tanto llegara la gran caravana, que sería de un día a otro. Estas caravanas vienen del Sudán, atraviesan el desierto, tocan por Aguilú y siguen la costa hasta rendir el viaje en Mogador. Al pasar por las cábilas costaneras, pagan un tributo a cada una, siendo el más importante el que les cobra la cábila de Nahá, entre Mogador y Santa Cruz de Agadir. De no pagarlos son robados, y si toman otro camino más al interior, les roban aunque paguen, y les matan gente de plus. No sé por qué venía con nosotros un contingente de hombres de la dicha cábila de Nahá, que tiene fama de valerosa y guerrera. Pero tipos de hombres más varonilmente hermosos no he visto en mi vida; son altos y membrudos, blancos y rubios tirando a rojizos. Sus facciones son de tipo semítico, y a mí se me asemejaban hebreos de los tiempos de Moisés, pertenecientes a la tribu de Judá, que la pintan con su color.

El Caíd era una especie de gigante sesentón, de barba que le cubría medio pecho. Tomó grandes simpatías con Zabala y conmigo, y eran muchas las noches que cenábamos con él en su tienda, y nos ponía cucharas. Sus dos tañedores de flauta, a la entrada de la tienda, nos endilgaban sus extravagantes melodías, y Zabala, dueño de una voz y oído finísimo, les correspondía de sobremesa, cantando zorricos que hacían las delicias del gigantón anciano.

Todo jefe de cábila en el Sons, que se encuentra en el estado de civilización en que se hallaba Europa en la Edad Media, tiene, a más de sus tañedores de flauta que le acompañan a las marchas y le deleitan en sus comidas, su catador de platos y su astrólogo.

—Si pudiéramos ir a Jifmi—era la cantinela constante del Cónsul Lozano mientras estábamos en Aguilú. Jifmi, ciudad distante de Aguilú como dos leguas hacia el interior, pertenecía al Sultán en pago de los gastos de guerra del año anterior, y en ella se le construía un palacio para residencia de verano, pero las Comisiones no podían salirse del itinerario marcado, so pena de que no se respondiera de nuestras vidas y cortaran la cabeza a los moros que nos acompañaban.

Pero ¡lo que puede el amor propio profesional y la curiosidad del individuo! El Arquitecto del Emperador, que era el proyectista y director de las obras, se concertó con Zabala y conmigo para ir, vestidos de moros, a Jifmi. Saldríamos muy de mañana sin dar cuenta a nadie, montados en nuestras mulas y regresaríamos antes del medio día. Zabala tenía un magnífico vestido moro que había adquirido en Mogador y yo una chilaba; no me faltaba sino el turbante, que me lo arregló el Arquitecto de S. M. Cherifiana, y a partir se dijo.

Sin novedad cruzamos el camino y entramos en el Palacio sin que se nos viera. Estaba casi a terminar la planta ba-

ja, y el departamento de los baños terminado y decorado con un gusto que no hubieran desdeñado los arquitectos de la Alhambra.

Dímosle el parabién al compañero, y no sé cómo entendió que suponíamos aquellos trabajos como hijos del más o menos, sin conocer reglas de construcción.

—También saber—contestó medio picado—*sinus, co-sinus, tangente*.

—¿Álgebra?—le dijo Zabala admirado—¿aprendida en Europa?

—No, en Fez, en la Universidad; allí aprender de todo, moro bueno querer saber.

Zabala, con permiso del compañero, se desnudó y metido en una de las piscinas hizo jugar un grifo y recibió una ducha capaz de matarlo con toda una masa de agua que igualaba en volumen a un buen *heredamiento* de los nuestros, que sabe Dios con qué presión vendría. Se le sacó de allí sin conocimiento y duró una media hora en aquel estado.

—Compañero tuyo probar baño primero que Sultán—me dijo el Arquitecto.

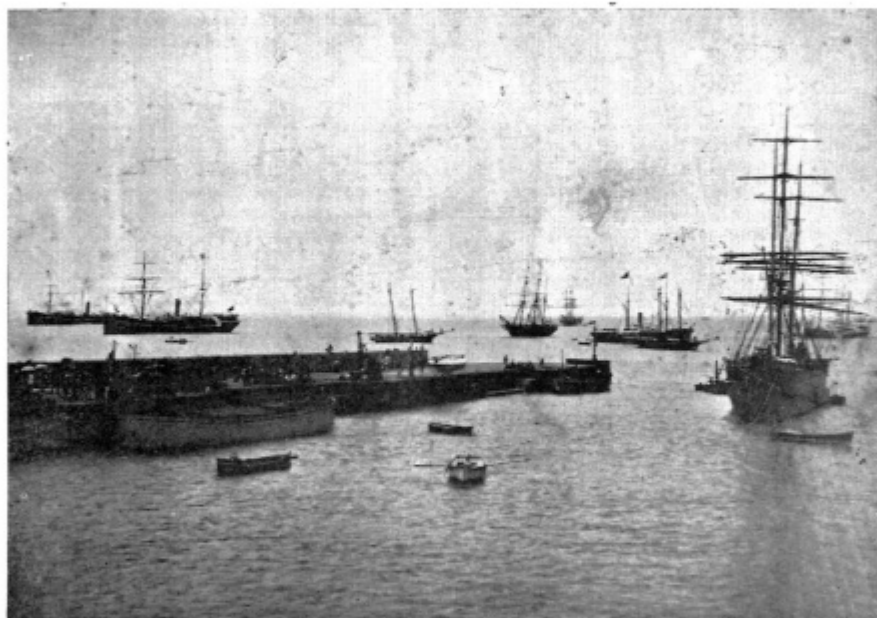
Repuesto Zabala, salimos del Palacio con el mismo sigilo que entramos, sin que se nos apercibiera, y con igual suerte cruzamos el camino. Sólo ya cerca del campamento nos divisaron dos moros que pararon su marcha contemplándonos con extrañeza.

—Alah her—les dijo Zabala.

—Auda-li, Alah—contestaron, y siguieron su camino.

Ya en el campamento, Don Juan nos dijo una porción de cosas, y cuando Lozano pretendió intervenir, aquél le paró el golpe diciéndole:

—Sólo yo tengo que ver con ellos, que soy el jefe de la Comisión de Puertos.



*Otro aspecto del Puerto de la Luz el día 8 de Junio de 1-885. De izquierda a derecha los barcos son: "Africa", "Cameron"
"Gran Canaria", "Ruby", "Anita Vidal Sala", "Feliciana", "Delhi", "Meurthe" y "Rio de Oro".*

Desde las cercanías del poblacho de Aguilú veíamos el «Silbador» fondeado en su bahía, no muy distante. Tenían noticias de la venida de la caravana y toda la tripulación saltó a tierra el día siguiente de su llegada. Con ella venía el moro Abdalah que embarcó en Sidi-Mohamed reclamado para su cocina por el patrón Juan Suárez. La amante mirada que dirigió al Sr. Camejo al pasar junto a él, y la palidez que sobrevino a éste, júzuelas el lector.

Los nutridos tiros de espingardas nos anunciaron la venida de la caravana; que llegó a la mitad del día, precisamente al terminar una función de juglares del Sons con que nos obsequiaron los galantes hijos del Caíd de Aguilú, en la cual apreciamos trabajos acrobáticos que parecían imposibles y habilidades de serpientes domadas que nos daban miedo, pues todo esto se hacía *coram pópulo*, en el santo suelo, como nuestras luchadas antiguas; y las oleadas de los espectadores nos echaban a veces casi encima de los bichos. Pero no hay espectáculo más extraño y vistoso que el de una caravana, sobre todo para nosotros los criados en otras costumbres y que tenemos otro modo de ver las cosas. Cuatrocientos camellos componían el núcleo, alrededor de los cuales se agolpaba un pelotón de ochenta caballos. Dos jinetes montaban cada camello que, además, portaba su carga correspondiente. Hicieron alto en medio de descarga de espingardas, correspondidas por las de nuestra cábila y la fusilería de los ascaris que aguardaban en correcta formación. Les bendijo en nombre de Alah y del Emperador el Sidi-Burguitis, a quien rindieron la correspondiente *monna* de un cervatillo, y entregaron luego al hijo mayor del Caíd el tributo del pase. Traían para el regalo al Sultán, de parte de su colega sudanés, un hermoso tigre, enjaulado en jaula de madera, que por misericordia divina no se había escapado: tan débil era el ar-

tefacto, o tal vez por el temor de los cuatro balazos que su instinto le hacía prever, de los cuatro guardas que lo custodiaban; seis avestruces, conducido cada cual por su respectivo negrito; esclavos y esclavas negros y grandullones; niños y niñas esclavitos, del mismo color y no encadenada toda esa esclavitud ni engrillada y sujeta con ninguna clase de atadidos, sino suelta y alegre, ensordeciendo el aire con cánticos guturales propios de su país.

Se abrió un voluminoso fardo que contenía plumas de avestruz, y hubiera valido en Europa, donde tan alto precio alcanzaban las de avestruces alemanas y francesas, una verdadera fortuna. Se tomó una de las mayores y más finas y se obsequió con ella al Burguitis, que inmediatamente hizo venir a su niño para que la ostentara en su turbante. Nosotros presenciábamos alelados el pintoresco espectáculo, vestidos con nuestros trajes europeos aún los que llevábamos chilaba, pues cubríamos las cabezas con el hongo.

Los moros de la caravana cuchicheaban, señalándonos, con los de la cábila, y algo se les diría a favor nuestro, que el que parecía jefe nos dirigió un *Alab jer* contestado por Zabala con el obligado *Au dit li Alab*. De pronto cuatro correctas estatuitas negras, como si fueran talladas en ébano por Fidias, se destacaron del grupo y vinieron hacia nosotros llenas de inocente curiosidad. Extrañamos sus facciones correctas como las de la más fina europea y admiramos la gallardía de sus esbeltos cuerpos de núbiles. No cesaban de mirar y remirar nuestros sombreros, quitándolos de la cabeza y volviéndolos a poner; después pasaban a nuestras corbatas cuyos lazos deshicieron riendo a carcajadas. Y a todas estas echadas casi sobre nosotros, que soportábamos rígidos, cual si fuéramos de palo, el sobajeo.

Los moros las dejaban hacer como si se tratara de jue-

gos de chiquillos con inofensivos *peleles*, pero no nos quitaban el ojo, hasta que al cabo, a pesar de nuestra impávida actitud, no se qué expresión de sátiros encontraron en nuestros semblantes, que comenzaron a restallar los látigos, con lo cual inmediatamente huyeron espantadas.

Estas muchachas de trece a catorce años, desarrolladas con la precocidad africana, provenían de una tribu abisinia, donde al negro más pronunciado se unen la corrección de facciones y forma de la raza griega, y se adquieren carísimas.

Por la noche cenamos a usanza mora en la casa del Caíd, que, a pesar de su delicado estado de salud, nos hizo compañía. La base de la comida era una especie de pastelón cónico, formado de alcuzcúz de sémola y en cuyo interior se encierran todos los elementos de nuestro cocido. Se come con las manos, tomando con los dedos de la derecha una parte de la hojaldre, que sirve de pan, y otra del contenido. Detrás del anfitrión hay un sirviente con jofaina y toalla, pero el moro no se lava la mano sino después de perfectamente lamida, palma y dedo. Esto es de ritual riguroso, como lo es al lamer hacer ruido, y significa el gran aprecio que se hace al alimento que Alah nos concede. Después se presentaron pedacitos de hígado y asaduras de aves ensartados en pequeños asadores, como he visto más tarde en las fondas inglesas que cargan de pimientas y especie, y resultan con todo agradables. Luego, gallinas y aves y trozos de carnero adobados con guisos donde impera la pomada, a las cuales renunciamos, y al fin los postres más ricos y exquisitos que pueden salir de mano de mujer, así sea monja. Los muchachos nos pusieron vino que tomábamos a hurtadillas por no disgustar al viejo Caíd, quien por su parte se hacía el tonto. Los manteles se ponen en el suelo, y salvo los pequeños asadores, que cada cual toma el suyo, lo demás se apaña en la mesa

común. No nos pusieron cubierto por la misma razón de no contrariar al Caíd. Terminados los postres viene el té, que se toma a cinco y seis tazas por cabeza, mezclando en cada taza una yerba aromática diferente y en la última pedacitos de ámbar. De más está decir que cada manjar lo prueba a la vista el maestro de sala o catador antes de servirlo.

Reina siempre en Marruecos la idea del veneno, y de ahí los catadores, cuyo reventar no importa. No hubo tañedores de flauta sino de violín, tañido por un pequeñín del Caíd que se había criado en Mogador y allí lo había aprendido.

XXVII

CONTINUANDO EN AFRICA

La caravana había continuado su camino; la dotación del «Silbador» se había embarcado, llevándose consigo al moro Abdalah, y el ánimo del Sr. Camejo, contristado hasta entonces, se había levantado; no así el nuestro al seguir la marcha hacia Sidi Valsey donde habíamos de estudiar el segundo puerto de los señalados por el Sultán.

Adiós nuestra Capua de Aguilú; adiós nuestra vida regalona y regocijada y hasta adiós a las cuatro estatuitas de ébano talladas por Fidias. ¿Qué nos esperaba al partir de Aguilú y continuar atravesando el territorio de Aibbu-Beker? Otro Messa tal vez, del cual no saldríamos tan bien librados como del primero. Y así, con tristes pensamientos y augurándonos lúgubres catástrofes, avistamos un largo trayecto de muros derruidos y ennegrecidos por la acción del tiempo y el abandono. Distarían aquellas ruinas medio kilómetro de nosotros y el intérprete Benito, que venía conmigo, me dijo que eran las de la célebre ciudad de Yagaós, abandonada hacía mucho tiempo a causa de una epidemia ho-

rrible que se declarara en ella, y convertida desde entonces en guarida de serpientes y de fieras. Los moros no entienden de saneamientos; se infecta una población y se abandona, poco cuesta hacer otra.

Por lo que oíamos relatar a Don Juan, instruído en el asunto como en todos aquellos con que había de contender, la arruinada ciudad había sido la capital del reino del Sus, conquistada en una noche por los españoles de Herrera, medios majoreros ya. Poco después de avanzados de la ciudad en ruinas, nuestra marcha comenzó a declinar hacia el mar hasta llegar a una obra, apenas marcada, del litoral, en cuyas aguas distinguíamos fondeado y dando tumbos al «Silbador» y, en tierra, cerca de la playa, otro morabito o sepulcro de Santón que le da nombre. Creíamos que sobre la marcha procederíamos al estudio y comenzábamos a armar nuestros aparatos cuando se nos dió orden de suspender. En esto estábamos y nos distraíamos viendo llegar de diferentes puntos jinetes moros que acudían al campamento de los suyos, unos a mulo, a caballos otros, y algunos a borrico.

—¿Qué es esto?—le dijimos a Ben-Aisa que habíamos convertido en intérprete de la Comisión de Puertos.

—Pues nada; sino que se reúnen los Jefes de cábilas citados por Sidi el Burguitis, para leerles la carta del Sultán.

Una hora después, el Burguitis, rodeado de los moros de las dos comisiones, levantado sobre un facsímil de tribuna formado de albardones cubiertos con las alfombras de las tiendas, sacó un saquito negro, que besó varias veces, en tanto que los suyos y los Jefes reunidos inclinaban su cabeza y su cuerpo; y de ella, después de repetir nuevos besuqueos a sus dedos que lo tocaban, extrajo un papel que recibió mayores y más repetidos besados.

—Alá-ile-Alá—entonó el Burguitis.

—Mahomet-resul-Alá—coreaban los del auditorio. Y procedió a la lectura con la misma cadencia y tono que en nuestras Iglesias se emplea en el canto de la epístola. Después de la lectura, besada general comenzando por el Burguitis, y a continuación convidada al té de la cual nosotros participamos.

Has de saber, lector, si alguna vez vas al moro y te convidan a un té, que has de tomar por lo menos cuatro tazas; de no hacerlo así, te tendrán por un grosero y te adquirirás un enemigo en tu anfitrión. Cuantas más tazas de té metas en tu cuerpo, más simpático y agradable te harás a los ojos del que te convida. Y cuenta que el té de los moros es riquísimo y le acompañan pastas sabrosísimas de las cuales nuestros confiteros no tienen idea. La cuarta o la quinta: ésta es la del ámbar, y hay que llegar a ella, lo que tampoco implica ningún sacrificio.

Al día siguiente, nada de orden para comenzar el estudio, y rostros contristados de moros y cristianos, e idas y venidas del Cónsul Lozano a la tienda del Burguitis. La Comisión de límites, reunida en la de Don Juan, estaba a oscuras de lo que pasaba, si algo sucedía. Lozano no daba cuenta de nada y se entendía con los moros como si tal comisión no existiera. Don Juan, irritado, se desahogaba con Pedro del Castillo, único que generalmente tenía a mano, pues Jáudenes no salía de su tienda, enredado con el dibujo de sus itinerarios y Salvadorito Bethencourt no se movía de su sillita de tijera de asiento bordado, plantada a la entrada de la suya, y en la cual, sentado, se pasaba las horas muertas, despertando de su mutismo para dar órdenes al otro Pedro, el soldadito de Infantería de Marina que el Comandante había tomado en Santa Cruz. Como se las componía no sé, pero era el caso que jamás le faltó el agua para tomar su baño diario, ni se pasó

jamás un día sin que se presentara con correcto acicalamiento de su persona, cuando todos nosotros apenas teníamos agua para beber y andábamos hechos unos ascos. Había día que a Don Juan le mortificaba una sed continuada, y los gritos de ¡Yedra, agua! ¡Yedra, limonada! ¡Yedra, sandía! se repetían a cortos intervalos. Achacaba Jáudenes aquel malestar al abuso del *jalú*, que podría conducirnos al escorbuto, y desde entonces dejó de comerse.

Del por qué de la carta y de su contenido estábamos ayunos; los intérpretes no habían prestado atención a su lectura, ni aún por curiosidad; y el Cónsul, que por sus conferencias con el Burguitis podía saber algo, si lo sabía guardaba reserva.

—Se espera con impaciencia a Sidi-Hansien—dijo por la noche al sentarse en la mesa, con su acostumbrado énfasis, y algo más hubiera añadido si Don Juan no se hubiera apresurado a preguntar:

—¿Y por qué esa impaciencia?

—Son asuntos reservados entre los dos Presidentes de la Comisión Mixta: en su día, si lo *juzgamos* necesario, se dará cuenta—contestó Lozano con su petulancia ingénita.

Se pasó el día siguiente, y nada tampoco de orden de estudio.

—Mala está la cosa si no viene Sidi-Hansien—nos dijo Beni-Aissa.

Así al medio día se dió orden de que ningún cristiano saliera de su tienda en tanto no se avisara, ni por ningún concepto se dejara ver. Yo estaba en la de Sidi el Burguitis terminando de acuarelar un retrato que había hecho de su niño, allí presente, para estudiar la nota de color del rostro y vestidos.

—Tú aquí no salir—y se llevó consigo al niño tal vez

creyendo evitarme una tentación. Por una abertura de la tela observé que se levantaba una tienda tan lujosa como la del Burguitis; la ví terminar y seguí mirando. Se reunía la gente toda del acompañamiento moro y comenzaron a hacer salvas con sus espingardas, acompañadas de gritos que parecían vivas; y luego, cabalgando sobre rucio mulo, apareció un muchachón mulato, de cara de bestia, de 18 a 20 años, acompañado de dos tañadores de flauta que venían a pie por uno y otro lado. Salió el Burguitis a recibir al bestia con todo el séquito de moros de las Comisiones; se saludaban y hablaban, y algo bueno debió ser ello porque los semblantes se tornaron alegres y regocijados. Llegaron a la tienda preparada, penetraron en ella, tomaron té y el animal subió de nuevo a su mulo y se fué por donde llegó con sus dos tañadores.

El Burguitis vino a dar conmigo; vió el retrato del niño terminado y lo encontró muy bien. Duplicó el contingente de velas; de azúcar y de té y le añadió un bandejón colmado de galletitas y dulces moros.

—Tuya también, me dijo tocando la bandeja, que traje a mi vuelta y regalé a mi cuñado Eduardo.

Orden de salir a los encerrados y de comenzar al día siguiente los estudios del Puerto de Sidi-Valsey. Por la tarde mi moro salió con el niño en dirección al mar, llevando un séquito de hombres con espingardas, que colocó de guardias en distintos puntos, mientras él y el niño se ocultaron en una caleta, libre de ojos curiosos, y lo hizo bañar. ¡Y que no estaba mal el muchacho del Burguitis para los gustos de un aficionado! Por la noche cenamos moros y cristianos con las mismas viandas y ceremonial que se ha descrito atrás.

—He podido solucionar el conflicto—nos dijo, petulante, el Cónsul. Sidi-Hansien se negaba a darnos el paso, y yo

diplomáticamente lo he conseguido. He evitado un lance desagradable a nuestra Nación.

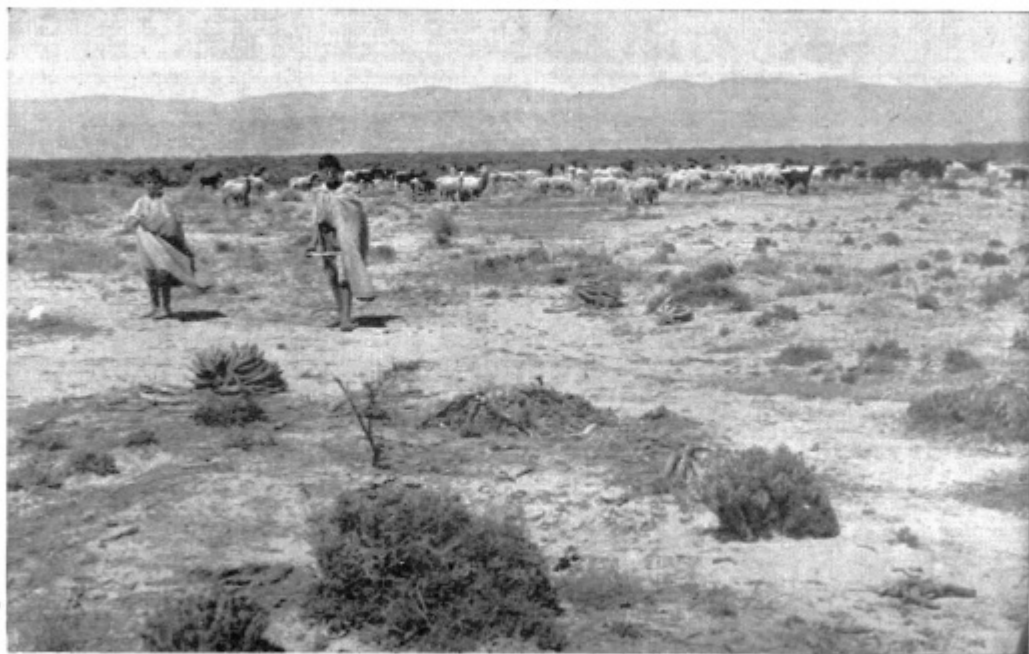
No le aplaudimos por ello, ni le dijimos nada: callados como putos. Cada vez se nos hacía más tonto y más insoporrible el Cónsul Lozano.

El mancebote bestial que había venido a verse con los moros era el hijo mayor de Sidi-Hansien, y éste el reyezuelo jefe de la Confederación de Cábilas que formaban el Sus, territorio que reconoce la soberanía espiritual del Sultán de Marruecos, mas no la temporal, y anda continuamente en líos guerreros con el Imperio, unas veces vencido y otras vencedor, por cuestión de las panas de vasallaje, que se reducen a un cabrito tísico o algo por el estilo.

En el año anterior a nuestra venida, los imperiales, al mando del Caíd Bussa, habían dado una ruda lección a los Confederados, explayándose aquél en cortar cabezas hasta que se hartó y éstos pidieron paz. Nuestro viaje siguió adelante y rendimos otra jornada en un punto cercano a una playa que se llamaba Tahuya o Tahulla, que de ambos modos nos sonaba. Allí invadieron el campamento con infernal gritaría, haciendo tiros y metiéndose en las tiendas, una cuadrilla de moros desalmados, que tal vez nos hubieran molestado a no haberse presentado el Jalifa de Aguilú que nos acompañaba.

Procedían de la cábila vecina del Messa rebelde, escarmentada hacía poco por aquel Jalifa; y verlo y salir huyendo fué todo uno, pero dejaron señales de su paso con algo que pudieron saquear de nuestro campamento. Y luego en marcha directa para Ifni, precedida de un baño del niño de Sidi-Mohamed el Burguitis, verificado con iguales precauciones de Otelu que el anterior.

Los de la Comisión de Límites, cada vez más reñidos



Ganadería de Ifni y sus niños pastores.

con su Presidente; Jáudenes más apegado a sus itinerarios, consultando con el intérprete Benito la ortografía de los nombres moros; y más encariñado con su sillita de asiento bordado Salvadorito Bethencourt y con el sibaritismo de su persona; y Don Juan en el disparo de sus impacencias, añorando su caciquismo de Canarias y llamando bobo al Cónsul Lozano en su tête à tête con Pedro del Castillo, que era su compañero constante. A mí a veces me llamaba a su tienda para explayarse conmigo en impertinencias y tener otro testigo a quien hacer contar la *bobería* del repetido Cónsul y la ridiculez de la bandera izada en su tienda.

—¿Y usted qué opina de ese majadero?

—Que es un pobre diablo; periodista del montón, que debió haber sido por su empleo constante de frases hechas, y agraciado con una credencial de Cónsul por algún padrino, como hubiera podido serlo con una de Vista de Cienfuegos o algo así, infatuado con el cargo que tiene hoy. De esa madera salen la mayoría de nuestros funcionarios.

—Que es bobo lo digo y lo repito y no sé a qué viene lo de Cienfuegos.

XXVIII

MAS AFRICA AUN

Al fin ya estamos en Ifni, aún en el Sus, donde *no se obedece al Emperador pero se ruega por él*; no así sus vecinos del Nun que proclaman con el mayor desenfado *que ni obedecen al Emperador ni por él ruegan*. Ambos son proverbios locales que el Emperador hace modificar a veces en el primer territorio a tiro limpio de espingarda, como así había pasado el año anterior a nuestra expedición. Hacía ya cinco meses que rodábamos por estas bárbaras tierras, sin tener noticias de nuestras familias y estábamos ya hartos, y, además, atemorizados. ¿Por qué no confesar este segundo extremo?

El Cónsul, encerrado en su tienda, escribe que te escribe, y Don Juan igualmente, pero acompañado de Pedro del Castillo, metido en la suya. Pero se oyen las llamadas a Yedra pidiéndole refrescos. Y cortas son las sobremesas de la cena, porque el afán de sus escritos arrastra al Presidente de la Comisión de Límites y al de igual cargo de la de Puertos. Las tertulias se hacen ahora en la tienda de Salvadorito, indiferente a las faenas de sus compañeros; y allí Zabala nos

cuenta torpezas de su capataz Diego que le hacen reír a carcajadas o canta los zorricos de su tierra con su agradable voz y fino oído.

Habíamos de empezar nuestro trabajo al día siguiente de la llegada, y lo que restaba de aquél lo empleé en retratar al *taleb* o escribano de la Comisión mora. Más tarde supe de este retrato por un misionero franciscano con quien me enviaba recuerdos, asegurándome que se conservaba con gran esmero por el interesado.

Como de costumbre, para los levantamientos de los planos dividíamos el trayecto en dos partes: de una se encargaba Don Manuel con Lucio y Diego Ruiz, y de otra, yo con Galindo y a veces además se unía el Sr. Camejo, cuyo semblante demostraba el regocijo de verse libre de las acechanzas *non sanctas* del moro Abdalah.

La ensenada de Ifni (y así la llamo por galantería) la limitaban dos cabos que llevan el nombre que les ha dado la expedición de Blasco de Garay, y rigen al menos para nosotros los españoles: al Norte, el cabo de las Mercedes, y al Sur, el cabo de Isabel. Poco más abajo del cabo del Norte nos decían que corre, subterráneo, el Wad Ifni, de cuya agua visible y de su distancia al mar, sólo Pedro, el soldado de Infantería de Marina, podía dar cuenta, porque de allí la traía para Salvadorito, pero no nosotros ni ninguno de los moros de la expedición. Tocábale a Zabala trabajar del punto de partida hasta el Cabo Mercedes y a mí hasta el Isabel; el sepulcro del Santón, rematado en cúpula y blanco como una paloma, cercano a la playa, caía dentro de su porción, lo mismo que el cementerio que se halla detrás. Dos moros de Idafick, pueblecillo situado sobre la cercana meseta del Auyan, paralela a la costa, le acompañaban con el fin de enseñarle la fortaleza de *Bora-er-Rumí*, sus ruinas o el sitio de emplaza-

miento. No había tales ruinas y sólo consignó el solar que le dijeron, lo mismo que el del *Zoco er Rumi*, Mercado del cristiano, del cual tampoco quedaban señales.

Yo, en tanto, seguía trabajando, llevando igualmente dos moros conocedores, de otro pueblecillo cercano a la punta Isabel, llamado *Amerdog*. Próximo a esta punta conocí que no era tal, por más que así pareciese a distancia, sino una pequeña península de unos ciento cincuenta metros de saliente y cincuenta de anchura, unida a tierra por un istmo estrecho que ofrecía en su unión un caletón bañado por agua tranquila. Recorrida en todos sentidos ví que cerrando el istmo pero dejando dentro el caletón se distinguían, salientes del suelo, señales muy marcadas del arranque de un muro de dos metros de anchura que, por los restos, podía juzgarse que fué construido con adobe de barro mezclado con piedra. Desde la explanada de la península, a más de veinte metros sobre el mar, se alcanzaba una extensión de tierra que formaba horizonte. En fin, una perfecta posición estratégica que daba cabida holgada a los cuatrocientos o quinientos hispano-majeros que podían componer el ejército de Herrera; les permitía el desembarque por el caletón con relativa facilidad y los defendía de una sorpresa con la muralla. Como me propuse levantar con todo detalle el plano de esa localidad, la noche se me vino encima al terminar. De vuelta me encontré con Zabala, Lucio y Jáudenes, que venían a mi busca un tanto alarmados por la tardanza y sospechando una fechoría de los moros. Los demás, engolfados en sus escritos, y Salvadorito en su modorra, no habían notado nuestra falta.

No quise dar cuenta de mi hallazgo hasta no dibujar al día siguiente; que no pudo ser porque temprano levantamos campamento y marchamos para otro puerto: el Sidi-Arcís. Estaba cercano y la jornada fué corta, a tiempo de almorzar.

En dos horas tomamos los datos de este puerto y procedimos al dibujo de ambos. Los moritos de Arcís se echaban encima y fué necesaria la autoridad y energía de Daja-Buruch para separarlos. Dajamán era allí conocido y temido y sus dominios estaban cercanos. Sin embargo volvieron y Dajamán propinó una soberbia bofetada que tiró al suelo al que parecía Jefe de aquellos desalmados, le puso el pie encima y le amenazó con su gumía. O fueron los chillidos de éste, que podían significar órdenes para que retrocedieran, o la amenaza de maldecirlos, que indicó el Burguitis, lo que hizo que se marcharan y dejaran tranquilas sus espingardas. Dajamán quiso matar al bandolero, y no comprendió la petición de gracia que con insistencia Zabala y yo le hacíamos, como tampoco la había comprendido cuando lo de Messa. Pero, al fin, después de un segundo pateo que le hirió la cara, le dejó echando sangre por nariz y boca tendido en el suelo, donde mandamos a recogerle, llevándole a nuestra tienda para curarle. Los hombres de Arcís eran de temer; tenían una tradición muy mala.

Hacia algunos años que allí desembarcó el inglés Curtis, llamado por el Jefe de la cábila para entrar en comercio. Hablaba moro el hombre y, además, vestía como tal, y observaba sus prácticas religiosas, tal vez fingiendo, pues no hay que esperar de un mercachifle creencia alguna seria. Su negocio es primero, cuando no lo único. Pues así y todo, nada de lo dicho fué óbice para que el mismo Jefe le invitara al comercio, le saqueara y le robara todos sus géneros, amén de hacerle prisionero, vestido de moro y todo, y se lo llevaran al interior, donde le tuvieron por varios años, hasta que le rescataron o murió, de lo que no estoy seguro.

Cuando dibujé en escala mayor que la del plano general el detalle de la pequeña península de Ifni y le expliqué la co-

sa, Zabala se entusiasmó y le faltó tiempo para ir conmigo á avistarse con Don Juan y darle cuenta. Estaban con él los de la Comisión de Límites, incluso el Cónsul y Salvadorito, que había salido en aquellos momentos de su estado de sibirismo.

—Será preciso retroceder para comprobar de *visu*, exclamó Jáudenes.

—Tengo plena confianza en los trabajos de Cirilo y doy eso por bueno; y por otra parte, los moros no querrán retroceder. Es otro dato que remacha el informe que les leeré en Assaka.

—Ese informe será cosa particular de V. S., que el oficial me corresponde a mí y lo tengo hecho—insinuó el Cónsul.

—En Assaka se leerán ambos, y como la Comisión ha de firmarlos, elegirá el que guste—replicó Jáudenes con tono serio—o tomará de ambos, o modificará según le plazca.

Cenamos a disgusto, nos retiramos sin sobremesa y nos fuimos a dormir. A Zabala le retozaba en el cuerpo un cuento de Diego que no pudo hacer, y me lo endilgó a mí por el camino. Sucedió que Diego, cuando le hacía señales para enfilarlo con la banderola, soltaba el extremo de la lienza, se venía a dar con él y le decía, señalando a un punto que le parecía:

—¿Me pongo allí?

Y adiós Sidi Arcís con tu sepulcro y tu gente maleante, que esta noche dormiremos en Assaka. Como así fué, porque la jornada era corta y nos condujeron los ascaris de la guarnición de aquel puerto, que vinieron a buscarnos con su capitán al frente. Otra diana al estilo de España de los cornetas del Destacamento nos despertó y al salir de la tienda con Lucio, los capataces y el Sr. Camejo, nos encontra-

mos con los moros de otra catadura en el campamento. Éstos eran de mediana talla y robustas formas, de color moreno subido, nariz aguileña y ojos vivos y centelleantes que daban miedo. Vestían sayo corto, de una tela azul que aquí llamamos *guinea*, sin otra cosa en la cabeza que una cuerda que la rodeaba ciñendo las sienes. Su arma era una escopeta de dos cañones, de pistón, y una gumía colgada del cuello. La alegría del Sr. Camejo al ver a los primeros rebosaba en su cara.

—Estos son mis amigos, los moros *flaires*: estos los conozco yo y los entiendo—y se acercó conmigo a un grupo. No sé si era sonrisa o ganas de comérselo lo que le hizo abrir la boca a uno que dejó ver la hilera de dientes más preciosa que puede ostentar un hombre. Alargué la mano para cojerle la escopeta y examinarla, y el gesto despectivo y feroz que me mostró me hizo retroceder casi espantado.

—Préstale la *zarapeta* al caballero—le dijo con tono de reconvención el Sr. Camejo—préstale la *zarapeta* que no se va a quedar con ella.

No sé lo que pasó por el interior del moro, ni qué fuerza le hacía el acento del Sr. Camejo, que con amable gesto me la entregó el moro *flaire*. Aquellos moros amigotes del Sr. Camejo, y tal vez compadres, eran los árabes del Nun, súbditos de Sidi Dajamán Buruk; y debo decir algo con respecto a este Sidi. Era el hijo menor del célebre Sidi Buruk, que vivió temporadas en Lanzarote y engañó con promesas de tráfico mercantil a aquellos isleños. El amigo de M. Eugenio Boll y Diego Rosales, y más tarde de Cuyás y Enrique Caballero, que tampoco salieron lucidos con él en sus tratos. Pues bien; este hijo menor, que tenía dos hermanos mayores, les quitó el reinar a esos hermanos, o bien por más valor o tener más popularidad. El Sultán, de quien no era súbdito, le trataba en son de amigo, tal vez porque le quería de

aliado para dominar en un caso dado a la gente levantisca del Sus; y éste era el motivo porque el estudio de los puertos se extendiera hasta Assaka y el Buida, o Playa Blanca, el primero colindante y el segundo enclavado en sus dominios. Era un gigantón de miembros avellanados y fuertes, como de hierro; y él y el Burguitis eran los moros con quien más íntimamos. Sus hermanos le pusieron acechanzas: uno de ellos se había hecho Jefe de una tribu de bandidos en el Desierto, y el otro perseguía solapada y arteramente. Se decía que rondaba nuestro campamento para robarnos a moros y cristianos, y matarnos también si a mano venía.

XXIX

EMPACHO DE AFRICA

El Capitán de Ascaris anteriormente mentado, comandante del destacamento que ocupaba Assaka, era un tipo gentil que traía el recuerdo del romancesco Zegrí; como éste, oriundo de las cábilas del norte del Imperio, rifeño tal vez, y su rostro atezado y arrogante apostura le hacían simpático a primera vista. Aún era joven, de 30 a 35 años, al parecer, y de su mahometismo sólo conservaba la afición a su pequeño ascari, pues perseguía a Lucio, despensero además de Ayudante, como los moritos que en Europa habían estudiado, para que sigilosamente le sirviera *lunches* de *jalú* y vino de Jerez.

—Mahoma prohíbe lo que hacen Vdes.—les dije un día a aquella trinidad descreída.

—*Nous prenons pour notre Mahoma*—me contestó en francés el morito artillero.

—¿Y a tí, cristiano, qué importar Mahoma?—añadió el Capitán.

—Que no me gustan los *espíritus fuertes* en cualquier religión, y menos si son moros.

—Convidar Babi—dijo el capitán en son de disculpa, señalando a Lucio.

Otro moro con quien yo hacía buenas migas era el Secretario de la Comisión Marroquí de Puertos, hombre de mi edad o algunos años menos, que hablaba con cierta corrección arcaica el idioma nuestro. Pertenece a la raza de moros que entre ellos llaman españoles por descender de los expulsados, y era todo un hermoso tipo de la huerta murciana. Observaba las prácticas y no quiso desayunarse en mi tienda un día de Ramadán, que le ví casi exánime. Conservaba la llave de su casa en Granada, y tenía la cabeza llena de relatos fantásticos acerca de las glorias del pueblo mahometano.

Las maldades de los Sultanes habían ocasionado la decadencia en que por castigo se encontraba, pero volvería, al cabo, a su antigua grandeza: era su creencia.

De los moritos estudiantes que vinieron de Europa, se reía y me aseguraba que no sabían nada. Que en la Universidad de Fez se aprende más, pues se enseña el árabe literario, los comentarios del Corán, las matemáticas, la medicina y la astrología.

Hacía dos días que los moros estaban anhelando la salida de la Luna para finalizar el Ramadán y al cabo, la noche siguiente a nuestra llegada, aseguró el moro ascético con aire de Santón, que formaba parte de la Comisión de Límites, que distinguía en el astro las señales de un delgado disco. Y de ahí la más espantosa algarada, los tiros de espingardas y las recíprocas zalemas de albricias. Ya se podía comer de día cuando se quisiera y fumar cuando se ansiase; fumar sobre todo, porque el Ramadán se quebranta no sólo fumando, sino aún aspirando, casualmente que sea, el humo del cigarro



Construcciones de barro en una población mora de Ifni

que fume otro. El día siguiente era de festejo, y entre otros números como los de correr la pólvora, los de ejercicios de tiro, la danza guerrera de los árabes, que habían acudido en montón al campamento, y con los cuales campeaba regocijado, con cara de pascua, el Sr. Camejo, cual si fuera entre sus lanzaroteños, se anunciaba un simulacro de combate por parte de la gente escogida de las tropas de Dajamán. Y era de ver aquello lo del simulacro, que empezó por pintoresco y acabó por horrible. Sobre un montículo inmediato al Sepulcro del Santón presenciábamos con los moros de las Comisiones. Dajamán dió la voz, y súbito se formaron en son de enemigos dos pelotones de diez hombres cada uno con cinco camellos. Montaron casi al salto sobre el correspondiente animal, a medio *tuchir*, apareados, quedando espalda con espalda, de modo que un jinete miraba a la cabeza y otro a la cola para tener defensa por ambas partes. Comenzaron los grupos, y era lo pintoresco, haciendo correrías por la playa y difíciles evoluciones, rayanas en lo imposible, montando y desmontando a la carrera; luego siguió el tiroteo y el lanzar al aire el fusil, disparando a la par sus dos cañones, apenas si volvía a la mano. Después, y aquí comienza lo horrible, el conmezclarse entre aparatosa gritería reforzada por el bramar de los camellos y gritos de uno y otro bando. Y de ahí las levantadas de manos y enredarse de cuellos de los rumiantes, la tentativa de morder al animal contrario o al hombre si lo apañaba, a la par que sacudían las patas traseras para defender las acometidas por retaguardia. Y esto en vertiginosa confusión, asustando el ánimo los terribles saltos de las bestias, heridas más que pinchadas, por las gumías de sus cabalgantes. Dió Dajamán repetidas voces de alto que no se oyeron, o fueron desatendidas en el fragor de la lidia y en el encono que se iba iniciando. Tuvo que descender al fin del montículo con su Jalifa

y dos Ayudantes suyos y entrar en el revuelto grupo donde comenzaba a correr la sangre de hombres y camellos, para meter paz, que a duras penas consiguió al cabo. A la terminación del bárbaro espectáculo me dirigí a meterme en mi tienda para descansar de la emoción sufrida, topando de pasada con el Sr. Camejo, que traía de bracero a un árabe, cuyo rostro era una criba de cicatrices, señalando al cual me dijo:

—El moro *Jamete Virguilas*, amigo de todos los costeros de Canarias y que pudo más.

Los trabajos de levantamiento del plano no nos apuraban, pues en Assaka habíamos de residir hasta la llegada del buque de guerra que había de conducir a los de Límites hasta el Cabo Juby; en tanto nosotros nos quedaríamos para ser recogidos al retorno y estudiar el último puerto: el Buida o Río Aureora o Playa Blanca, que por los tres nombres se conocía. Si antes de la vuelta de la Comisión terminábamos, el «Silbador», que estaba en Assaka y había de seguirnos, nos llevaría a Lanzarote. Comenzaron, pues, los trabajos de topografía al día siguiente, empleando todas las banderolas, aunque no fueran necesarias. Dajamán, interesado en el asunto, me acompañaba y miraba el aparato, que era un teodolito, con la curiosidad de un niño pequeño; le arreglé el antejo a su vista y lo dirigí al «Silbador».

—Guá—dijo asombrado y lleno de alegría reconociendo al patrón. Después le hice una seña, se separó un poco y continué el trabajo, teniendo que corregir la nivelación del instrumento desarreglado por las manazas del Sidi.

Apenas había terminado la corrección, el Burguitis que se acercaba con *Don Pero*, como le decía al Comandante de Marina, con quien había hecho buenas migas.

Llegar aquél y pegarse al antejo dirigido por Don Pe-

ro, con insistencia, fué una misma cosa; parecía que su actitud iba a ser perdurable, y retirándole con la más fina forma le dije:

—Quita de ahí, Burguitis, que tú no saber de eso.—Y la frase hizo reír al Comandante, que no cesaba luego de contarla.

Por la noche estábamos invitados a oír la lectura del informe oficial que el Cónsul Lozano tenía en boceto, y aunque a nosotros no nos empezía, por ser cosa propia de la Comisión de Límites, agradecidos a la galantería concurrimos a oírla, que se emprendió, precedida de un té y «champagne», en la propia tienda del lector, en cuya lectura puso toda su enfática y pedantesca declamatoria.

—*Los blancos alquiceles dados al viento* (con la ondulidad de rúbrica); *los estandartes de mil colores flotando a impulsos de halagadora brisa*; *los ricos y airosos trajes de los moros que nos recibían, y sus graves y atezados rostros, el caracolear de los briosos bridones* etc., etc., formaban la hojarasca envolvente del contexto del documento, que así decorado apenas se columbraba. Y siguiendo en aquella literatura de baratillo se hablaba de los parias, de fraternal alianza que establecía la nación del Mogreb con la del león y el castillo, acudiendo a rendirle la solícita *monna* de amigos. A él, su representante en aquellas tierras. Pero la tal amalgama de frases hechas era pura fantasía, hija del caletre del Cónsul; porque no había tales blancos alquiceles, sino jaiques de basta urdimbre y bastantes sucias y asquerosas chilabas remendadas, cuando no jirones de sayos de lienzo; ni existían briosos bridones, sino caballos moros de mediana estampa; y en cuanto a la *monna*, se rendía a Sidi el Burguitis, y no al Representante de la Nación del león y del castillo. Tal vez toda aquella bambolla de frases la hubieran pasado por alto los de

la Comisión allí reunidos, aunque gente instruída y de buen gusto literario, pero les escamó lo de la *monna*, que en caso de no ser al Burguitis, habría de considerarse como ofrenda a la Comisión, de la cual prescindía su presidente. Hízosele ver el disgusto; quedó de rectificar y le añadió Jáudenes:

—Y menos flor y más fruto, amigo, que todos tenemos que firmar.

Pedro del Castillo sacó entonces un rollo de papeles y, sin más preámbulo, comenzó a leer: era el documento seco y preciso del hombre de ciencias, acostumbrado a la redacción de memorias técnicas. Se probaba con hechos históricos; con los reales tomados de visu, con distancias a Canarias en su parte Norte, pues corriendo el paralelo de Alegranza se topaba con Ifni; con los restos de la muralla de la pequeña península, con las tradiciones referentes al *Bora-er-Rumi* y a *Dar-er-Rumi*, cuyos solares señalados por los moros se habían fijado con aquel otro detalle en los planos, y en fin, con un acopio tal de razones que no quedaba duda alguna de que la procurada Mar Pequeña fuese el referido puerto o rada de Ifni.

El primero en dar el parabién a Don Juan (justo es confesarlo) fué Lozano, en el cual pudo más el entusiasmo que el amor propio de escritor y su vanidad de Presidente. Tendióle, pues, la mano, y díjole:

—Confieso que para el caso más indicado estaba el Ingeniero que el literato. Es para firmar todos: ¿no es cierto? Todos, si no tienen que añadir o rectificar.

Los moros, cuando les leyó Benito, el intérprete, el documento, no chistaron nada en su contra, pero en cuanto a firmarlo alegaron la excusa de Juan Pineda, de haber dejado las plumillas en sus casas y no poder hacerlo con otras.

La «Ligera» había fondeado por la tarde de aquel día

para zarpar al siguiente de mañana. Sus oficiales no quisieron bajar a tierra por temor al estado del mar que empezaba a encrespase, y aquella noche era la cena de despedida. Se embarcaban todos los de Límites, moros y cristianos, y sólo quedábamos el Ingeniero Zabala y yo con el capataz Galindo y los moros de la Comisión de Puertos: el General Mohamed el Abuli, el Arquitecto del Emperador y su Secretario, y representando para nuestro amparo a Sidi Dajamán Beiruk, un jafifa o segundo. Era, pues, un triste ágape aquel, y yo estaba cabizbajo y pensativo; no hablaba cuando charlaban todos.

—¿Qué le pasa, Cirilo?—díjome Don Juan.—Ustedes seguirán el Aureora, y allí, que habrá poco que hacer, terminarán mañana, y en el «Silbador» saldrán para Lanzarote, desde donde irán a Los Salvajes, al estudio del Faro. Cosa de cinco días más para estar en Canaria. Nosotros volveremos a Mogador, para coger los cuartos y en Canaria repararemos el botín.

—Pues a mí no me pasa nada; estaba reflexionando y calculando. Si estos moros nos dejan salir de Africa, o son unos completos mentecatos o unos modelos de generosidad. El rescate de Puyano, que al fin no era otra cosa que un triste mercachifle catalán, les valió diez mil duros: ¿cuánto no les valdrían el nuestro, con tanto personaje de importancia y en tanto número?

—Que se calle y no sea majadero, y déjese de augurios tristes aunque sea de broma.

Se levantó la gente, tal vez preocupada, y cada cual fué a su guarida sin añadir palabra. Al día siguiente, así como a las ocho, fué el embarque. La caja de víveres de Lucio la embarcamos con el dueño; Zabala, Galindo y yo montamos nuestros mulos y comenzamos el viaje para el Suida, a la par

que levaba anclas la «Ligera» y el «Silbador» en pos. Al moro Abdalah lo habían desembarcado, pero no tuvo el placer de contemplar el imán de sus ansias, porque el Sr. Camejo estaba ya, como práctico, a bordo del buque de guerra. Ni aún *l'último addio* pudo dar siquiera con la vista a su adorado tormento.

XXX

EL AFRICA NEGRA

No por el color de la tierra que pisábamos, que era amarillosa como lo son las arenas del Sahara, en cuyo límite norte estábamos, ni tampoco por el de sus habitantes, que si bien atezados estaban lejos de ser negros, pues que eran los árabes de Dajamán Beiruk, nuestros custodios a las órdenes de su Jalifa. El título del artículo hace referencia a la negrura moral que invadió nuestra alma en los aciagos días que allí residimos.

Después de desandar sobre nuestros mulos las fragosidades de las cadenas de montes que forman al llegar al mar el nudo del Cabo Uun, descendimos a la playa, amarilla y sin accidentes, que conduce al puerto o ensenada o lo que fuera, nombrada el Beida o río Aureora o Playa Blanca, porque allí las arenas se acercan a su color, suavizando el tinte que traían. Por el tránsito distinguíamos sembrados de cagarrutas y plumas, de vez en cuando...

—Son de gacela—nos dijo Ben-Aisa.

—¿Y las plumas también?, añadimos nosotros.

—Las gacelas no tienen plumas.

—¿Lo sabrás mejor que un poeta español que así lo asegura?.

—Serán gacelas de otras tierras que no conozco.—Y continuamos el viaje dejando en confusiones a nuestro intérprete.

Llegamos al fin a Beida, que no era puerto, ni rada, ni ensenada, ni cosa que se le pareciera, sino la continuación de la línea de la costa, libre de ondulaciones en todo lo que de ella abarcaba la vista. La zona de playa mediría una anchura de trescientos metros, después de la cual se alzaba una rompiente de dunas bajas que se perdían en el horizonte, sin que tal monotonía y desoladora extensión se modificara por el más ligero detalle extraño. Sobre las primeras dunas del poniente se levantaron las tiendas y, de seguida, comenzaron los trabajos de topografía, que apenas duraron dos horas. Al fin nuestra misión estaba terminada, y allá en el horizonte del mar se apercibía el «Silbador» acercándose a nosotros. Despedímonos amistosamente de nuestros compañeros moros obsequiando Zabala con su revólver al Caíd Sidi Mahomet el Arbuti; yo con el mío al Jalifa, y con nuestras respectivas corbatas al Secretario y al Arquitecto que demostraron capricho por tenerlas. Cuando esperábamos que el «Silbador» echara anclas, vimos con extraña sorpresa que, después de ponerse al paio unos momentos, continuaba el viaje para el Sur. Si pasmados quedaron los moros, más pasmados quedamos nosotros. ¿Qué le pasaba al «Silbador» para que tomara aquella determinación? Dejar de vernos no podía ser, pues las tiendas tenían que destacarse muy claras, tal como estaban alzadas, y en aquel terreno llano y bajo no había accidentes que confundieran. Más tarde supimos la causa; fué motivada por una simpleza del Sr. Camejo que, ahora realmente, fun-

cionaba de práctico, como conocedor de aquella costa donde concurren a la pesca sus paisanos.

No era el punto en que estábamos el conocido entre ellos por Río Aureora, sino otro que demoraba al Sur cosa de una legua; y así que cuando el patrón Juan Suárez nos columbró, porque en realidad nos vieron, el inocente simplón del Sr. Camejo le dijo:

—Los niños son; pero es que tienen hecho un descanso para fumar. Río Aureora está más *pa bajo*.

¡Un descanso para fumar levantando tiendas! ¡Esto sólo cabía en el limitado caletre del Sr. Camejo! ¡Pero que Juan Suárez aceptara tal concepto! ¡Y cuánto nos costó la simpleza!

—Se necesita un moro que recorra la playa y vea en qué punto para el barco; pero con él hace falta uno que entienda español si no lo sabe—dijo el Ingeniero Zabala.

El Jalifa presentó un moro y Galindo, espontáneamente, se ofreció a ir con él. Se dió con el barco en el río Aureora, donde lo llevara el Sr. Camejo. Al día siguiente estaba de vuelta, fondeado frente a nuestras tiendas y echó al agua la lancha catalana que comprara Don Juan en Santa Cruz y se consideraba insumergible; pero la lancha cerca ya de tierra y dispuesta a recibirnos, tocó con una tosca y volcó cogiendo debajo a los cuatro marineros que la tripulaban, los cuales a duras penas salieron a flote y vinieron nadando hacia tierra a dar con nosotros.

En esto el mar se encrespaba, amenazando con inaugurar aquellos tremendos rebosos, aquí desconocidos, de la Costa de Hierro; y desde abordó hacían señales como indicando al Norte.

Supusimos que se dirigían a Assaka para tomarnos en aquel puerto, pero los cuatro náufragos con sus ropas mojadas tuvieron que quedar con nosotros. De la lancha allí aban-

donada no volvió a saberse. He aquí aumentado nuestro contingente de bocas cuando no teníamos que comer, pues a la certidumbre de que el embarque se verificaría al día siguiente de la partida de la Comisión de Límites, habíamos embarcado la caja de conservas en la «Ligera», y sólo nos traíamos un poco de pan, unas uvas y las botellas de champagne de que hice referencia.

A lo poco de la partida del «Silbador», y cuando nuestros náufragos se preparaban a encender una hoguera con *sebas* cogidas en la playa para secar sus ropas, vimos venir hacia nosotros un contingente de árabes que iban de paso para el Sur. Se pararon extrañados, miraron para nuestras tiendas, donde al fin penetraron registrándolas, y si no pasaron a mayores debióse a la actitud del Jalifa y del General y, más que nada, a que nuestros árabes eran en mayor número y estaban mejor armados.

Seguidamente de partir los árabes de la cuadrilla, dió el Jalifa orden de abatir tiendas y emprender la marcha; la noche nos alcanzó sorteando las veredas intrincadas de la cadena de montañas que finalizaban en el cabo Norte, y se hizo alto en una hondonada o corto valle bastante extraviado. Se prohibió el encender luz, ni aún para guisar. Los moros comieron de hambre y nosotros de limosna; y gracias a la generosidad del Jalifa, que nos trajo un pan de cebada y unas patitas que juzgamos de cangrejos pequeños y nos supieron agradablemente. El pan que traíamos lo guardamos para el día siguiente y del champagne nos tomamos una botella. Nuestra gente fué albergada y alimentada por los moros árabes de la comitiva con verdadero agasajo. Dormimos a oscuras y en silencio, y antes del día ya estábamos despiertos a pesar de las fatigas de la jornada.

Encontramos en el campamento un contingente de As-



Moros lavando ropas en el Asif Ifni

caris y Ben-Aissa nos enteró de que fueron pedidos por el Jalifa para reforzar nuestra escolta, pues se temía una sorpresa del hermano de Sidi Buruk, que seguía acechándonos, y a cuya gente maleante pertenecían los árabes que nos habían topado el día anterior.

Entró luego Galindo y nos preguntó si habíamos cenado bien.

—De lo que nos dieron—dijimos—las patitas de mariscos estaban muy sabrosas.

—Son patas secas de cigarras que conservan en zurrones; también las hubo para nosotros. El Jalifa es un buen hombre, y los árabes del Nun más cariñosos que los moros del Sus.

Zabala añadió que él estaría comiendo patas de cigarras y bebiendo champagne, para lo cual eran un aperitivo excelente, todos los días de su vida.

Apenas clareaba, a levantar campamento y marchar.

A medio día estábamos en Assaka. No vimos al llegar al «Silbador», y nuestra tristeza tomó conatos de desesperación. Por calmarla un tanto, nos bebimos el resto del champagne y cogimos nuestras correspondientes y respectivas curdas.

Al caer de la tarde el «Silbador» venía entrando y dormimos tranquilos contando con el embarque al siguiente día. Sin embargo el mar seguía embravecido, y según Galindo, algo marino, mientras duraran aquellos mares el embarque sin riesgo de ahogarnos no era cosa posible.

Nos regaló el General un trozo de cabro, negro, que levantaba el estómago, y un saquito de *cuz cuz* de cebada. Yo no comí cabro. Zabala, el hombre de mejor diente que he conocido, se lo comió todo y yo me atuve a mi *cuz cuz* amasado con agua, y a mis patitas de cigarra. Habíamos,

cuando nos faltó el champagne, exprimido uvas en una de las botellas para tomarlas como vino. Yo bebí muy poco, pero el Ingeniero, para digerir el cabro, hizo libaciones grandes y repetidas. No extraño, después de lo que ví en Zabala, lo del Padre Noé, iniciador, millares de años antes, de la confección del brebaje, y al que en su pítima le encontrarán sus hijos desnudo y el menor se le burlara. No encontramos desnudo al compañero, pero sí con un cólico espantoso, revolcándose y dando gritos terribles que oyó el Jalifa que por allí pasaba; entró en la tienda nuestra, vió al enfermo y dió una orden a la cual acudió un árabe entrado en años; le desnudaron, y aquél emprendió un masaje en su vientre, en tanto que con repetidos *Alah ger* corría el Jalifa las cuentas de su gran rosario. Comenzó el hombre a sudar como un negro y a evacuar por ambas vías, y a las dos horas estaba libre de aquél cólico o mal de miserere, que hubieran dicho nuestros médicos al darle el pasaporte.

Nueva huída, por la tarde, de nuestro barco; nueva desesperación y nueva consulta con Galindo.

—Se va a Lanzarote a arrancharse para volver.

Y así desapareciendo y volviendo se pasaron veinte días que nos parecieron veinte años de desesperación para el Ingeniero y de resignación para mí, que me pasaba, por el día, leyendo mi Kempis y los Evangelios coleccionados en un pequeño libro, y por la noche, rezando el rosario con el Capataz Galindo y los cuatro marineros náufragos. Estos rezos los oía a cierta distancia Ben Aissa y una noche le oímos sollozar. Recordaba, tal vez, que en su inocente niñez en esa práctica le criaron sus padres.

Al fin, cuando llegamos al cúmulo de nuestros sufrimientos, y al día siguiente de la venida del Río Assaka, de cuya existencia nos dimos cuenta porque las agua saltaban la

barra de la desembocadura, apareció el «Silbador». Era tiempo, porque además el río en su avenida había sembrado de animales muertos la playa aquella y los Ascaris trataban de mudar de puerto, temiendo en aquél el desarrollo seguro de una epidemia. Fondeó el barco y echó al mar la lancha que vino hacia nosotros hasta una distancia muy próxima, pero luego tomó para bordo. El estado del mar, es cierto, poco había variado; el reboso seguía, pero en el punto en que estaban nuestros ánimos, preferíamos quedar en el fondo del mar a seguir en África. Nueva desesperación mayor, después de haber perdido aquella esperanza; pero el «Silbador» siguió fondeado y la lancha en el mar, al costado, con la gente de su tripulación.

—Algo trama Juan Suárez que yo no me explico—me dijo Galindo—pero algo que conduce a sacarnos de aquí.

Una hora después, cuando la marea alta estaba en su punto, la lancha volvió, patronándola el mismo Suárez, a buscarnos; pero esta vez sin detenciones ni titubeos, avanzando pausadamente entre las rompientes de las olas que la combatían. Por fin llegó al embarcadero y apenas nos saludamos rápidamente, como si cargaran fardos, nos echaron en el fondo de ella al Ingeniero, a mí y a Galindo, dejando sentados en los bancos a los cuatro marineros náufragos que ayudaron al remo. El trayecto hasta el barco fué un constante susto para nosotros. La zona de rompientes de aquel mar tormentoso se extendía en medio kilómetro mar adentro, y las olas que embarcábamos eran tantas, tan continuadas y tan gruesas que la embarcación estaba completamente anegada; y creo que de no estar tirados en la cala nos hubieran arrastrado al mar. Al fin salimos de la zona dicha para entrar en el mar tranquilo y embarcar en el «Silbador». ¿Cómo se había verificado el milagro de la travesía? Juan Suárez, ma-

rinero entendido como pocos, de la cantera de aquellos atrevidos navegantes del siglo de los descubrimientos, había preparado la embarcación rodeándola sólidamente de una doble faja de barriles vacíos que en cierto modo la convertían en una balsa, que podía anegarse, pero no sumergirse. De haber sido otro patrón, menos entendido y menos adicto, hubiéramos corrido la suerte de los Curtis y Puyanós.

Durante aquella peligrosa travesía, imposible con el timón en otras manos que las de Juan, a cada golpe de mar eran de oír las horribles blasfemias de los marineros que mezclaban con sus súplicas y promesas a los santos patronos de sus pueblos, y Galindo y yo a la Virgen del Pino y además, por mi parte, al Cristo de las Tribulaciones de Tenerife, promesas que pagamos. De Zabala puedo decir que los murmullos que le oí cuando estábamos en el fondo de la lancha me sonaron a rezos. Juan Suárez aclamó a San Telmo y otro poco a Santiago.

Llegamos a Lanzarote y encontramos la orden que Don Juan nos había dejado para que fuéramos al estudio del Faro del Salvaje: allí nos llevó Juan Suárez con su tino de siempre, adivinando la tierra no sé por qué intuición.

Dos días estuvimos en el pequeño islote, no tan desierto como lo pintan, pues estaba ocupado por cuadrillas de pescadores y cazadores de gaviotas, de la Madera y Lanzarote. De vuelta del Salvaje al Arrecife nos detuvimos allí, para aprovisionar el buque, un día, en el cual visité con Zabala a mi amigo el profesor Manrique en su mismo colegio, donde se veían por todos lados mapas de Mar Pequeña, en todas escalas, que explicaban sus alumnos, dejándonos asombrados, pues conocían, teóricamente, aquellas tierras mejor que nosotros que las habíamos pateado.

Al llegar a Canaria me encontré alarmados a los com-

pañeros de expedición que hacía muchos días que habían regresado. Nos llegaron a creer prisioneros y trataban de dar pasos para nuestro rescate.

Y he aquí finalizada mi relación de viaje a Africa. Al que le parezca esto poco y eche de menos descripciones de países y pinturas de costumbres, acuda a la obra de Edmundo de Amicis, donde esas y otras cosas más están magistral y verídicamente relatadas. Y siento haber perdido el Diario del Capataz Galindo, donde todo, *ce por be*, de lo que nos pasaba lo consignaba al día, con observaciones y reflexiones sobre paisajes, tipos y costumbres, que íntegro hubiera insertado en este libro en vez de mi relato. Como muestra de su estilo, con tendencia poética, citaré el comienzo de un párrafo:

«Amaneció un día lleno de esplendores, *lo cual que* vieron los moros...»

XXXI

LO DE LAS ESTATUAS

He aquí, en este artículo, el origen ostensible, ignorado de todos, de la célebre ruptura de los dos hermanos; la causa inicial que efectivamente lo motivó, aún no sabida.

Si hay otras distintas de género y anteriores, pertenecen al general enigma que averiguará Vargas, si puede y le interesa.

Las siete de la mañana serían cuando me hallaba en la oficina trabajando en apuntes para llevar a Lanzarote y Fuerteventura, en mi próxima visita reglamentaria a aquellas obras públicas. Embebido en la faena no conocí la voz que me llamaba y supuse de amigo a juzgar por el toque de atención familiarmente dado en mi espalda. Volvíme y encontréme con Paco; ¡pero qué Paco! Pálido y demudado el muchacho, con señales de haber pasado la noche insomne y la voz enronquecida. Su aspecto era de enfermo.

—Tengo necesidad de consultar contigo: me hallo acalenturado y no he podido dormir—me dijo precipitado. Propúsele un paseo a las afueras para que cogiera aire y respira-

ra mejor. Aceptólo, y nada le dije por el camino hasta que llegamos a la placetilla de San José, donde nos sentamos. Durante el tránsito me iba yo diciendo: éste en sus impetuosidades habrá hecho, inconscientemente, alguna de las suyas, y después, como de costumbre, viene la consulta, el buscar el remedio. Y ahora es Paco quien habla y yo transcribo; pero antes, para mejor inteligencia, debo hacer constar algunos antecedentes, que son los que siguen:

En *petit* comité se reunían todas las noches, de nueve a diez, los más íntimos de Don Juan a cenar en el Hotel Quiney. La sobremesa duraba muy largo; y esta duración se entretenía con sabrosas tertulias, donde se trataba de todo menos de política, llevando siempre la voz cantante el Ingeniero y haciéndole el coro sus *incondicionales*.

Yo, que no lo era del todo en política, pues no me identificaba nunca con el Partido, aunque jamás protesté del encantamiento, pero que respetaba y consideraba al hombre, solía concurrir a las cenas, pero sin asiduidad. Los puntos fijos que no perdían ninguna noche eran, primeramente, el Alcalde Don Fernando Delgado, prosélito reciente arrancado al error moderado; Don Nicolás Massieu, incondicional de triple expansión, todo de Don Juan; Millares, padre, incondicional de cuenta y razón; Ferreol Aguilar, admirador del talento del Jefe, con lo que se pescara en el camino, y Paco Morales, todo fervor y entusiasmo por Don Fernando, concediendo de *retruque* una parte al hermano.

Y ya en autos el lector, entra Paco.

Comenzó diciéndome que había sentido mi falta de asistencia cuando había quedado con él en ir aquella noche; continuó añadiéndome que aquella fué una sesión toda política, sin que una vez siquiera entrara algo ameno; que dió pie Fernando Delgado para que por la reunión se hicieran calu-



La llanura litoral de Ifni cruzada por una caravana.

rosos panegíricos de Don Fernando; que Don Juan los resumió y, detalladamente, enumeró, entre aplausos, los beneficios que la Isla le debía a su hermano.

—Yo con todo esto, me entusiasmé e hice un discurso donde ensalcé, como lo merecía, la concesión del Puerto de Refugio, el estado progresivo en que se encontraban las obras, la fortuna que nos había favorecido al tener por contratista una casa tan respetable como la de Swanston.

—¿Y no dijiste nada del Ingeniero?.

—Como no se trataba de un asunto técnico...

—Sigue...

—Nada, que terminé mi discurso con estas palabras: «No pagará la Isla y la Ciudad misma los beneficios de tan alta monta que debe a un gran hombre, gloria de su patria y de su nación, si no se apresura a erigirle una estatua. Propongo, pues, al Señor Alcalde, que está presente, el patrocinio de la idea y que tomemos nosotros la iniciativa de una suscripción».

—¿Qué dijeron?

—Que aceptaron con entusiasmo, y entre brindis y aclamaciones acaloradas se comenzaba a realizarla, cuando terció Don Nicolás Massieu.

—¿Y qué?

—Que con acento conmovido dijo: Que veía con el mayor disgusto mi proposición, por exclusivista; que a Don Juan había que levantar otra, o más bien que se formara un grupo con los dos hermanos. Yo tomé de nuevo la palabra para impugnar la idea de Don Nicolás, fundándome en que Don Fernando es figura nacional a más de gloria patria: su fama es mundial, y que sólo a estos hombre se levantan estatuas; que si el hermano es perfecto patricio y distinguido

profesional, sus méritos no salen del campo de la localidad.

—¿Y él qué dijo?

—Me dió la razón en todo e intimó a Don Nicolás Massicu para que se callara. Yo creo que tenté el asunto como era debido.

—¿Y Don Nicolás no lloró?

—Sí, y siguió insistiendo en su propuesta a pesar de las repetidas veces que Don Juan le llamó *bobo*, y de nuevo le decía que se dejara de eso. Como Don Juan es un hombre de gran criterio, bien comprendía que lo de Don Nicolás era una oficiosidad hija del cariño.

—¿Y en qué paró al cabo?

—En que insistiendo Don Nicolás se determinó aplazar el asunto, proponerlo al Partido y nombrar una Comisión ejecutiva.

—¿Nadie sino tú combatió la estatua de Don Juan?

—Nadie; y hasta hubo alguno que le concedió la razón a Don Nicolás. Cuando nos retiramos, Don Juan salió a la calle conmigo, riéndose.

—Sí, con la risa del conejo—dije para mi sayo.

—Ahora, dime tu opinión: ¿hice mal lo que hice?. ¿No lo aconsejaban la lógica y el patriotismo?. Además, ¿crees a Don Juan, por mucho que valga, con talla bastante para merecer una estatua?. Ya te he dicho que estuvo de mi parte, y se rió conmigo.

—¿No me pides mi opinión?. Pues óyela: Todos tenemos nuestra debilidad. La vanidad más o menos latente es una de nuestras características principales. Yo mismo, que no valgo nada y que presumo de modesto, no le doy de punta-piés a una estatua que me ofrezcan y miraría con ojeriza al que tratara de *fumármela*.

—¿De modo que tú...?—me interrumpió temblando.

—Mira: en principio soy refractario a la profusión de estatuas; es señal de decadencia en los pueblos. Cuando Grecia se repletó de ellas, le cayó Roma encima, y a ésta, a su vez, por igual causa le cayeron los bárbaros.

El temblor continuaba en aumento.

—Y por otra parte: ¿qué te daba ni qué te quitaba una estatua de más o de menos, que no habías de pagar tú? A mi juicio, desde el punto de vista del arte, el tipo de Don Juan, guapo de rostro y gallardo de cuerpo como un ateniense, hubiera presentado mejor modelo que el del otro, de rostro basto y cuerpo pesado como un macedonio o un beocio.

—Mucho de eso que me dices en broma, he pensado después, y me quitó el dormir y me he puesto malo.

Cambió de tono entonces y me esforcé en consolarle. Le puse como principal *pañó de lágrimas* la consideración del noble y levantado carácter del Jefe, que conocía bien, muy por encima de esas pequeñeces; que la risa aquella así lo confirmaba (aunque yo, para mis adentros, seguía creyendo lo del conejo); que... y tantas y tantas cosas le dije, y tantos razonamientos le alegué, que, al fin, logré calmarle, y más de lo que esperaba.

¡Pobre y queridísimo amigo, hermano de armas de la Revolución! ¡Cuántos deslices *ejusdem furfuris*, que era tu favorita frase de escritor, cometiste en los días de tu vida y yo consolé!

Por supuesto que venía a mí después del *burro muerto*.

De cómo Cuyás acabó de enredar la pita en lo de las estatuas; de cómo éstas no se erigieron y de la pólvora que levantaron, motivos son ajenos a mi propósito.

XXXII

LA DEBACLE

Venía notando en mi jefe, de algún tiempo atrás, cierto aire de ánimo contrariado, o cierta dejadez y flojedad de espíritu, que se revelaba, más que en su semblante, en su cambio de modo de ser en lo que atañía a las cosas de la oficina. Atribuílo a cansancio profesional o a la falta de traer entre manos algún proyecto u obra de importancia que despertara sus ingénitas aptitudes o alimentara el fuego de sus entusiasmos y así le sacara de aquel insistente marasmo.

Faltábanle para ascender a Inspector dos números en el escalafón, y al quedar en uno, su actitud de disgusto se hizo más marcada.

—Cirilo—me dijo un día que con él despachaba, como saliendo de una idea que le bullía—al jefe que venga le dejaré recomendado y le haré ver lo que vale.

Bien enterado estaba del ascenso y de lo poco que tardaría, puesto que no le quedaba sino un número, que en escalafón de viejos se corría como el agua. Lo sé por expe-

riencia, pero jamás conté con tener otro Jefe, pues no estaba muy lejos el ejemplo.

Don Francisco Clavijo, sin las influencias de aquél, al ascender quedó en la Provincia, en la Jefatura, todo el tiempo que vivió, como Inspector en Comisión. La Ley, por otra parte, autorizaba tal situación, pues preceptuaba que en las provincias donde se hicieran obras de importancia excepcional quedara al frente de ellas un Ingeniero de aquella clase, si así convenía. Y había dos en la provincia que reunían lo preceptuado en la Ley: el Puerto de Refugio de la Luz y el Puerto de Santa Cruz; y lo de la conveniencia, como tenerlo en la mano con Don Fernando allá.

Así lo manifesté y con insistencia, pero contestóme agriado:

—Pues verá como no, a pesar de todo.

—Querrá Vd. ir a Madrid entonces.

—Yo no quiero ir a Madrid, sino quedarme aquí; y no me dejarán.

Tomé la cosa como una de tantas impaciencias suyas sin creer lo que aseguraba; y no me preocupé, olvidándolo al cabo. En aquellos días se me formó en el muslo un antrax, rebelde en la cura, que me obligaba a caminar cojeando, en un bastón apoyado. Pero iba a la oficina y despachaba en mi casa otros proyectos de mi amigo Doorly que le corrían prisa y a mí también para coger los cuartos. Miguel el portero se presentó en mi casa.

—El Sr. Don Juan que si puede *dir* allá—Y *fi*, como hubiera dicho Miguel, y medio cojeando me presenté al Jefe. Noté en su cara una expresión de regocijo que me extrañó y alegró a la vez.

Díjome festivo, dando expansión a su ánimo, que me había salido con la mía; que Solsona (creo que éste era en-

tonces diputado nuestro) le había escrito noticiándole que lo de su ascenso estaba ya arreglado; que quedaría de Inspector a cargo de los Puertos de la Provincia. Se informó luego de mi salud, y me añadió:

—Ahora volveré a estar con ánimos en los trabajos de la profesión, comenzando por dejar servidos a mis amigos de Haría con el trazado del último trozo de su carretera, que tiene sus dificultades bastante grandes en la bajada de la montaña; y como no pretendo de usted sino que haga el trazado y señale los puntos con mojones visibles y duraderos...

No le dejé acabar:

—Aunque medio cojo, le dije, le dejaré servido.

—No sabe el favor que me hace; llévese la gente que quiera para que le ayude, y usted no haga sino lo indispensable: el dirigir la cosa.

—Bueno: de todo rigor necesito a Miguel para que me haga las curas.

Entró en esto el Ingeniero Hernández, que comenzaba el servicio.

—Iré con Don Cirilo, dijo al entrar, y así haré mis prácticas.

—Y con él las han hecho todos los nuevos que han venido aquí; Ingenieros y Ayudantes: ya verá lo que vale.

Como estos relatos son rigurosamente históricos, me creo obligado a emplear las frases que en el diálogo terciaron. Hoy nadie tiene abuela, y el haber llegado a mi vejez arrinconado y pobre, débolo a la poca prisa que me he dado siempre para buscarla, o al no haber querido funcionar como tal de mí mismo, según han hecho otros con buen resultado.

Antes de emprender el viaje a Lanzarote, le entregué a Miguel los potingues de la farmacia y le enseñé el antrax.

—Yo tengo un *ingüente* que le curará en dos días. Y

fué de la Magdalena el *inglente* aquel, que si no en dos días, me curó en tres o cuatro.

Recomendados íbamos a los caciques de Haría: Don Enrique Luzardo y su concuñado o cuñado Don Joaquín Curbelo; los cuales señores nos depararon para vivienda la mejor casa del pueblo, la aislada y rodeada de jardines del Notario Fierro y su digna señora y la mejor cocina, la clásica canaria. Estancia más agradable no he tenido en mi vida, ni jamás tan bien alimentado, ni tan finamente ha estado mi estómago; y sin costar nada. Se nos adoraba como a peana de Santo y el Santo en su altar era omnipotente.

Como por la noche me dedicaba a darle forma gráfica a los datos de campo tomados por el día, regresé a Las Palmas con los planos terminados en borrador y así podía darle cuenta exacta de la misión encargada. Llegué la víspera del Jueves Santo de aquel año, cuya fecha he olvidado, y como mi costumbre ha sido la de respetar aquellos días Santos y meterme en la iglesia, y además Don Juan se hallaba en su finca de Telde, esperé para verle a que llegara el Sábado. ¡Y qué desfigurado que encontré el semblante del Jefe! ¡Qué trastorno tan grande revelaba su cara! Quise entregarle los planos; no los tomó, pero en cambio me endosó un papel. Era un telegrama que firmaba Suárez Galván, su subalterno destinado en Santa Cruz, como Ingeniero: «Orden Dirección ascendido Inspector cese y entregue». Con el ascenso y el cese, Don Juan debía residir en Madrid, puesto que lo de Inspector encargado de los Puertos de la Provincia, prometido por Solsona, no había resultado. Yo no cabía en mi extrañeza y me volví a Las Palmas llevándome los planos de la carretera que no había querido recibir. ¡Y para qué!—como me había dicho—¡si me han despedido peor que a un criado!

Para mí fueron días de aciago tormento los que siguie-

ron a la dicha entrevista, y estaba en la oficina como azorado, sin poder mi preocupada imaginación atender a ningún trabajo. Y como no sabía de la entraña de la cosa política, no me daba cuenta del por qué su hermano no había defendido su asunto con dientes y muelas, como suele decirse. Por mucho que daba vueltas a mi caletre no hallaba la explicación lógica de aquella caída tan de sopetón y tan inesperada, cuando al parecer estaba en el apogeo de su poderío. ¡Y tan humillante, podría añadir!

Pasaban días, y oía en centros y corrillos palabras enigmáticas: Que las estatuas... Que Don Fernando se había calentado... Que el grupo siamés lo encontraba ridículo... Que eso se venía labrando de algún tiempo atrás... Que el peninsular había contribuido con sus cartas... y tantas y tantas habillitas oscuras para mí porque la *política del Partido* nunca fué mi fuerte y me apartaba de ella cuanto me era dable. ¡Encantarme sí que me encantaron!. De ese hecho aquí nadie se libraba, incluyendo al Obispo. En aquellos días, entre sesiones y cabildeos, Don Juan depuso el mando y lo entregó a un Directorio (creo que así lo llamaban) y como Carlos V se retiró a su Yuste: a Jaraquemada.

Fué entonces la *débaçle*, y renegaron de él sus incondicionales; a mayor incondicional mayor renegado, que así en tal proporción creían agradar mejor a Don Fernando. En tal guisa llegaron hasta el fetichismo, que no era otro el culto que rendían al *prócer* de allá.

XXXIII

«A MORO MUERTO GRAN LANZADA»

*¿Qué se hizo de aquel trovar
de músicas acordadas
que tañían?*

Pues vaya usted a saber que se *fizo* de aquel trovar de elogios rimbombantes, de aquellos calificativos; si bien merecidos, que no los niego, cansados e insoportables por su majadera repetición. Los tañedores callaban y huían de la tertulia, de aquella tertulia acostumbrada de Don Juan tan nutrida que apenas si cabía en la sala de recibo, reducida hoy a un exiguo grupo de amigos particulares, para quienes el sofá venía más que holgado, aún ocupando su mayor parte el más fiel y consecuente de ellos, el tocayo letrado Ramírez.

Don Juan buscó refugio en Telde, en Jaraquemada, sin más consuelo que el de contemplar los pilones de su tabaco y en la soledad más completa. Ayer tanta animación, tanto asedio de incondicionales y hoy, ni por un ojo de la cara hallaba uno. Y sin embargo, aún no se le combatía ni se le

mortificaba. Imperaba el silencio absoluto. El incondicionalismo estaba armas al brazo a verlas venir, a *por un si acaso*.

Pero el lector dirá: ¿Si estaba en Telde, habían de ir a verle? A Mogán en peregrinación hubieran ido atropellándose para ganar la vez, de no haber sido la catástrofe. Aquella actitud de *verlas venir*, tenía su fundamento. Había quien, y era la mayoría, no estando en las honduras de lo acontecido, juzgaba la ruptura momentánea; que habría reconciliación y a Don Juan volverían los poderes con la disolución del Directorio.

Esta indecisión duró unos cuantos días, hasta que «El Liberal», ocupándose de la persona del *destronado*, le llamó desenfadadamente el *ex-Ingeniero*. Ex-Ingeniero le decía la gente, pues ya Don Fernando le ha quitado *todo*: hasta el título. Ya no está en aptitud legal ni para medir una fanegada de tierra, como el último de lo agrimensores.

—¿Y puede—preguntaba un cacique del campo—quitarle don Fernando a Don Juan el título de Ingeniero?

—Don Fernando lo puede todo. Si no fuera así «El Liberal» no le llamaría ex-Ingeniero cada vez que lo nombra.

—*Pos velay como sí*—contestó plenamente convencido el cacique rural.—Ahora *mesmito* se lo digo a ellos cuando vaya allá *arria*.

Y por este rural cacique y por otros de igual vitola, se fué propagando de *allá arria* en *allá arria*, que Don Juan no era nada, que Don Fernando hasta el título le había quitado, y mostraban «El Liberal» para justificarlo.

Pero esto no era todo: faltaba más aún. Si no era ya Ingeniero eso no quitaba para que lo hubiera sido, y como tal redactara el Proyecto del Puerto de Refugio. ¡Qué si quiere! Si allí pensó algún día refugiarse el Jefe, no contó con la huéspedea, es decir, con «El Liberal», que de allí corrió

a echarle, publicando otro artículo. Recordará el lector del mío en esta obra cuyo título dice: «La manifestación». En él hablé, como sabe, de frases generosas que pronunció en mi loa por mi ayuda prestada y mis conocimientos; pero no dije todo; terminó en su entusiasmo forzando más la nota, ya de suyo forzada. «*Tal vez y sin tal vez* yo no hubiera podido abordar el asunto»—manifestó al *coram populo* de incondicionales, refiriéndose a mí el mencionado Jefe.

Pues bien, ese *tal vez y sin tal vez* del hombre bondadoso fué el motivo que inspiró al «Liberal» para su artículo, negándole la paternidad del proyecto, con lo demás que no ignora el lector y tengo dicho atrás, y me asquea el repetirlo.

Y aquí viene de molde un latín de mi amigo Paco, de los que más empleaba. ¡*Quantum mutatus ab illo!* Muy bien traído creo el latinajo del querido amigo, referido al radical cambio del periódico dicho. Ayer, como dice, en el pleno poderío de Don Juan llegó a ser tan extremada y tan aplastante la encomiástica *adjetivada* del «Liberal» en loor de aquél, que el mismo adjetivado tuvo que cortarla. Y cuenta, lector, que al Jefe, como a todo mortal, le gustaba el incienso de la lisonja, y más que adobo le gustaba a veces. Pero fué tanto lo altisonante, rimbombante y rebuscado de una de las rémesas, que como hombre de buen gusto se vió obligado a protestar.

—¿No saben ustedes escribir ni ensalzar siquiera sin emplear un grotesco barroquismo?—Y el redactor, que era un jovencillo pero de los incondicionales más empedernidos, salió del despacho lleno de pavor, cual un criminal que se ve cogido, y pensando si para enmendarla le trataría de *tú* en lo sucesivo.

Otro *quantum mutatus* vendría aquí de perlas, pero temo parecer pesado. Antes de la *débaclé*, Don Juan para

nosotros *montaba tanto*, si no *montaba más* que Don Fernando, y era natural que *más montara*, porque el maná, si bien de allá venía, era por sus manos, sin cuya intervención gollería era esperar nada. Si a la Habana se iba, era porque Don Juan quería que a la Habana se fuese; si se quedaba en tierra era porque Don Juan quería que se quedase.

Desde la del *Arbiter elegantiarum*, Matos, hasta la de Martín el cojo, todas la credenciales que se acapararon las recabó Don Juan; por su conducto se pidieron y así vinieron. Mas la *débaçle* fué: quemaron lo que adoraron y se cambió la torna. Olvidóse de un día para otro, que así puede decirse, cuanto hizo Don Juan por nuestros intereses. Borrados fueron sus estudios y rápidos trabajos en la redacción del Proyecto del Puerto; la aprobación excepcional del mismo, sus gestiones con éxito para hallar contratista; el compromiso de su destino y título en lo de las dos estaciones carbonearas y todo lo demás y mucho que se le debió.

Separados Don Juan y Don Fernando, el culto por igual que a la Dualidad se le rendía, recayó en la Unidad que figuraba éste. Y ya no fué racional adoración, si bien exagerada, sino supersticioso fetichismo. Un *sargo* del Partido me aseguró, sin que se lo creyera, que ese culto rezaba con el vulgo, no con sus sacerdotes, que en lo interno se reían del fetiche. Y termino con una propaganda y dos sucedidos presenciados.

XXXIV

LA PROPAGANDA

El cacique rural antedicho llevó a su pueblo el número de «El Liberal» que a Don Juan le arrebató el Puerto y leyólo en su mesnada.

—*Pos ya lo veden como él no lo jizo. Y esto que vos coste pa lo sucesivo.*

—*¿Pos quien lo jizo antonces?*

—*Aquel hombre bajito con dispejuelos que ponía cagadas de guirre pa las elecciones.*

Primer sucedido presenciado.

No sé qué función daban aquella noche en el Tirso de Molina, (que me place llamarlo así por su verdadero nombre de pila y luego de apodo por temperamento). Y voy al asunto. Junto al pilastrón de una arcada extrema, de las que separan los dos vestíbulos, durante un entreacto, se hallaba Don Juan sólo consigo mismo y con sus tristezas y crueles año-

ranzas. Y tan solo estaba, y tan desatendido, que a su alrededor se formaba un gran claro, sin haber alma humana que traspasara el límite. Divisarle en tal guisa y acercarme a él para acompañarle fué todo lo mismo. Y se fijaban, hurtadas, las miradas de los tornadizos en el grupo nuestro, demostrando extrañeza.

—¿Y usted no teme que le vean conmigo?.

—Pues a eso vengo, a que me vean, fuera del gusto de saludarle. Yo voy con los caídos y a los erguidos hago poca corte.

—Sí, hombre, ya lo sé; pero observe conmigo y fíjese.

Y observé y me fijé. Los incondicionales que del antevestíbulo venían y apercibían nuestro grupo, tomaban la arcada extrema con aire de distraídos; y algunos que a la verdad lo estaban y traían enfilación directa, al caer en la cuenta *paraban en seco* y empredían el viaje de los otros. Don Juan, aunque con la de *conejo*, sonreía al ver la pantomima, sonrisa *conejil* que duró poco, cambiada por un gesto de amargura. Joven, tardío en el andar y medio miope era el incondicional que cambió de rumbo, casi sobre nosotros, para tomar el de la arcada extrema, con vista baja y aire azorado. Casi un *tu quoque fili mihi*, creí escuchar en mi preocupada fantasía, pues aquél era el niño de los mimos, el que hizo a su sombra un porvenir.

Segundo sucedido presenciado.

Como que fuí tercero en el asunto. El era amigo; se presentaban unas oposiciones; el tribunal, compuesto en su mayoría de peninsulares que conservaron con Don Juan las mismas deferencias, aunque caído. El amigo pedía que intere-

sara al Jefe, y yo le propuse que me acompañara a visitarle, pues tendría un regocijo en que le pidiera algo y en concederlo, como satisfacción a las añoranzas de su pasado poderío.

—Te acompañaré, pero cuando esté solo.

—Hoy lo está siempre; ya nadie le vá allá.

—Bueno; pero que no me vean entrar; y para eso que sea de noche.

Y así, solo, le vimos, previa espera, en noche oscura, en acecho en el parquecillo tupido de follaje que en aquellos tiempos rodeaba la fuente del Espíritu Santo. Ni aún un perro pasaba por la acera, ni se oía un paso: todo era el silencio y soledad más completa cuando nos colamos. Y consiguió la suya. Y finalizo con un latín de Paco, que también usaba: *¡Risum teneatis?* (¿contendrás la risa?).

Pero no finalizo, que me viene un recuerdo y no quiero pasarlo por alto. Digo que con los hombres puede pasar todo; pero con la mujer hay que ser galante siempre y en todas ocasiones. Para con ellas no puede haber más rencores que los de los celos. Había baile en el casino y a él asistía, con su madre, Lolita, la hija de Don Juan, en plena juventud y de buen parecer. Una de las niñas mejor educadas, más finas y amables de las que he conocido. Pues ni a invitarla a bailar, ni aún a saludar a la señorita y a la señora se acercó un incondicional joven ni viejo. Sin duda juzgaron que el acto de expansión y el de cortesía podían saberse *allá*.

N O T A

Un consejo que os doy, periodistas, y también a vosotros que no lo sois. No abuséis del adjetivo ni prodiguéis a

granel la alabanza; al ídolo le sofoca el incienso cuando es muy espesa la humareda.

Creo que de historia clásica no sabéis ni jota. De la otra tampoco; puedo asegurarlo, y os voy a citar de aquélla un ejemplo que con el consejo viene muy al caso.

Votábase el ostracismo de dos grandes griegos: uno de ellos era Aristides, apellidado el Justo. Se le acercó un labriego provisto de su concha.

—Escribe aquí—le dice—para el ostracismo el nombre de Aristides.

—¿Qué mal te ha hecho éste?—preguntóle el interesado.

—Ninguno—contestó—¡pero te parece que es posible sufrir por tan largos años la plúmbea cantinela de Aristides el Justo, un día y otro día?

Si es hombre de buen gusto el Aristides, se harta; y el que no es Aristides y lo nota, hace más: se rebaja.

FIN

APÉNDICES

A.

ACLARACIONES AL VIAJE DE AFRICA

Como de costumbre, Don Cirilo Moreno omite toda referencia cronológica, lo que nos obliga a suplir este y otros pormenores, previa consulta de diversas fuentes.

La Comisión mixta de marroquíes y españoles, presidida por el Cónsul de Mogador, Don Francisco Lozano, se reunió en Mequínz y efectuó su exploración de julio a septiembre de 1883. (1) Ateniéndose a la designación previamente hecha en 1878 por el capitán de navío Don Cesáreo Fernández-Duro, jefe de la expedición del *Blasco de Garay*, corroboró que la situación de la antigua y perdida Santa Cruz de Mar Pequeña debió ser la de Ifni, sin que esta ni otras ubicaciones, propuestas por numerosos escritores, hayan llegado a constituir artículo de fé. (2)

A la par de la Comisión internacional marchaba otra de

(1) García Figueras (Tomás).—Santa Cruz de Mar Pequeña-Ifni-Sáhara. (La acción de España en la Costa occidental de Africa).—Ediciones FE.—1941. Pág. 110.

(2) Cenival (Pierre) et La Chapelle (Frédéric).—Possessions espagnoles sur la Cote Occidentale d'Afrique: Santa Cruz de Mar Pequeña et Ifni.—Paris. Librairie Larose. 1935.

Rumeu de Armas (Antonio).—Expediciones canarias al Occidente africano. *Africa*, año III, núm. 29. Mayo 1944.

técnicos españoles, estudiando los mejores lugares para futuros puertos. Según el informe del comandante de Estado Mayor Don Ramón Jáudenes, que de ella formaba parte, sólo se descubrieron cuatro radas o ensenadas adecuadas para desembarcaderos: Sidi Mohamed Ben-Abdalla, Ifni, Arsis o Arksis y Assaka. (1)

Los delegados del Sultán se negaron a reconocer que Ifni hubiera sido la vieja Santa Cruz, que pretendían llevar a Puerto Cansado, mucho más al Sur, fuera de sus dominios en aquella fecha. Negáronse, en consecuencia, a firmar el acta. No obstante, el ministro de Asuntos Extranjeros del Imperio mogrebí, Sidi Mohamed Bargach, ante las apremiantes reclamaciones de su colega español, el marqués de la Vega de Armijo, reconoció con fecha 20 de octubre de 1883 «que como los delegados españoles sostienen que les conviene Ifni, S. M. el Sultán Muley el Hassan, en su deseo de mantener y aumentar sus buenas y amistosas relaciones con S. M. el rey Don Alfonso, y aunque indudablemente la verdadera Santa Cruz sea Guider Erredchila (nombre árabe de Puerto Cansado) no quiere discutirlo y consiente en que se cree en Ifni el establecimiento de pesquería de que trata el artículo 8 del tratado de paz (de 1860)». (2) De modo que al fin este viaje de la Comisión mixta, al parecer infructuoso, fué quien resolvió diplomáticamente la cuestión debatida durante 23 años de fijar el punto de la costa africana en que podía instalarse la factoría española. De este acuerdo de 1883 a la ocupación de Ifni en 1934, no habían de transcurrir más que 51 años.

(1) Pérez del Toro (Felipe).—España en el Noroeste de África.—Madrid, 1892. Pág. 209.

(2) Bull. du Comité de l'Afrique française, mai 1911, p. 187.

El diputado canario Don Tomás García Guerra dirigió una pregunta al ministro de Estado en la sesión del Congreso de 8 de enero de 1900, interesándose por el paradero de la Memoria que había redactado la Comisión de «La Ligera», o sea la de 1883, y que había quedado en poder del Cónsul de Mogador, ignorándose lo sucedido después.

Es curioso consignar que el relato de la expedición escrito por el Cónsul que la presidía y el redactado por Don Cirilo Moreno; hayan aparecido casi simultáneamente en la *Revista de geografía comercial y mercantil* (1) de Madrid el primero (tomos IX y X, años 1912 y 13) y en un periódico provinciano el segundo.

Treinta años transcurrieron para que Don Cirilo Moreno se decidiera a poner por escrito el divertido relato de sus andanzas marruecas, muchas veces referido verbalmente con nostálgicas remembranzas. Varias son las personas que se lo oyeron y lo atestiguan, a fines del siglo pasado, nuestro admirado amigo y paisano Don José Betancort, que ha hecho famoso el galdosiano seudónimo de *Angel Guerra*, al trazar la silueta de Don J. Cirilo Moreno en su obra primigenia:

«Es dibujante. Admira la constancia con que trabaja y el arte que ha impreso en las nuevas construcciones urbanas, cuyos planos se deben a su inventiva varia.

«Su estilo arquitectónico cuentan que se asemeja al árabe. Nada tiene de particular que se le encuentren resabios de esta escuela. Su viaje por Marruecos dióle inspiraciones originales y viñetas para un libro pensado y no escrito. Muchos que le han oído contar sus aventuras por el país fronte-

(1) Lozano Muñoz (Francisco).—La pesquería española de Mar Pequeña y los antiguos reinos del Sus y del Nun.

rizo, han creído encontrar el grato sabor de un capítulo de *Amicis* o una página de *Loti*. Hay tantas novedades en el relato, se apasiona tanto su fantasía hirviente de los esplendores de la vida oriental y su lápiz reproduce con tanto amor los tipos árabes, que se siente la poesía de la vida del aduar y todo el encanto de la errante caravana perdida en el desierto...

«Oriental es su imaginación; su corazón, cristiano». (1)

Si se hubieran conservado sus croquis e itinerarios, sobre haber exornado insuperablemente su obra, habrían permitido reconstituir sobre el mapa su recorrido, que siempre debió ser inmediato a la costa. Más de 200 kilómetros fué la longitud de terreno explorado, donde únicamente le había precedido el catalán Don Joaquín Gatell y Folch, en 1864.

Para paliar, en lo posible, la falta de estos documentos de observación directa, acompañamos un mapa con ciertos puntos de referencia. Imposible nos ha sido reconstituir la totalidad de las indicaciones topográficas de su narración, debido, en parte quizás a flaquezas de la memoria del anciano cronista, y en gran manera a su libre transcripción fonética de la toponimia y vocabulario árabes.

Hemos impreso sin correcciones el texto de estas frases; sin perjuicio de reservar para esta nota aclaratoria, las siguientes rectificaciones, que hacen oficio de fé de erratas, y que debemos a la buena amistad y conocimientos arabisantes de los Excmos. Sres. Don José Bermejo y Don Angel Domech, Gobernador general y Jefe de la Sección Política del Africa Occidental Española, tan profundos concedores de aquella región.

(1) J. Betancort (*Angel Guerra*).—Semblanzas.—Las Palmas. Tip. "La Atlántida".—1898.—Págs. 44-45.

IMPRESO

Abdalah o Abalah.
 Mohamed.
 Azaca o Assaka o Anaca.
 Muley Hassen.
 Marien.
 Zara.
 Melah.
 Rimi.
 Alá o Alah.
 Quader Rumi.

 Qua der cajé o Guad el Café.
 Sidi Dajamán Beirut o Buruk.
 ¡Gulú!
 Halú o jalú.
 Monna.
 Wad.
 Sons.
 Aisbú Amaran.
 Ayulah, Aguiló o Agulah.
 Chelkas.
 Edlimin.

 Alá ille Alá Mahomets remle
 Alah.
 Messa.
 Sidi-Mohamet-el-Abubi o Ar-
 buti.
 Alah-her o chir o ger (*bendito
 Dios*).
 Aulú o auda li Alah (*bendito
 sea*).

 Halalí.
 Busta o Bussa.
 Nahá.

RECTIFICADO

Abdel-lah.
 Mohammed.
 Asaca.
 Muley Hasan.
 Mariem.
 Zahara.
 Mel-lah
 Rumi.
 Al-lah.
 ¡Uail-li er Rumil. ¡*Ob, el cris-
 tianol.*
 ¡Uail-li el Cáfer!. ¡*Ob, el infie!*
 Sidi Dahamán Beirut.
 Gul-li, *dime.*
 Hal-luf.
 Muna.
 Uad.
 Sus.
 Ait Bu Amarán.
 Aglú.
 Cheljas.
 Egleimim o Agleimim o Guli-
 mim.
 La ilaha il-la Al-lah Moham-
 med rasul Al-lah.
 Massa.
 Sidi Mohammed el Abubi o
 Rabati. (?)
 Alá jer? (*Está bien? Hay no-
 vedad?*)
 El handu lil-lah (*Alabado sea
 Dios. Está bien; no hay no-
 vedad.*)
 Tagorit.
 Buchta.
 Háha.

Jifmi.
Sidi Valsey.
Aibbu-Beker.
Yagaós.
Alá-ile-Alá.
Mahomet-resul-Alá.
Sidi-Hansien.

Beni-Aissa.
Wad Ifni.
Idafick.
Auyan.
Zoco er Rumi.
Amerdog.
Sidi-Arcis.
Daja Buruch.
Aureora.
Bora-er-Rumi.
Suida.
Cabo Uun o Norte.
Cuz-cuz.

Tiznit.
Sidi Uassai.
Ait Bubquer.
Tagaost.
La ilaha il-la Al-lah.
Mohammed rasul Al-lah.
Sidi El Hosain u Hachem (de
Taserualt.)

Ben Aisa.
Asif Ifni.
Ida U. Fakir.
Gurram.
Soko er Rumi.
Amesdog.
Sidi Uarsig.
Dahamán Beiruc.
Auriura.
Borch er Rumi.
Buida.
Cabo Nun
*Quésques en basania. En ára-
be quésquesú.*

Por simplificar, suprimimos la anotación de las páginas, ya que se repite el mismo vocablo en varias. El lector corriente no necesita de estas correcciones, que únicamente serán de provecho para el curioso o especializado.

S. B.

B.

LOS FESTEJOS DE 1852.

Ultimándose la impresión de esta obra, extraemos del montón de nuestros folletos, uno anónimo, coetáneo de las fiestas, (1) que no deja punto obscuro sobre su desarrollo y sucesión. No resistimos el deseo de completar con sus datos la reseña de la Introducción.

El Decreto divisionista del 17 de marzo llegó a Las Palmas al amanecer del día 29, en un buque del país con la seña de correos y empavesado. Cinco mil personas llenaron el muelle hasta el castillo de Santa Ana destacándose cuatro botes de tierra, cuando aún el buque distaba una legua.

Regresaron a gran velocidad siendo saludados con cañonazos por otros buques canarios que estaban fondeados.

(1) Memoria sobre la división de la provincia de las Islas Canarias en dos distritos administrativos según el Real Decreto de 17 de marzo de 1852.—1852.—Gran Canaria.—Imprenta de M. Collina.—20 págs.

Debemos al Excmo. Sr. Marqués de Acialcázar, cuya pérdida lamenta la erudición canaria, la indicación de que este breve folleto fué debido a la pluma del historiador Don Agustín Millares Torres, que entonces no era más que "el joven músico". Sospechamos la misma paternidad para el cuadernillo manuscrito contemporáneo, de que hemos extraído algunos dibujos de iglesias de Las Palmas.

Portaba correspondencia y pasajeros que traían algunos ejemplares del Real Decreto reimpresso ya en Tenerife.

Hubo manifestación diurna, con centenares de cohetes, repiques de campanas, pasacalles de charangas de aficionados y cierre de establecimientos; e iluminación nocturna.

Al día siguiente (30 de marzo) el Alcalde Corregidor accidental D. Ignacio Díaz reunió una comisión que arbitró fondos (en el mismo acto se suscribieron 60.000 reales) para concluir las magníficas casas consistoriales en el breve plazo de cuatro meses.

El domingo de Ramos (4 de Abril) cesaron las músicas y bullicio hasta el sábado Santo (10 de Abril) en que llegó una goleta con numerosas personas de Lanzarote y Fuerteventura para asistir a los festejos.

El domingo de Pascua (día 11 de abril) descendieron a las 10 de la mañana, por la montaña de San Francisco, 3.000 personas de los pueblos del Norte con palmas, ramos de oliva y banderas, acompañando a la carroza del Ayuntamiento de Guía. El de Telde preparó la suya (obra de Don Francisco Zumbado Ripa) en la iglesia del barrio de San José. Juntas descendieron por la calle del Colegio (hoy del Dr. Chil) hasta la plazuela de San Agustín, donde fueron recibidas por el Ayuntamiento de Las Palmas, reunido en el salón de actos del Instituto o Colegio de San Agustín, presidido bajo dosel por el retrato de cuerpo entero de la Reina y el pendón de la Conquista. A las 4 de la tarde se repitió el desfile callejero de la carroza de Telde.

Por la noche, cegadora iluminación hasta las 11, de la Sociedad literaria que presidía el Sr. D. Domingo J. Navarro.

El lunes, nuevo paseo del carro de Guía y fuegos artificiales por la noche en la plaza principal de Santa Ana.

El martes, cucaña preparada por la Sociedad literaria en

la plaza del Teatro (hoy de Cairasco). A las 9 de la noche comienza el grandioso espectáculo del gran baile público, penetrando una numerosa y lucida concurrencia de cerca de mil personas en el Colegio de San Agustín, entonces instalado en el edificio de la actual Audiencia. Cedemos aquí la palabra al entusiasta y anónimo cronista que venimos extractando:

«En esta deliciosa noche un elegante toldo cubría todo el patio, sin dejar penetrar el menor soplo de viento, y un alfombrado de tupida tela se extendía por el suelo formando un piso suave e igual que cualquier salón envidiaría. Una extensa hilera de sillas rodeaba los cuatro ángulos del patio, dejando descubiertos un número igual de salones donde podían bailar con entera independencia cuatro tandas diferentes. En el centro elevábase un tablado de figura oval con una bonita balaustrada, adornada de multitud de vistosas banderolas, en el cual se hallaba colocada una numerosa orquesta compuesta de 36 aficionados. De en medio de este tablado se levantaba luego una frondosa palma formada con hojas naturales, a cuyo pie ondeaba el pendón de la conquista guardado por un hermoso perro, emblema de la fuerza y proverbial fidelidad de los canarios. Todo esto se hallaba iluminado con reverberos y farolillos que despedían una suave claridad por entre los festones de flores que por todas partes cubrían el pabellón.»

El miércoles 14 y en la plaza del Coliseo (o sea la de Cairasco) hubo graciosos y variados juegos de habilidad y destreza. A las oraciones se elevó un bonito globo aerostático preparado por los jóvenes alumnos del Colegio de San Agustín. Ambas cosas se repitieron el viernes 16.

También se repitió el baile en la noche del jueves con un himno a grande orquesta dedicado a S. M., letra y música de Don Agustín Millares.

El sábado 17 la Sociedad literaria obsequió a las comisiones de Lanzarote y Fuerteventura y a las de los pueblos de Gran Canaria con un suntuoso banquete, también en el Colegio de San Agustín, que se vió honrado por la inesperada y apoteósica llegada el mismo día del diputado Sr. Don Cristóbal del Castillo.

Al siguiente día, (y con esto da fin la semana de festejos de la primera división) una comitiva compuesta de más de 300 personas de rigurosa etiqueta, seguidas de un pueblo numeroso que llevaba en sus manos los abundantes platos sobrantes del opíparo banquete, condujo sus restos a los pobres acogidos al Hospicio de San Martín. Esta larga procesión se dirigió ordenadamente «por las calles del Colegio y Espíritu Santo, desde cuyos balcones y ventanas las sensibles hijas de la Gran Canaria tiernamente conmovidas miraban desfilar con humedecidos ojos la filantrópica procesión, arrojando las más preciadas flores sobre el hermoso retrato de S. M. la Reina».

El anónimo cronista añade este encomiástico comentario:

«Esta humanitaria demostración era por su carácter altamente filantrópico muy digna de rematar esa larga serie de patrióticos acontecimientos con que los canarios han solemnizado la división de la provincia en dos distritos administrativos.»

S. B.

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR (D. Cirilo Moreno y sus tiempos).	1 - XXXVIII
I Añoranzas de Guía	1
II Del Puerto de la Luz, entonces.	7
III Añoranzas de Las Palmas de entonces.	15
IV Del Puerto de Las Palmas y su muelle	21
V Distancia del espigón al bajo	25
VI Majaderías	33
VII Mi examen de Ayudante	39
VIII De la primera grúa y del primer buzo.	45
IX De los primeros andares del Puerto de Refugio	51
X De la oficina de Obras Públicas en aquellos tiempos.	55
XI De un puerto intruso	61
XII Del Ingeniero Don Juan de León	67
XIII Historia de un busto	69
XIV De los trabajos de campo y gabinete del Puerto de Refugio.	75
XV Del Jaraquemada	79
XVI La tertulia del Ingeniero	85
XVII La manifestación	93
XVIII Añoranzas de mi oficina	99
XIX La primera Estación Carbonera y el primer inglés	109
XX Le gros mot.	115
XXI El sueño de una noche de verano	123
XXII En Africa	129
XXIII Aun en Africa.	137

XXIV	Todavía en Africa	145
XXV	Aun más en Africa	153
XXVI	Se sigue en Africa	161
XXVII	Continuando en Africa.	171
XXVIII	Más Africa aún	179
XXIX	Empacho de Africa	187
XXX	El Africa negra	195
XXXI	Lo de las estatuas	205
XXXII	La débacle	211
XXXIII	A moro muerto, gran lanzada.	217
XXXIV	La propaganda	221
	<i>Primer suceso presenciado</i>	221
	<i>Segundo suceso presenciado</i>	222
	<i>Nota.</i>	223
APÉNDICES.	Aclaraciones al viaje de Africa	227
	Los festejos de 1852	233

INDICE DE GRABADOS

	Págs.
—	
Don Cirilo Moreno (retrato)	Contraportada
Retrato juvenil de Don Cirilo	III
La ciudad de Las Palmas a mediados del siglo XIX.	XI
Aspecto de Las Palmas en el 1856	XIX
Viejas iglesias de Guía y Gáldar.	XXVII
Estampas de la Catedral y San Francisco	XXXV
Vista de la ciudad desde la torre de la Catedral	3
El Istmo y las Isletas	11
El antiguo Coliseo	21
La grúa de las obras del Puerto	31
Los viejos astilleros de San Telmo	35
Las iglesias de Santo Domingo y San Agustín	41
El Pilar Nuevo en el siglo XIX	47
La calle de Triana hacia 1875	55
La Plaza de la Constitución de Santa Cruz	65
Don Juan de León y Castillo.	73
Don Pedro del Castillo Westerling	83
D. ^a María Quiney	91
El himno de la división	97
Don Cirilo Moreno en su senectud	103

	PÁGS.
Mr. Arturo Doorly, el primer inglés	115
El muelle de Santa Catalina en construcción	131
Explanada en el Muelle de la Luz	141
Viejo aspecto de la barriada del Puerto.	149
El Puerto visto el 8 de Junio de 1885	157
Otro aspecto del Puerto	167
Ganadería de Ifni	177
Construcciones moras en Ifni.	189
Moros lavando ropa en Ifni	199
La llanura litoral de Ifni	207
Mapa de la Costa de Africa	236